



se

Donde
desaparecen
las
estrellas

MÓNICA BAÑOS

Lectulandia

Si hay algo que caracteriza al pequeño pueblo costero de Melía es la creencia popular de que las estrellas pueden influir en la vida de sus habitantes. Allí vive Gala, una joven que pasa los días trabajando en una floristería. Todo cambiará con el regreso de Néstor, uno de sus mejores amigos de la infancia. Pero Gala ya no es la misma: una serie de acontecimientos que tuvieron lugar en el último año la han vuelto solitaria y algo huraña.

Cuando se le presenta la oportunidad de trabajar para el periódico local y disipar así los malos recuerdos que la acechan, se cruza en su camino Constanza, una elegante anciana que sacará a la luz secretos de la familia de Gala teñidos de dolor, pero, sobre todo, de esperanza.

Gala deberá aprender a perdonar a los fantasmas de su pasado, mientras encuentra la manera de perdonarse a sí misma.

Lectulandia

Mónica Baños

Donde desaparecen las estrellas

ePub r1.0

Titivillus 03.05.2019

Título original: *Donde desaparecen las estrellas*
Mónica Baños, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

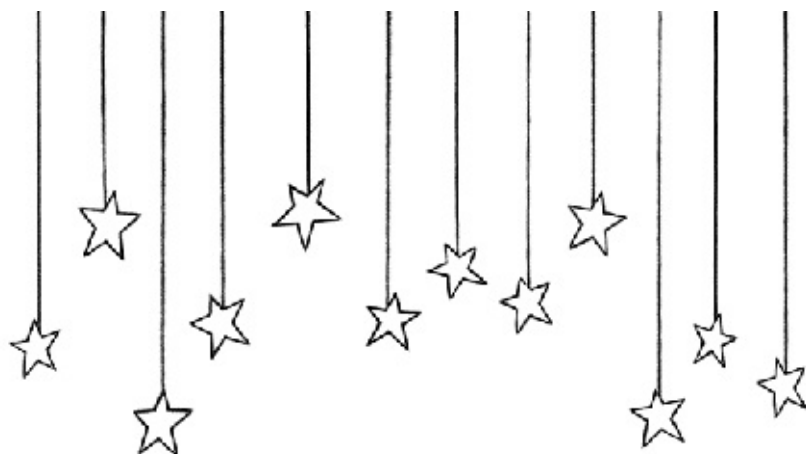
EDICIÓN CONMEMORATIVA



VI
ANIVERSARIO


epublico

A mis tres estrellas, vosotros sabéis quiénes sois.
A mis padres.
Y a la literatura, que siempre me acompaña.



capítulo uno

CEFEO

A ti, Gala:

Deja de intentar controlar el pasado y el futuro. Escapan de tu jurisdicción. Céntrate en todo aquello que sí puedas manejar, que forme parte de tu presente.

Durante el final de mi decimonoveno verano, muchos sueños acudieron a mí. Soñaba con mi hermana, mi abuelo o mi sobrino Tadeo, y ese mundo onírico se basaba la mayor parte del tiempo en la pérdida de la primera, de dos de ellos o de todos. Me despertaba entre sudores y esperaba ansiosamente a que saliera el sol. Otras veces eran tan reales que al abrir los ojos mi cerebro ni siquiera lograba averiguar en qué lugar me hallaba. Por aquel entonces empecé a creer que el sol se había convertido en una especie de guardián y que sus rayos servían para despertarme y devolverme, a un tiempo, a la vigilia.

Recuerdo que mi sobrino Tadeo tenía la costumbre de despertarme junto con nuestro pequeño schnauzer negro, al que mi hermana Irene había bautizado como Aquiles en homenaje a su pasión por la mitología clásica, pero al que Tadeo le gustaba simplemente llamar «Quiles». Mi sobrino y Quiles se complementaban a la perfección: ambos eran inocentes, exploradores e inquietos, por lo que el abuelo solía bromear a menudo

preguntándose dónde empezaba el perro y dónde acababa el niño. A pesar de que la existencia de Tadeo le supuso a mi hermana una sorpresa mayúscula (y a mis padres, un disgusto, debido a la juventud de ella), en apenas siete años mi sobrino se había convertido en el rey de la casa, de la misma casita costera un tanto destartalada que el abuelo Clemente, con todo su esfuerzo, se había dedicado a reparar durante décadas. El abuelo creía que de nuestro hogar emanaba así una especie de magia, y aseguraba que nos encontrábamos a buen recaudo de todos aquellos a los que él se refería como «malas estrellas».

Si había algo característico en nuestra aldea era la superstición popular según la cual las estrellas podían llegar a influir en nuestras vidas. Los más espabilados lo habían utilizado como excusa para vender bisutería y todo tipo de recuerdos moldeados con formas de constelaciones, meteoritos y astros. En más de una ocasión, había oído murmurar a alguna anciana que la boda de tal vecino llegó a ser un desastre debido a que la noche previa cierta estrella del amor no había brillado con suficiente intensidad. En cuanto a mí, y a pesar de que me costara admitirlo en voz alta, en mi fuero interno me gustaba creer que había algo de verdad en todas aquellas habladurías. De algún modo, era como seguir teniendo fe en el poder de la magia.

Y tal importancia cobraba la vida del cielo en la vida de los habitantes de Melía que el equinoccio de otoño representaba el acontecimiento del año. Las calles se llenaban de mesas repletas de comida, se preparaban actividades al aire libre y se escribían y ataban deseos en las ramas de los árboles. Con mi mejor amigo, Simón, habíamos aprendido que las ramas recónditas eran las mejores guardadoras de secretos y durante años competimos por ver quién de los dos conseguía esconder mejor su deseo. Recuerdo que con apenas siete años pedí una espada de luz y una armadura de plata, con diez quise un unicornio para poder cabalgarlo, tal como había visto en cierta película, mientras que con doce deseé ser más alta. A los quince me hice el propósito de experimentar el primer beso, y con diecisiete pedí ser feliz. Todo un cliché.

Aquel año se acercaba mi decimonoveno equinoccio y mi corazón bombeaba tras un solo deseo. Pedía lo imposible, lo inalcanzable. Pero no desperdiciaría la magia del equinoccio en ningún otro capricho cuando en mis manos tenía la opción de aspirar a lo que más quería en el mundo. Una mañana a inicios de aquel mes de septiembre, Tadeo y Quiles no vinieron a despertarme. Las voces amortiguadas de mi familia me avisaron de que empezaba un nuevo día.

Me puse una bata y bajé descalza la escalera. En mi infancia, mi abuela solía asomar la cabeza por la barandilla para asegurarse de que venía y, sin

decir palabra, sonreía para desearme los buenos días. Aquella mañana el abuelo estaba sentado en su butaca acariciándole la cabeza a Quiles. Irene se encontraba sentada a la mesa, removiendo el café a la velocidad de la luz, como solía hacer ella. Lo más curioso fue ver que al lado de Tadeo había un chico hablándole como si se conociesen de toda la vida. Debí de poner cara de sorprendida, porque Irene dijo:

—Gala, este es Néstor. Tadeo dice que lo ha conocido en el paseo marítimo mientras paseaba con el abuelo, y que les ha hecho un retrato.

Néstor se dio la vuelta y mi corazón dio un respingo. No podía ser. Simplemente, no estaba previsto.

—Hola, Gala —me saludó él. Y yo me limité a alzar un poco la barbilla por toda respuesta.

Entonces mi hermana, justo en aquel instante, decidió dejar aflorar su instinto cotilla para comentar lo siguiente:

—¿Os conocéis? Néstor, ¿acaso eres de Melía?

Néstor me dirigió una rápida mirada. No supe descifrarla. Aun así, no pensaba dar un solo paso en falso, de modo que pregunté:

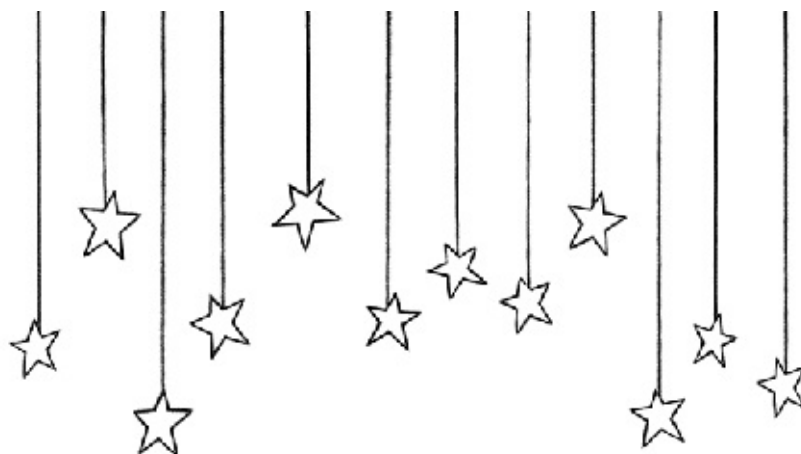
—Tadeo dice que les has hecho un retrato. ¿Puedo verlo?

Era maravilloso. Néstor había captado cada una de las arrugas del rostro de mi abuelo y la luz en los ojos de mi sobrino. Incluso había dibujado a Quiles, marcando bien las líneas de su señorial bigote. En la parte inferior derecha, Néstor había firmado como «Cefeo». Me dio un vuelco el corazón.

—¡Geniaaaaaaal! —gritó Tadeo, sin dejar de mirar los dibujos animados de la televisión.

—Sí, sí que lo es.

«Como también lo es tu retorno, Néstor», murmuré para mí.



capítulo dos

LA OSA MAYOR

A ti, Gala:

Encuétrate a ti misma, no importa si tardas mucho o poco, date tiempo. No te sientas culpable por querer estar contigo; al fin y al cabo, vas a pasar toda la vida junto a ti.

La vuelta de Néstor a Melía me había dejado una sensación muy extraña. Tres veranos atrás, el día de su decimosexto cumpleaños, Néstor nos dijo a Simón, a mi mejor amiga de entonces, Acacia, y a mí que sus padres habían decidido mudarse al extranjero, a Suecia. De este modo, Gustavo, el padre de Néstor, podría explotar mejor los horizontes de su empresa para alcanzar nuevos mercados. El vacío que me dejó la marcha de Néstor me duró meses, me encerré en mí misma y permití que muy pocas personas arrojasen algo de luz en aquella burbuja de frustración y tristeza. Por aquel entonces todavía no había experimentado el dolor de la verdadera pérdida y creía que la distancia suponía un duelo a pequeña escala, pero cuán equivocada estaba. Néstor había sido mi confidente durante el último año de transición física y psicológica que supone la adolescencia. Era un buen conversador, pero se le daba mucho mejor escuchar. Él no pertenecía a una familia que hubiese vivido toda la vida en Melía, mientras que al abuelo Clemente le enorgullecía mostrar a cualquier forastero, siempre y cuando la ocasión lo requiriese, el árbol genealógico que

había en la pared de nuestro recibidor, en el cual se podía ver que desde la primera existencia de un miembro de nuestra familia, este había nacido, crecido y asentado sus raíces en nuestra pequeña aldea costera.

La distancia había hecho mella.

Si bien por ciertas razones y con el paso del tiempo Simón, Acacia y yo nos habíamos distanciado los unos de los otros, Néstor había erigido una barrera física de por medio, de modo que, poco a poco, dejaron de llegar noticias de él, y yo lo acepté.

Si no se dignaba a dar señales de vida, ¿para qué iba yo a sufrir? Néstor había supuesto alguien en quien depositar mi confianza y no se había esforzado en conservarla. Yo lo hice. Lo llamaba cada dos días, le enviaba postales e incluso cartas, a pesar de que pudiera parecer algo presuntuoso. En muy pocas ocasiones hizo él lo mismo por mí. De vez en cuando se oían rumores en el pueblo, gente que afirmaba que la empresa de Gustavo en Suecia no acababa de cuajar.

En realidad, no me había dado cuenta de lo mucho que quería a Néstor hasta que lo vi subir al taxi que lo condujo, a él y a su familia, al aeropuerto. Y entonces supe que a pesar de que lo negase, y al margen de que eso me gustase o no, me encontraba perdidamente enamorada de aquel chico de pelo rizado de color caramelo y ojos castaños. Con el paso del tiempo, me sentí ridículamente estúpida. ¿Cómo podía romperme el corazón alguien que ni siquiera sabía que yo lo quería de aquel modo? Néstor no podía leer la mente, no tenía la culpa. Decidí no guardarle rencor y en mi memoria lo conservé como un vago recuerdo apenas edulcorado a ojos de una adolescente.

Hasta que lo vi aquella mañana de septiembre en el salón de casa conversando con mi sobrino. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que tal vez había dejado de sentir todo aquello, aunque la confusión, la rabia y el dolor seguían latentes en su recuerdo, emborronándolo. No me gustaba saber que Néstor había dejado ganar la batalla a la distancia y había preferido perdernos de vista a todos. Además, con su vuelta, muy pronto se daría cuenta de que yo, a Simón y a Acacia, los había perdido por partida doble.

Dos días después del encuentro con Néstor, me dirigía camino del trabajo cuando decidí tomar una ruta distinta. Me apetecía ver la playa antes de entrar en la floristería, por lo que di una vuelta por el paseo marítimo. La playa había supuesto siempre mi segundo hogar. Llevaba toda la vida oyendo cómo golpeaban las olas del mar contra las rocas de Melía.

Si cerraba los ojos, no podía recordar ningún momento de mi infancia en el que no me hallase cerca de la playa. Allí aprendí prácticamente a caminar, allí me llevaba mis primeros libros, que acababan siempre perdidos de arena; allí fue donde me enseñaron a nadar (a pesar de que no se me diera demasiado bien), mientras Irene tomaba fotografías con una vieja cámara rescatada del desván de mi abuelo. Para Clemente, la naturaleza, al igual que nuestra casa, estaba compuesta de magia. Solía decir que las estrellas y el mar eran el reflejo de algo divino, que no podía ser nada más que maravilla. Debido a su insistencia, de pequeña me gustaba pensar que mi abuelo era una especie de mago disfrazado de anciano, ya que, desde la muerte de mi abuela, por las noches lo veía trasnochar y se pasaba horas encerrado en su invernadero. Al crecer, me di cuenta de que el abuelo simplemente era un apasionado de las flores y que por las noches, para matar las horas de insomnio, se dedicaba a cuidar de sus plantas. En ocasiones hablaba con ellas, y cada cumpleaños nos regalaba un ramo de flores a mi hermana y a mí con un mensaje oculto entre los tallos. Solían ser mensajes como: «Querida niña, que no te importe lo que digan de ti, eres maravillosa». O bien: «Este año tus notas han mejorado mucho, ¡enhorabuena!». En su decimotercero cumpleaños, Irene estaba embarazada de cuatro meses de Tadeo y el abuelo no le escribió una nota, sino una carta. Fue tan emotiva que acabamos los tres llorando abrazados en la orilla de la playa, mientras admirábamos la puesta de sol. Aquella mañana mis pensamientos revoloteaban continuamente y me dejaban la cabeza embotada. Recordé que por una vez en semanas, la noche anterior no había tenido esos sueños tan perturbadores.

Al llegar a la puerta de la floristería, fue mi jefa, la señora Carmen, la que me sacó de mis reflexiones.

—¡Buenos días, Gala! ¿Qué tal has dormido hoy?

Para Carmen era imprescindible dormir bien. Ella creía que el elixir de la juventud no se encontraba en las cremas antiarrugas caras ni en los productos que vendían en televisión, sino en dormir religiosamente ocho horas diarias.

—Algo mejor, gracias.

La mañana pasó rápido. Como se aproximaba el equinoccio de otoño, teníamos muchos encargos. Dalias, peonías, margaritas y rosas adornarían las mesas del pueblo, los balcones, los cabellos de las mujeres y las chaquetas de los hombres. Hacía ya dos años que trabajaba en la floristería de la señora Carmen, y me gustaba. Era un sitio algo espiritual, lleno de paz, a excepción de cuando mi jefa se estresaba con el chico de los paquetes, pues siempre llegaba tarde. Uno de los clientes más fieles era mi abuelo y, en ocasiones,

cuando estábamos a punto de cerrar, Clemente llegaba y con las persianas a medio bajar tomábamos los tres juntos el té, rodeados por aquel paraíso floral.



Acabado el turno de la mañana, me dirigía a casa, cuando en el paseo marítimo me pareció ver a Néstor sentado en un taburete. El tiempo no me había hecho olvidar su silueta. Varias carpetas y folios desparramados por el suelo lo rodeaban mientras dibujaba a una chica rubia que posaba. Por alguna extraña razón, esperé a que acabase para acercarme.

—Cuando Irene me dijo que les habías hecho un retrato al abuelo y a Tadeo, no me imaginé que te hubieran encontrado así... —empecé.

Néstor no contestó. Se limitó a recoger su material, con rapidez mientras miraba a uno y a otro lado furtivamente. Parecía nervioso. Una vez que acabó, me agarró del brazo y abandonamos la calle principal para adentrarnos en un callejón.

—Si mi padre se entera de lo que estoy haciendo, ya puedo empezar a hacer las maletas para huir a la otra punta del mundo.

—¿No lo saben? ¿Cuánto tiempo llevas dibujando?

—Cuando mis padres nos sentaron a Adrián, a Héctor y a mí a la mesa para anunciar que volvíamos a Melía, la idea empezó a bullir en mi cabeza. Imagino que recuerdas que siempre he querido ser artista. Llevo retratando a los habitantes de Melía desde que llegamos hace apenas una semana.

No respondí, me limité a asentir lentamente.

—Mi padre lleva tiempo creyendo que he madurado y que he desechado la idea de dedicarme al arte, que iré por el buen camino y seguiré sus pasos de empresario. No hay nada que deteste más que pensar que así será. Solo es cuestión de tiempo que mi padre se entere, de ahí que de momento procure disfrutarlo.

—¿No debería ser Héctor el que heredase la dirección de la empresa? Es el mayor.

—Héctor no sabe siquiera sumar dos más dos. Además, con el asunto de su compromiso con Ingrid, su despampanante novia sueca, en mi familia ya no se habla de otra cosa.

La conversación había surgido entre nosotros tan fluidamente como el cauce de un río. Una punzada de nostalgia me recorrió el cuerpo. Tenía la sensación de que el tiempo no había pasado y de que entre nosotros nunca habían existido barreras. Acallé la voz de mi interior que pedía abrirse paso.

—Ya hemos llegado a mi casa. Suerte, Néstor.

Él me sonrió con los labios cerrados e hizo un ademán con la cabeza. Luego saludó a Irene que, cotilla como era, nos espiaba desde la ventana. Cuando desapareció de mi vista, me di cuenta de que me había pasado todo el tiempo aguantando la respiración y, por fin, liberé el aire de mis pulmones.

Entré en casa y, agotada como estaba, decidí ignorar la metralleta de preguntas de mi hermana. Subí la escalera, me descalcé y me tumbé en la cama. Esperaba que el día siguiente fuese mejor.

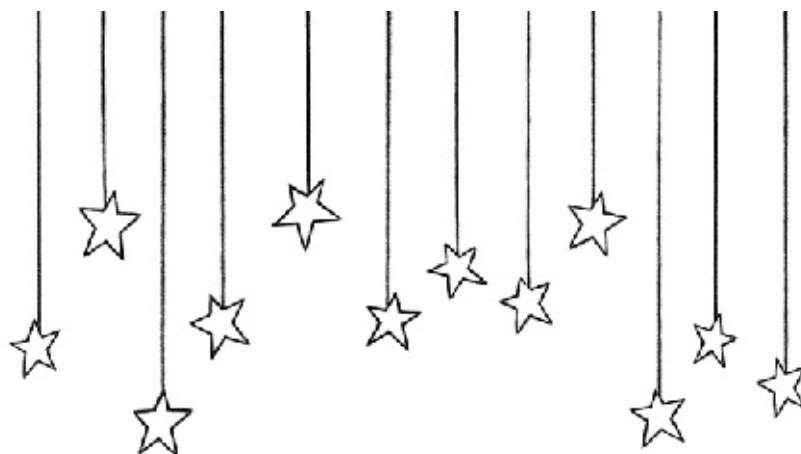
A Simón:

El verano ha terminado de manera oficial. Los niños han dejado de jugar durante todo el día en la playa y los ancianos pasan menos tiempo sentados en los bancos del parque. Se oye a la gente lamentándose por la llegada del otoño, pero yo no puedo estar más emocionada. Bueno, ya sabes que desde que te marchaste no me emociono fácilmente con demasiadas cosas. De hecho, este último año me he limitado a admirar desde la distancia todo lo bueno que me ha pasado y a agradecerlo por haberse dado la ocasión. Pero yo no he perseguido nada, no he tomado la iniciativa. Sé que te enfadará saber eso, ya que te prometí luchar por mis sueños. Es posible que no sepas que el último mes de junio abandoné el primer curso de Medicina. Creía que desde que nació Tadeo deseaba ser pediatra, pero me he dado cuenta de que la sanidad no estaba hecha para mí. Tan solo sé que me gusta escribir, informar, transmitir. Pero me encuentro perdida e ignoro aún a qué quiero dedicar mi vida. Es difícil encontrar tu lugar en el mundo. Pero prometí encontrarme a mí misma y así lo haré. Cueste lo que cueste.

Supongo que querrás que te cuente cosas sobre Acacia. Este verano la he visto de lejos un par de veces en los cócteles que organizan los ricachones del pueblo. Está guapa, tan morena y alta. Se encontraba rodeada de gente que admiraba cuanto salía de su boca. Estuve a punto de acercarme, pero ya sabes que siento pinchazos de culpabilidad cada vez que se trata de ella. En lugar de eso, me fui a la playa. ¿Recuerdas nuestro acantilado? Ahora alguien se ha dedicado a pintar flores en las rocas y ha quedado precioso. Por las noches se ve la Osa Mayor desde allí arriba.

Te dejo, que Tadeo está algo resfriado y tengo que hacer de canguro.





capítulo tres

LA CRUZ DEL SUR

A ti, Gala:

Sé que te va a importar demasiado lo que piensen de ti. Será un ejercicio que deberás ir aprendiendo a lo largo de tu vida. Este recordatorio no es para decirte que no te importe lo que piensen porque sería una mentira.

Una mañana lluviosa encontré a Irene tejiendo en la butaca del abuelo. Mi hermana solía decir que la relajaba, pero yo siempre me metía con ella por ello. Mientras tanto, Tadeo y Quiles estaban sentados en el suelo del porche. Mi sobrino se entretenía ofreciéndole uvas al perro, que no le negaba ni una.

La lluvia no cesaba y parecía el momento ideal para que el cielo descargase su rabia con una batería de truenos. Me encantaba sentarme en el sofá y pasar el tiempo en silencio, rodeada de mi familia. Salí al porche y abracé a Tadeo por la espalda. Su cabecita llena de rizos se volvió hacia mí, con los ojos sorprendidos.

—¿Qué estáis haciendo? —le pregunté.

Se le iluminaron los ojos.

—No se lo cuentes a mamá, pero... —Sacó un objeto dorado y circular del pantalón. Parecía frágil.

Lo sostuve entre mis dedos y pude comprobar que se trataba de una brújula de estrellas. Siglos atrás, era bastante común encontrarlas en cada

hogar de Melía, ya que tenían múltiples propiedades, pero con el tiempo habían desaparecido. Valían una fortuna.

—¿De dónde has sacado esto, Tadeo?

Mi sobrino miró hacia el suelo y sonrió.

—Me lo ha regalado *el ánimo de la casa*.

—¿Quién dices?

—«El ánimo de la casa». Así me pide que la llame.

Entonces, llegó el abuelo con la compra y nos pidió a Irene y a mí que lo ayudásemos. Vi que el abuelo traía una maceta que contenía unos preciosos geranios. Los favoritos de la abuela. Se los señalé con una mirada interrogativa.

—Como ya no puedo ir tanto al cementerio, porque sabes que últimamente las piernas no me funcionan demasiado, y se encuentra lejos, he decidido que podríamos recordarla con un jarrón lleno de sus flores favoritas en el salón.

—Bien pensado, abuelo. —Sonreí.

La abuela hacía diez años que nos había dejado. Era una mujer sencilla, humilde y modesta, pero que no dudaba en poner orden en las situaciones si se daba la ocasión. A veces me parecía oír su voz entre los árboles y percibir su aroma en el viento. Por desgracia, con el paso del tiempo mi memoria había empezado a emborronar su recuerdo y solamente conservaba extractos sueltos de lo que ella había significado para mí.

—¿Sabes qué, Gala? Te va a encantar lo que voy a decir: te he conseguido un puesto en la redacción de *La Gaceta de Melía* —anunció mi abuelo durante la comida—. Esta mañana me he pasado por la floristería y la señora Carmen me ha dicho que no te animabas con nada. Yo también lo he notado. Lo de tu amigo fue muy duro, lo sabemos. Después de abandonar la universidad, no me gusta verte así de perdida. Además, ya sabes que este año Carmen se jubila y necesitarás buscar un nuevo empleo. En *La Gaceta* podrías empezar.

El simple hecho de que el abuelo mencionara a Simón me comprimía el pecho. Sin embargo, contesté:

—Pero ¿por qué en el periódico local? Jamás he escrito un solo artículo.

—Se ve que este mes de septiembre van a anunciar un concurso. Se trata de escribir un artículo sobre el pueblo o algo así. El premio consiste en una beca para el primer año de universidad. ¿No deberías ir pensando qué quieres hacer durante el próximo curso?

El abuelo tenía razón, pero por algún extraño motivo seguía esperando que las respuestas cayesen del cielo como meteoritos. Tal como le había contado a Simón en mi carta, en los últimos meses no había tomado ninguna iniciativa. Pero me gustaba escribir. ¿Sería suficiente para formar parte del equipo de redacción del periódico? No estaba tan segura.

—No te veo demasiado convencida, hija. Pero me da igual, vas a ir de todas formas —dijo mi abuelo antes de sorber la sopa—. No aceptaré un no por respuesta. Tu hermana y yo no queremos verte más por la casa como un alma en pena.

Los miré fijamente. Quizá sí que había llegado el momento de aceptar un cambio.

Me había aferrado a mi dolor dejando de lado todo lo demás. Estaba convencida de que Simón no lo hubiese querido así. Antes bien, me habría arrastrado al fin del mundo con tal de verme mejor. Se lo debía.

—¿Cuándo empiezo?



El siguiente viernes era el día que le habían dado a mi abuelo para que me acompañase a la redacción. La señora Carmen me había dado el día libre al enterarse de la noticia.

—Tenía que asegurarme de que pensabas acudir realmente —se excusó él ante la puerta del edificio del periódico. El bloque era muy antiguo y eso me hizo recordar los hipócritas actos que los ricachones del pueblo venían organizando «en beneficio de la comunidad», pero que habían de convertirlos en protagonistas de un periódico de mayor repercusión. Menuda deshonra les debía de parecer salir en *La Gaceta de Melía*. Aparentemente, el dinero nunca se destinaba a remodelar antiguas instituciones como el periódico local.

—Ya te lo contará Violeta, la jefa de redacción, pero el periódico no va muy bien de dinero ni tampoco demasiado boyante de ideas. Esperan que seas algo así como... un soplo de aire fresco.

Me puse tensa. No me gustaba la idea de que la esperanza de salvación del periódico se encontrase en mis manos. ¿Y si no era lo suficientemente buena? ¿Qué se habían tomado aquellos periodistas para confiarme algo así?

—Todo irá bien. Me vuelvo a casa. Esperaré impaciente a que me cuentes. Estaré en mi invernadero cuidando de las plantas. —Mi abuelo se despidió dándome una palmada cariñosa en el hombro. Respiré hondo y entré.

El vestíbulo no le hacía justicia a la fachada: una cúpula presidía el techo, decorada con cristales de colores que, mediante los rayos del sol, hacían que

el espacio se llenase de arcoíris.

Una enorme y alargada mesa de madera en el centro de la sala servía de recepción, mientras que tanto a izquierda como a derecha había unas antiguas escaleras de piedra que conducían a dos alas distintas del edificio. El chico y la mujer sentados en recepción me miraron fijamente cuando entré, pero la señora no me dejó hablar, ya que exclamó:

—¡Oh, tú debes de ser Gala de Grago! Violeta te espera en su despacho. Primera planta, la segunda puerta a la izquierda.

Le di las gracias y me dirigí a las escaleras.

Violeta resultó ser muy enérgica. Muchísimo. De aquellas personas que, mientras hablan contigo, puedes observar cómo les pasan miles de cosas por la cabeza al mismo tiempo que recuerdan todas las tareas por hacer. No estaba muy segura de hasta qué punto prestó atención a todo cuanto dije, al miedo en mis ojos por trabajar en la redacción, ya que simplemente asintió y dijo de manera totalmente sincera:

—Mira, Gala, *La Gaceta* no está pasando por un buen momento. El Ayuntamiento no nos presta toda la ayuda económica que necesitamos, así que tenemos que darle un giro. Por eso hemos decidido llevar a cabo el concurso que tu abuelo te comentó y que saldrá convocado la semana que viene. Tú escribirás el artículo que lo anuncie. Tenemos la esperanza de que con esta convocatoria los ciudadanos se involucren más en *La Gaceta*. Eres una voz nueva, con un punto de frescura juvenil que podría llegar a captar a un público de tu edad, pues, por desgracia, son quienes menos nos leen. Así que, como no me gusta perder el tiempo, ahí a la derecha tienes la máquina del café y aquí mismo tu ordenador. En unos minutos llegarán tus compañeros del descanso; yo me voy a mi despacho. Si necesitas algo, llama con los nudillos tres veces, no hay nada que me moleste más que abran la puerta sin avisar.

Y me dejó sola. Como no sabía qué hacer, fui a prepararme un café y en ello estaba cuando llegó el resto del equipo. Se presentaron como Díaz, Luna y Enrique. El primero rondaría la treintena y era el encargado de la sección de curiosidades de la región, de gastronomía y, de vez en cuando, del horóscopo. No podía imaginar a aquel hombretón aconsejando sobre el amor basándose en los astros. Luna era una mujer de unos cincuenta años, pelirroja y muy amable que se encargaba del tiempo, mientras que Enrique era un cuarentón, calvo y con gafas al que le encantaba su sección de consultorio. Imaginé que

debía de ser algo cotilla para que le gustase tanto aconsejar a los habitantes de Melía. Entre todos se ocupaban de escribir las noticias de actualidad.

Me explicaron que habían decidido crear una nueva sección para mí, pero que debía elegir yo misma el asunto que tratar. Necesitaba pensar en algo interesante. Mi sospecha era que Violeta había decidido contratarme para captar la atención de los jóvenes, aunque yo empezaba a creer que tal vez se había equivocado escogiéndome a mí. No era precisamente la persona más sociable, que digamos. Pero, como le había prometido a Simón que lo intentaría, no estaba dispuesta a complacer a esa voz interior que intentaba sacar a la luz todas mis inseguridades. «¿Qué tienes que perder?», me habría dicho él.



Al acabar la jornada de trabajo entre papeles, ruidos de impresora y nervios, decidí acercarme al paseo marítimo, donde vi el taburete de Néstor vacío. Busqué a su dueño con la mirada justo en el momento en que salía de un bar con una botella de agua en la mano.

—¿Me buscabas?

—¿Todavía no te han descubierto?

—Mi padre algo se huele porque me ve muy poco por casa y en Suecia me pasaba los días encerrado en mi habitación, convertido en el asocial de la familia.

No me esperaba aquella confianza. Carraspeé algo incómoda y cambié de tema.

—¿Sabes que Tadeo ha encontrado una brújula de estrellas?

—¡Valen una millonada! ¿Cómo la ha conseguido?

—Dice que... ¿cómo la llamó? «El ánima de la casa» se la dio de regalo. Intenté que me explicase un poco más, pero entonces llegó mi abuelo y sospecho que Tadeo teme que si se lo cuento a él o a Irene, vayan a quitarle el juguete.

—De pequeño soñaba con tener una. Incluso, un año, para el equinoccio de otoño, mi deseo fue que me la regalasen. Evidentemente, ni con todo el dinero de mi familia habrían podido hacerse con una.

En aquel momento recordé que en el desayuno Tadeo me había pedido que invitase a Néstor a su fiesta de cumpleaños del domingo. Por lo visto, habían conectado.

—Tal vez sea una tontería, y probablemente ya tengas planes, pero... mañana por la tarde celebramos el séptimo cumpleaños del pequeñajo, y me

ha pedido que te invite. —¿Por qué me estaba dando tanta vergüenza decírselo?

Néstor pareció alegrarse y me dedicó una sonrisa amplia y sincera, con lo que el corazón me dio un vuelco. Con un ligero carraspeo, acallé la voz de mi interior.

—Iré encantado. Esta última semana me he dado cuenta de que no tengo planes, porque apenas conozco a nadie lo suficiente en Melía. Bueno, a excepción de Acacia y de ti.

Incómodamente me despedí de él tras darle una excusa. La conversación con Néstor me dejó más pensativa de lo habitual: me di cuenta de lo sola que me había quedado en el último año, desde la discusión que mantuve con Acacia la noche de la pérdida de Simón. Tenía a mi familia, pero no podía contar con nadie cercano a mi edad. Acacia había hecho nuevos amigos y el recuerdo de Simón me había perseguido durante el último año. En cada esquina me parecía verlo, subido en su bicicleta o bien cargando su bolsa para ir a clase de baile.

Tan real me parecía a veces su recuerdo que lo oía cantar, bailar en mi jardín. Podía escuchar los sermones que me daba, sus consejos y abrazos con olor a demasiado desodorante. Habíamos sido inseparables. Más tarde llegó Acacia y, a pesar de que siempre íbamos los tres juntos, nunca dejamos de ser «Simón y yo». Yo le sujeté la mano en el hospital cuando se rompió por primera vez la pierna, yo lo animé a que ignorara a los chicos del instituto y empezase a estudiar *ballet* si era lo que quería, lo consolé cuando el primer chico le rompió el corazón, pero no estuve ahí, en cambio, en el peor momento de su vida..., que sería, además, el último. Pensar en Simón me revolvió el estómago, y para acallar las voces de la conciencia me fui a la playa. Por suerte, era un septiembre cálido y los días seguían siendo largos.

A Simón:

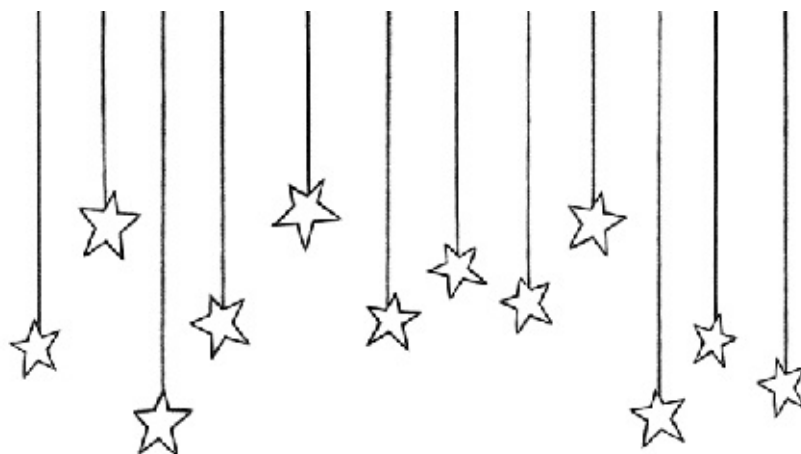
He empezado a trabajar en el periódico local. Está bien. Sigo pensando que han depositado demasiada confianza en mí, pero te prometí que haría algo de provecho con mi tiempo y por algo se empieza. No me iría nada mal ganar el dinero del concurso, tal vez escriba algo. Por otro lado, últimamente Néstor está siempre por ahí, acechando entre las sombras. Está presente de forma constante en mi familia, ya que Tadeo no para de hablar de él ni un segundo, pero también en el paseo marítimo y sobre

todo en mis recuerdos. ¿Crees que debería pedirle explicaciones o simplemente dejarlo correr? ¿Por qué estoy siquiera planteándome todo esto? ¿Qué ha sido de la Gala dura como el acero? Es tarde y empiezo a desvariar. Eso sí: me hace mucha ilusión el cumpleaños de Tadeo. No puedo creerme que cumpla siete años ya; todavía recuerdo el momento en que lo vi por primera vez. Pensar en Tadeo me recuerda que todavía debo averiguar por qué un renacuajo como él posee semejante brújula de estrellas y qué pretende hacer con ella.

Me están llamando, así que acabo la carta aquí, he de hacer la cena. Tenemos sopa con verdura. ¿Te acuerdas de cuando el abuelo te obligaba a comer verdura alegando que, si solo comías hamburguesas, nunca serías un buen bailarín?

Gala

P. D.: Violeta, la del periódico, lleva un tatuaje precioso de la Cruz del Sur. En la nuca. Pensé que te gustaría saberlo.



capítulo cuatro

CASIOPEA

A ti, Gala:

Llorar no es malo. Cada vez que alguien te vea llorar, automáticamente te va a pedir que no lo hagas. Pero no lo escuches; llora y deja aflorar lo que te preocupe. Aun así, agradece cada día lo que tienes.

Un lunes por la tarde, mi abuelo me llamó a la floristería para avisarme de que mi tío Tristán iba a vivir con nosotros de manera indefinida. De repente en pocas semanas, mi vida daba varios giros drásticos. Y se esperaba de mí que los aceptara. No estaba tan segura de si podría encajarlos tan deprisa.

—No creo que sea por demasiado tiempo. Supongo que hasta que encamine su negocio y un poco su vida —me dijo el abuelo al otro lado de la línea.

—Abuelo, no he visto al tío Tristán desde que tenía la edad de Tadeo, prácticamente. ¿Crees que vamos a llevarnos bien?

Tristán era el hermano pequeño de mi madre. Por lo que sabía de él, había vivido en distintos países del mundo como un gran empresario. Cada Navidad llamaba al abuelo durante cinco minutos y en el cumpleaños de Tadeo, enviaba un cheque para que Irene lo gastase en lo que este necesitara. Yo no le tenía gran estima, puesto que me parecía un hombre muy despreocupado respecto de su familia en un momento personal en que la familia lo era todo

para mí. Especialmente por aquel entonces. A pesar de ello, era consciente de que papá y mamá tampoco se preocupaban en exceso por nosotros. Debido a su profesión, cada dos meses se tomaban un descanso en sus trabajos respectivos y venían a vernos. Con el abuelo nunca nos faltaba de nada.

Irene, Tadeo y yo vivíamos con el abuelo porque, siendo adolescentes, nos dimos cuenta de que vivir con nuestros padres era insostenible. Se pasaban todo el día en las embajadas como diplomáticos y prácticamente habíamos vivido ella y yo solas durante largos períodos de tiempo en un apartamento en las afueras de Melía. Ya en aquella época yo necesitaba el mar. Irnos a vivir con el abuelo había sido una de las mejores decisiones. Ni siquiera les guardábamos rencor a nuestros padres por ello; el abuelo siempre había estado ahí y entendíamos que mamá y papá tuviesen una vida al margen de nosotras.

Por aquel entonces, me gustaba mi zona de confort. Néstor había vuelto a mi vida y, en cierto modo, me la había trastocado; si a ello añadíamos la llegada por sorpresa de Tristán, se podría afirmar que iba a precisar hacerla más flexible. O, de lo contrario, sufriría. Y no sabía si sería capaz.

—Sé razonable, Gala. No vamos a dejarlo en la calle, su empresa está en números rojos.

—¿Quieres decir que a Tristán no le queda nada?

—Nada en absoluto, me temo. Irene irá a recogerlo hoy al aeropuerto. Para cuando llegues del trabajo, ya estará aquí. Sé lo más amable posible, por favor.

Colgué y suspiré. De pronto, necesitaba reflexionar sobre ello. La vida era totalmente caprichosa e imprevisible. Tiempo atrás, Tristán había sido una especie de dios de los negocios, y de la música, y si nos comparábamos con su vida, nosotros éramos una insignificante constelación en el firmamento. Ahora venía a pedirnos ayuda. No quería ni imaginar lo doloroso que debía de ser aquello para su orgullo. Con ese pensamiento revoloteando, me compadecí de él.

Cuando llegué a casa a la hora de la cena, encontré a Tristán sentado en el porche, fumando. Me saludó con un tímido movimiento de la cabeza. Parecía ensimismado. El tiempo no había pasado para él: seguía siendo atractivo, alto y fuerte, pero con la diferencia de tener pronunciadas ojeras, y su cabello, antes negro, ahora era completamente gris. Debía de rondar los cincuenta y tantos. Me senté a su lado y miramos juntos el mar, que bramaba a lo lejos. La situación no podía ser más insólita.

—Apenas te reconozco, Gala. La última vez que te vi eras una niña nerviosa e inquieta. Me da la impresión de que a algunos de nosotros la vida nos tiene reservados ciertos reveses que hacen que cambiemos de forma irremediable.

Lo miré, extrañada. ¿Qué podía saber él de mí? ¿Qué le habrían contado?

—Imagino lo que estarás pensando. Irene me ha resumido muy por encima vuestras vidas en el trayecto desde el aeropuerto. No te enfades con ella; solo quería que fuéramos un poco menos extraños.

—No creo que podamos cambiar eso tan fácilmente. —Me levanté y decidí acostarme sin cenar.

Esa noche volvieron otra vez las pesadillas. Tristán quería llevarse a Tadeo para salvar su negocio, alegando que sería su heredero, mientras Irene lloraba desconsoladamente, embarazada de nuevo. El abuelo tenía hilos en los brazos y en las piernas y estaba hecho de madera, como si fuese una marioneta. Yo, por mi parte, me encontraba atada al sillón del abuelo mientras veía cómo mi mundo se desvanecía. Me desperté sudando y con la respiración entrecortada. Decidí bajar al comedor para ver la televisión. Afuera llovía copiosamente, parecía una señal del final del verano y el inicio del otoño. Los árboles de nuestro jardín habían empezado a perder sus hojas. Tadeo, en los últimos días, se había dedicado a esconderse debajo de ellas, esperando que Quiles lo encontrase. Irene le había sugerido que tal vez fuera mejor recogerlas y pintarlas, para decorar con ellas nuestro recibidor.

—Después no hay manera de quitarle las hormigas del cabello —se había quejado mi hermana.

Me preparé un té y me senté en el sillón. A pesar de la penumbra, podía distinguir el mar a través de la ventana que había detrás del sillón. De repente, me pareció ver una sombra y me sobresalté. Fue un milagro que no derramase el té por toda la moqueta.

—Soy Néstor, Gala. Perdona que te haya asustado, pero ¿podrías salir un momento? —susurró.

Con las manos todavía temblorosas, salí con la taza al porche. No entendía nada.

—¿¡Pretendes matarme de un infarto o qué!? ¿No te han enseñado que no está bien visto aparecer en medio de la noche en casa ajena?

—«No está bien visto»... —Reprimió una carcajada—. Ya veo que sigues igual de sarcástica. Esta noche no podía dormir, por lo que he venido a contarte dos cosas. La primera es que ya he descubierto la utilidad de las brújulas de estrellas. En la biblioteca de mi padre he encontrado este libro en

el que se explican rarezas y hechos insólitos de Melía. —Sacó un grueso volumen de debajo de la chaqueta, envuelto en un paño de cocina. Era un libro precioso, encuadernado en cuero, lleno de dibujos de las estrellas, con incrustaciones doradas a lo ancho de las cubiertas—. Puedes quedártelo y echarle una hojeada. Ya veremos qué podemos hacer con la brújula de Tadeo.

—Gracias —murmuré, todavía atónita por el valor del libro.

Néstor se sentó en el banco del porche. Como tiritaba, fui en busca de una manta y de manera instintiva lo envolví en ella. Me puse tensa, ya que ni siquiera había reparado aún en lo íntimo de aquel gesto.

—Siempre envuelvo a Tadeo cuando se queda dormido aquí. Ha sido un acto reflejo, perdona.

—No me ha molestado en absoluto —contestó mirándome fijamente.

Me senté a su lado, pero a una distancia prudencial. Además de la manta, le había traído un café; al fin y al cabo, era nieta de mi abuelo y para él resultaba muy importante ser buen anfitrión. Todavía recordaba cómo lo quería: corto de leche, con poco azúcar. Al acercárselo a los labios, vi una chispa en sus ojos. Sé que le había gustado el detalle y empezaba a parecerme peligroso el camino al que podía llevarnos todo aquello. No deseaba volver a llevarme bien con él. O, al menos, eso creía.

—¿Cuál es la segunda cosa que tenías que decirme?

Néstor se puso pálido. No debía de ser un asunto demasiado agradable. Me sentí algo culpable por abordar el tema directamente.

—Como puedes imaginar, guarda relación con mi padre. Alguien le ha ido con el cuento de que me ha visto dibujar en el paseo marítimo y anoche se puso hecho una auténtica furia. Jamás lo había visto tan enfadado, Gala. No sé si recordarás que mi padre es una persona complicada, muy temperamental, pero nunca lo había visto tan fuera de sí. Me ha gritado cosas bastante desagradables: que si soy la deshonra de esta familia, que qué pensarán los vecinos, que cómo he podido mancillar nuestro apellido de este modo... A mamá no le ha parecido tan grave, pero no se ha atrevido a expresar su opinión.

—Y tus hermanos, ¿qué piensan?

—Héctor se ha quitado de en medio, incluso ha hecho el gesto de lavarse las manos, creyéndose una especie de Poncio Pilatos, mientras que Adrián todavía se encontraba en la oficina, así que ni siquiera estaba presente.

Miramos los dos nuestras respectivas tazas. Néstor no se había portado del todo bien en el pasado, pero no se merecía ser humillado de ese modo. Solo

perseguía un sueño; lo que yo habría dado para que algo me revolviera tanto las entrañas que me arrastrase a mi propia perdición...

—Néstor, siento mucho que...

—Lo sé, tampoco he venido a pedirte compasión, Gala. Estas situaciones son incómodas de por sí; simplemente necesitaba que alguien me escuchase, nada más. No resulta fácil hablar, ya sabes que se me da mejor escuchar. Tengo que lidiar con mi padre, pero es asunto mío y solamente mío. Gracias por estar ahí, a pesar de no haberte dejado otra opción, abordándote en medio de la noche. Por otro lado, estas últimas semanas en Melía junto al mar me han dado qué pensar; he tenido mucho tiempo para ello. He recordado, por ejemplo, todas las tardes de verano que pasábamos los cuatro en la playa y cuánto lo he echado de menos. Ha sido una gran bofetada por parte de la realidad. Me enteré de lo de Simón estando allí y no te he podido preguntar hasta ahora..., ¿cómo lo llevas?

Jamás me habían abordado sobre aquello de manera tan directa. De todos modos, no me pareció para nada ofensivo, tan solo sorprendente. Y atrevido. Había olvidado lo muy directo que podía llegar a ser Néstor cuando algo lo preocupaba.

—¿Cómo se pueden llevar estas situaciones, Néstor? Este último año ha sido bastante... malo. Veo a Simón por todas partes, a cada paso, en cada ola del mar. También las luciérnagas, que le gustaban tanto, me recuerdan a él. Supongo que me gusta pensar que ya forma parte de este entorno, de las estrellas que parecen vigilarnos. Que todo él se encuentra en el agua que bebo y en el aire que respiro, que nunca se irá. —No me había dado cuenta, pero unas cálidas lágrimas habían empezado a correr por mis mejillas. A pesar de ello, no era un llanto desconsolado como cuando murió, sino que simplemente estaban ahí, silenciosas, reveladoras del dolor que aún albergaba.

Néstor me miró y me agarró de la mano. Me dio un vuelco el corazón, pero esta vez más fuerte. La aparté.

—Jamás dejaré de pensar que podría haber estado ahí en el momento de su muerte. Se lo debía; él estuvo conmigo en cada período importante de mi vida. ¿Por qué no me limité a estar con él en los últimos instantes de la suya?

Néstor me miraba sin comprender.

—Perdona, imagino que no conoces toda la historia.

Bebí de la taza, respiré hondo y empecé mi relato:

—El verano pasado, justo después de acabar los exámenes de acceso a la universidad, Melía dio una gran fiesta. Intentaron que fuera como la del equinoccio de otoño, pero esta vez celebrando el inicio del verano. Hicieron

una gran hoguera en la playa y todo el mundo bailó, comió y bebió mucho. La fiesta iba bien, hasta que Zenón y los suyos retaron a Simón a nadar en medio de la noche hasta llegar al faro. Sí, aquel que está tan lejos del pueblo. Todos sabían cuál era la orientación sexual de Simón, e imagino que aquellos imbéciles quisieron poner a prueba su masculinidad o alguna estupidez semejante. Bien sabes que Simón intentaba parecer siempre seguro de sí mismo, pero la realidad no podía ser más distinta. Lo incitaron a nadar junto a Zenón y los demás en medio de la noche, con el mar bravo, y Simón, que había bebido demasiado, siendo tan delgado como era y, además, sin apenas saber nadar, fue arrollado por las olas. Sí, por ese mismo mar que yo siempre había adorado... —En este punto de la historia, yo me había deshecho en lágrimas. No pude ocultar más mi dolor y Néstor me abrazó, envolviéndonos a ambos en la misma manta.

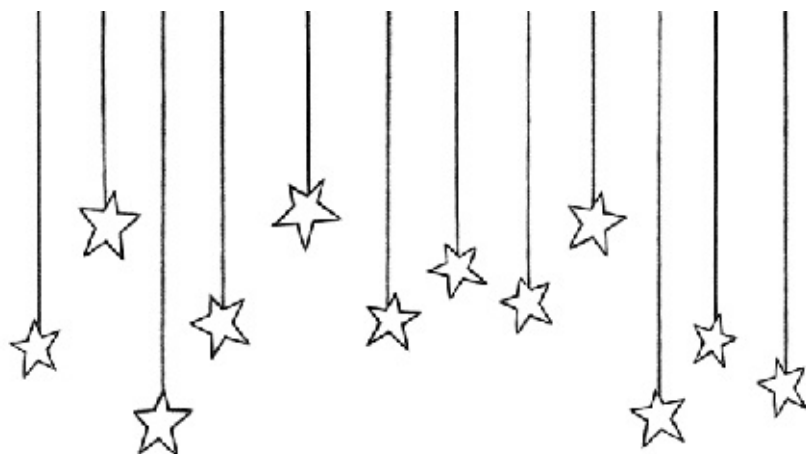
—Siempre digo que yo no estuve entonces con él porque justamente me encontraba discutiendo con Acacia. Ella había empezado a llevar una vida distinta; se había vuelto una chica popular y Zenón iba tras ella. A Acacia se le subieron un poco los humos a la cabeza y aquella noche me armé de valor para soltarle todo lo que había estado guardándome. Nunca más he mantenido una discusión tan acalorada como aquella. Recuerdo a Acacia con el cabello castaño pegado a su cara, empapada en sudor, vestida con aquel bikini blanco que tan bien le sentaba. Nos gritamos cosas horribles; me arrepiento muchísimo de todo cuanto le dije. Culpé a Acacia de haberse vuelto fácil, más accesible para los chicos, y de no hacerse respetar. No podía estar más equivocada. Ninguna chica tendría que decirle a otra nada parecido. Deberíamos ayudarnos entre nosotras en vez de tirar piedras sobre nuestro tejado. Ella, por su parte, me llamó «amargada», «huraña» y «reprimida». Fue justo en medio de nuestra discusión cuando alguien se nos acercó y nos pidió a todos los que estábamos en la playa que nos apartásemos, que un chico se había ahogado y había que sacarlo pronto del agua. Tuve una corazonada, yo estaba unida a Simón por un hilo invisible; éramos hermanos de distinta sangre. En el momento en el que vi su rostro pálido, los labios morados y su cuerpo sin vida, se me cayó el mundo a los pies. Un dolor intenso me sacudió de arriba abajo y me quedé sin aire. Me desplomé en el suelo. Recuerdo despertar horas después en la sala de enfermería de los socorristas. Desorientada, miré a mi alrededor. Encontré a Acacia sentada en un taburete observándome fijamente. Tenía lágrimas en los ojos. No hizo falta que me dijese nada, comprendí su dolor. Me abrazó y lloramos desconsoladas, hasta quedarnos entumecidas. Recuerdo que en silencio, Acacia se marchó,

dirigiéndome una última mirada. Ese fue el último momento que vivimos juntas. Desde entonces cada una ha llevado el duelo a su manera, separadas. Imagino que nos culpamos mutuamente por aquella discusión, porque fuimos demasiado egoístas pensando en nuestros problemas de adolescentes como para estar al lado de Simón.

Salí de aquel recuerdo como si de una bomba de humo se tratase. No había vuelto a expresar mis sentimientos de aquella noche desde hacía más de un año. No me permitía llorar por Simón delante de nadie; ni siquiera del abuelo o de Irene.

A decir verdad, apenas lo mencionaba, apenas podía hablar de él sin que la culpa me corroyese por dentro. Néstor me apretó más fuerte. Con mi permiso, se levantó a prepararme otro té. Todavía recordaba dónde se encontraban las cosas en mi casa. Seguían en el mismo sitio. «Con un té caliente entre las manos se puede pensar mejor», me dijo. Me permití apoyar la cabeza en su hombro. «Solo es una noche, solo se trata de Néstor —pensé—. Mañana ya puedo volver a ser la de siempre: huraña, triste y solitaria». Tal vez no me había dado cuenta aún de que, poco a poco, ese rol adoptado hasta entonces estaba dejando de encajar conmigo; resquebrajando mis propias barreras.

—Puede que lo que vaya a decirte ahora no sirva de nada, pero no creo que ni Acacia ni tú seáis culpables de la muerte de Simón. También sé que no voy a hacerte cambiar de parecer; eres una persona de fuertes convicciones. Solo te pido que razones un poco y te des cuenta de que no siempre eres la responsable del destino. Ni del tuyo ni de nadie, *Casiopea*.



capítulo cinco

LA OSA MENOR

A ti, Gala:

No te compares con los demás. Ya sabes lo que dicen: las comparaciones son odiosas.

La conversación con Néstor me había dejado una especie de resaca emocional. Me desperté con los ojos hinchados y el corazón encogido. Con la luz de la mañana recordé un detalle que el transcurso de los años había enterrado por completo. La noche anterior Néstor me había llamado «Casiopea». De «Cefeo y Casiopea». Cefeo era el nombre con el que había firmado el retrato del abuelo. Había olvidado la relación que esos nombres guardaban con nosotros. Como muchos saben, Cefeo y Casiopea son dos constelaciones. Pero en la mitología griega habían desempeñado asimismo un papel importante. Padres ambos de Andrómeda, fueron los reyes de la Etiopía de aquel entonces. Casiopea pecó de vanidosa, afirmando que su belleza era incluso mayor que la de las propias Nereidas, y fue castigada por los dioses a permanecer sentada en un trono invertido como expiación de su pecado. Cefeo, por su parte, aparece como una figura pasiva y enamorado de su mujer. A Néstor y a mí habían empezado a llamarnos «Casiopea y Cefeo» en el instituto. En aquel momento, y por alguna extraña razón, todas las inseguridades que podía reunir una adolescente parecían no aflorar en mí, y

me vanagloriaba de ello pensando que mi voz tenía importancia dentro de mi pequeño mundo, y en ocasiones era un tanto insolente. Néstor era mi fiel acompañante, por lo que las malas lenguas de Melía nos identificaron con el desdichado matrimonio. Aun así, un día descubrimos que Melía tenía reservada otra historia para ellos, su propia versión del mito. Nuestra aldea era amante del cielo, de modo que encontramos en un libro de la biblioteca municipal la siguiente leyenda:

Cefeo y Casiopea eran reyes de un pueblo lejano, perdido entre las montañas. Les encantaba admirar el mundo y todos sus elementos: el mar, el fuego, el aire, las montañas... En una ocasión, Cefeo quedó herido en una de las batallas que asolaban la zona y perdió la movilidad de las piernas para siempre. Fue entonces cuando Casiopea decidió convertirse en la cabecilla del ejército, a pesar de las protestas de sus consejeros y de los rumores que circulaban por el pueblo. Después de esto consiguió la victoria en muchas de sus batallas, hasta que en una de ellas resultó herida de muerte. Falleció en brazos de Cefeo y él, sumido en la más profunda tristeza, no tardó mucho en correr su misma suerte. Cuenta la leyenda de Melía que ambos se convirtieron en constelaciones para poder seguir admirando juntos el mundo.

A Néstor y a mí, durante nuestra adolescencia, nos gustaba quedarnos con esta otra versión algo más edulcorada. Preferíamos pasar por admiradores del mundo antes que ser yo una vanidosa y él, un rey sin voz ni voto. Es cierto que aquella noche, cuando él me entregó la colección de leyendas y pasé mis dedos por encima de la caligrafía dorada que explicaba la historia de Cefeo y Casiopea, la historia ya no me parecía tan ideal. Pero posiblemente lo que sucediera fuese que mientras ellos seguían siendo los mismos, yo había cambiado durante ese intervalo de tiempo. A pesar de mi fe ciega en las estrellas, no creía en los cuentos de hadas y tampoco estaba segura de si alguna vez había creído en ellos. Aun así, no fue hasta la noche anterior cuando reparé en nuestros antiguos apodos. Néstor había firmado el retrato de Tadeo como «Cefeo» y me había llamado «Casiopea». ¿Con qué fin? ¿Qué pretendía recuperando viejos recuerdos? ¿Y por qué yo había olvidado todo aquello?

En esas cavilaciones estaba en el momento en que Tristán salió al porche. Cerré el libro y justo me disponía a levantarme cuando mi tío dijo:

—No, no te levantes. No me gustaría pensar que te incomodo en tu propia casa.

«Demasiado tarde para ello», pensé. Volví a sentarme, pero esta vez no abrí el libro. Él se sentó a mi lado, dejando una distancia prudencial entre nosotros. Observé sus movimientos, lentos pero seguros, mientras se sacaba un cigarrillo del bolsillo, lo encendía y se lo llevaba a los labios.

—Ahora, a mi edad y en mi situación, es cuando la vida me ha enfrentado de golpe con la realidad. Ha sido como recibir una ducha de agua fría, en contra de mi voluntad. Me doy cuenta de que no tengo a nadie permanente en mi vida y de que ni siquiera me quedan ingresos. Por eso he decidido utilizar el tiempo que me queda en Melía, la vuelta a mis orígenes, para tomar conciencia de todo lo hecho hasta ahora y poder remediarlo en la medida de mis posibilidades. Voy a confesarte algo, a pesar de que probablemente no te interese; de hecho, lo hago para pedirte un favor.

No daba crédito a lo que escuchaban mis oídos. Me levanté con intención de volver a mi habitación y mi tío dijo:

—Sé que no tengo derecho a hacerlo, pero escúchame, te lo suplico.

Lo miré. Como él vio que había accedido, aunque fuera en silencio, decidió explicarme de qué iba todo aquello:

—Pues bien, en mi adolescencia estuve saliendo con una chica maravillosa. Era inteligente, divertida e increíblemente hermosa. Un día desapareció y no volví a saber nunca más de ella. La busqué a lo largo y ancho de toda la región e incluso gasté mis ahorros de entonces para volar a otros lugares en su busca. Fue en vano. Ya sabes que desde siempre Melía ha sido una aldea preciosa, pero llena de malas lenguas. En aquella ocasión se dedicaron a airear que se había quedado embarazada y que sus padres la habían enviado al extranjero. Tenía diecisiete años. Yo le doblaba la edad. Leonor nunca más volvió, al igual que sus padres, que también desaparecieron. Durante estos últimos tiempos, los recuerdos volvieron a mí, de modo que gasté los ahorros que me quedaban en contratar a un detective privado; este me ha dicho que, efectivamente, sí hubo un bebé y que es muy probable que se encuentre en Melía. Por eso y por otros motivos, ahora estoy sin blanca, pero en cierto modo no me importa si eso supone encontrar lo que ando buscando. ¿Te imaginas que pueda haberme cruzado con mi hijo o hija y ninguno de los dos sea consciente de ello? Gala, y ahora te lo pido por favor, ayúdame a encontrarlo. Tú conoces a la gente joven de Melía y, según mis cálculos, debe de tener poco más de veinte años. Nada me haría más feliz que

reconciliarme con mi pasado y poder darle a mi hijo o hija la posibilidad de conocer a su padre, si es que todavía lo desea.

—Entiende que esto me resulta difícil de procesar. Demasiados cambios en tan poco tiempo. Pero ¿por qué me lo pides a mí? Si te soy sincera, creo que a Irene le haría más ilusión, es más proclive a los sentimentalismos.

—Pues por eso mismo. Eres demasiado joven para haber perdido la fe en tantas cosas. Puedo ver en ti que te has vuelto sombría con demasiada antelación. Albergó la esperanza de que tal vez, si encontráramos lo que busco, caerían tus barreras y volverías a creer un poquito más en el destino.

Con su propuesta, Tristán acababa de unirse al club de los «Salvemos a Gala de las sombras», junto con mi abuelo, Irene, Violeta y Néstor. Mi tío me ofrecía un trato del que ambos podríamos sacar algo bueno. ¿De verdad merecía la pena ayudarlo? «Simón, piensa en lo que haría Simón», me recordé.

—De acuerdo. Pero esto no significa que a partir de ahora mantengamos una relación íntima de «tío-sobrino» ni que seamos felices y comamos perdices.

—Lo entiendo perfectamente y no esperaba menos. Gracias, Gala, lo digo de corazón.

Tristán había vuelto a mencionar el destino, al igual que Néstor lo había hecho la noche anterior. *Destino*. Según el diccionario, se podría definir como «la creencia popular basada en una fuerza desconocida que teje los hechos determinándolos a un fin concreto». No estaba segura de hasta qué punto me gustaba pensar que mi vida era una telaraña en manos de alguna fuerza superior que movía esos hilos de modo caprichoso. De acuerdo con eso, la muerte de Simón era resultado del destino. Como también lo había sido el nacimiento de Tadeo o mi reciente renuncia a estudiar Medicina. El regreso de Néstor. La discusión con Acacia. Me dolía la cabeza solo de pensarlo.



Las temperaturas habían descendido y me vestí con un jersey de lana, ancho y largo para ir a la floristería. De camino, dediqué varios minutos a pisar las hojas que encontraba a mi paso y a disfrutar de su crujido. Como tenía tiempo de sobra, anduve un buen rato por el paseo marítimo y pude ver que Néstor no estaba. Deseé con todas mis fuerzas que la discusión con su padre no hubiese hecho tanta mella como para renunciar a su único sueño. Esto me llevó a reflexionar en mi propio futuro y reparé en que no había pensado todavía en la sección que debía cubrir en *La Gaceta*. Llegué al trabajo sin ninguna idea

clara. Me resultaba difícil encontrar una idea original, pero, además de eso, mi deseo era poder ocuparme de una sección que tuviera una utilidad social. Es decir, que permitiese cambiar o ayudar a los habitantes de Melía de algún modo. No sé si pedía demasiado.

La tarde transcurrió algo lenta. La señora Carmen se había encerrado en la trastienda durante horas para hacer inventario y hablar con los proveedores. Sospeché que empezaba a negociar con posibles compradores para poder traspasar el negocio una vez que se jubilara. Le pedí a mi jefa si podía llevarme un ramo de geranios para adornar el salón. Al abuelo le gustaría.

Junté unos cuantos y los até con un lazo de color malva, a juego con las flores. Mientras me dedicaba a seleccionarlas, me di cuenta de lo mucho que disfrutaba trabajando allí; la señora Carmen era encantadora y, a pesar de ser una persona sincera que si necesitaba poner las cosas en orden, no dudaba en hacerlo, siempre tenía una sonrisa dispuesta para regalar. Por otro lado, las flores me daban paz, me encantaba estar rodeada de ellas. Había aprendido mucho sobre su tipología durante el tiempo que llevaba trabajando en la floristería. Aunque estaba convencida de que la señora Carmen haría todo lo posible para que el próximo dueño no me despidiese, tampoco podía aferrarme a esa idea. Debía empezar a buscar un trabajo cuanto antes. La redacción podía ser una salida. Se presentaba como una oportunidad para encontrar mi sitio en el mundo (o al menos intentarlo) y después de dos años ahí, tampoco pensaba quedarme en la floristería mucho tiempo más. Fue entonces cuando tomé la decisión: antes de que acabase el día, pensaría hasta exprimirme los sesos, de manera que el próximo sábado pudiese presentarles a mis compañeros una idea lo bastante atractiva para mi sección.

Como la señora Carmen me dejó salir una media hora antes de que acabase mi turno, me pasé por la cafetería de enfrente para tomarme un té. Normalmente habría pedido que lo preparasen para llevar, pero aquel día decidí sentarme junto a una de las ventanas y disfrutar del mar. Saqué un bolígrafo de mi mochila y en una servilleta empecé a apuntar posibles ideas para mi sección. En eso estaba cuando levanté la mirada y vi entrar a Acacia. Se me secó la garganta. Ambas fuimos conscientes de que nos habíamos visto, así que no pudimos disimular. «Maldito pueblo, qué pequeño es», maldije para mí. Para mi sorpresa, Acacia tomó su taza de café, se acercó a mi mesa y se sentó en el sofá de enfrente.

—Hola. Si no te importa, me sentaré aquí un rato, ¿de acuerdo?

—Eeh... Muy bien.

Acacia se puso a hablar a gran velocidad, de forma atropellada:

—Supongo que es un poco raro que nos sentemos juntas, pero es que hoy he tenido un día un poco duro y ha sido verte y..., no sé, me ha traído viejos recuerdos y, no sé..., tal vez quería aferrarme un poco a ello, a mi vida de entonces, ¿sabes? Cuando todo era diferente y..., perdona, ni siquiera sé por qué te estoy contando todo esto.

La sensación de que el verano estaba concluyendo hacía que los habitantes de Melía olvidasen el pasado. Se avecinaban nuevos aires, y las lluvias del otoño se encargaban de barrer viejos sentimientos.

—No, tranquila, no me molesta en absoluto que te sientes aquí. Todos tenemos días que preferiríamos olvidar.

Acacia sonrió de medio lado. Era el tipo de sonrisa que utilizaba en los momentos en que no sabía qué decir por miedo a romper a llorar. Todavía recordaba aquel detalle sobre ella, pero decidí no mencionarlo.

—Imagino que asistirás a la celebración del equinoccio de otoño, ¿verdad? Tengo la impresión de que este año va a ser algo grande. No sé si recuerdas que me encanta confiar en las estrellas y en el destino.

Destino.

En menos de una semana, tres personas que habían formado parte de mi pasado inmediato habían mencionado el dichoso término.

—Sí, lo recuerdo. También sé que a tu madre le gustaba echar las cartas e intentar adivinar el futuro de la gente.

—Me hace gracia que digas «intentar», porque es verdad que, a pesar de ponerle mucho empeño, no consigue salirse con la suya. Hace unos meses estaba convencidísima de que Zenón y yo íbamos a dejarlo y de que mis amigas me darían la espalda, pero..., bueno, no ha sido así. —Volvió a poner esa sonrisa.

—Nunca he tenido la oportunidad de preguntarte, pero ¿Zenón y tú estáis bien?

—Eeh..., sí. Tenemos nuestros más y nuestros menos, como cualquier otra pareja, pero creo que sí. —Sonrió.

No me pareció en absoluto convencida. Mientras afirmaba aquello, no me sostuvo la mirada, además de no dejar de jugar con las servilletas hasta hacerlas trizas.

—Me alegro, entonces. Ya verás cómo mañana será otro día —dije, intentando animarla.

—Sí. ¿Qué tal está tu familia? El otro día vi a Tadeo en la playa y ¡qué alto lo vi! Se parece muchísimo a tu hermana.

Me llenaba de orgullo hablar de mi sobrino. Le sonreí como pocas veces hacía en los últimos tiempos.

—Sí. Tadeo es el rey de la casa. Aunque a veces nos saque de quicio; ahora le ha dado por enterrarse bajo las hojas del jardín y esperar largo rato a que Aquiles lo encuentre. El otro día a Irene casi le da un infarto porque no había manera de dar con él. Después nos tiramos horas intentando quitarle las hormigas del pelo. Lo tiene tan rizado que resultaba imposible.

Acacia rio. Había olvidado lo preciosa que era su risa: musical, sincera y despreocupada. Por un instante, me hizo feliz verla así.

—Por cierto, ¿has visto quién ha vuelto a Melía? ¡Néstor! ¡*Nuestro Néstor!*

—Sí, lo sé. —Por alguna razón, empezaba a sentir calor.

—¡El otro día incluso me hizo un retrato! Es un genio. Siempre supe que tenía talento. Imagino que su padre no debe de compartir la misma opinión. La semana pasada vi a Gustavo hecho una furia en el acto que organizaba el Ayuntamiento para salvar a los perros de la perrera municipal. Lo estuve observando durante toda la velada y no paraba de sudar; no sonrió ni una sola vez. Qué rígido es ese hombre, de verdad. Néstor, a su lado, estaba muy pálido. En mitad del discurso de la alcaldesa, se marcharon los dos. ¿Tú has hablado con Néstor?

—Eeh, sí, algo hemos charlado. Tadeo lo ha invitado a su fiesta de cumpleaños del domingo.

Acacia me dirigió una mirada suspicaz. Levantó las cejas varias veces de arriba abajo. Parecía que no hubiera pasado el tiempo entre nosotras. Me recordó a los viernes que pasábamos en su casa, comiendo *pizza* y cotilleando sobre los chicos y las chicas del instituto.

—No es para nada lo que estás pensando; mi sobrino le ha tomado cariño y por eso acudirá, nada más. También les hizo un retrato a él y al abuelo.

—Ya. Sigo pensando que a pesar del tiempo todos seguimos siendo los mismos por dentro, incluso... Simón habría seguido igual.

Nos pusimos tensas. El ambiente, de algún modo, se enrareció. Decidí cambiar de tema; no quería que aquella conversación se volviera de pronto incómoda cuando había sido tan agradable.

—¿Sabes que he empezado a trabajar en *La Gaceta de Melía*? Aunque por ahora creo que voy a escribir bajo un pseudónimo porque me da mucha vergüenza...

—¿En serio? ¡Eso es genial, Gala! Algo comentaba mi abuela el otro día. Y ya sabes lo rápido que vuelan por aquí las noticias. Me alegro muchísimo

por ti. Estaba convencida de que Néstor sería un gran dibujante, al igual que tú escritora o algo parecido. Y en cuanto al pseudónimo, depende de los temas que quieras tratar. Si ves que se trata de un asunto íntimo o comprometido, siempre puedes protegerte así. Oh, lo siento, debo irme. Ha sido agradable hablar contigo, lo digo de verdad. Por cierto, el domingo mi padre organiza un acto para proteger los bosques de Melía, ya sabes. Habrá comida, música y casi todo el mundo asistirá. Cuando acabe la fiesta de Tadeo podrías pasarte; estás más que invitada. Bueno, ¡nos vemos!

En ese momento me di cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Su espontaneidad, su alegría y despreocupación. Es cierto que en el último año la había observado desde cierta distancia y en pocas ocasiones me pareció reconocer a la antigua Acacia. La encontraba a menudo taciturna y distante, y cuando le hablaban, asentía automáticamente y de vez en cuando regalaba una débil sonrisa. A continuación, volvía a sumirse en sus pensamientos. Mientras que yo me había mostrado de algún modo presente, ninguno de los que ella llamaba «amigos» se había preocupado lo más mínimo por preguntarle si se encontraba bien o qué era lo que realmente le ocurría. Pero yo la conocía de veras. Simón y yo la conocíamos bien. Ella misma estaba siendo su propia enemiga; aplastaba a su auténtica yo con tal de encajar mejor entre aquella gente. Y me parecía totalmente incomprensible porque la verdadera Acacia no podía ser más estupenda.

De vuelta a casa, rememoré toda la conversación mantenida con ella. ¿Por qué parecía tan apagada? ¿Cuál era el motivo por el que evitó a toda costa hablar de Zenón? Según ella, su madre se había equivocado totalmente en su predicción. Y lo más importante, ¿algún día conseguiríamos hablar de Simón sin que sintiésemos miles de agujas clavándose en nuestros cuerpos?

Durante la cena, Tadeo se mostró muy hablador. Según él, ya tenía casi siete años y había dejado de ser un niño. Debíamos tratarlo como a un adulto.

—Si ya eres de veras un adulto, creemos que tendrás que lavar los platos esta noche, como hacemos los demás —dijo el abuelo.

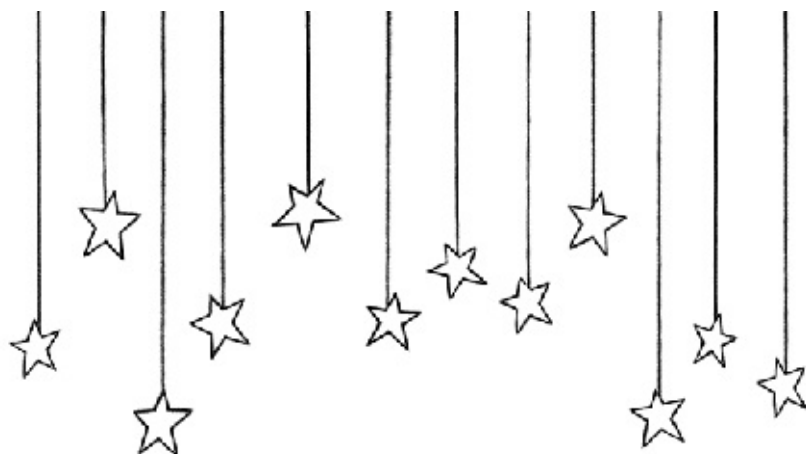
Tadeo miró a Aquiles. Cuando mi sobrino se encontraba en alguna especie de encrucijada, perro y dueño solían mirarse fijamente.

—Aquiles dice que no. Que prefiere ser un niño todo el tiempo que le dejéis. Lavar los platos es un rollo. Preferimos ver la Osa Menor por la noche; ojalá la encontremos.

Todos nos miramos al unísono y nos tronchamos de risa, incluso Tristán se tapó la boca con la servilleta para reír. Tadeo solía decir cosas de adultos que aprendía en medio de sus frases infantiles. Entonces aprovechó para darle

las aceitunas que no le gustaban al perro. Fingí que no lo había visto; no tenía ganas de regañarlo, ya que, en resumen, había sido un buen día. Entonces caí en la cuenta de que era el momento adecuado para adornar la mesa con el ramo de geranios. En la mirada del abuelo sentí su agradecimiento.

Más tarde, Irene y yo nos acomodamos en el sofá y nos preparamos un té. Me contó su jornada en el restaurante y yo le expliqué lo que había vivido aquel día. Finalmente, en medio de la conversación, se quedó dormida. Trabajaba muchísimas horas en el restaurante y cuando llegaba la noche le suponía un gran esfuerzo hablar largo rato. La tapé con una manta y me senté a su lado. El silencio me envolvió y quedé sumida en mis pensamientos.



capítulo seis

TAURO

A ti, Gala:

No te sientas mal por querer parar de vez en cuando. Siéntate, tómate tu tiempo y mira las cosas con perspectiva. Permítete no hacer nada; a veces hay que detenerse para volver a empezar.

Llegué a la redacción de *La Gaceta* el sábado por la mañana muy temprano. Llevaba mi termo lleno de té verde para poder aguantar todo el día. Me senté en mi ordenador y, nerviosa, no pude escribir ni una sola línea sin que mi imaginación volase hacia otro lugar. Finalmente, me levanté y me dirigí al despacho de Violeta. Golpeé tres veces con los nudillos y esperé respuesta. Violeta abrió la puerta y me saludó con un gesto de la cabeza, ya que se encontraba pegada al teléfono. Me senté en una silla y esperé a que acabase la conversación. Colgó el teléfono y me miró, expectante.

—Siento molestarte, pero... vengo a presentarte la idea que se me ha ocurrido para la sección.

—Tú dirás. Te escucho.

—A ver, en primer lugar, me gustaría firmar con un pseudónimo, si no es mucha molestia. Como tú bien dijiste, conozco a gente del pueblo y no desearía sentirme incómoda a partir de ahora, ya que me gusta demasiado pasar desapercibida. —Sonreí tímidamente.

—Eeh..., no me había planteado esa opción, pero no creo que sea un problema.

—Gracias, Violeta. La idea sería abrir un apartado en el que la gente pudiera pedir una segunda oportunidad a sus seres queridos. Por ejemplo, parejas que han roto y que, como todavía se quieren, se pidan perdón para intentar recuperar su relación; amigos que han perdido la amistad debido a un problema que pueda resolverse; gente que busque a alguien especial de quien ha perdido toda pista o el contacto... —Paré, por miedo a que a Violeta le pareciese una mala propuesta. Había sido la conversación en la cafetería con Acacia la que me había inspirado.

—¡Me parece una idea fantástica! Hace mucho que creo que este pueblo tiene demasiadas heridas abiertas y que no le iría nada mal empezar a cerrarlas. Justamente el otro día, mi madre me comentó que sus vecinos no se hablan desde hace años y que sospecha que el motivo es de lo más absurdo. Muy bien, Gala, ¡te felicito! Ahora, si me disculpas, déjame sola que tengo mucho que hacer.

Salí del despacho pletórica. Nunca había confiado demasiado en mis habilidades como escritora, pero el hecho de que a Violeta le hubiese gustado tanto me dio fuerzas. Me cargó las pilas que había tenido en desuso durante tanto tiempo. Estaba tan feliz que al volver a mi sitio sonreí a mis compañeros. Empezaba a comprobar que no era tan difícil sonreír de vez en cuando. Y que, además, daba buenos resultados.

El resto de la jornada lo pasé escribiendo el artículo que anunciaría mi nueva sección. Firmé como «Tauro», mi constelación favorita. Como empezaba a sentirme mejor, pensé que sería un bonito homenaje a las estrellas. Cuando lo hube acabado, empezaron las dudas. «¿Y si nadie enviaba nada? ¿Y si resultaba una completa estupidez?», me dije. Finalmente, decidí no darle más vueltas de las necesarias y mandé el artículo a imprimir. En aquel momento, me llegó un mensaje al móvil. Era de Néstor, preguntándome qué podía regalarle a Tadeo por su cumpleaños. «No hace falta que traigas nada, pero como sé que te empeñarás, te diré un secreto: si le regalas un traje de explorador, te querrá toda la vida», contesté. No pude evitar sonreír para mis adentros. Con independencia de mi relación con él, empezaba a gustarme la idea de que Néstor formase parte de la vida de Tadeo. A ambos los favorecía.

Aquel mediodía el abuelo había ido a comer con la señora Carmen al paseo marítimo. Irene estaba en el restaurante y Tadeo le había suplicado a mi hermana que le dejase quedarse a comer en casa de un amigo para celebrar

una especie de precumpleaños. Por lo que nos había dicho él mismo aquella mañana, Tristán pasaría el día en casa de unos viejos conocidos.

Así que me encontré sola en casa y, a pesar de que al principio me resultó extraño, no tardé en disfrutar de la situación. Me preparé una ensalada de pasta, agarré el libro de Néstor y me senté en el porche aprovechando que había dejado de llover.

Me envolví en una manta mientras escuchaba los últimos pájaros de la temporada. No tardarían en marcharse a otro lugar más cálido. Aquel año el otoño había decidido ganarle la carrera al verano y se le había adelantado. A mí me encantaba. Mientras todos se lamentaban de la partida del verano, yo no podía sentirme más emocionada por el cambio de estación. Podría preparar y comer manzanas de caramelo con Tadeo, llevar jerséis holgados y calcetines de lana; además, el té me sabría más gustoso y podría disfrutar de sus pequeñas humaredas. O del crujido de las hojas bajo mis botas de agua. Pero también del color naranja de los paisajes, al mismo tiempo que, como la playa empezaba a desalojarse poco a poco, eso iba a permitirme tenerla para mí sola.

Entre sorbo y sorbo de té, me enfrasqué en las leyendas de Melía. Desconecté el móvil y me dediqué por entero a leer. Había perdido la costumbre. Cuando Simón se marchó, era incapaz de concentrarme en algo durante un buen rato; me pasaba el tiempo en la playa reprochándole al mar lo que había hecho o, simplemente, tumbada en mi cama, con los ojos cerrados, esperando a que el dolor remitiera. Supongo que fue uno de los motivos por los que abandoné Medicina. Me había pasado el primer año de universidad vagando como una zombi entre los pasillos de la residencia, apenas asistía a clase y me resultaba imposible abrir un libro y estudiar. El primer cuatrimestre lo aprobé todo de milagro, mientras que cuando llegaron los exámenes del segundo período, como se acercaba la fecha de la muerte de Simón, no pude hacer nada; me corroían los recuerdos y la culpa. A lo largo de muchas noches en las que me quedaba en un estado de duermevela, pensaba a menudo en Acacia y en cómo debía de estar pasándolo ella. Si lo habría superado o si, como yo, no podría pegar ojo. Un par de veces estuve a punto de llamarla, pero desistí.

Fue en una de aquellas noches cuando llamé al abuelo y le dije que no pensaba ser médico, que me diese un poco de tiempo para devolverle el dinero y que ya pensaría en lo que hacer. Su voz sonó decepcionada; su nieta ya no iba a ser doctora, como a todos les había contado. Pero accedió.

Encontré el capítulo dedicado a las brújulas de estrellas. Se presentaba como un estudio exhaustivo y detallado sobre el artilugio, pero salté las primeras páginas hasta llegar a su funcionamiento, y poco se sabía. Una antigua leyenda popular afirmaba que en el equinoccio de otoño, cada cien años, la brújula podía iluminarse e indicar el camino correcto a los deseos de su dueño. Una vez que la brújula encontrase la Osa Menor. ¡Algo así había dicho Tadeo! «Preferimos mirar la Osa Menor por la noche, ojalá la encontremos». Curiosamente, el próximo equinoccio en el que iba a suceder algo semejante era justo el de ese mismo año. Vacilé. No estaba segura de si creérmelo del todo. Aun así, decidí que informaría a Néstor de mi descubrimiento, porque estaba convencida de que le gustaría saberlo. En ese preciso momento, vi de lejos una figura. Era la de Néstor. Se acercaba corriendo, pero no en dirección a casa, sino hacia la esquina, donde torció. Lo llamé. Como llevaba puestos los auriculares, supuse que no me había oído, así que me levanté, dejé la manta y fui tras él. Al verme, abrió los ojos como platos. No le permití hablar.



—He descubierto algo sobre la brújula. Es un objeto que sirve de guía. En teoría, durante este equinoccio se encenderá y mostrará nuestros caminos,

pero siempre y cuando se alinee con la Osa Menor.

Néstor, con la voz entrecortada por la carrera, contestó:

—Muy bien, pero lo que me pregunto es por qué has venido a contármelo justo ahora si mañana nos vemos, ¿verdad?

Me había descubierto. Sentí una ola de calor subir por mi cara.

—Eeh..., ¿quieres pasar a tomar algo? ¿Agua?

Accedió. No entendía qué me estaba pasando. Durante los últimos días había pensado en «la verdadera Acacia» y en los esfuerzos de esta por esconderla, mientras que, al parecer, yo me estaba dejando llevar por la auténtica Gala.

Nos sentamos en el porche a tomar la limonada que el abuelo había preparado aquella misma mañana. Él solía decir que los problemas eran menos serios con un vaso de limonada entre las manos. Cuando Irene se ponía nerviosa, era común encontrarla bebiendo limonada. Incluso en alguna ocasión, Tristán se había servido un vaso. O varios. Empezó a llover con fuerza y entramos en la casa. Hablamos de la brújula, especulamos sobre ella. También mencionamos la fiesta de Tadeo. Le nombré a los invitados, pero como Néstor había vivido en Suecia, no pudo reconocer a ninguno.

—Ojalá no llueva. No me gustaría tener que hacer la fiesta en el interior —comenté.

—Esto..., Gala..., creo que ha llegado el momento de que me disculpe contigo.

Lo miré directamente. Yo había estado evitando esa conversación durante dos semanas, pero imaginé que no podíamos seguir sin hablar de ello durante mucho más tiempo. Dejé la limonada en la mesa, crucé las manos y le presté atención.

—Como ya sabes, cuando llegué a Suecia todo iba bien. Hice amigos rápidamente y, a pesar de que el idioma me resultaba difícil de entender, al final, con mucho esfuerzo y dedicación, lo aprendí. Los primeros meses mantuve el contacto con vosotros y, aunque os echaba mucho de menos, pude lidiar con ello. De repente, murió la abuela Maggie. Sí, lo sé, no se dijo nada. Fue duro. Después, me di cuenta de que tal vez mis amigos no fueran tan buenos como había creído en un primer momento. Hubo un malentendido y me dieron la espalda, incluso empezaron a acosarme. Hice todo lo posible para que no me afectara, pero caí en una especie de agujero negro y me volví un tipo asocial. Como sabía que mi estancia en Suecia iba para largo, decidí cortar por lo sano y no responder a ninguno de vuestros mensajes; ignorar vuestras cartas, llamadas... De este modo, me ahorraba tener que hablar de

mis problemas con personas que se encontraban lejos de mí y que solamente iban a preocuparse más, así que... desaparecí.

Guardé silencio. Sentí que en mi interior caía una de mis primeras barreras. Una de las más profundas.

—También me habría gustado disculparme con Simón. A Acacia la vi el otro día en el acto que tuvo lugar para salvar a los perros y ya se lo conté. Solo faltabas tú. La disculpa más importante y significativa.

Sonreí. En aquel punto yo no podía hacer nada más que sonreír. Néstor no se había olvidado de nosotros y, a pesar de que me supo fatal pensar en lo mal que lo había pasado, me alegraba tenerlo allí, de vuelta conmigo. Menudo alivio.

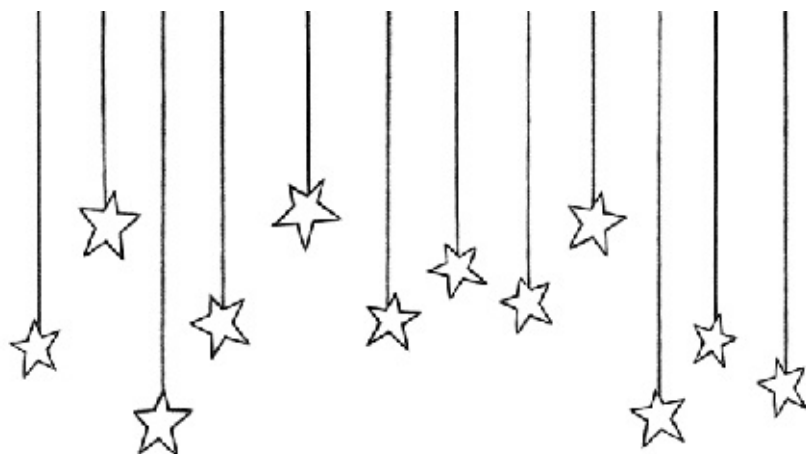
A Simón:

Te escribo para contarte que me encuentro bastante mejor de ánimo. A Violeta le ha gustado mi idea para la sección, y a pesar de que me dé miedo no conseguir una buena acogida, al menos querría intentarlo. He hablado con Acacia y, aunque haya cambiado, durante un rato me pareció que las dos nos encontrábamos inmersas en un burbuja de recuerdos, formada solo por retazos del pasado. Fue como si todo nuestro entorno no importase, sino solamente nosotras. Aun así, pude comprobar que todavía no estamos preparadas para hablar sobre ti. Y es una lástima, porque somos las personas que te conocieron mejor. Sé que saber eso no te va a gustar; también soy consciente de que en las pocas ocasiones en que tú y yo llegamos a hablar de la muerte, a ti no te daba miedo. A mí, en cambio, me sigue dando pánico, incluso solo pensar en ella. No se me escapa que es un proceso natural, no parabas de repetirlo: «Todo nace y todo desaparece, Gala». Creías que una persona moría realmente en el momento en que se dejaba de hablar de ella. Y por eso pienso en ti cada día. Pero no es nada fácil hablar de los seres queridos que ya no se encuentran entre nosotros, Simón. Por otro lado, Néstor y yo... estamos más cerca el uno del otro. Se ha disculpado por su comportamiento y lo he comprendido totalmente. Tal vez yo habría reaccionado igual en su situación, no lo sé. Estoy empezando a aprender que no podemos juzgar las decisiones de los demás, ya que solamente les pertenecen a ellos. Cada uno de nosotros debe aprender a lidiar con sus problemas y, por si esto no fuera poco,

solemos cargar sobre nuestras espaldas las opiniones de quienes nos rodean. ¡Menudo lastre!

Creo que por hoy voy a dejar la carta aquí. Te echo de menos, muchísimo.

Gala



capítulo siete

ANDRÓMEDA

A ti, Gala:
Algo tan sencillo como esto: vive y deja vivir.

Como si el cielo nos hubiese escuchado, la mañana del cumpleaños de Tadeo se presentó despejada. El sol brillaba y la temperatura era de lo más agradable. Puesto que la ocasión lo requería, decidí sacar el único vestido de mi armario: de color malva, abierto por la espalda y con la falda de vuelo. No me había visto así vestida en mucho tiempo. Luego abrí el armario, saqué un cárdigan por si refrescaba y bajé al jardín a ayudar a Irene.

En una hora montamos la mesa, dispusimos la comida y adornamos el jardín con guirnaldas de papel de colores. Colgamos piñatas en los árboles y escondimos los regalos. El día anterior me pasé por la floristería porque Carmen había preparado unos centros de mesa de geranios. Fue un detalle muy bonito por su parte. De algún modo, sería como tener un pedazo de la abuela Imelda con nosotros. Por lo que a mí respecta, no pude resistirme y agarré el geranio más pequeño para enredarlo en uno de los mechones de mi cabello.

—Estás muy guapa, Gala. Creo que, además, hemos hecho un buen trabajo —dijo Irene admirando el jardín.

Fuimos juntas a despertar a Tadeo y por un día nos permitimos mimarlo. Mi hermana solía ser bastante estricta en relación con el asunto de satisfacerle demasiado los caprichos. «Por una vez no le hará daño, mujer», le dije. Cuando Irene bajó la escalera para recoger el desayuno y llevárselo a la cama, mi sobrino fue a buscar la brújula de estrellas. Entonces, susurró:

—«El ánima de la casa» me ha dicho que tengo que dejarla al sol, así se cargará de energía.

—Muy bien, pero ¿quién es «el ánima de la casa», cielo? —insistí.

—No quiere decirme su nombre. ¿Tú nunca la has visto? ¡A mí me ha contado que te conoce! Dice que tienes mucho talento escribiendo y que siempre lo ha sabido. ¡Anda, que me ha dicho que ya os conocíais! —exclamó.

No entendía nada. Mi intención era seguir preguntando, pero entonces entró Irene con una bandeja llena de galletas de chocolate y un vaso de leche.

—Más te vale no acostumbrarte, Tadeo. Hoy desayunas en la cama porque es un día especial —dijo mi hermana mientras le ponía la bandeja en el regazo. Quiles se tumbó al lado de su dueño y, con disimulo, empezó a birlarle algunas galletas. Era una imagen muy tierna: Irene acariciando el cabello de su hijo mientras este tenía la boca llena de galletas. Aquiles, a su vez, le chupaba las manos a Tadeo, que las tenía llenas de migas. Con el corazón lleno de alegría después de tenerlo tanto tiempo adormilado, bajé al jardín a recibir a los primeros invitados.

Me sorprendió ver que Néstor ya estaba allí. Hablaba con Carmen y ambos se habían servido algo de limonada. El abuelo se unió a su conversación poco después, mientras les rellenaba los vasos con «su brebaje mágico», como él lo llamaba.

—Hola —saludé a todos, pero dirigí la mirada especialmente a Néstor.

La señora Carmen y el abuelo se marcharon, alegando que los canapés se encontraban todavía en la cocina y había que sacarlos al jardín. Los maldije en voz baja, ya que hallarme cerca de Néstor a solas me ponía nerviosa. No me había percatado de ello hasta aquel momento. «La disculpa más importante y significativa», me había dicho él. No acababa de comprender qué había querido decir con aquello, pero pensar en su posible significado me ponía aún más nerviosa.

—Acacia me ha contado que trabajas en el periódico local —comentó.

—Emmm, sí, así es. Pero firmo con pseudónimo. Mis compañeros son agradables. Y la jefa es simpática, aunque algo exigente. —Había empezado a

hablar entrecortadamente, sin conectar unas ideas con otras, lo que solía ser frecuente en mí cuando me sentía alterada.

Justo en aquel momento me sonó el móvil; habían llegado nuevos correos a la bandeja de entrada de la dirección electrónica de *La Gaceta*. Leí por encima algunos, y estaba a punto de dejarlo para después cuando de pronto uno me llamó especialmente la atención. Bajo la atenta mirada de Néstor, lo abrí.

Querida Tauro:

He intentado escribir esto varias veces, ya que me gustaría que mi intención quedase bien clara. Aun así, a mi edad y con la vista cansada como tengo, me resulta un poco difícil fijar todo aquello que deseo transmitir. Soy una anciana que ha visto Melía crecer, tanto el pueblo como a muchos de sus habitantes. Hace ya casi sesenta años me enamoré de un joven pescador y nunca volví a experimentar el amor como en ese momento. Mi familia tenía poder e influencia, y nunca aceptó nuestra relación. La vida en aquel entonces era mucho más dura y ardua y mis padres, excesivamente conservadores. Poseíamos una gran fortuna. Él, por su parte, solo tenía una cabaña en el puerto y una barca con la que salía a faenar y se ganaba la vida. Pero también atesoraba un amor inmenso que darme, lo cual poco importó a mis padres. Así pues, tuvo que marcharse presionado por mi familia, y no volví a verlo jamás. Pues bien, te escribo porque algo me dice que sigue vivo. No sé qué habrá sido de él, y por eso te pido ayuda para encontrarlo... Es mi última voluntad. ¿Lo harías?

P. D.: Te dejo la dirección de mi casa en un documento adjunto. La chica que vive conmigo y me hace compañía es la que se ha encargado de todo.

Andrómeda

Cuando acabamos de leer, Néstor y yo nos miramos sin decir nada. La historia de esta anciana me había conmovido en cierto modo, pero no tenía ni idea de cómo encontrar a su antiguo amor. No estaba segura de si yo podría serle de ayuda. Poco antes, Tristán había acudido a mí para encontrar a un hijo o hija que no conocía y tampoco sabía qué hacer. ¿Cómo ayudarlos a ambos?

—Parece ser que acabas de convertirte en la justiciera que este pueblo necesita.

—No te rías.

—No lo hago. Creo en las segundas oportunidades; ahora más que nunca.

Agarré a Néstor del brazo y lo llevé a un lugar apartado del jardín, donde nadie pudiese vernos u oírnos.

—Si te soy sincera, no entiendo demasiado bien a qué te referías el otro día cuando dijiste aquello de que tu disculpa hacia mí fue la más importante y...

—«Significativa», sí. Es simple, Gala. Eras importante para mí antes de marcharme a Suecia y sigues siéndolo. Pero ahora he crecido, y a pesar de que he intentado olvidar todos esos sentimientos que pensaba que había enterrado, siguen ahí y...

—¿Viejos sentimientos?

—Sé que te decepcioné, pero es que cuando sonrías el mundo me parece un lugar más habitable. Me importa un poco menos que mi padre me impida cumplir mis sueños y no me siento tan solo.

Me dejé llevar por un impulso y fue en ese momento cuando me acerqué a él y rocé su nariz con la punta de la mía. Lo tomé de las manos y sentí chispas en la punta de los dedos. Apoyé mi frente contra la suya y así nos quedamos, escuchando el alboroto que bullía a nuestro alrededor, sin importarnos demasiado lo que sucedía.

Néstor olía a desodorante y a pintura. Lo abracé y nos quedamos suspendidos durante unos minutos en silencio, sin atrevernos aún a besarnos, escuchando nuestras respectivas respiraciones.

—¡Gala!

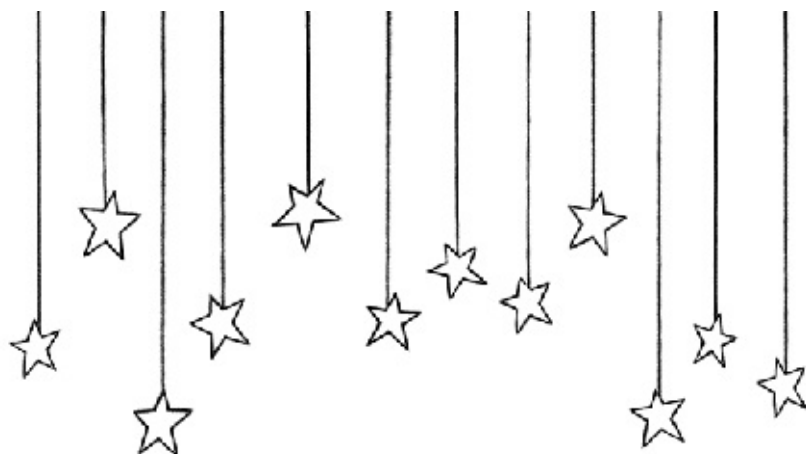
Irene me llamaba para encender las velas de la tarta. Me solté de Néstor dirigiéndole una sonrisa de disculpa y fui corriendo a sacar el pastel de la cocina. Intenté sonreír y disimular mis mejillas sonrosadas; odiaba sentirme como una adolescente ingenua. Mi sobrino estaba sentado en el centro de una larga mesa; lucía en la cabeza una corona hecha por mi abuelo. Cantamos el *Cumpleaños feliz*, Tadeo sopló. «No te olvides de pedir un deseo», le susurré al oído. Y con el soplo supe que el viento había derribado definitivamente la barrera levantada por Néstor.

Fue un bonito día. Los invitados empezaron a marcharse tras ponerse el sol y nosotros decidimos no cocinar nada; cenaríamos las sobras. A Tadeo se le permitió comer un poco más de tarta, y cuando acabamos de subir los regalos a su habitación, vi que se había puesto un traje de explorador y que se

había quedado dormido con el disfraz. Sonreí. Sabía perfectamente quién había sido el responsable de ese regalo.



Cuando me metí en la cama, el correo de la anciana acudió a mi mente de nuevo. Volví a leerlo varias veces, intentando decidir qué podía hacer. Al final, después de sopesarlo mucho, ya que incluso me planteé ignorar ese correo y atenerme a los casos más fáciles que había recibido, tomé la decisión de que iría a visitar a Andrómeda al día siguiente, a la salida de mi turno de trabajo en la floristería. No estaba segura de si sería la mejor opción ni tampoco de si iba a servir de algo, pero al menos pensé que no perdía nada por intentarlo. Le envié un mensaje a Néstor comunicándole mi decisión; leí unos cuantos correos más y cerré los ojos, deseando no arrepentirme de la medida que había decidido adoptar.



capítulo ocho

DRACO

A ti, Gala:

Jamás juzgues las decisiones de los demás si no deseas que las tuyas también sean juzgadas.

La dirección correspondía a una mansión increíblemente enorme, de tipo victoriano. Era tan majestuosa que rayaba lo intimidante. El edificio compartía espacio con una torre en forma de cono; la parte superior estaba hecha de mármol blanco y había centenares de piedras de colores incrustadas en él. No pude evitar sentirme muy pequeña al contemplarla. Abrió la puerta una chica joven; debía de rondar los veintipocos años. Era morena, con un cabello muy largo, que le llegaba a la cintura. Tenía los ojos un tanto separados entre sí. Me pareció una chica muy elegante; lucía un vestido que parecía sacado de otra época. Se llamaba Sira y era la muchacha que vivía con la anciana.

—Yo soy Gala, encantada de conocerte —le dije, estrechando su mano.

La señora me recibió en un salón que tenía una lámpara de araña. Los muebles de madera eran exquisitos y parecían muy caros. Sira me comentó que hasta pocos años atrás habían contado con servicio, pero que ahora solamente habitaban la casa, además de ella, Andrómeda y una enfermera que cuidaba de la anciana y se aseguraba de que su salud fuese la mejor posible.

—Bienvenida, querida. ¿Puedo llamarte «querida»?

Asentí.

—Bien, en el correo le pedí a Sira que firmase como Andrómeda porque me pareció divertido seguirte el juego de utilizar nombres de estrellas. Andrómeda no es mi verdadero nombre, sino Constanza. Debo reconocer que no estaba del todo segura de si ibas a venir. Pero, por fortuna, aquí estás. — Mientras hablaba, Constanza se sirvió el té y, por un momento, me sentí como transportada a otra época.

Era una mujer incluso más elegante que Sira. Llevaba un vestido de color crema con flecos y del cuello le colgaba un largo collar de perlas.

El cabello lo tenía recogido en la nuca con un broche de plata. Iba sin maquillaje y, a pesar de su edad, se podía decir que había envejecido bien, ya que su piel, aun con arrugas, presentaba un buen aspecto.

Sira trajo una gran bolsa de tela de color negro. De ella fue sacando cartas y más cartas. Y cuadernos. Constanza se explicó.

—Como puedes imaginarte, en aquella época a los enamorados no se nos permitía disfrutar de tanta cercanía mutua como ahora, aunque ya me habría gustado tener la mitad de libertad de la que gozáis vosotros. Muchos de los que no contábamos con la aprobación familiar nos enviábamos cartas a escondidas —dijo la señora con una media sonrisa—. Puedes leerlas todas si crees que eso puede servirte de ayuda para encontrar a Rodolfo. Ahí están mis diarios y cartas. Sí, ya sé que posiblemente te preguntes por qué te confío todo esto. Tengo una buena razón, pero tiempo al tiempo, querida. Alguien me dijo que «Tauro» eras tú y no podías parecerme más perfecta para esta búsqueda.

No entendía a esa mujer. ¿Me conocía de algo? ¿Tenía conocimiento de mi existencia ya antes de mi colaboración en *La Gaceta*? Cada vez entendía menos lo que sucedía.

—Emmm, estoy bastante confundida. ¿Usted me conocía ya de algo? No entiendo demasiado todo esto.

Ella me miró y sonrió de medio lado. Agarró otra taza de té y le pidió a Sira con un gesto de la cabeza que la ayudase a servirse.

—Tu abuelo y yo somos viejos conocidos. Podríamos decir que nos conocimos hace muchísimos años y que nuestra relación no acabó muy bien. Por tu mirada puedo ver que nunca te ha hablado de mí. También conocí bien a tu abuela Imelda. ¿Te acuerdas de ella?

—Sí, pero, por desgracia, cada vez menos. Sus recuerdos empiezan a volverse inevitablemente difusos. —Noté un nudo en la garganta, como cada

vez que hablaba de la abuela.

—Una mujer extraordinaria, Gala. ¿Con quién vives ahora?

—Con el abuelo, mi hermana Irene, mi sobrino y, desde hace unas semanas, con mi tío Tristán, el hermano de mi madre. Mis padres son diplomáticos y están poco por casa. Aun así, mantenemos una buena relación.

—Tristán... —murmuró ella.

—Sí, la verdad es que hacía años que no lo veía. Pero poco a poco nos estamos acostumbrando a su presencia.

—Ya veo. —Y volvió a sorber de su té.

A pesar de no haber entendido lo que había querido decir, me había gustado charlar con Constanza, por lo que decidí que trataría de ayudarla en la medida de mis posibilidades.



Al llegar a casa, encontré al abuelo en la cocina preparando la cena. Últimamente, ese momento del día se había convertido en algo sagrado para todos. Era nuestro rato en familia, cuando afloraba todo lo que nos había pasado durante la jornada y cubría la mesa como si de un manto invisible se tratase. Resultaba acogedor y reconfortante poder tener en torno a toda la gente que quería, disfrutando de la compañía de unos y otros. Aquel año el otoño se acercaba de manera muy rápida, así que habíamos puesto en el salón velas aromáticas mientras cenábamos, e Irene se había pasado su día de fiesta entero horneando galletas y manzanas de caramelo.

—Con razón Tadeo tiene la boca de color rojo y pegajosa —dije yo, sonriendo.

Mordí una de las manzanas. Estaba deliciosa. Entonces decidí abordar el tema directamente:

—Abuelo, ¿conoces a una señora llamada Constanza? Vive en una mansión en la parte alta de Melía.

Mi abuelo casi se atragantó con el pan. Empezó a toser y mi tío le dio unos golpecitos en la espalda.

—La cuestión... es... de qué la conoces tú —me contestó entre toses.

Algo me dijo que no debía de contarle toda la historia. Quería a mi abuelo, pero era un hombre de fuertes convicciones, y si algo no le parecía bien, podía mostrarse muy persistente para que dejásemos de lado aquello con lo que él no estaba conforme.

—Vino el otro día a buscar unas flores a la tienda. Estuvimos hablando y me comentó que te conocía. Poco más.

—¿No te dijo *nada más*?

—Que también había conocido a la abuela.

El abuelo me miró, perspicaz. En muchas ocasiones, yo era consciente de que no se me daba demasiado bien mentir. Y el abuelo era muy bueno captando mentirosos. Pero, por alguna extraña razón, decidió creerme y dijo:

—No hables con ella. No te traerá nada bueno; ni a ti ni a ninguno de nosotros. Hay que dejar el pasado donde está.

¿*Pasado*? Así que el abuelo había compartido un pasado con esa mujer; algo había ocurrido entre ellos. Imagino que la abuela también estuvo involucrada. Ese fue el último empujón que necesitaba para sumergirme en aquel misterio. Resultaba demasiado tentador.

Aquella noche volví a despertar entre sudores. Las pesadillas no me daban tregua. Escuché ruidos en la habitación contigua, la de Tadeo. Me levanté y vi a mi sobrino vestido con el traje de explorador hablando en dirección a la pared. Sostenía la brújula de estrellas en la mano y, para mi sorpresa, el artilugio estaba encendido, ya que desprendía una enorme luz y tenía los laterales abiertos.

—Mientras cenábamos, la tía Gala ha dicho algo sobre esa mujer. Me acuerdo porque tiene un nombre raro, como de princesa de cuento. Pero, *Ánima*, no sé quién es y, nunca la he visto —decía Tadeo. Ahora asentía fervientemente. Como si estuviese manteniendo una conversación. Quiles estaba a su lado, con las orejas gachas mientras miraba hacia la pared, al igual que su amo.

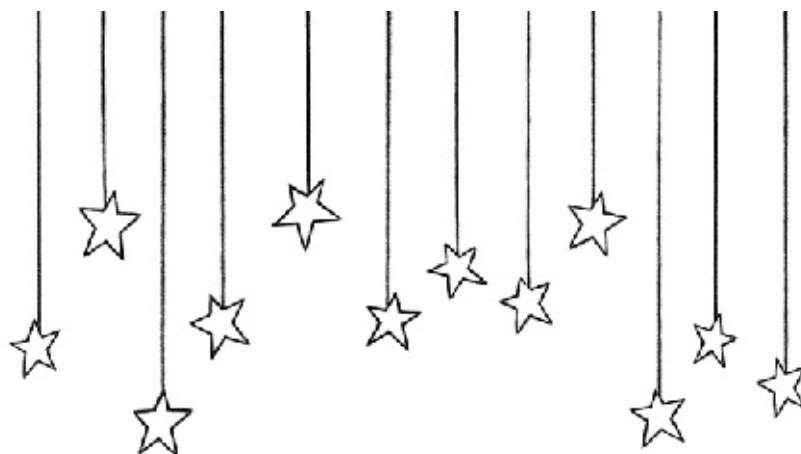
—Ya lo sé. A mí también me gustaría poder abrazarte; es un rollo que estés hecha de aire. Me recuerdas a Casper, el fantasma ese tan divertido que sale en la televisión. —Tadeo rio y Aquiles ladró en señal de aprobación. Entonces, la brújula se apagó y Tadeo se metió en la cama con el perro. Esperé unos minutos hasta oír la lenta respiración de mi sobrino. Entré y, a través de la oscuridad, miré la pared. ¿Con quién hablaba? Los tapé a ambos. Con la extraña sensación de haberlo soñado todo, me metí con ellos en la cama y cerré los ojos. Como no conseguía conciliar el sueño, le di vueltas a aquel día tan insólito.

A Simón:

Recuerdo aquel día en que Acacia, tú y yo fuimos al acantilado porque nos habían dicho que había muchos cangrejos. Bailaste para nosotras. Encontraste una concha y me hiciste un collar con ella. Dibujaste con bolígrafo tu constelación favorita sobre ella: Draco. Lo había olvidado. Cuando te fuiste, tomé la

decisión de esconder todo cuanto me recordase a ti. No había pensado en ello hasta ahora. Imagino que todas tus cosas deben de estar en el desván; tampoco estoy segura, ya que los días posteriores a tu muerte se desdibujan en el recuerdo. Quería decirte que ahora, por fin, me siento con más fuerzas y probablemente ya fuera capaz de ver fotografías tuyas. Debería ir a buscarlas, no quiero esconderte nunca más. Lo que daría por verte bailar de nuevo...

Gala



capítulo nueve

ARIES

A ti, Gala:

Nunca te sientas bajo la sombra de nadie. Si has conseguido algo, habrá sido por tu esfuerzo; no permitas que aflore en ti la sensación de que no eres merecedora de ello.

Néstor se había empeñado en hacerme un retrato. Era sábado por la tarde y no había nadie en casa. Yo estaba sentada en mi cama, con la espalda apoyada en la pared, mientras él, sentado en una silla, me dibujaba. No podía evitar moverme porque su sola presencia me ponía muy nerviosa.

—No sé cómo he podido dejarme engatusar para que me dibujes.

—En el futuro, me lo agradecerás.

—¿Por qué dices eso?

—En el momento en que un artista te plasma, te conviertes en alguien eterno. A menos que algún sujeto destruya este dibujo, vas a vivir durante siglos en la retina de otros, formando parte de cada persona que lo mire. Esto es así porque provocarás sentimientos y sensaciones. Además, no vas a ser joven para siempre; como todos, mutamos. ¿No será interesante contemplarte a ti misma cuando tengas el doble de edad?

Suspiré. Me sentía desnuda y no sabía por qué.

—Supongo que sí. Debo confesarte que envejecer es uno de mis mayores temores. Tampoco me pasa como a esos famosos, que se niegan a madurar y se operan de manera que no pueden ni sonreír de la cantidad de plástico que llevan en las mejillas. Es simplemente que me aferro al presente, porque el futuro es incierto y me da miedo. Por otro lado, Simón siempre será joven en mi mente y yo algún día seré vieja y...

—Te entiendo. Pero a mí me gusta pensar que lo que vemos es un simple envoltorio.

Me levanté de la cama y me acerqué a Néstor.

—Pues a mí me gusta tu envoltorio —le dije sonriendo.

Él dejó el material en el suelo. Con las manos sucias de pintura me sostuvo la cara. Rozó mi nariz y la noté mojada. Agarré uno de los pinceles y lo pasé por su frente. Ahora era amarilla. Me toqué la nariz y vi que tenía pintura azul. Sonreí. Él me sostuvo la barbilla, nos miramos a los ojos y... me besó. Fue un beso tierno, lento al principio y más apasionado después. Mariposas en el estómago. No pude evitar sonreír y noté cómo él también sonreía. Tomé más pintura y le rocé la mejilla con el pincel. Verde. Me tocó la mejilla. Rojo. Se quitó la camiseta y le pasé una de las brochas. Violeta. Reíamos, nos perseguíamos. Rosa. Naranja. Blanco. Acabamos en el suelo de mi habitación llenos de pintura, sin poder parar de reír. Estando los dos tumbados en el suelo, hombro con hombro, me besó otra vez. Y en esa ocasión no noté mariposas en el estómago, sino cómo miles de estrellas chisporroteaban dentro de mí.

Tristán llamó a la puerta. Nos incorporamos de inmediato y Néstor se puso la camiseta. Qué situación tan incómoda. Ni tan solo sabía qué hacía yo allí con él, simplemente me bastaba con estar. Me sentaba bien su presencia. Abrí la puerta y Néstor volvió a sentarse en el taburete, con las pinturas en la mano. A pesar de todo, sus rojas mejillas lo delataban. Mi tío alzó una ceja al vernos, pero no dijo nada.

—Tienes pintura por toda la cara —observó.

—Emmm, sí. —No supe decir nada más.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

Salí al pasillo. No sabía dónde mirar; me daba vergüenza que mi tío pudiese especular sobre nosotros. Con lo cuidadosa que había sido yo siempre con mi privacidad...

—Me ha llamado tu jefa, la señora Carmen. Como ya sabes, va a jubilarse y, puesto que no tiene hijos, venderá el negocio. Ya cuenta con varios compradores interesados en quedarse con él. Yo soy uno de ellos. Sí, lo sé.

Dije que no tenía apenas dinero, pero no es del todo cierto. Tiempo atrás, le presté una cantidad a un amigo y hace pocos días me lo ha devuelto. Pienso quedarme con la floristería, soy todo un emprendedor, un verdadero Aries, vaya. La cuestión es si a ti te sigue importando. Lo pregunto porque, en cualquier caso, me gustaría que siguieses trabajando ahí. Carmen no tiene ninguna queja.

Pensé en lo que me estaba proponiendo. No me hacía ninguna gracia trabajar con mi tío para tener que verlo en casa después. Pero tal vez, si el negocio prosperaba, se fuese antes de casa y todo volviera a la normalidad. Quizá valiera la pena intentarlo.

—Por el momento, cuenta conmigo, ya veremos en un tiempo —accedí.

Tristán sonrió un poco. Era la primera vez que lo veía sonreír.

—La señora Carmen quiere jubilarse cuanto antes mejor. Dice que se merece unas vacaciones en algún lugar cálido y tropical y que, además, desea tomarse tiempo para ir a visitar a unos parientes. Yo solo necesitaba tu conformidad para iniciar los trámites. El lunes iré a hablar con ella. ¿No crees que así todos salimos ganando? Por cierto, te subiré el sueldo; ya sabes, un incentivo por tu ayuda con... mi asunto.

Sonreí forzosamente. No había movido ni un solo dedo por mi tío ni por mi posible primo o prima, y la culpabilidad me removió el estómago. Debía hacer algo pronto, porque yo nunca rompía mis promesas. Y se lo había prometido, a pesar de la fría relación que hubiera entre Tristán y yo.

—Te dejo a solas con ese chico. Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo —dijo, alzando las cejas arriba y abajo y seguidamente guiñando el ojo. Qué incómodo fue.



Las calles empezaban a prepararse para dar la bienvenida al equinoccio. Por toda la aldea podían verse guirnaldas de luces de color naranja, se habían recogido las hojas caídas de los árboles para decorar las repisas de las ventanas, había calabazas en los lugares más inesperados. «Me pregunto quién habrá colocado esa hilera de calabazas en la playa», murmuró un anciano. La gente había sacado mesas a sus jardines, a la espera de servir las con comida en los próximos días. El otoño se respiraba en el ambiente: los días habían empezado a ser más cortos y fríos, las calles olían a almendras garrapiñadas. Yo ya había sustituido la ropa ligera por un cárdigan de color crema que había sido de mi abuela.

Irene había dejado unas cuantas manzanas de caramelo en la encimera de la cocina. Agarré una, me preparé un té y me dirigí al salón. Tadeo estaba sentado en el sofá haciendo los deberes. O al menos lo intentaba, porque se le caían los lápices continuamente al suelo.

—Tadeo, siéntate en la mesa. Así no te saldrá buena letra y los profesores no entenderán nada —le dije.

Quise aprovechar aquel momento a solas con mi sobrino para preguntarle sobre el «ánima de la casa», asunto que me tenía demasiado intrigada. Pero, para mi sorpresa y antes de que me diese tiempo, fue él quien sacó a relucir el tema.

—«El ánimo de la casa» tiene un mensaje para ti —soltó mientras coloreaba un dibujo.

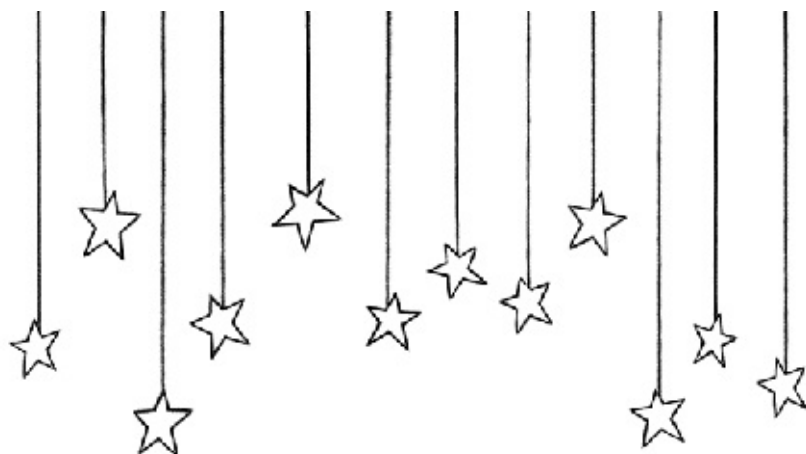
Parpadeé y fruncí el ceño. Menudo personaje más misterioso, ese tal «ánima de la casa».

—Dice que todo cuanto buscas tiene una solución. Y está mucho más cerca de lo que crees. Hay una conexión entre todo mayor de lo que piensas ahora.

—¿Qué aspecto tiene, Tadeo?

—¿«El ánimo»? Es muy guapa. Me recuerda a alguien, pero creo que no la conozco. Es una señora mayor.

Siguió con sus deberes y yo me di cuenta de que no valía la pena seguir preguntando. Solo me quedé con el mensaje que le había transmitido para mí. Eso significaba que me conocía, pero ¡si ni siquiera era visible! Es cierto que se dice que determinados niños pueden ver a los espíritus, por lo que la única explicación posible que se me ocurría era pensar que se tratara de un fantasma. ¿Tal vez de alguien conocido?



capítulo diez

GÉMINIS

A ti, Gala:

Ayuda a otras chicas, considéralas tus aliadas, no tus enemigas.

Una de las tardes que salí pronto de la floristería decidí dar un paseo por el pueblo. Con esa intención, crucé la plaza del gran árbol de los deseos para el equinoccio hasta llegar al estanque de peces que había en mitad de la aldea. Era un enorme espacio acuático rodeado por un grueso muro de piedra. Una escalera conducía a una pequeña plataforma donde se podían alquilar algunas barcas. Los más románticos lo hacían al caer la tarde. El resto nos limitábamos a admirar la puesta de sol que se reflejaba en el agua, la cual adoptaba un color ambarino. Cuando me encontraba deprimida y no me apetecía caminar hasta el acantilado, me sentaba en una esquina de la plataforma y leía. En ocasiones, albergaba la esperanza de que el agua me diera las respuestas que andaba buscando. ¿A qué podría dedicarme? ¿Cuáles eran mis sueños? ¿Cuándo dejaría de sentirme sola? Rodeada de agua, me volvía más reflexiva. Precisamente llevaba un tiempo dándole vueltas a la cuestión de la soledad. Yo siempre había creído que era mucho mejor estar solo que mal acompañado; cuánta razón albergaba ese dicho. ¿Por qué estaba entonces la soledad tan mal vista? Daba la sensación de que una persona sin

pareja era algo así como un fracasado a ojos de la sociedad. Como si tuviera que ser más importante salir con alguien, a pesar de que ese alguien no te llenase o la relación fuese tóxica. Aparte de que si una persona, por cualquier circunstancia, no encontraba verdaderos amigos, era común creer que algo raro debía de haber en esa persona. ¿Por qué no podíamos querernos y aceptarnos a nosotros mismos primero, antes de entregar nuestras vidas a otra persona? Si no éramos capaces de aguantar siquiera nuestra propia presencia, iba a ser imposible soportar la de los demás. Así de simple.

Por mi parte, era perfectamente consciente de que me había convertido sin querer en una especie de ermitaña. Iba sola a todas partes, a excepción de mi familia, con la que de vez en cuando paseaba, y salíamos juntos siempre que podíamos permitirnos comer fuera de casa. Y no me importaba en absoluto qué pudiera pensar la gente; disfrutaba de mi propia compañía.

También sabía que se hablaba de mí: «Qué chica tan rara», «A la nieta de Clemente cada día se la entiende menos; pasea sola por el pueblo y no le dirige la palabra a nadie». Ahora bien, desde que Néstor y yo nos habíamos acercado el uno al otro, empezaba a aflorar en mi mente un sinfín de propuestas que deseaba sugerirle. Me sorprendía a mí misma. Por otro lado, tampoco pensaba renunciar a mi tiempo para estar con él. Había hecho un pacto conmigo misma: seguiría haciendo muchas cosas por mi cuenta, mientras que algunas otras podría compartirlas con Néstor. Me gustaba ser introvertida y no me avergonzaba de ello.

Enfrente del gran estanque había una librería y un café. Se trataba de la cafetería en la que había hablado con Acacia aquella última vez. ¡Había olvidado por completo su invitación! El cumpleaños de Tadeo había sido tan mágico que ni siquiera me acordé. Decidí entonces enviarle un mensaje al móvil a modo de disculpa. Aunque me sentí algo estúpida, porque ni siquiera éramos ya las amigas de antes como para verme en la obligación de darle explicaciones. Con todo, lo hice por nuestra pasada amistad. Me contestó al momento, diciéndome que no había ningún problema, que lo entendía. Suspiré. La simple cortesía parecía volver a nosotras. Mientras observaba el agua del estanque, me vino a la cabeza lo que le había dicho a Simón en mi última carta: en adelante, deseaba dejar de esconderlo. Me levanté, me compré un helado de limón y lo fui saboreando camino a casa. Subí de dos en dos los escalones hacia el desván y encendí la luz. No pude evitar toser por el polvo acumulado. Era evidente que a nadie se le ocurría subir allí jamás. Rastree con la mirada varias cajas, buscando aquellas que, alrededor de un año atrás, había dejado en aquel lugar olvidado por todos. Las vislumbré al

lado del pequeño ventanuco que daba a la calle. En ellas ponía el nombre de mi amigo en rotulador negro. La caligrafía parecía algo emborronada. Lágrimas. Tragué saliva y las abrí. Estaban llenas de fotografías de nosotros dos, desde la infancia hasta la adolescencia. Cartas de Simón hacia mí, algún peluche e incluso disfraces.

Sus primeras puntas de *ballet* me las regaló para mi dieciocho cumpleaños. Aquel día lloramos mucho porque me estaba ofreciendo su bien máspreciado. Me abrazó y me dijo: «Tiene todo el sentido del mundo que las tengas tú, ya que eres mi mejor amiga». No sabía aún que en menos de un mes iba a perderlo. Cuando releí algunas de las páginas de mis antiguos diarios, me di cuenta de lo afortunada que había sido. Fui consciente de que, a pesar del dolor, yo había conocido bien a Simón, y esos recuerdos nada ni nadie me los iba a arrebatar. En eso estaba pensando cuando giré la cabeza y vislumbré un maniquí no muy lejos de donde me hallaba. Estaba cubierto por una tela blanca. Me pareció... un vestido. De novia. De todos modos, el maniquí se encontraba estratégicamente escondido detrás de una pila de cajas y no era fácil verlo. Me levanté y me acerqué. Era precioso y antiguo, confeccionado a mano y cubierto de perlas cosidas a la tela. Lo rocé con las manos y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Me pareció sentir como si una ráfaga suave de viento cruzara por encima de mi cabeza, como si alguien me acariciase el cabello. ¿Se trataría del vestido de novia de la abuela? No podía ser porque el abuelo nos había contado que se casaron en la iglesia a la una del mediodía, durante la tarde anterior al equinoccio de verano. Que no tenían ni anillos porque habían bebido más vino de la cuenta y que ni siquiera llevaban ropa adecuada. Pero no les importó. Sellaron su amor de igual forma. Entonces, ¿de quién era aquel vestido? ¿Y por qué estaba escondido en nuestro desván? Me percaté de que en las cajas había escrita una fecha: 1960. Supuse, por lo tanto, que todo lo que contenían guardaría relación con ese año. Abrí la primera caja y me senté con ella en el regazo. Encontré fotografías de antepasados, ropa antigua, pañuelos de seda... A pesar de que no podía considerarme una experta en antigüedades, por el tejido supe que la tela era cara, pero todavía me cuadraba menos pensar que el abuelo guardaba en casa ropa de ese tipo. También encontré unos diarios. Eran libretas de cuero negro raído, llenas de una perfecta caligrafía.



No la identifiqué con la del abuelo, pero, a pesar de todo, me resultó familiar. Miré por el ventanuco intentando recordar. Me iluminé. «¡Constanza! En los diarios que me entregó pude ver su letra, estoy segura de que esta también es suya», pensé. Por miedo a que el abuelo llegase pronto de su habitual paseo con la señora Carmen y me pillase desprevenida, intenté recopilar todo cuanto podría serme útil y bajé corriendo los escalones. Me metí en mi habitación y dejé todo aquel material en el fondo del armario. Respiré hondo y cerré los ojos. Todo parecía cada vez más raro, empezaba a cuestionarme la historia de

mi familia. ¿Qué escondía mi abuelo de su pasado con tanto ahínco? ¿Qué relación podía guardar con Constanza? Debía leer los diarios de ella y los nuevos que había encontrado para ver si podía hallar algún tipo de conexión. Dedicué toda la tarde a hojear el mayor número de páginas del diario que Constanza me había dado, hasta que di con el inicio de su historia de amor con Rodolfo:

24 de abril de 1960

Querido Ludwig:

He decidido dejar de llamarte simplemente «Diario» para bautizarte. Ya sabes de mi amor por Beethoven; imagino que me comprenderás. Hoy he decidido contarte algo muy importante: hace un tiempo conocí a un chico moreno de ojos verdes que trabaja en el puerto. Reúne todas las cualidades que escandalizarían a mamá y a papá, pero la primera de todas es que se trata de un simple pescador. No me juzgues: no es un capricho de niña rica; daría mi vida por asegurar que él siente lo mismo por mí. Tampoco permitiré que me llames «ingenua»; sé que Rodolfo busca el dinero en mí, lo he sabido desde el principio, pero eso no ha evitado que yo me enamore de él. Y él de mí; ha sido inevitable. Puedo estar pecando de superficial por hablar de amoríos cuando ahora mismo corren tiempos difíciles y en otras partes del mundo hay tanta gente sufriendo. Perdóname, pero es que el corazón me bombea tan rápido cuando lo veo...

Salté al siguiente episodio. Constanza había dividido las partes de su juventud en varios episodios. Se lo agradecí mentalmente, pues de este modo resultaba mucho más fácil orientarse a lo largo del tiempo.

1 de julio de 1960

Querido Ludwig:

Julieta, mi antigua niñera, y yo hemos ido esta tarde a la playa y he vuelto a verlo. Le he pedido a la niñera que trajese helados y he aprovechado la ocasión para escaparme a ver a Rodolfo. Me ha abrazado y regañado porque cree que es peligroso que nos vean juntos a plena luz del día. No me importa. Podría resultar escandaloso que un joven y una chica en bañador se abrazasen con entusiasmo sin estar casados. Pero me da completamente

igual; aguantaría mil azotes con tal de disfrutar de una noche junto a él. Solo temo por mi hermano Clemente. Es capaz de desheredarme con tal de que no me salga con la mía, debido a que, para él, sería una mancha en el nombre y en la sangre inmaculados de esta familia tener que acoger a alguien como Rodolfo. O, por lo menos, es la sensación que me da con las miradas que me dirige. ¡Como si el propio Clemente fuese de algún modo perfecto!

Tuve que leer varias veces el nombre de mi abuelo. ¡Clemente y Constanza eran hermanos! No podía creérmelo. ¿El abuelo tenía una hermana y jamás nos había dicho nada de ella? Y, lo que es peor, ¡vivían en la misma aldea! Me demostré a mí misma una gran capacidad de control para no saltar e ir a buscar a Irene al restaurante; quería gritar como una loca. Pensaba que el abuelo era una persona transparente y honesta, pero a través de los ojos de Constanza parecía alguien totalmente distinto. Acababa de abrir una especie de caja de Pandora, pero no me importó. Entendí por qué aquella mujer había acudido en mi ayuda; éramos parientes.

Me pareció cuando menos curioso darme cuenta de que Constanza no pensaba ocultarme nada, mientras que el abuelo me había prohibido incluso acercarme a ella. Pero, muy a su pesar, no iba dejar de investigar sobre todo aquel asunto, hasta que aflorase la verdad, fuera esta la que fuese.



Salí a correr por la playa y acabé otra vez donde esa sucesión de pensamientos me había llevado a descubrir todo aquello: al gran estanque. Como era prácticamente de noche y empezaba a refrescar, entré en la cafetería, que estaba llenísima, y vi cómo Acacia y Zenón, su novio, se gritaban en mitad del establecimiento. El dueño echó finalmente a Zenón y este amenazó a su novia con el dedo mientras le gritaba improperios. Se subió a su moto y se marchó. Recogí lentamente mi té para llevar del mostrador e hice un ademán de marcharme, ya que tenía la esperanza de que Acacia no me hubiese visto. No quería entrometerme. Pero sí lo había hecho, y me llamó desde la otra punta; estaba sentada en una de las mesas que daban al estanque. Acacia tenía unas profundas ojeras, el pelo revuelto y estaba cabizbaja. Llevaba una sudadera de color gris. Mala señal. Ella jamás llevaba ropa deportiva, incluso en el gimnasio iba vestida como una especie de diosa. Un pinchazo de culpabilidad me removi6 el est6mago al pensar que podr6a haber

visto mi intento de escapada. Sin embargo, sus ojos me dijeron lo contrario. En aquel momento, solo me pareció una chica con ganas de no estar sola, con necesidad de compañía. Me senté en el mismo lugar que la última vez y, de modo instintivo y algo arriesgado, le tomé las manos; ella me lo permitió. Ambas miramos hacia el estanque, observando cómo los niños lanzaban farolillos de luz al aire. Mientras que en el exterior se nos presentaba una imagen preciosa, supuse que en el interior de Acacia se libraba una desagradable batalla.

No dije nada, pues cualquier cosa que dijese podría hacerme quedar como una persona insensible o incomprensiva, por lo que opté por guardar silencio. Fue ella la primera en hablar. Sosteniendo su café entre las manos, dijo:

—Debes de estar pensando que con menudo imbécil he acabado saliendo.

—Ahora mismo no pienso nada, Acacia. Y mucho menos voy a juzgarte por con quién sales; nunca más volvería a hacerlo. —No pude evitar introducir un comentario referido al pasado, como una especie de disculpa. Acacia me dirigió una débil mirada. Qué ojeras más pronunciadas tenía y qué desfavorecida estaba.

—Me repito a mí misma una y otra vez que debo dejarlo, que no me merece. Pero no todo es tan malo, ¿sabes?

Asentí. No quería traspasar el límite de la confianza que depositaba en mí, pero tampoco me parecía bien que continuase así mucho más tiempo. Realmente, cada minuto que pasaba y no dejaba a Zenón me molestaba. Ese idiota estaba minándole la felicidad a Acacia y, a pesar de todo lo que había ocurrido entre nosotras, me dolía. Cada minuto que pasaba con él la aniquilaba. Me armé de valor para decirle:

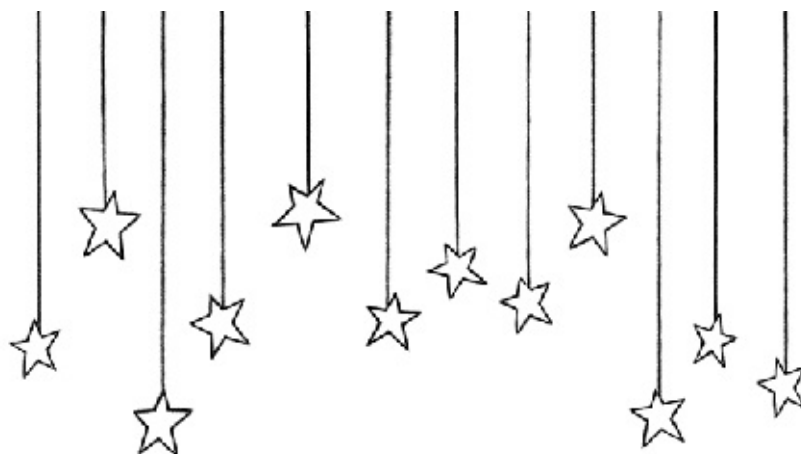
—No sé hasta qué punto es bueno que sigas mucho más tiempo con él. Sé que estarás pensando que no tengo absolutamente ningún derecho a decirte esto, y es probable sea cierto, pero... es lo que siento. Me da la sensación de que Zenón te está robando el alma, la confianza en ti misma... Por supuesto que no conozco vuestra relación desde dentro, pero...

Se hizo el silencio y yo contuve la respiración. De pronto, contestó:

—Sí, tienes razón. No tienes ningún derecho a opinar sobre él. Hace un año que no sabes nada de mi vida, a excepción de lo que te hayan contado por ahí, y no me gusta escucharte hablar tan mal de mi novio cuando realmente no lo conoces. Siento haberte dado a entender que podías opinar como... si fuésemos amigas otra vez.

Y, dicho esto, se levantó, depositó su taza de café vacía en el mostrador y se fue, dejándome a mí helada. Me dolía el pecho y sentí vergüenza por

inmiscuirme en sus asuntos. Seguía pensando que era una relación dañina, pero yo no era nadie para darle lecciones de moralidad. Aun así, algo bueno saqué de todo aquello: me quedé con la absoluta certeza de que Acacia seguía siendo una Géminis difícil de dominar y deseé con todas mis fuerzas que sacase su carácter con Zenón, porque tuve la corazonada de que iba a necesitarlo. «Que las estrellas de tu signo te ayuden, Acacia», pensé.



capítulo once

PEGASO

A ti, Gala:

Preocúpate por tu físico solamente en la medida de lo necesario; es decir, en función de tu salud. No permitas que todo lo que se salga de ella se convierta en una obsesión.

La misma noche de la discusión con Acacia soñé con que llevaba puesto el vestido de novia que había encontrado en el desván. En mi mundo onírico, me quedaba como un guante y yo me sentía radiante. Era nada menos que el día de mi boda, pero cuando llegué al altar el novio tenía la cara hecha de papel y carecía de rostro. Se la toqué y despegué el papel que le envolvía la piel. Debajo, encontré el semblante de Zenón y me quedé petrificada por el horror. Él me miraba con ojos de deseo. Me estremecí. Además, su rostro era una mueca horrible que me provocó escalofríos. Me di la vuelta para ver a mis seres queridos y todos nos miraban con ojos embelesados. En aquel momento, por suerte, desperté. Bañada en sudor. Como de costumbre.

Miré la hora en el móvil y eran las cuatro de la madrugada; no se podía hacer nada todavía, así que, como me daba pánico volver a cerrar los ojos, bajé al salón y me arrellané en el sofá. Agarré el libro que Néstor me había traído y abrí el capítulo sobre las brújulas antiguas. Necesitaba una distracción. Una idea acudió entonces a mí. Me levanté sigilosamente, subí la

escalera y entré en la habitación de Tadeo sin hacer ruido. Busqué a tientas la brújula, hasta que me di cuenta de que algo brillaba debajo del cabello de mi sobrino. La encontré. Con mucho cuidado, y al cabo de unos minutos que se hicieron eternos, conseguí extraer el objeto de la almohada y volver a bajar al salón. Mientras sostenía el libro, observaba de cerca la brújula: era preciosa. De cerca pude ver que estaba perfectamente tallada, hecha de oro y plata, y que tenía dibujos de estrellas y constelaciones por toda su superficie. En aquel momento, noté un calor en mi mano y de forma repentina la brújula se encendió y sus laterales se abrieron. Mientras observaba maravillada ese acontecimiento, percibí una presencia en la habitación.

Al principio pensé que sería Aquiles o incluso Irene, que algunas noches padecía insomnio. Levanté la mirada y se me congeló la sangre en las venas. La sombra que se plantaba ante mí era... mi abuela Imelda. Yo tenía los ojos como platos y la boca abierta. Fui incapaz de moverme. Ella habló.

—Querida, soy yo, la abuela, no te asustes.

No podía creérmelo. Me quedé pálida y sin habla. Se me cayó la brújula al suelo y no se hizo pedazos de milagro.

—Sé que debes estar impactada, pero no tengo mucho tiempo.

Intenté decir algo, pero simplemente no pude.

—Llevo semanas intentando contactar contigo, pero no ha habido manera, el único modo de hacerlo era mediante la brújula, y veo que Tadeo no se ha desprendido de ella ni un solo segundo. Se la di para que pudieseis verme, ya que cuando despide esa luz me permite acceder a mis seres queridos. Pero solamente se lo concede a aquellos que la propia brújula elige. Veo que contigo no ha tenido problemas; siempre he sabido que desprendes una luz especial, querida. Aunque he podido observar que últimamente te niegas a apreciarte. Quería decirte que soy consciente de que estás removiendo el pasado y como tuve una premonición de que algo así ocurriría, se me dio permiso para venir de vez en cuando. Solo he podido contactar con Tadeo porque con los niños es más fácil; aun así, no he querido desvelarle mi verdadera identidad. Pobre criatura, cómo decirle que soy su bisabuela. Imagino que recordarás lo mucho que me gustaba el misticismo. He preferido hacerme la misteriosa.

Seguía sin poder hablar. Tenía la garganta seca, pero temía ir en busca de agua porque no me creía capaz de hacer nada. Mis articulaciones parecían estar hechas de gelatina. Intenté tragar saliva y recuperé un poco la compostura. Con un hilo de voz, se me ocurrió decir:

—Tadeo me había dicho que aquella a quien veía era muy guapa. Reconozco que tu recuerdo empezaba a emborronarse, pero cuánta razón tiene.

Llevaba años echando de menos a la abuela y solo me vino a la mente decir eso. Ella me sonrió mostrando su hermosa sonrisa, me guiñó el ojo y me relajé un poco.

—No tengo mucho tiempo, querida. He venido para avisarte de que no va a ser nada fácil navegar por las aguas de esta familia, ya que hay dolor en ellas. Y sé que te vas a sentir decepcionada ante determinadas decisiones que muchos de nosotros tomamos en su momento. Solo te pido que no nos juzgues con severidad, sobre todo... al abuelo. Preferiría que no le dijese nada sobre tus investigaciones; podrías traerle de vuelta malos recuerdos y darle un disgusto. Y, a pesar de que lo echo de menos, no querría que os dejara todavía... Oh, oh, debo irme, alguien viene. Volveré a verte, querida. Y si me necesitas, sopla a las estrellas. —Y desapareció. La brújula también se apagó al mismo tiempo.

Así que mi abuela era «el ánima de la casa». ¡Cómo no había caído antes! Debía de haberlo supuesto, tal como ella era, amante de lo esotérico. Sonreí por lo bajo, ya que me pareció divertido, conociendo el carácter de la abuela. Cuánto la había echado de menos y qué afortunada me sentía al poder oír su voz una vez más.

Quien bajaba por la escalera no era más que Aquiles. Le puse un plato de comida con los restos de la cena y volví a sentarme en el sofá. Con el corazón cálido por la visita de la abuela, volví a caer rendida. Y en esta ocasión no tuve pesadillas.



La mañana siguiente era sábado y me tocaba acudir a la redacción. Aquella jornada de trabajo mis compañeros parecían algo nerviosos por la llegada del equinoccio, ya que para los periodistas era todo un acontecimiento que retransmitir al resto de la región. Violeta estaba de lo más irritable, por lo que la evité en la medida de lo posible. El resto de los compañeros ni siquiera se tomaron su media hora de descanso, ya que se les había echado el tiempo encima y no podían perder un segundo más. Yo me dediqué a abrir correos para mi sección y encontré tres que publicaríamos el siguiente lunes: el primero se lo dedicaba una mujer a su vecino, con el que no se hablaba desde hacía años. «¿Sería la misma historia que le contó la madre de Violeta a su hija?», me pregunté; el segundo correo correspondía a dos amigos que se

habían enfadado meses atrás por una chica, y el tercero venía a ser la disculpa de un joven a su profesor de literatura del instituto, al que, siendo adolescente, había causado numerosos quebraderos de cabeza. Sonreí satisfecha. Me gustaba lo que leía. Melía empezaba a olvidar sus pequeñas rencillas, en un cambio de actitud que podía marcar la diferencia. Conceder segundas oportunidades. Eso me recordó a la segunda oportunidad que yo acababa de darle a Néstor; sentí que era el camino correcto.

En aquel momento entró Violeta a nuestra sala y me dijo:

—Gala, me gustaría que en el equinoccio leyeras todos los artículos presentados en el concurso sobre Melía y sus habitantes. Me lo acaba de pedir la alcaldesa y, ya sabes, siendo tú una voz joven, ¿quién mejor? Se leerán de manera anónima y al final de la velada, cuando las votaciones hayan concluido, se elegirá el que más votos coseche. De este modo podremos entregar la beca delante de todo el pueblo, y eso nos dará buena imagen.

Tal como había entrado y vomitado aquel discurso, se dio media vuelta y se largó a su despacho. Revisé la bandeja de entrada del correo y encontré cinco nuevas propuestas. Yo lo había escrito en una de esas noches en que las pesadillas me visitaban, pero ni siquiera había considerado presentarlo. Me levanté a prepararme un café y cuando volví la pantalla de mi ordenador había cambiado. «Qué raro», pensé, pero estaba tan cansada que continué trabajando sin darle demasiada importancia. En alguna ocasión, Díaz tenía que golpear suavemente la mesa para que yo no cayese rendida. El hecho de no haber dormido demasiado bien en las últimas semanas no ayudaba mucho. Las pesadillas empezaban a pasarme factura y la última con Zenón había sido de lo más perturbadora. Me hizo reflexionar en el día anterior y se me encogió el estómago. Entonces me di cuenta de que se había desbloqueado una nueva barrera: nada más y nada menos que la relativa a Acacia.

Al llegar a casa, había una nota para mí en el buzón. Supe que contenía algo porque alguien se había dedicado a atar un hilo de lana rojo alrededor del pomo del viejo buzón de mi abuelo. En su interior se encontraba el resto de la madeja y, al lado, un sobre. Escrito con letra apresurada, pude leer: «Para Gala de Grago». Fui a sentarme al porche y lo abrí:

Querida Gala:

A pesar de que todo aquel que te ha tratado sabe que eres una especie de enciclopedia andante y aunque sea probable que ya conozcas lo que pretendo explicarte, allá va: llevo tiempo pensando en el destino. Creo recordar que un día lo mencioné en una de nuestras primeras conversaciones y tus ojos me

dijeron de algún modo que no creías en él, que te negabas a aceptar que tu vida pudiera dejar de responder a tus decisiones y pasara a estar en manos de dioses caprichosos que movían los hilos a su antojo.

De esta manera, logré recordar una antigua leyenda oriental que precisamente hablaba del destino y que se basaba en la creencia de que todas las personas que han conectado con nosotros a lo largo de nuestra existencia han sido conducidas hacia nosotros por este. Así, todas nuestras relaciones serían como una madeja de hilo rojo que actúa en representación del destino. Hay personas que precisamente por ello llevan un hilo rojo anudado en el meñique, ya que es el dedo que conecta con el corazón. Imagino que entenderás por qué. Seguramente te estarás preguntando a qué viene todo esto. Bueno, pues de algún modo, mientras esta mañana mi gato jugaba con la madeja, no he podido evitar pensar en el destino y en la leyenda y, así, he reparado en el hecho de que de forma consecuente, si seguimos el hilo de esta antigua creencia, nuestra amistad estaría conectada por un hilo rojo.

Con cariño,

Néstor

Néstor era el único chico que conocía capaz de enviar una nota explicando una leyenda oriental. Eso me agradaba mucho de él; no le importaba que lo tacharan de raro o excéntrico. No dejaba de ser un artista. A pesar de que me había gustado mucho el detalle, no había podido evitar sentirme un poco decepcionada al leer la palabra «amistad», como si de esa manera Néstor hubiese establecido unos límites entre nosotros y considerase necesario hacerlo. Empecé a temer que, debido a su vocación artística, deseara ser un alma libre, por lo que no sabía en qué posición me dejaba todo eso. Realmente era cierto que en aquel punto empezaba a no reconocermme a mí misma. Sin embargo, no podía evitar que mi corazón bombeara felicidad desde la cabeza hasta las puntas de mis dedos. Podría haber encendido una bombilla con el simple calor que desprendían mis mejillas.

En ese momento Tristán se asomó al porche y me dijo:

—Acabo de hablar con los padres de Leonor, la madre de mi hija. Se ve que Leonor murió unos días después del parto. Por fin me han explicado aquello que me habían negado durante tanto tiempo.

—¿Por qué ahora?

—Imagino que para enmendar el pasado, por el hecho de que no me han permitido formar parte de la vida de la criatura. Ni tampoco tomar una decisión sobre su futuro. Quieren corregir de algún modo sus errores.

—¿Qué ocurrió cuando se marcharon de aquí?

—Se llevaron a Leonor a una especie de residencia donde había otras chicas en su misma situación; creían que sería lo mejor, para alejarse así de los rumores de Melía. A sus conocidos les dijeron que Leonor estaba enferma y que necesitaba tratamiento durante unos meses. Dio a luz allí mismo; me han asegurado que estuvo en muy buenas manos, pero que no detectaron a tiempo la eclampsia. No pudieron hacer nada. —Tristán se miró las manos, nervioso.

En aquel momento, no pude evitar sentir compasión por él. Ella no tenía más que diecisiete años cuando ocurrió todo aquello y a Tristán, además, le habían negado la posibilidad de tomar cartas en el asunto.

—Fue niña. Con los ojos verdes, como ella. Vivió unos años con sus abuelos, hasta que la mandaron a un colegio privado muy prestigioso. Después estuvo en la universidad y se graduó. Allí estudió Arquitectura y, por lo visto, hace apenas unos meses que volvió a Melía. Está aquí.

—¿Te han revelado su nombre, su identidad?

—No, la madre de Leonor empieza a mostrar brotes de demencia senil y el padre se niega a hablar conmigo. Lo he intentado, pero es un hueso duro de roer. La señora cree que no debe dar su identidad porque no tiene el permiso de su nieta. Y en cierta manera lo entiendo. ¿Qué le voy a decir a mi hija si la encuentro? ¿Cómo voy a recuperar el tiempo perdido? Empiezo a creer que esto ha sido una mala idea y que tal vez debería dejar las cosas como están.

—¡No! No te rindas ahora. Es muy probable que ella ni siquiera sepa que estás aquí, en Melía. Debes continuar luchando. Yo, tal como te prometí, pienso ayudarte. Juntos será más fácil. —Sonreí.

Mi tío tenía los ojos humedecidos. No quería hacerlo llorar porque me incomodaba muchísimo consolar a personas con las que no tenía demasiada confianza, así que para evitar eso lo agarré del hombro y le dije:

—La abuela Imelda solía decir que más vale tarde que nunca. Nunca es tarde para curarnos las heridas y seguir adelante. Es muy probable que no vaya a ser un camino de rosas, pero te aseguro que, desde luego, valdrá la pena.

En cierto modo, creí necesario darle ánimos a Tristán para animarme a mí también. Me dedicó una sonrisa. Parecía como si en los últimos días hubiera

empezado a alimentarme de ellas. Y era una sensación agradable.

Me sonó el móvil. Néstor.

—Hola.

—Hola.

Silencio.

—¿Te acuerdas de que mi hermano Héctor y su novia van a casarse? Pues han decidido adelantar la boda. Estaba prevista para diciembre, concretamente en Navidad, pero esta mañana nos ha dicho que finalmente quieren...

—Néstor, ¿qué quieres decirme con todo esto?

Carraspeó un poco y escuché un suspiro al otro lado de la línea.

—Se casan la semana que viene. Y me preguntaba si... te gustaría ser mi acompañante.

—Oh, emmm, sí, ¿por qué no?

—¿En serio? Qué bien, temía que dijese que no... Por cierto, espero que te gustara la nota.

—Sí, mucho, fue un bonito detalle. Esto... ¿cómo debo ir vestida? Nunca he ido a una boda y tampoco tengo nada especial que ponerme.

La única persona que conocía que pudiese tener un armario de ensueño era Acacia. Descarté la idea de inmediato.

—Claro, lo siento, es que ha sido todo muy precipitado. Sé que una de mis primas se ha comprado varios vestidos porque..., bueno, no le convencían. Puedo preguntarle si podría prestarte uno.

No me gustaba la idea; ya iba a desencajar bastante en una boda de ricos como para ir vestida con ropa prestada por una de las invitadas.

—Te lo agradezco, pero algo encontraré.

Otro silencio.

—Gracias por contar conmigo.

—Siempre.

Después de rebuscar en el armario de Irene y no encontrar nada adecuado para una boda de tal nivel, subí al desván de nuevo con la esperanza de hallar algo. Me pasé un buen rato abriendo cajas polvorientas. Cuando iba a rendirme, justo al lado del maniquí donde había encontrado el vestido de novia antiguo, vi una pequeña caja de madera que había pasado por alto. Cansada de buscar en vano, la abrí esperando encontrar en ella un montón de libros viejos. No podía estar más equivocada. Saqué un vestido *vintage*. Era absolutamente precioso. Sin mangas y con un pronunciado escote en forma de uve, la parte superior estaba confeccionada con ganchillo de color rosa pastel. Ese mismo tejido bajaba hacia la parte inferior en forma de flores salpicadas

por la falda, un gran tutú de color melocotón. Había perdido un poco el color, pero seguía siendo perfecto para la ocasión. Le di la vuelta y de su interior cayó una nota. La letra ya empezaba a serme familiar. «Para Imelda, mi mejor amiga. Quiero que en mi día más especial brilles como una estrella. Constanza». Así que ese vestido era de la abuela, una circunstancia que lo volvió a mis ojos más perfecto si cabe. Pasé los dedos por las flores y cuando alcé la mirada la abuela estaba allí.

—Nunca llegué a estrenarlo, pues Constanza jamás se casó. Al menos, no con quien ella deseaba.

No pude evitar sentirme extraña ante la presencia de la abuela. Supongo que tenía que empezar a acostumbrarme a sus fantasmales apariciones. No dije nada, sino que continué admirando el vestido.

—Veo que has encontrado también su vestido de novia... —comentó mirando el desnudo maniquí.

—Todo parece muy caro, abuela. Demasiado.

Ella suspiró.

—En el pasado, la familia de tu abuelo era muy rica. Poseían incluso títulos nobiliarios. Constanza puso en tela de juicio la estabilidad y el aguante de todos ellos. Algo así como la típica historia de amor imposible. Solo que tal vez, en esta ocasión, no fuera tan común.

—Pero ¿por qué tenía Constanza un vestido de novia si no le permitían casarse con Rodolfo? No tiene sentido.

—Porque al principio ella tenía un prometido. Algo mayor, un noble que vivía lejos de aquí. Se veían poco y no dejaba de ser un matrimonio concertado por interés. Constanza obtendría posición social, y su futuro marido, una enfermera que lo cuidaría en sus últimos años. El vestido que tú encontraste era para su deseada boda con Rodolfo, para cuando se fugasen juntos. En cambio, el vestido de color melocotón, como has podido comprobar en la nota, fue un regalo que me hizo Constanza, porque yo por aquel entonces no me arreglaba demasiado y a ella le hacía ilusión verme vestida con algo así. A pesar de que el evento sería en la clandestinidad y que más tarde pretendían darse a la fuga. En cuanto a su vestido de novia, yo misma ayudé a confeccionarlo. Ella deseaba lucir un vestido hecho a mano, que fuese único en el mundo. Lo hacíamos por las noches a cuatro manos, a la luz de las velas, a escondidas. Ya sabes que siempre me había gustado mucho coser. El vestido para su boda oficial lo quemó en un ataque de rabia, delante de sus padres. Ya puedes imaginarte la que se armó. Pero me estoy

adelantando a los acontecimientos, querida, todavía te queda mucho por saber.

—Así que Constanza y Rodolfo planeaban escaparse...

—Sí, pero sus planes se torcieron.

Ambas nos quedamos en silencio. Al lado de la abuela, a pesar de las preocupaciones, los problemas parecían siempre más ligeros, como si no pesaran tanto.

—¿También hablas con el abuelo?

—No. A él lo observo cuidar de sus plantas, cocinar, hacer su limonada..., pero no me atrevo a acercarme, me da miedo hacerle daño. Es decir, hace muchos años que aceptó mi pérdida; no le haría nada bueno verme, volvería a sentirse apegado y ya es muy mayor para sacar fuerzas de flaqueza y superar las adversidades. A su edad, cuantos menos problemas tenga, mejor.

Entendí a lo que se refería. En eso consistía el amor. En suspender los deseos de uno mismo en ocasiones para no hacer sufrir a la persona que se ama. Siempre había admirado la clase de amor que se profesaban mis abuelos, basado en la tolerancia, el respeto y la comunicación. No estaba tan segura con respecto a la relación de mis padres, pues no pasaba tanto tiempo con ellos.

—Ahora mismo me siento un poco como Pegaso —comentó la abuela.

—¿Por qué dices eso?

—Básicamente porque me veo como portadora de rayos y truenos; solo que en mi caso transporto viejos secretos del pasado. Como esos fenómenos meteorológicos, estos pueden hacernos daño, pues destrozan mucho de cuanto tocan. Temo que sacando a la luz los errores de todos nosotros pueda ocurrir lo mismo, querida.

—Dicen eso de que la verdad te hace libre. Siempre es mejor saber antes que ignorar, abuela.

—No sé qué decirte, hija.

—Ya verás cómo habrá valido la pena. Todavía no sé en qué sentido, pero tengo esa corazonada. Además, alguien muy especial para mí cree que el destino no se puede controlar, así que tal vez esto esté marcado en las estrellas para que ocurra, ¿no lo crees posible?

—Esa persona que dices, ¿no será un chico, por casualidad? —preguntó subiendo y bajando las cejas rápidamente.

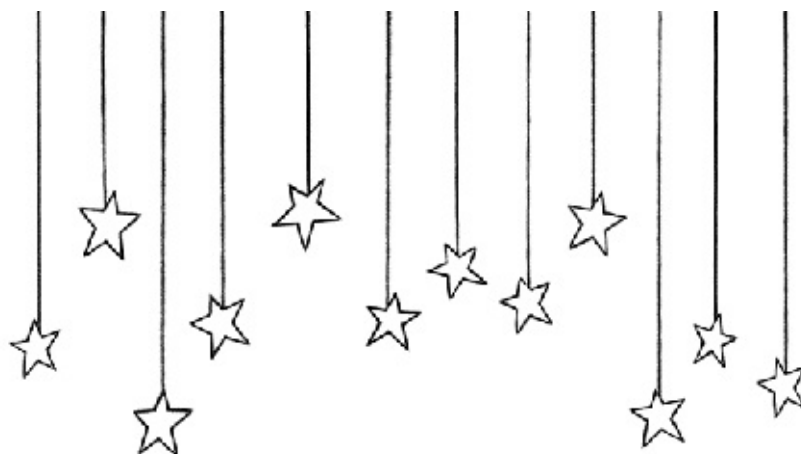
—¡Abuela!

A Simón:

Estos últimos días han sido bastante intensos. Néstor me ha invitado a la boda de su hermano y me aterroriza asistir; tampoco sé si vamos en calidad de amigos o de algo más. Tristán ha sabido por fin que es padre de una niña; bueno, de una chica de veintitantos años. Debo reconocer que me muero de ganas de conocerla, aunque me dé miedo que no desee saber nada de nosotros, lo cual tampoco me extrañaría. Desde el momento en el que le prometí a mi tío que pensaba ayudarlo, en mi fuero interno me sentí muy bien, incluso con ganas de comerme el mundo, de hacer grandes cosas, como si algo en mí hubiese despertado. Creo que podría acostumbrarme rápidamente a esta nueva sensación, hace que me sienta... viva. Por otro lado, pensaba que mi relación con Acacia había mejorado, pero sigue empeñada en elegir a Zenón por encima de todo. Sufro por ella... También quería comentarte que la señora Constanza es encantadora; de vez en cuando me envía pastelitos a casa con el pseudónimo de Andrómeda; el abuelo se los come sin saber que son de parte de su hermana, a la que no ha visto y con la que tampoco ha hablado siquiera en años. Una pena.

Hablando del abuelo, resulta que desde hace unos días puedo ver y hablar con la abuela..., aunque, ahora que lo pienso, en el desván yo no llevaba la brújula y pude charlar con ella. ¿Crees que tú también serías capaz de hacerlo? Tal vez podrías hablar con la abuela para que te cuente su secreto... Vale, creo que empiezo a desvariar otra vez. No deja de ser extraño que se te manifieste tu difunta abuela, pero intento no pensar en ella como un espíritu, sino como alguien que me acompaña; de algún modo, se me antoja reconfortante. En el desván encontré tus cosas. He colgado en mi habitación varias fotografías nuestras; casi había olvidado lo que era estar rodeada por ti. No es lo mismo que si pudieses estar físicamente presente, pero me gusta. Así no desaparecerás; yo me aseguraré de que mientras viva, tu recuerdo siga ahí. ¿Serás capaz de imaginarme como esas señoras mayores que compran fruta los sábados por la mañana en el mercado de Melía? La sola imagen me hace reír.

Gala



capítulo doce

TRIÁNGULO AUSTRAL

A ti, Gala:

No pienses que las mujeres son malas por naturaleza.

La boda de Héctor e Ingrid resultó el acontecimiento del año para los ricos de Melía. Todos los invitados llevaban vestidos muy lujosos y la comida que se servía era exquisita. No entendí muy bien por qué motivo habían decidido adelantarla y, aun así, a pesar de las prisas, cómo la velada había podido ser tan perfecta.

La boda tuvo lugar en la playa. No en una cualquiera, sino en la parcela privada que poseía la familia de Néstor. Una vez celebrada la ceremonia, a los invitados se nos llevó a un mirador que en realidad era un acantilado que daba al mar. Los farolillos que decoraban el espacio eran los encargados de iluminarnos. Tras confirmar que ningún conocido de Néstor se me acercaba a preguntar con quién había venido, me senté en un rincón apartado de todos. Pero seguía oyendo sus conversaciones despreocupadas, así que traté de que nadie me viera y bajé la escalera que daba a la playa privada. Una vez en la arena, me descalcé y me senté en las rocas. Allí, a solas, estaba más a gusto, pues no tenía que sonreír y fingir todo el tiempo. Oí un crujido. Me asusté ante la sola idea de que cualquier invitado pudiese verme descalza, con el

cabello suelto al viento, sentada en unas rocas. Hice ademán de levantarme, pero vi que era Néstor. Me relajé. Traía dos toallas.

—Para que no te ensucies el vestido. —Así que me había visto bajar.

—Gracias.

Nos quedamos un rato en silencio contemplando el mar. A lo lejos se veía iluminado el faro de Melía, guiando a los navíos. Siempre me había gustado la noble función de los faros: ser la luz que ilumina el camino de los que andan perdidos o desencaminados.

—¿Por qué me has pedido que viniese, Néstor? —La pregunta me quemaba en la garganta por miedo a la respuesta. Cualquiera que fuera.

—No quería pasar por esto solo. No puedo soportar las miradas de reprobación de mi padre, como si yo fuese la misma decepción personificada andante. A veces me da la sensación de que mi propia presencia le molesta.

Sonó entonces una balada. Me levanté y le dije:

—Es probable que sea el baile de los novios. ¿No deberíamos subir a verlo?

—La verdad es que prefiero bailar aquí..., contigo. ¿Quieres?

Nos acercamos y Néstor me rodeó con los brazos. Por inercia, apoyé mi frente en su hombro y me dejé llevar. Empezamos a mecernos al son de la música. Cerré los ojos. Cuando acabó la canción de los novios, yo deseé por todo el oro del mundo que no dejásemos de bailar. Como si Néstor hubiese escuchado mi deseo, sacó su viejo y roído reproductor mp3 y me ofreció entonces un auricular. Sonó una canción. Volví a cerrar los ojos y esta vez decidí que quería quedarme congelada en aquel preciso instante en el que ambos nos habíamos fundido ante un mismo estímulo, en el que verdaderamente podíamos afirmar que, de algún modo, estábamos conectados para siempre. Su respiración era pausada y prestamos atención a la letra. Cuando acabó la canción, acaricié con la punta de la nariz el cuello de Néstor. Entonces dijo:

—Deseo todo lo que dice la canción. Quiero ahorrar dinero con el propósito loco de recorrer mundo, llevar poco equipaje, dormir en casas de amigos. Alimentarme de sueños. Y solo con una condición: que me acompañe alguien que esté tan poco cuerdo como yo, a quien no le importe dejar de mirar atrás.

Silencio. Me armé de valor y pregunté:

—¿Crees que alguien sería capaz de hacer todo eso contigo, Néstor?

El corazón me bombeaba a mil por hora, yo solo esperaba una única respuesta, y me daba pánico no recibirla.

—De hecho, la persona que podría ser perfecta para ello, la única a la que permitiría acompañarme, me está mirando ahora mismo —contestó con una media sonrisa.

Los nervios del momento hicieron que girara la cabeza para asegurarme de que no hubiera nadie más en la playa que por casualidad estuviera mirándonos. Néstor soltó una carcajada y me levantó del suelo en varias ocasiones y nos hizo girar. Reímos con ganas, reímos sin parar, pero lo que él no supo fue que las mariposas que sentía en mi interior cada vez que me elevaba del suelo no distaban mucho de las mismas que él me provocaba con su sola presencia. Poco a poco y sin ni siquiera darme cuenta, Néstor había empezado a vivir en mí y, por lo que parecía, había elegido el hogar más arraigado en mi interior.



—No tengo ni idea sobre qué voy a hacer con mi vida —confesé—. Puedo ver qué cosas te mueven a ti, tu pasión y entrega. En cambio, yo me encuentro absolutamente perdida, vagando y como a la espera de que la solución baje del mismo cielo.

Estábamos sentados en las rocas y él puso su mano en la mía.

—Claro que sabes lo que quieres. El problema es que te da miedo intentarlo. Tal vez sí estés esperando una solución divina; ahí te doy la razón.

—¿Qué quieres decir?

—Siempre he creído que no somos felices no porque no sepamos qué queremos, sino porque nos da pavor el simple hecho de concederle una oportunidad. Cierra los ojos y júrame que no hay nada en el mundo que te haga ilusión lograr. Para mí es como si nos encontrásemos encerrados en algo parecido al Triángulo Austral: un vértice sería tu situación actual; otro, tu miedo a intentarlo, y el último, el deseo que quieras alcanzar.

Hice lo que me dijo. Una idea vino a mi cabeza y se instaló en mi pecho. A pesar del miedo, la solté:

—Me gustaría ser escritora. No, quiero y necesito ser escritora.

Al fin lo había dicho. Dejé escapar todo el aire que llevaba acumulado durante tantos meses, probablemente desde las noches de insomnio en la residencia de la universidad. El problema era que siempre me había parecido una idea descabellada, además de inalcanzable. Tal vez, incluso, algo arrogante. Como si tuviese alguna posibilidad. Por su parte, Néstor me dedicó una mirada socarrona.

—Era evidente. Te has pasado la vida rodeada de libros y si no te gustase escribir, no habrías aceptado el trabajo en la redacción.

—Mi abuelo prácticamente me arrastró hasta allí.

—Excusas. Ahora que has encontrado tu motor, quémalo hasta que se consuma, hasta que te consuma.

Néstor hablaba con tanta pasión que podía verle los ojos brillar. Volví a notar el baile de estrellas en mi interior. Podía oler su aroma, tan característico, a pinturas y a desodorante. Ya no escuchaba lo que decía, solo le miraba los labios. Le acaricié el rostro con el dorso de mi mano. Le sonreí con cara de boba y entonces lo besé. Me besó. Colocó su mano en mi espalda y me rodeó con el otro brazo. Entonces estiramos las toallas en la arena y nos tumbamos en ellas. Me acarició la frente, la punta de la nariz, el cuello, los brazos, el ombligo, y cuando volvió a besarme, enredé mis manos en sus cabellos. Me apretó más hacia él y noté oleadas de calor en el estómago. Sonreí, toda yo sonreía. Éramos como dos constelaciones, dos estrellas unidas. Los besos y las caricias dieron paso a la piel. No dije nada, todas las preguntas que hubiese deseado formular murieron en mis labios. Actué en una sola dirección, y esa era Néstor. Solo las estrellas fueron testigo de cuanto ocurrió. Solo una palabra podría describir lo que sentimos: magia. Los astros se habían alineado para que aquella noche tuviera lugar. Mejor dicho: había sido obra del destino.



Varias horas después, me coloqué la chaqueta de Néstor por encima de los hombros y subimos de nuevo al mirador agarrados de la mano. Nos recibió la mirada de reprobación de Gustavo, el padre de Néstor.

—¿Dónde estabas? Te has perdido la mayor parte de la velada —dijo con una voz de hielo, controlando su ira. Me miró de arriba abajo, con desprecio.

—Hemos ido a ver las estrellas y nos hemos quedado hablando. Hemos perdido el tiempo. Siento añadir algo más a tu lista de decepciones.

Gustavo lo agarró fuertemente del brazo. Vi la mueca de dolor en la cara de su hijo. Su padre susurró con los dientes apretados:

—No permitiré que me dejes en ridículo delante de toda esta gente. Hoy era el día de tu hermano y su mujer; por un momento podrías dejar de ser tan egoísta y pensar un poco más en tu familia.

—El problema es que no dejo de pensar en esta maldita familia, padre — le contestó Néstor con la cara enrojecida, zafándose del brazo de Gustavo. Néstor se fue y se disculpó conmigo, iba al baño.

—Espero que no seas tú la que le ha metido tantos pajaritos en la cabeza.

Di un respingo. ¡Se estaba refiriendo a mí! Tenía la esperanza de que yo resultase invisible para él, pero por lo visto deseaba cargarle las culpas a alguien. Y yo no estaba dispuesta a representar el papel de la chica con la que podía ensañarse.

—¿Perdone? —pregunté, dándome la vuelta hacia él.

—No te hagas la tonta, que sabes muy bien lo que te he dicho.

—En ese caso, le diré algo: Néstor ya es mayor para elegir su camino. Y a su pregunta: no, no he sido yo quien le ha convencido para ser artista, ha sido una decisión suya. No creo que su hijo tenga tan poca personalidad como para dejarse llevar por lo que yo pudiese decirle.

—Yo no diría tanto. Una chica bonita puede llegar a ser muy persuasiva a los ojos de un hombre joven.

Eso me dolió. Me resultó indignante. ¿A eso me reducía? A una simple chica bonita. Y vacía. Y algo malvada, a ojos de ese hombre.

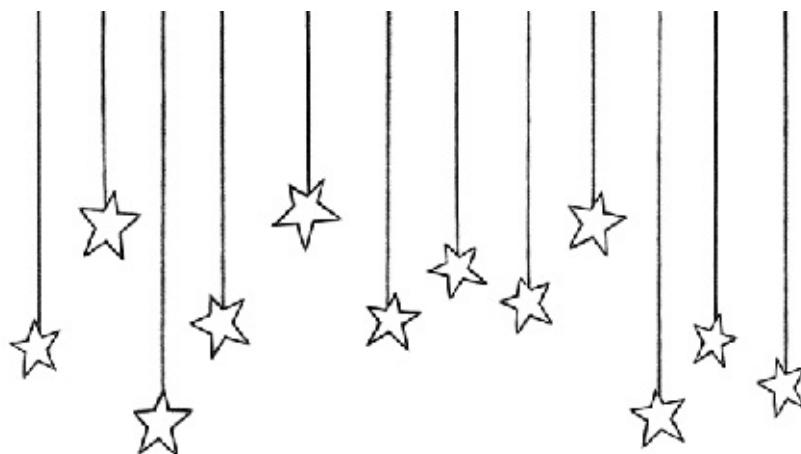
—No te hagas la falsa indignada. Conozco a muchas como tú. Es más, estuve a punto de casarme con una de ellas antes de que llegase la madre de Néstor.

—Me está diciendo que le gustan calladitas.

—Me gustan predecibles.

—Mire, señor Gustavo —pronuncié ese «señor» con absoluto desdén—. Puede que yo no le guste nada, que le resulte *impredecible*, incluso algo vulgar para usted. Pero si su hijo me ha elegido, no puede ponerle demasiadas objeciones. El problema de fondo no soy yo, sino descubrir que sus otros hijos seguirán sus órdenes, mientras que Néstor se comporta como un alma libre. Cuanto más le corte las alas, más lo alejará de usted. Y ahora, si me disculpa, tengo que volver a casa. Gracias por acogerme esta noche.

Y lo dejé echando chispas por los ojos mientras me observaba marchar. Aun así, cuando me aseguré de que ya no me miraba, vi cómo se pasaba la mano por el pelo y parecía envejecer de golpe diez años. Empezaban a asomarle las entradas en su cabello cano. Qué curioso, aquella noche había conocido un poco más a Néstor y también había descubierto que su padre podía resultar perfectamente humano.



capítulo trece

LIBRA

A ti, Gala:

Los días en los que no te apetezca socializar, no te sientas culpable. Es bueno tener tiempo para uno mismo de vez en cuando. Si vas a una fiesta uno de esos días, probablemente no lo pases demasiado bien.

Era agradable escuchar la lluvia. Me resultaba placentero siempre y cuando no tuviese que salir de casa. En los días festivos, y especialmente en otoño, solía quedarme en el porche bebiendo té y leyendo. Nos habían enviado la programación con los distintos actos organizados para el equinoccio y le estaba echando una ojeada cuando vi en nuestra cancela una silueta. Era una chica con el cabello largo y castaño, delgada y con la mirada perdida. Acacia.

Con un movimiento de mano, le di permiso para que se acercase. Me sonrió débilmente en señal de agradecimiento y se aproximó.

—Hola —saludó tímidamente.

—Hola. ¿Qué te trae por aquí?

Ella se removió, nerviosa. Se sentó a mi lado, pero dejó una distancia prudencial.

—He venido a disculparme. El otro día en la cafetería no me comporté como es debido y lo pagué contigo. Lo siento mucho.

—No es nada, pero gracias. De hecho, ya lo había olvidado —mentí.

Se tocó el cabello y se retorció los mechones entre los dedos. Sé lo mucho que le incomodaba ese tipo de situaciones en las que ella debía, de algún modo, rebajarse. No estaba acostumbrada a no llevar la voz cantante.

—¿Sabes? Echo de menos tener una amiga a la que contarle mis preocupaciones. Sí, tengo amigos, pero no puedo contar con ellos para abrirme, como hacía contigo o con Simón. Con vosotros podía ser yo misma todo el tiempo.

Y era cierto. Acacia resultaba una chica verdaderamente divertida y muy desinhibida cuando se encontraba en un ambiente de confianza. Tenía un apetito voraz y un sentido del humor muy característico. Su risa era absolutamente contagiosa. En muchas ocasiones, hablaba en un tono de voz muy alto, casi gritando, porque decía que, si no, no se oía a sí misma.

Por miedo a volver a equivocarme, solamente asentí. La dejé desahogarse.

—Cuando estoy sola en mi habitación, reviso nuestras antiguas fotografías y me invade la nostalgia y entonces no puedo evitar entristecerme. Nunca os lo dije, pero agradecí muchísimo que me acogierais, ya que tú y Simón erais la prueba de la amistad indestructible y, aun así, me hicisteis un hueco entre vosotros. Jamás me sentí más agradecida. Después, como bien sabes, llegaron otras compañías que me hicieron perder un poco el norte. No los culpo a ellos, porque todas y cada una de las decisiones que tomé fueron mías, pero admito que no me reconozco en gran parte de ellas. No creo que fueran malas por completo, muchas personas hacen todo aquello que yo hice y no las juzgo, te juro que no lo hago. Fue una época de beber en exceso, de acostarme con chicos y chicas y, como consecuencia de la locura que invadió mi vida, relegué los estudios a un segundo plano. Simplemente me perdí en el camino, dejé de ver el norte. Y en medio de todo ese caos os perdí a vosotros, que erais aquellos a los que más valoraba. Os mentí muchísimas veces. Gala, no puedes llegar ni a imaginarte cuántas, con tal de poder vivir lo mejor de ambos mundos, de seguir sosteniéndome en la cuerda floja, a caballo entre continuar siendo la Acacia de siempre y dejarme arrastrar por estas compañías y, entre ellas, por Zenón.

Llegados a este punto de su monólogo, Acacia estaba llorando a mares. El rímel se le había corrido y le resbalaba en forma de chorros negros por las mejillas. La dejé un segundo a solas para ir en busca de una caja de pañuelos de papel.

—Sé que cuando empezaste a darte cuenta de lo que sucedía me juzgaste. Y te conozco, por lo que también sé que una y otra vez intentaste no hacerlo. Pero admito que era demasiado difícil evitarlo.

—No, Acacia, hice muy mal en prejuizar tus decisiones. Yo no era absolutamente nadie para criminalizar tus acciones. Es más, estoy segura de que si muchas de las chicas que hacen todo lo que tú hiciste fuesen hombres, no se las culparía de nada, sino que automáticamente se aceptaría cada uno de sus actos como si de verdad ellos fuesen dueños de su vida.

Acacia apoyó entonces su cabeza en mi hombro, y la oí sorber por la nariz.

—Entonces, ¿por qué me sigo sintiendo tan culpable?

—Porque la sociedad estigmatiza. Y me niego a formar parte de ese pensamiento común. Jamás volveré a prejuizarte, Acacia, hagas lo que hagas.

Nos agarramos de las manos y nos quedamos un momento así, calladas, procesando cada una de las palabras que habíamos pronunciado. La lluvia era la acompañante fiel de nuestros pensamientos, como una banda sonora suave, pero persistente.

—Simón jamás habría permitido nuestro distanciamiento —comentó, rompiendo el silencio.

—Seguramente nos habría tirado de los pelos.

Reímos.

—No sé si sabrá que hemos perdido el contacto. Es probable que ahora mismo nos odie solo con pensar en que uno de los motivos de que esto pasara fue él —dije.

—Sigo sintiéndome responsable de su muerte; la diferencia es que ahora ya no te culpo a ti —contestó Acacia.

—Yo me siento igual. ¿Por qué, en lugar de apoyarnos en aquel momento tan duro, decidimos complicarlo todo? Podría haber sido un proceso mucho menos doloroso, o al menos no tan solitario, si hubiésemos contado la una con la otra.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Me levanté en busca de un poco de limonada del abuelo y la serví en las mismas tazas de té. Era una antigua costumbre entre nosotras, lo hacíamos cada vez que teníamos que hablar de algún problema. Acacia sonrió al ver el detalle.

Durante aquella tarde, Acacia y yo nos pusimos al día de los sucesos acaecidos en el último año. Entre vasos de limonada, me explicó cómo habían sido sus últimos meses y yo le conté que había dejado Medicina, los miedos e inseguridades que me acechaban con respecto al futuro, la llegada de Tristán, la señora Constanza y, sobre todo..., Néstor. Solamente me reservé para mí lo

que ocurrió la noche de la boda. Lo creí oportuno, ya que no dependía de mí airear algo que nos incumbía solo a ambos.

—¡Sabía que algo se cocía entre vosotros! —exclamó entre risas—. Lo he sabido desde que teníamos dieciséis años y te quedaste destrozada cuando nos despedimos de él, cuando se marchó a Suecia. En aquel momento llegué a pensar que nunca lo superarías.

—Por aquel entonces, no me creía capaz de superar muchas cosas, y mírame ahora.

Sonreímos. Qué agradable sensación me suponía volver a disfrutar de la compañía de Acacia. Ella era la magia pura que me había faltado durante tanto tiempo, ella y sus estrellas, que siempre la acompañaban.

A Simón:

¡Estoy tan feliz de anunciarte que Acacia y yo hemos hablado por fin! Eso no significa que automáticamente volvamos a ser amigas íntimas de nuevo, porque es muy difícil reconstruir una amistad rota durante todo un año, pero sí que me encuentro con los ánimos totalmente renovados para intentarlo. Acacia siempre había sido para mí un soplo de aire fresco. Como ese airecillo fresco de la montaña que se te cuela por el cabello.

Es evidente mi euforia, pero lo cierto es que me hace sentir muy bien pensar que Acacia sigue siendo la misma, que aquellos amigos suyos no han conseguido corromper su pureza. Tal vez te estés preguntando si hemos hablado de ti. Ciertamente no hemos mencionado el día de tu desaparición, que marcó un antes y un después en nuestras vidas, pero sí pensamos que fuimos unas estúpidas al creer que podríamos superar tu pérdida cada una por su cuenta. Ahora ya no tendremos que cargar más con nuestro dolor a solas. Por otro lado, Néstor y yo... cada vez estamos más cerca el uno del otro. Mucho. El simple hecho de pronunciar su nombre ya me produce un hormigueo, pero es que también me hace feliz que forme parte de mi vida. Empiezo a percibir que es un alma maravillosa, llena de color. Noto que se está produciendo un despertar en mi interior, y si recupero a Acacia y mantengo a Néstor, creo que me siento capaz de hacer frente a cualquier cosa. Si pudiera, les pediría a las estrellas que en el futuro no se diera ninguna otra pérdida de un ser querido.

La abuela y tú ya sois las estrellas que me guiais desde el cielo.

Gala

El día que fui a casa de Constanza a comunicarle que sabía que era mi tía abuela, esta no se encontraba en la mansión. Me abrió la puerta Sira, con la que todavía no había intercambiado más que palabras de cortesía.

—Constanza está en casa de una amiga, tomando el té. Sí, tiene costumbres anglosajonas —dijo sonriendo.

—Oh, en ese caso, puedo pasarme en otro momento.

—Tranquila, quédate si quieres. No conozco a nadie en el pueblo y cuando Constanza no está en casa, me siento un poco sola. Podríamos charlar un rato —me pidió.

Entré y pude ver que Sira había dejado un gran violonchelo reclinado en medio del salón. Supuse que lo estaría tocando.

—¿Tocas el violonchelo? —le pregunté.

A ella se le iluminaron sus grandes ojos verdes. Había dado en el clavo, la música debía de ser su pasión.

—Toco desde que encontré la suficiente fuerza en mis brazos para sostenerlo por mí misma. Mis abuelos me regalaron uno al cumplir yo cinco años, justo después de entrar en la escuela. Se ve que a mi madre también le gustaba mucho la música. Tocaba varios instrumentos.

—¿Tu madre es música, entonces?

Sus ojos se ensombrecieron.

—No, mi madre era muy joven cuando murió. Apenas la conocí. Lo poco que me queda de ella es este collar con la constelación de Libra y mi nombre, pues su deseo era que me llamara Sira.

—Oh... Lo siento.

Me dedicó una sonrisa.

—Tranquila, no pasa nada. Mis abuelos han sido siempre muy generosos conmigo. Lo que pasa es que la abuela empieza poco a poco a perder la cabeza y es algo más difícil tratar con ella estos días. El abuelo, por su parte, es un hombre de fuertes convicciones, ¿sabes? Cuando algo no le parece bien, se puede llegar a enterar todo el vecindario —dijo, riendo.

En aquel momento me sonó el móvil. Era Tristán y, a pesar de que me sorprendió un poco, contesté la llamada.

—Gala, ¿dónde estás? —me preguntó apresuradamente.

—En casa de... una amiga. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque te necesito en la floristería. Por el papeleo, ya te imaginas. Estamos a punto de firmar el contrato y me gustaría que estuvieses aquí. ¿Puedes venir?

—¿Ahora? Estoy algo lejos de allí, la verdad.

—Te paso a recoger, entonces; envíame tu dirección.

Eso hice. Sira se había sentado detrás del violonchelo y decidió tocar algo para mí. Me encantó el detalle, el hecho de que me dejase disfrutar de su música. El instrumento nos envolvió a ambas en una burbuja que nos alejó por un rato del mundo exterior. Por eso no oí nada cuando Tristán llegó y empezó a aporrear la puerta.

—¿Qué estabas haciendo? ¡Llevo media hora esperando aquí fuera! —se quejó.

—Perdona, es que estaba...

—Escuchando esa música, ¿verdad? Era melancólica y... maravillosa.

—Gracias.

En ese momento Sira había asomado por detrás de mí. Le alargó una mano a mi tío y a continuación se presentó. Tristán empalideció de golpe; apenas fue capaz de balbucear su nombre.

—¿Te ocurre algo? —le pregunté, dándole un toque en el brazo.

Cuando nos metimos en el coche, mi tío seguía comportándose como si hubiese visto un fantasma.

—Gala, creo que esa chica... es mi hija.

Desde el asiento del copiloto, me volví hacia él con los ojos como platos. ¿Había oído bien?

—¡¿Qué?!

—Es exactamente igual que Leonor. Son como dos gotas de agua. Los ojos verdes y separados, la nariz perfecta y el cabello oscuro. De baja estatura. Ha sido como... viajar de pronto al pasado, como ver de nuevo a mi amor de juventud.

—Solo que probablemente sea tu hija.

Él asintió mientras miraba la carretera.

—¿Cómo ha dicho que se llama? —me preguntó.

—Sira. Llevaba, además, un collar con una constelación... Libra, creo recordar.

—Es ella, Gala, es ella. Leonor era Libra y creía mucho en las constelaciones; bueno, como muchos en Melía. Además, me pidió que si era niña y algo le ocurría, la llamásemos Sira. Oh, Dios mío, ¡no puedo creerme que la haya encontrado!

¿Cuántas posibilidades había de que los caminos de ambos se cruzasen? En aquel momento me di cuenta de la importancia que empezaba a cobrar el destino en la vida de todos nosotros. La historia de mi familia parecía desarrollarse justo delante de nuestras narices, y me daba la sensación de que no sería capaz de detenerla.

El hecho de no poder controlar lo que sucedía ante mis ojos me alteraba un poco, pero también resultaba agradable caer en la cuenta de que, en cierto modo, la vida de mis familiares confluía al cabo de manera natural y que, por lo tanto, así debía suceder. Néstor o Acacia lo llamarían seguramente «destino»; yo, en cambio, no quería ponerle nombre a esa fuerza que nos empujaba a todos a crear un nuevo camino; solo deseaba cerrar los ojos y, por una vez, dejarme llevar.

Aquella noche les dimos la noticia a los demás. El abuelo no dijo nada, incrédulo por el hecho de pensar que su hijo dedicase algo de tiempo a alguien que no fuera él mismo, mientras que Irene, con la bondad que la caracterizaba, abrazó a Tristán y le sonrió con los ojos brillantes. Me percaté de una presencia familiar en el salón y, por encima del hombro de mi hermana, vi que la abuela sonreía sentada en la butaca del abuelo. Sostenía, encendida, la brújula de las estrellas. Cada vez comprendía menos el funcionamiento de aquel cachivache. La abuela se llevó un dedo a los labios, pidiéndome silencio. Di un respingo en la silla y el abuelo me miró con el ceño fruncido. Parpadeé y el sillón volvía a estar vacío.

Durante la cena no fui capaz de ingerir nada más. Solo una pregunta me intrigaba: «¿Qué hacía que en ocasiones la brújula se abriera, dejando salir aquella luz cegadora, mientras que otras veces se mantenía apagada?».

La respuesta no tardó en llegar. Cuando me disponía a dormir, algo se posó suavemente en mis sábanas. Por un momento creí que se trataba de Aquiles dejando caer alguno de sus juguetes. A tientas en la oscuridad, busqué el objeto y di con la brújula. Encendí la lámpara de la mesita y me encontré con la abuela sentada en el borde de la cama.

—Espero no haberte asustado, querida.

—Empiezo a acostumbrarme.

Ella sonrió, pero sin despegar los labios.

—Abuela, hay muchas cosas que no comprendo. ¿Por qué sigues apareciendo por aquí? ¿Qué significa, en realidad, la brújula? ¿Por qué motivo no me das respuestas claras? Si te soy sincera, empiezo a impacientarme.

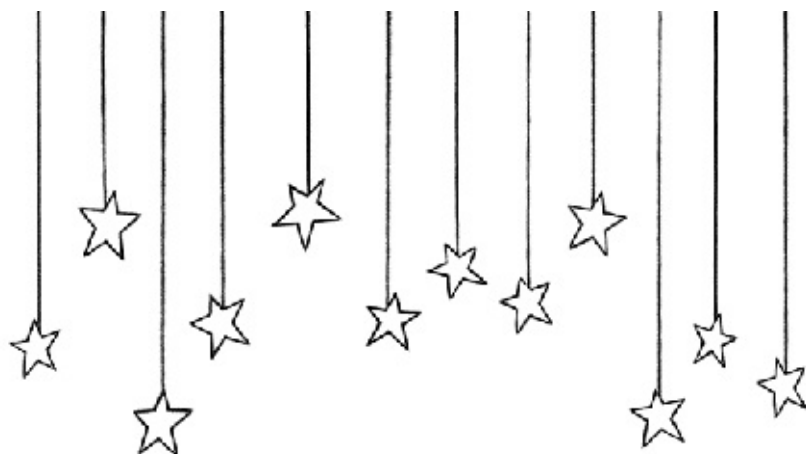
—Ay, Gala, resolver todo aquello que te ronda por la cabeza no depende de mí. No se me permite solucionar todas tus dudas. Ojalá pudiese. Solo te pido que una vez abierto el baúl del pasado, si verdaderamente quieres saber lo ocurrido, deberás guiarte por esto —dijo, señalando a la brújula.

—¿Se supone que la brújula me dará respuestas? —pregunté escépticamente.

Ella miró a izquierda y derecha, bajando el volumen de la voz, como si temiese que alguien nos pudiese estar escuchando.

—Mira, voy a saltarme un poco las normas para decirte que la brújula te será útil el día del equinoccio de otoño, pero imagino que ya lo sabes. Llévala contigo ese día, te mostrará el camino. De algún modo, os ayudará a encontraros de una vez por todas, ya que veo que últimamente os habéis perdido.

Las charlas con la abuela me dejaban completamente exhausta. Era como si, de algún modo, esas apariciones me robasen la energía. «No deja de ser una situación antinatural», me dije. Pero, a pesar de ello, me hacía feliz verla. Tenía la sensación de que las estrellas me estaban dando la oportunidad de poder disfrutar de ella. Y no podía estarles más agradecida por ello.



capítulo catorce

AURIGA

A ti, Gala:
Mens sana in corpore sano, siempre.

Una de esas tardes de viernes de otoño lluviosas, mientras me dedicaba a preparar varios ramos de flores que nos habían encargado para el Día de Todos los Santos y, en el poco tiempo que me quedaba, terminaba los del equinoccio, Acacia me envió un mensaje al móvil. Me pedía que acudiera a la fiesta que se celebraba esa misma noche en la playa.

Ni siquiera sabía que se diera esa fiesta, por lo que supuse que la organizaría el grupo de Zenón, un hecho que me estremeció de pies a cabeza. Además, tras considerar que no había asistido a ninguna fiesta en Melía desde la muerte de Simón, sentí una punzada de pánico. Aun así, acababa de reconciliarme con Acacia y no quería decepcionarla, de modo que acepté. Sopesé la idea de sugerirle a Néstor que viniese con nosotras, pero mi espíritu de alma solitaria me impidió decirle nada. De todas formas, pensé que seguramente Acacia ya se lo habría comentado.

Cuando llegué a casa, cené, me di una ducha y me vestí. No tenía nada apropiado que ponerme, ya que jamás salía de noche, por lo que me colé en la habitación de Irene. Por suerte, en su armario había un vestido negro, corto y sencillo, que me pareció perfecto para la ocasión. Esperé durante media hora

en mi cuarto a que Acacia me avisase para salir, y cuando ya me iba vi que el abuelo me sonreía de manera nostálgica, sentado en su sillón.

—Espero que el pasado no te atormente demasiado esta noche, bonita. Durante las noches se hacen o dicen cosas que a plena luz del día nos da miedo admitir.

—Yo espero lo mismo, abuelo —le contesté, besándolo en la frente.

Acacia me esperaba en el porche y estaba espectacular. Se había recogido el cabello castaño en una alta cola de caballo, cuyos rizos le resbalaban de manera despreocupada a ambos lados de la cara. Llevaba un vestido estrecho de su color estrella, el blanco, y en los pies, unas sandalias plateadas.

—Zenón nos espera en el coche.

Tragué saliva. No me gustaba estar cerca de ese chico y mucho menos respirar el mismo aire en aquel reducido espacio. A pesar de ello, sonreí y agarré el asa del bolso con más fuerza, hasta que mis dedos se tornaron blancos.

El aire dentro del coche era denso: olía a tabaco y a incomodidad. Podríamos haber cortado la tensión con un cuchillo. Acacia rompió el silencio encendiendo la radio. Zenón iba haciendo eses con el coche, por lo que supuse que habría bebido. Me agarré con fuerza al bolso. Odié todavía más su presencia, ya solo por pensar que nuestras vidas corrían peligro. Entonces sugerí:

—¿Y si paramos a tomar un poco el aire? Me estoy mareando.

Acacia accedió. A Zenón no le gustó la idea, pero supuse que para contentar a su novia paró el coche. Lo dejó a un lado de la carretera y Acacia y yo nos bajamos.

—Voy a hacer pis, no tardo —me dijo, desapareciendo por el bosque que rodeaba la carretera.

Entonces Zenón salió del coche, se encendió un cigarro y, expulsando el aire, me miró con los ojos entornados.

—No entiendo muy bien qué estás haciendo aquí.

«No entiendes nada porque tienes el cerebro de un mosquito y, además, vas como una cuba, capullo», pensé.

—Me ha invitado Acacia. —Evité adrede decir «tu novia», ya que esas palabras me quemaban la lengua. No se la merecía.

Zenón guardó silencio y, lenta e intensamente, me miró de arriba abajo, lo que me incomodó muchísimo.

—Siempre me has parecido algo rara, De Grago. Pero, a pesar de eso, tengo más de un colega al que le gustaría hincarte el diente. U otras cosas —

dijo riendo. Volvió a expulsar el humo de su cigarrillo.

Así que de ese modo me veían los amigos trogloditas de Zenón. Como un pasatiempo más, un cuerpo que usar por unas horas. Genial.

Cuando Acacia volvió, nos sonrió; reuní fuerzas para devolverle la sonrisa y nos dirigimos a la fiesta. Al llegar ahí, di las gracias a las constelaciones por no habernos estrellado.

La playa que habían escogido para la ocasión estaba algo alejada de Melía, prácticamente pertenecía al municipio más apartado de la comarca. Imaginé que lo habían hecho a propósito, para evitar miradas indiscretas. Estaba llena de gente que bailaba, fumaba, bebía y reía. Unos cuantos habían empezado a desnudarse para meterse en el agua. Siempre me había parecido que durante las fiestas el mundo parecía detenerse para todos y que, a lo largo de unas horas, todo se reducía a lo que sucediera entonces. En ese período de tiempo se cometían locuras, había algunos que se declaraban a otros, se era totalmente sincero o justo lo contrario. Se era más valiente y a la vez más cobarde. A la mañana siguiente, se fingía que nada había ocurrido y se corría un tupido velo sobre los acontecimientos. Me parecía en cierto modo fascinante, y lo más curioso de todo era que no se comentara; nadie parecía percatarse de tal fenómeno.

Fui en busca de una copa y me senté en una de las hamacas. Acacia había desaparecido de la mano de Zenón, así que dirigí la mirada hacia la multitud, en espera de encontrar algún rostro conocido, pero fue en balde. Decidí entonces zambullirme entre la gente y simplemente bailar. No recordaba la última vez que había bailado. Probablemente fuera alguna coreografía de Simón. En aquel momento lo eché más de menos que nunca porque él solía ser el alma de la fiesta. De pronto, noté cómo unos brazos se posaron sobre mi trasero y lo apretaron. Di un respingo y me di la vuelta. Era uno de los amigotes de Zenón, colocado hasta las cejas. Se acercó a mi cuello y yo, nerviosa, intenté zafarme. Por suerte, me agarraron del brazo y tiraron fuertemente de mí, hasta que me sacaron de la multitud. Entonces atiné a ver quién me había ayudado. Era Néstor.

—Muchísimas gracias —le dije.

—Con mucho gusto le habría dado un puñetazo a ese pedazo de imbécil, pero sé que no me lo habrías perdonado.

Y era cierto. No soportaba la idea de pensar que Néstor podría haberse creído una especie de príncipe salvador. No lo necesitaba. Me gustó saber que era consciente de ello y que me había ayudado como a un igual.

—Gracias por saber eso.

—A veces creo que te olvidas de que nos conocemos desde hace mucho tiempo, Gala.

—Ha sido asqueroso —dije en dirección al amigo de Zenón.

—Aún existen tíos que se creen con derecho a tocaros, como si fueseis propiedad de cualquiera. —Los ojos le brillaban de rabia—. Por cierto, siento si te parezco indiscreto, pero ¿qué haces aquí? Por lo que tengo entendido, no eres un ser nocturno.

—Ya no. Creo que podría preguntarte lo mismo.

Néstor sonrió.

—*Touché*. No quería quedarme en casa, ya sabes. Aun así, tengo que admitir que mi padre parece algo menos insufrible estos últimos días.

Ese comentario me hizo sonreír por dentro, ya que existía la remota posibilidad de que mi charla con el padre de Néstor hubiese servido de algo. De todos modos, debía reconocer que era bastante improbable que yo hubiese hecho cambiar de opinión al gran Gustavo, aunque fuese ligeramente.

Una vez que comprobamos que el amigo de Zenón no estaba por ahí, volvimos junto a la multitud para bailar. Estuvimos mucho rato allí, riendo, sudando. Néstor me besó durante largo rato y yo fui feliz tan solo disfrutando de aquel momento que era nuestro. Pude comprobar así, de primera mano, el fenómeno de las fiestas: no importaba el mañana, sino solamente aquel instante. Metí mi nuevo recuerdo dentro de un frasco y lo guardé junto a mi cada vez menos frío corazón.



Hacia la mitad de la noche me di cuenta de que hacía mucho rato que no veía a Acacia. Mi personalidad alarmista me hizo buscarla por toda la orilla junto a Néstor, desesperada. Finalmente, al cabo de un buen rato de búsqueda, y cuando el sol ya empezaba a salir por el horizonte, fue ella la que me llamó por teléfono y me pidió que fuese yo sola a la enfermería de la playa. Lloraba mientras hablaba y sonaba muy alterada.

Néstor me dijo que estaría esperándonos en su coche y yo me dirigí adonde debía de estar mi amiga. La encontré hecha un ovillo en una esquina de la minúscula estancia. Estaba sentada y se sujetaba las rodillas con los brazos mientras escondía el rostro entre ellas. En la oscuridad, pude percibir que tenía el cabello revuelto. Me acerqué cautelosamente.

—Acacia...

Levantó la mirada y vi miedo. Me agaché y, en silencio, la abracé. Cuando al cabo de mucho rato se calmó, dijo con la voz rota:

—Ya debes de imaginar quién es el responsable de que yo me encuentre así. —Ella me agarraba de la mano. Estaba temblando. Me miraba con esos preciosos ojos castaños. Los tenía llenos de lágrimas.

—Tú sabes que toda mi vida he intentado ser perfecta. Encajar. En el momento en que no conseguía serlo, la ansiedad entraba en acción. Cuando empecé a salir con Zenón parecía que todo volvía a su cauce: mis inseguridades desaparecieron por un tiempo. Pero con el paso de los años otras que no sabía que podía llegar a albergar salieron a la luz. Zenón no me valoraba, criticaba cada uno de mis pasos, ponía piedras en mi camino cuando debería aligerarme el paso. Me hacía sentir culpable, pequeña e insignificante. No ha sido fácil. Todavía sigo temiendo que todo forme parte de mi imaginación.

Le sostuve la mano. Mirábamos a la pared blanca de la enfermería. Curiosamente, no era la primera vez que nos encontrábamos rotas en un lugar como ese.

—Esta noche decidí dejarlo. Me viste antes actuar contenta en el coche porque intentaba armarme de valor para romper con él. Esta noche bebimos demasiado y desaparecimos. Como de costumbre, intentó llevarme a su casa; me insistió porque sus padres están de viaje. Yo no quería porque estabais Néstor y tú aquí, y deseaba pasar un rato con vosotros, ya que os había invitado. Pero, no sé por qué, me subí a su coche y en un momento dado paró el coche y empezó a besarme, a tocarme. Yo no quería. Él insistió. Hace tiempo que ya no deseo estar con él físicamente. No supe cómo darle a entender que no me apetecía y que, ya que se había puesto en marcha, deseaba llegar a mi casa. La situación se puso violenta y empezó a gritarme de todo; preferiría no repetir todo lo que dijo, Gala. Durante mi vida he tenido que oír cosas desagradables, pero es que lo de esta noche..., me ha faltado al respeto, estaba fuera de sí. Según él, era mi deber satisfacerlo porque era mi modo de demostrar que lo quería. Al principio me dejé tocar y besar a pesar de que no lo deseaba, por miedo a que me hiciese daño si me negaba. Aún me duele todo el cuerpo. Pero lo que más me duele es que tengo la sensación de que me ha contaminado el alma y que nunca más podré deshacerme de esto.

Me quedé congelada.

Acacia empezó a llorar desconsoladamente. Se tapó el rostro con las manos.

—En cuestión de horas, se lo ha contado a sus amigos. Evidentemente, ha dado su versión de los hechos. Según me ha contado una amiga por mensaje, la noticia ha corrido como la pólvora. Zenón se ha limitado a decir que no

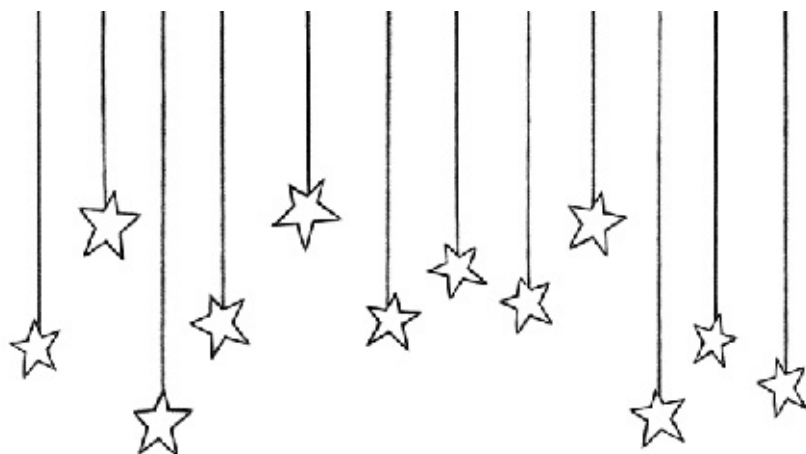
entiende nuestra ruptura, con lo mucho que hemos disfrutado esta noche. Sus amigos se han limitado a asumir que lo he dejado porque soy una zorra que me he cansado de él y que deseo acostarme con otros. Según ellos, era de esperar, debido a mi pasado.

La miré, no tenía palabras de consuelo. Sentí una bola de fuego, rabia e impotencia en el pecho.

—Yo no he disfrutado, Gala. Gracias al cielo, no hemos llegado a hacerlo del todo. Él estaba tan borracho que no ha podido, simplemente ha parado el coche y se ha ido a vomitar. Además, escuchamos voces y pude zafarme de él a tiempo. Se suponía que era mi novio, no sé cómo ha podido intentar hacerme esto...

La abracé durante mucho tiempo. Cuando el frío nos caló los huesos y los dientes empezaron a castañetearnos, la agarré del brazo, le limpié la cara con agua fría en el pequeño lavabo de la enfermería y le pasé mi chaqueta por los hombros. A ambas, aquella situación nos daba miedo. La sociedad nos había hecho temer la posibilidad de estar exagerando, pero no nos había preparado para actuar. Aun así, abrazar durante largo rato a Acacia para tratar de ofrecerle un consuelo que probablemente jamás llegase no me pareció exagerar en absoluto.

Sin pedírselo, y solo con vernos, Néstor nos llevó a casa. Los tres miramos el cielo en silencio y él comentó cómo había encontrado a Auriga aquella noche. La constelación de la suerte para Acacia, la que su madre siempre comentaba. El débil sol, que había despuntado no hacía mucho, nos acariciaba los rostros cansados. Habíamos crecido diez años en apenas unas horas. Acacia, en silencio, comprobó su teléfono y vio que tenía varias llamadas perdidas de él, además de muchos mensajes de un Zenón lloroso y desesperado en el buzón de voz. Apagó el aparato y apoyó su cabeza en mi hombro.



capítulo quince

SAGITARIO

A ti, Gala:

Nunca te sientas culpable por hallarte en un lugar y ser la más joven o la única mujer. Te has ganado tu puesto, al igual que el resto de los presentes.

Los días siguientes a aquella noche transcurrieron de modo tumultuoso. Néstor y yo nos pasábamos parte de los días y muchas de las noches en casa de Acacia, haciéndole compañía. No queríamos que se sintiera sola y mucho menos con la pandilla de Zenón dando vueltas por el pueblo. Más de una noche, este se había presentado en el jardín, apostándose bajo su ventana, pero Néstor había conseguido hablar con él para que la dejase en paz. La tregua solía durarle aproximadamente dos días y luego volvía a la carga. Por suerte, Acacia empezó el curso universitario y durante el día no estaba en Melía, por lo que podía alejarse un poco de todo aquello. Una noche, Acacia se levantó de madrugada y salió al jardín. Yo, como dormía poco desde hacía tiempo, noté su ausencia en la cama y salí a buscarla.

—Hace frío —le dije susurrando, para no despertar a su madre.

—Empezaba a sentirme agobiada allí dentro.

Nos sentamos en la mesa donde ellas solían desayunar cuando hacía buen tiempo. Acacia volvió a levantarse.

—Si me quedo quieta, pienso. Y ahora mismo no me conviene.

Al cabo de un rato, en silencio, trajo dos tazas de té.

—Que sepas que todavía recuerdo cómo te gusta la infusión —dijo sonriendo.

Nos bebimos el té. Para amenizar el rato, le pregunté qué tal le iba la universidad. Había empezado a estudiar Enfermería.

—Bien. Creo que he hecho la elección correcta.

Volvió a reinar el silencio. Me quemaba la lengua la sola pregunta:

—¿Hablarás con él?

Suspiró.

—Creo que si quiero dejar esta relación atrás, así debe ser. Probablemente sea horrible, porque ya nos ha pasado otras veces en las que nos encontramos en el filo y, después, él se arrastra pidiéndome perdón, me regala algo caro, estamos bien durante unas semanas y, de nuevo, vuelta a empezar —dijo acariciándose una pulsera de plata, un evidente regalo de él—. Es muy probable que piense que esta vez es como las otras, pero no es así. He aguantado demasiado. Sin embargo, todavía no estoy preparada para enfrentarme a ello. No hasta que haya pasado el equinoccio. Este año quiero pasarlo con vosotros y quiero estar bien, sin ningún drama.

Entendí a qué se refería. Empezaba a desear darse tiempo a sí misma, a pesar de todos aquellos fantasmas que la perseguían.

—Acacia, en cuanto a lo que pasó aquella noche... —empecé.

Ella sacudió la cabeza.

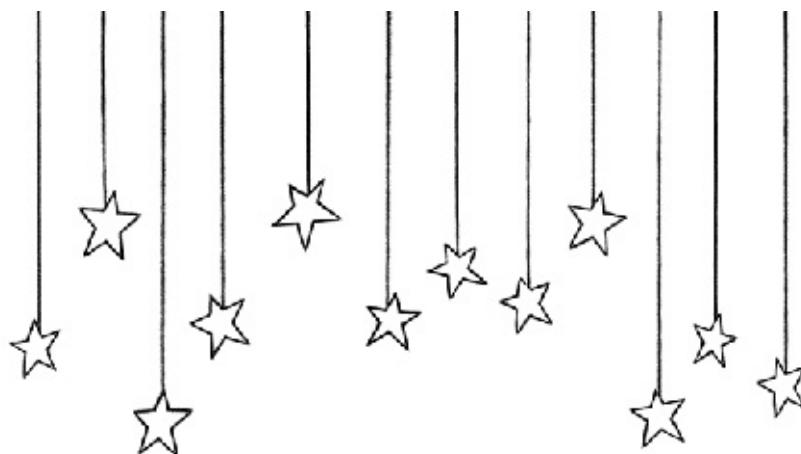
—Gala, voy a serte sincera. Escúchame, y te pido que no me juzgues. Bien, no quiero que a partir de ahora toda mi vida gire en torno a aquello. Fue horrible porque pasé mucho miedo y, ahora que lo miro con perspectiva, fue terrible ver cómo aquella persona con la que has compartido tanto es la misma que te hace daño. El amor no es eso, jamás debería ser eso. Voy a ir a la policía, si es lo que estás pensando. No te creas que no lo he pensado otras veces. Prácticamente es lo único en lo que me he parado a pensar estos últimos días. Por un lado, no quiero que nadie excepto Néstor, tú y mi madre sepa mi decisión. Creo que no va a hacerme ningún bien ir a la comisaría, ser interrogada y que la denuncia quede archivada en un cajón. En cierto modo, una voz dentro de mí no para de decirme que no van a tomarme en serio porque el abuso no llegó a consumarse. Es triste, pero así es. Por nada del mundo desearía que me señalaran y ver cómo se me mira con compasión o, lo que es peor, con incredulidad. Además, ya sabes lo muy influyente que es la familia de Zenón; solamente me serviría para exponerme ante los ojos de

desconocidos que no saben nada de mi relación. Él ya se ha cuidado de dar su versión de los hechos y, como he podido comprobar estos últimos años, puede resultar muy persuasivo si se lo propone. Aquella noche me sirvió de aviso: si continúo con él, nada va a impedirle que vuelva a las andadas y la próxima vez quizá no tenga tanta suerte. Y por eso necesito denunciarlo. Mañana a primera hora iré. Puede que en el futuro, si una situación como esta se repite en el pueblo, mi caso les sirva de ejemplo. No pienses que por mi parte voy a quedarme de brazos cruzados. Sé que necesito hacer algo determinante para eliminar esta relación tóxica de mi vida y también sé que si acepto la situación, no me va a servir de nada.

En aquel momento no pude admirarla más. Acacia estaba llorosa, muerta de frío y de hambre, ya que apenas había probado bocado en los últimos días, pero con la determinación de salir adelante. Durante días la había visto hundida, sin querer salir de la cama y con la mirada perdida. A duras penas sacaba fuerzas para ir a las clases de la universidad, pero respondía automáticamente cuando se le preguntaba algo, aunque en muchas ocasiones supe que ni siquiera era consciente de sus respuestas. Sin embargo, aquella noche, a pesar de que la oscuridad que se cernía sobre ella no había desaparecido aún, vi un destello en sus ojos. Fuerza. La abracé y entonces, heladas de frío, abandonamos el jardín y nos metimos dentro. Para mi sorpresa, no tuve pesadillas durante el resto de la noche. En cambio, en el sueño salía de mi cuerpo y veía a Simón observándonos mientras dormíamos. Tenía un semblante serio, pero en calma.

Después de aquella charla, Néstor y yo creímos conveniente que Acacia podría empezar a estar sola en algunos momentos del día. Yo dejé de abusar de la amabilidad de la señora Carmen y, para ocupar los días, hice jornada completa en la floristería. Todavía no había decidido si una vez que ella se jubilase y mi tío tomase el relevo del negocio yo continuaría trabajando allí a largo plazo. El dinero era bien recibido en casa, pero tampoco deseaba trabajar toda la vida en aquello. Las flores me daban paz y me alegraban muchos días, aunque en mi interior un deseo creciente se abría paso al margen de ellas. Durante un largo tiempo había optado por acallar esa voz y negar su existencia, pero con la llegada de Néstor a Melía, y de su espíritu artístico de algún modo contagioso, empecé a dejar de ahogar cuanto fuera que estuviese dentro de mí y a darle un respiro, a dármele también a mí. Yo era perfectamente consciente de qué se trataba, aunque todavía me daba demasiado miedo afrontarlo.

Por aquel entonces, los carteros habían empezado a repartir, en cada una de las viviendas del pueblo, los sobres de colores para el árbol de los deseos. Como cada año, los sobres eran de color naranja, como el otoño recién llegado a la fiesta, y, después, durante un año entero, a pesar de la lluvia o la nieve, estos permanecían colgados de las ramas del árbol. Solamente se permitía la extracción de los sobres si el deseo había sido concedido en dicho período de tiempo. Entonces se sustituía por uno blanco en señal de agradecimiento a las estrellas. En mi caso, el año anterior no había colgado ninguno, ni tan solo había salido de casa. Recuerdo, en cambio, a Tadeo muy ilusionado cuando fue a colgar su primer sobre. Mi sobrino hizo trampa y me dijo lo que había pedido: un perro. Curiosamente, su madre no supo que deseaba una mascota, pero el destino le concedió el deseo. Hubo una discusión en casa por el nombre: el abuelo quería llamar al perro Sagitario, pero finalmente ganó Aquiles. Al día siguiente, tras dar la bienvenida al nuevo miembro de la familia, Irene fue a colgar un sobre de color blanco al árbol de los deseos. Ahora que el sobre naranja había llegado a casa, yo tenía que escribir aquello que verdaderamente deseaba.



capítulo dieciséis

CETO

A ti, Gala:
Perdona de vez en cuando.

Le hablé a Irene de la señora Constanza y de los tesoros que guardaba el desván sobre nuestra familia. Me daba la sensación de estar desentrañando el tejido que formaba la historia de mis parientes cercanos, pero todavía me sentía lejos de verlo con claridad. Como me vi muy perdida en mi búsqueda, además de que creí que Irene merecía conocer todo aquello, decidí contárselo a mi hermana para averiguar si ella podía estar al tanto de algún detalle o cabo suelto reconocible en aquel entramado del que no parecía fácil salir. El abuelo había salido a pasear y Tadeo estaba en el colegio, así que aprovechamos para sacar todo el material al salón: el vestido de novia y los diarios. Destinamos varias horas de lectura al pasado de Constanza y su juventud y, en cierto modo, sentimos como si invadiéramos su intimidad, a pesar de que ella nos había abierto las puertas de par en par.

En un momento dado, Irene exclamó:

—¡Gala! ¡Lee esto!

Era un pedazo de papel que había sido arrancado y que Irene había encontrado entre las páginas del diario de Constanza. Decía así:

10 de octubre de 1960

19 de octubre de 1960

Querido Ludwig:

No puedo soportarlo más. El ambiente en casa es cada vez más asfixiante y papá ni siquiera se digna a mirarme a la cara. Dice que soy la vergüenza de la familia y que me va a mandar a un convento. Ya ni siquiera razona cuando le digo que me casaré con quien ellos decidan. Me da igual, con tal de que me deje vivir. Clemente, por su parte, tampoco es de gran ayuda; me mira como si no me reconociese. En esos momentos me gustaría gritarle que tal vez nunca llegó a conocerme de verdad. Pensé que él podría ser mi aliado, pero veo que no.

Después de todo eso, había un montón de garabatos ilegibles y, a continuación, lo siguiente:

Le he pedido al chófer que me llevase a comprar unos vestidos, ya que no me fío de Julieta, la niñera. Me consta que por las noches le cuenta a mamá todo lo que hemos hecho durante el día, menuda chivata. Ni siquiera sé qué sigue haciendo en casa; supongo que mis padres nunca la despidieron porque esperaban tener nietos pronto. Cuando se ha marchado, he deshecho el camino de vuelta a pesar del frío y la lluvia, no sé cómo no enfermé. Me he reunido con Rodolfo en su cabaña y hemos sido perfectamente conscientes de que esa sería nuestra última noche juntos. En ningún momento mencionamos qué haríamos una vez que llegase el amanecer; más bien nos hemos limitado a hablar de la vida, pero... Rodolfo hablaba como si la suya fuese paralela a la mía, y eso me ha encogido el corazón. Cuando por fin ha salido el sol, se ha levantado muy nervioso y me ha pedido que me fuese. Me ha besado una última vez y, con el corazón en un puño, lo he visto despedirse con la mano a través de la ventana. Doy por hecho que probablemente este sea el último día de mi vida en que lo vea.

Irene y yo nos miramos. Pobre Constanza. Otra carta a Ludwig escrita un mes después rezaba así:

30 de noviembre de 1960

Querido Ludwig:

He decidido que la mejor opción es quemar el vestido que me hizo Imelda. Ha sido tan buena conmigo... Es cierto que ambas éramos conscientes de que mientras cosíamos mi vestido de novia en realidad lo hacíamos creyendo que nunca sería para lucirnos en mi boda con Rodolfo. Pues bien, cuando llegué a casa, lloré, supliqué e insistí en que Rodolfo me había seducido y que yo, ingenua de mí, me había dejado llevar. Puedes creerte que ha sido lo más doloroso que he hecho en mi vida, dejarlo ir de ese modo. Pero sé que así él no corre peligro, ya que sospecho que los matones de mi padre lo han amenazado de algún modo, porque hace días que me paseo por la playa y no veo rastro de él. En su lugar, unos hombres de negro con aspecto sospechoso van y vienen por Melía. Les he preguntado por él a sus compañeros pescadores y todos me han respondido con evasivas. Empiezo a creer que se lo ha tragado la tierra.

—A ver si lo he entendido —dijo Irene—: Rodolfo y Constanza se conocen y enamoran, lo que no deja de ser un amor totalmente prohibido dada su distinta procedencia social. El abuelo Clemente se opone, mientras que la abuela Imelda se convierte en una especie de aliada de los enamorados. Aparte de que Constanza tenía un prometido algo mayor que ella; probablemente fuera el hombre con el que finalmente se casó. Ella y la abuela habían cosido un vestido de novia para una boda fugaz que nunca se produjo. Rodolfo desaparece de la faz de la Tierra y Constanza sospecha de que ha sido así porque el bisabuelo, a través de unos matones, lo había amenazado de muerte. ¿Me equivoco? Uf, me da vueltas la cabeza, voy a por café.

—Espera. Tienes que escuchar esto:

Por las mañanas empiezo a sentir náuseas, y ya no sé de qué modo esconderlas de miradas indiscretas como las de Julieta. Tengo miedo de mis sospechas.

—No me digas que hubo un bebé de por medio.

—No lo sé. Tenemos que seguir leyendo, pero no encuentro la continuación en el diario; esta es la última página.

Nos pasamos un buen rato rebuscando por entre aquellos papeles. Al final di con una carta, esta vez de Constanza dirigida a Rodolfo:

Sé que no es la mejor manera de contarte esto, pero es que no te encuentro, no puedo dar contigo. Me han prometido a don Ricardo y la boda se celebrará en unos meses. Digo que «me han prometido» porque me he limitado a aceptar una propuesta que todos estaban deseosos de escuchar, y yo me he dedicado a sonreír y a pasear por la playa con este desconocido, por nuestra playa. Me sentí igual que el día en que me presentaron en sociedad, como una marioneta a la que admirar. En cuanto a la playa, ya sabes que el mar consigue sacar lo mejor de mí, pero ni aun con su presencia consigo animarme, estos días solo veo nubes negras. Pero en verdad no te escribo para contarte esto, sino para decirte que en mi interior crece un hijo que no es de mi prometido. Sino tuyo, Rodolfo. En unos meses dará a luz, pero no podré fingir que es de Ricardo porque el médico le ha dicho que no puede tener hijos. Supongo que pretende casarse conmigo para tener una especie de enfermera de aquí a unos años. Una inversión de futuro. Y me cree lo suficientemente ingenua como para hacerme pensar que me ama. Así pues, esta carta no es una declaración de amor, ya que todas esas palabras no sirven si no van acompañadas por actos. Has desaparecido y no hay un solo día en que no me acuerde de ti y de lo que fuimos. Ni un solo día en que no me pregunte qué será de nuestro hijo. Qué futuro le espera. Ojalá yo no tuviese títulos, ojalá pudiera olvidarme de todo.

Tuya siempre,

Constanza

Al final de la página había algo escrito con la misma caligrafía, pero esta vez algo apresurada:

Anotación en febrero de 1963: esta carta nunca llegó a enviarse debido a que el mensajero no pudo encontrar a su destinatario.

A Irene y a mí se nos había encogido el corazón. ¿Qué fue de aquel niño? ¿Adónde se marchó Rodolfo? ¿Fue feliz Constanza al lado de su marido? En esas cuestiones andábamos pensando cuando oímos la voz del abuelo en el porche. A ambas nos dio un vuelco el corazón. Así que escondimos todo aquello rápidamente.

—¿Qué hacíais, queridas? —preguntó el abuelo, que cargaba una bolsa llena de fruta.

En aquel momento, el primero y único en mi vida, dejé de ver al abuelo como a un héroe. «Solo te pido que no nos juzgues, sobre todo... al abuelo», me había rogado Imelda, y ahora comprendía por qué. De pronto lo visualicé como si fuera una especie de Ceto, el monstruo marino de la mitología. Me bastaba solo pensar que pudo impedir a Constanza ser feliz... Y me dolía, porque estaba convencida de que debía de haber algún motivo oculto.

Aquella noche permanecimos algo calladas durante la cena. Los únicos que hacían ruido eran Tadeo, el abuelo y, de vez en cuando, Tristán comentaba lo bien que le iría el negocio de la floristería. Yo temía que el abuelo empezase a sospechar, porque era inusual que Irene y yo guardásemos silencio tanto rato, pero es que descubrir el pasado de Constanza y lo infeliz que probablemente había sido nos había afectado. Y yo no podía pensar en nada más que no fuese en seguir leyendo esas cartas. Una vez que el abuelo y Tadeo se fueron a la cama, Tristán decidió contarle a Irene lo de Sira. Ella abrió los ojos como platos.

—¿Qué vas a hacer a partir de ahora? ¿Se lo vas a decir?

—Llevo muchos días pensando en ello y creo que lo mejor será contárselo. Pero para eso necesito vuestra ayuda.

De nuevo acudía a nosotras. Fue curioso, pues yo ni siquiera había podido cumplir con mi anterior promesa, ya que encontrar a Sira, a pesar de que todos se empeñasen en que había sido obra del destino, para mí no dejaba de ser una mera casualidad. Y me sentía culpable porque no había hecho nada. Me prometí que al menos sí ayudaría a Constanza.

Tristán salió al porche a fumar y entonces Irene aprovechó para decir:

—Podríamos invitar a la señora Constanza y a Sira a merendar. No deja de ser nuestra tía abuela —sugirió.

—El problema es que Tristán no sabe todavía nada de esto y creo que hasta que no llegemos al fondo del asunto no deberíamos revelárselo. Es todo muy delicado.

—Tienes razón. Decís que ella toca el violonchelo, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Tristán de vuelta al salón.

—¿Y si convencemos a la señora Constanza para que organice un acto benéfico? Es decir, podríamos sugerir que Sira tocara algo y la gente pagase una entrada por asistir.

—El dinero podríamos destinarlo a *La Gaceta*, ya que Violeta, mi jefa, no para de quejarse de la poca financiación que recibe. O, si no, a la

beneficencia.

—Perfecto.

—Pero ¿qué tengo yo que ver en todo esto? —preguntó Tristán.

—Es sencillo. Solamente deberás interesarte por aquello que más le apasiona: la música. ¿Tienes algunas nociones musicales básicas, al menos?

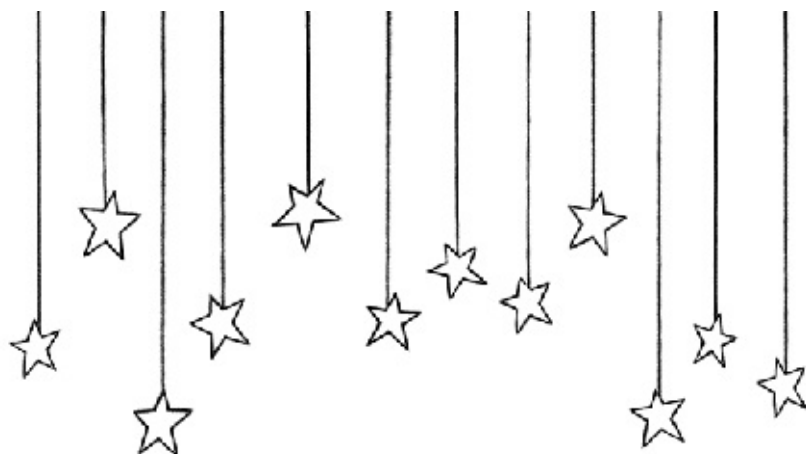
Tristán miró el suelo con rostro de preocupación. Él sabía que lo decíamos medio en broma, ya que Tristán era un genio.

—De hecho, fue en el antiguo conservatorio de Melía donde conocí a Leonor. Yo tocaba el violonchelo y ella, el violín.

—¡Ideal! —exclamó Irene—. Si conoces la materia, será mucho más fácil acercarte a ella. Pero también tengo que serte sincera, Tristán. Es muy probable que ella no quiera saber nada de ti tras sobrevivir toda su vida sin conocer tu existencia. Sé de lo que hablo, ya que Tadeo se encuentra en una situación similar. Puede que, por su parte, te encuentres con las puertas completamente cerradas.

—Lo sé.

Tristán se marchó a dormir e Irene y yo, a pesar de que al día siguiente madrugábamos para ir a trabajar, no pudimos evitar encerrarnos en mi habitación para seguir investigando. De todos modos, no pudimos ganarle la batalla al cansancio y caímos rendidas encima de los papeles y cuadernos que poblaban mi cama. A media noche, mi hermana se marchó a comprobar que Tadeo estuviese durmiendo y yo apagué la luz.



capítulo diecisiete

ESCORPIO

A ti, Gala:

El miedo es como una especie de moneda, ya que por un lado es un mecanismo de aviso, mientras que por otro en ocasiones te paraliza y no te permite actuar ni pensar con claridad. Tendrás que aprender a gestionarlo.

A pesar de todos los días húmedos que habían transcurrido, al día siguiente me levanté con los rayos de sol inundando mi estancia. Escuché entonces una especie de música. Sonaba cerca, así que me dirigí al pasillo tras su rastro. Provenía de la habitación de mi tío. Como la puerta se encontraba medio abierta, me asomé a su interior. Tristán estaba sentado en la cama, vestido en pijama y sostenía un violín entre su hombro y su barbilla. El sonido era... triste y melancólico, pero increíblemente hermoso. Esperé a que acabase para entrar. Entonces, alzó la mirada y yo aplaudí.

—¿Me crees si te digo que hacía veinte años que no tocaba absolutamente ni una nota? Me he dedicado a la industria musical, pero jamás había vuelto a tocar hasta hoy.

—Si te soy sincera, en los últimos tiempos, ya nada me sorprende. Aun así, no me gusta saber que eres un intérprete talentoso y que, sin embargo, prefieres guardártelo. No tengo apenas conocimientos musicales, pero creo que eres bastante bueno.

Él sonrió levemente y guardó el instrumento en su vieja funda.

—He pensado tocar el piano junto a Sira, si se me permite. En el concierto. Pero lo importante no es eso, sino que me ha llamado la señora Constanza a primera hora de la mañana.

—¿Qué quería?

—Sira está buscando un profesor particular de violonchelo.

—¿Para qué? ¡Si ya es buenísima! De todos modos, ¿cómo sabía Constanza que tú sabes tocarlo?

—Eso mismo me pregunto. Pero lo que sí tengo claro es que no pienso negarme.

—Y no deberías —contesté.



El día en que Tristán volvió de su primera clase con Sira, se limitó a sonreír y, con los ojos brillantes, subió a su habitación. Lo escuché tocar hasta las tantas. Resultó verdaderamente agradable sentirse acompañado por la música, especialmente cuando a mi tío le salía de tan adentro, pues tocaba con el alma. Cada nota formaba una melodía de sentimientos que llevaba tiempo sin asomar.

Me llegó un mensaje de Néstor. Por lo visto, estaba abajo en el porche.

—Te he echado de menos —me dijo cuando abrí la puerta y salí con él.

Sonreí.

—No puedes venir siempre en mitad de la noche —le dije, divertida.

—¡Claro que sí! ¿Quién me lo impide?

—¿Mi abuelo?

—No me gustaría enfrentarme a su bastón, la verdad. Tiene pinta de doler. Reí.

—El verano siguiente al que te marchaste, empecé a salir con un chico. Tendrías que haber visto el garrotazo que le dio mi abuelo cuando nos vio juntos mirando una película en el salón. Se pasó tres semanas bebiendo limonada, el pobre, hasta que se le pasó el disgusto. Yo, por mi parte, no le hablé durante todo ese tiempo, me pareció bastante injusto su comportamiento. Después acepté que a partir de cierta edad, y a pesar de que yo me considere una persona libre, no se puede cambiar algo generacional.

Néstor rio.

—Tendré cuidado cuando venga a hacerte de príncipe galán, entonces.

—Ni se te ocurra hacer eso. —Le golpeé el brazo suavemente con el puño.

Río.

—Gala, ¿dónde te ves de aquí a cinco años? O incluso en menos tiempo.

—Probablemente trabajando fuera de Melía. Pero viviendo aquí, no sé si me explico. Siento que si no voy más allá de lo que he visto hasta ahora, de algún modo me sentiré atrapada aquí. No me malinterpretes, adoro este pueblo, sus bosques y su playa, incluso a muchas personas que lo habitan. Me encanta escaparme por el paseo, pasar todo el tiempo que puedo con mi familia, y por eso me veo incapaz de marcharme de aquí para siempre. Este pueblo forma parte de mí, pero creo que llegará un día en que querré crecer. Profesionalmente hablando, quiero decir. Por ahora solo sé que necesito escribir, que de algún modo hay algo en mi interior que me pide que lo haga. ¿Qué hay de ti, Néstor?

—Como sabes, pasé bastante tiempo en Suecia. Tengo el corazón y la cabeza divididos. Creo que ahora estoy viviendo el momento de reencontrarme con mis raíces. Y, de hecho, soy feliz aquí. Pero he estado pensando mucho qué voy a hacer a partir del año que viene, pues mi padre empieza a exigirme respuestas. Por ahora, no lo sé del todo, pero sí tengo claro que mi camino se encuentra aquí, el lugar donde me inspiro, donde tengo a mis musas..., a ti. Pero, por otro lado, Melía no me ofrece demasiadas cosas para mi carrera de artista. ¿Y... cómo ves lo nuestro?

Así que había algo *nuestro*. Y Néstor me estaba pidiendo definirlo.

—Tú mismo me dices que tal vez te marches. ¿En qué nos deja eso?

—Imagino que sería un problema.

—No, no debería serlo. Ni mucho menos. Pero me pides que defina esto y, no lo sé..., ya sabes que me importas muchísimo y...

—¿«Te importo»? ¿Así es como defines lo que tenemos? —preguntó.

—¡No sé cómo definirlo! Solo sé que cuando te veo siento muchísimas cosas y me duele pensar que acaso podría perderte. Otra vez.

—Y yo a ti.

No había pensado en confesarle aquello, simplemente salió de mí sin control. ¿Néstor también tenía miedo de perderme? Era muy consciente de que lo que había empezado a crecer entre nosotros era algo especial, pero jamás consideré que él pudiese llegar a interesarse tanto, pues él era una especie de alma libre.

—No creas que he venido esta noche a pedirte explicaciones sobre tu futuro, porque sé que no tengo derecho. Aunque tuviésemos una relación, tampoco lo tendría, especialmente en estos momentos. Es probable que me dé muchísimo miedo comprometerme a algo más. De hecho, tampoco sé si eso

es lo que tú querrías... Di algo, por favor, antes de quedar en completo ridículo. Hace apenas un rato no me he expresado bien, perdona. Podría decir... que me estoy enamorando de ti, Gala.

De acuerdo, aquello sí que no me lo esperaba para nada. Respiré hondo y contesté rápidamente:

—Creo que en ocasiones es mucho mejor ser sincero. Y eso es lo que voy a ser ahora. Necesito que me escuches bien.

Me levanté a preparar limonada, ya que íbamos a necesitarla. De vuelta, me acomodé y empecé a hablarle:

—Siempre fuiste algo así como mi primer amor. Fantaseaba a todas horas sobre lo que podríamos hacer juntos, cómo sería nuestro primer beso, qué compartiríamos... Pero te fuiste y eso fue para mí un baño de realidad. Crecí y, a pesar de no conservar demasiados buenos recuerdos, cuando volviste removiste de nuevo mis cimientos y me quedé tocada una vez más. Después nos besamos y luego... la noche de la boda, que acabó por romper todos mis esquemas. Sí, me dejé llevar en todo momento, pero, aunque tengo fuertes sentimientos hacia ti, no he llegado a plantearme hacia dónde se dirige todo esto más allá de lo que ya compartimos. En cuanto a lo que acabas de decir, sobre que puede que estés enamorándote de mí..., yo no tengo ahora mismo una respuesta clara para eso.

—No te pido que así sea, ni siquiera yo tenía planeado decirlo. Simplemente me ha salido sin pensar.

—Me conozco lo suficiente como para poder asegurarte que, tarde o temprano, tendrás una respuesta. Solo que todavía no. Por eso no puedes pedirme más, Néstor. Me hiciste daño y me recuperé; ahora que por fin te he perdonado, no quiero pensar que esto es como un juego en el que se desbloquean diferentes niveles.

—¿Y no se basan en eso las relaciones? ¿En ir alcanzando peldaños?

—No lo sé. Las pocas relaciones que conozco no me sirven de ejemplo. Sin ánimo de sonar insensible, Irene y Acacia han sido, por desgracia, muy desafortunadas en el amor. A pesar de que yo no conozca bien cómo funcionan del todo, eso no significa que no sepa lo que quiero. Y lo que no deseo en absoluto es que ninguno de los dos tenga que renunciar a sus sueños por estar juntos.

Miré mi limonada. Temí haber sido demasiado dura con él, pero era necesario. Así debía ser. Proseguí:

—Espera, no he acabado. Quería matizar todo lo dicho: aunque ese alguien sea tan maravilloso como tú, tal como me haces sentir, ya que me

siento increíblemente afortunada...

—Pero...

—Pero necesito tiempo.

—Entiendo. Recuerdo que la noche de la boda de Héctor te dije que me gustaría hacer locuras como viajar con poco más que lo puesto. Confieso que lo comenté porque tú eres algo así como mi musa, Gala. Me inspiras y empujas a romper todo cuanto me da miedo o desconozco. Tú me brindas seguridad, mientras que todo aquello de ahí fuera me causa más bien pavor. Ya sabes, mi experiencia en Suecia no fue especialmente placentera.

—Lo sé, y agradezco saber que te hago sentir seguro. Pero no es suficiente para sostener una relación. Prefiero mil veces ser tu inspiración a convertirme en tu zona de confort, Néstor.

Él se levantó y empezó a dar vueltas por el pequeño porche. Empezaba a llover.

—Tengo bastante en lo que pensar.

—¿A qué te refieres? —le pregunté. Reconozco que mi voz sonó en aquel momento algo asustada, temí haber herido sus sentimientos.

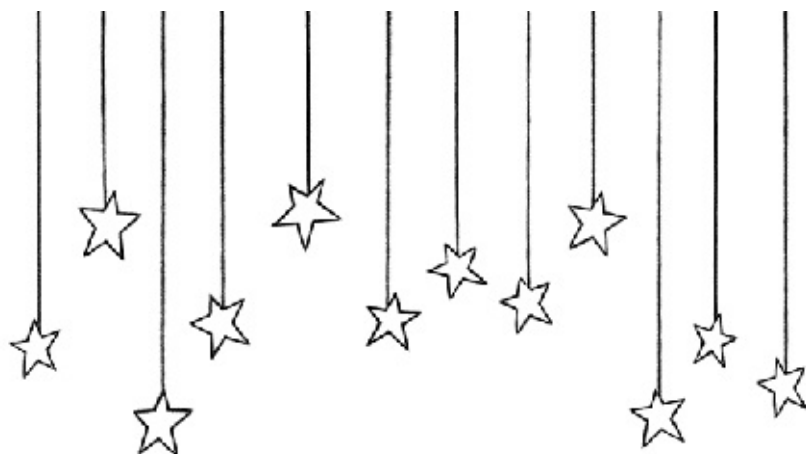
—No te preocupes, confía en mí.

Y se marchó, echando a correr bajo la lluvia, dejándome con el corazón inquieto y las manos sosteniendo el vaso vacío. Para calmarme, decidí ir en busca del libro que él mismo me había traído ese día en el que no imaginamos para nada todo esto. Abrí una página al azar y vi un precioso dibujo plateado de la constelación de Escorpio. Suspiré. Ojalá todos mis temores pudiesen solucionarse formulando un simple deseo a las estrellas.

Además, por mucho que me empeñase en negarlo, Néstor, tanto para lo bueno como para lo malo, se había adherido estrechamente a mí.

A Simón:

Estos últimos días mi vida está repleta de novedades, pero, en realidad, ahora no vengo a hablarte de ellas. He decidido agarrar papel y bolígrafo para ser sincera contigo sobre un tema que después de la conversación que tuve anoche con Néstor me dejó pensativa: renunciar a tus sueños o deseos por alguien que quieres. Es la primera vez que admito amar a Néstor, pero soy incapaz de decírselo todavía. ¿Cómo puede ser que mi corazón desee dos cosas totalmente opuestas? Querer a Néstor y volar sola a un tiempo, estar junto a él y alejarme. Solo me queda confiar en que finalmente logre tomar la decisión correcta.



capítulo dieciocho

ACUARIO

A ti, Gala:

Algunas personas llegan a tu vida para quedarse durante años, otras, durante una semana o un mes escaso. Pero todas aportarán algo a tu existencia.

—**G**ala, despierta. Acabo de hacer algo dudoso moralmente hablando, pero tengo que contártelo —me despertó Irene.

Abrí un ojo legañoso. Suspiré, me bebí un vaso de agua para disipar la sensación pastosa de la boca y pregunté:

—¿De qué se trata?

—He entrado en la habitación del abuelo y rebuscado entre sus cajoneras.

—¿QUÉ? ¿Por qué has hecho eso?

—¡Chitón! Ya te he dicho que era algo reprochable; mi conciencia no está demasiado tranquila, pero... —Me pasó un cuaderno de cuero negro, de aspecto bastante usado. Me resultó familiar. Lo abrí y reconocí la letra de Constanza.

—No entiendo nada. ¿Qué hace el abuelo con uno de los diarios de Constanza?

—Habrà que leerlo para averiguarlo, porque precisamente solo guarda este. Ahora me voy al restaurante; esta noche, cuando acueste a Tadeo, nos

ponemos manos a la obra. —Irene se despidió dándome un beso en la frente.

—¡Irene! —la llamé antes de irse—. No te sientas mal por haber rebuscado entre sus cosas. Tarde o temprano seguro que descubrimos algo determinante que nos indique que ha valido la pena.

Entonces me llegó un mensaje de Néstor al móvil. Solamente decía: «Confía en mí. Puede ser que no me veas en unos días. Nos vemos pronto, Casiopea».

Entendido. Cerré los ojos y suspiré, intentando hacer aquello que él me pedía.

Camino de la floristería, Néstor volvía a no estar en el paseo marítimo. No podía negar que me intrigaba muchísimo aquello que estuviese tramando. Cuando llegué al local, me encontré a Tristán tras el mostrador.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—La señora Carmen se encontraba mal y me ha pedido que la sustituyese. Ya sabes, puede ser una buena oportunidad para que me acostumbre al negocio.

Tristán hablaba de manera que me pareció demasiado entusiasta..., algo así como impostado, incluso.

—No sé cómo preguntarte esto, pero... ¿de verdad te ves vendiendo flores, Tristán? Por lo que tenía entendido, tú eras un hombre de negocios, de esos con corbata y traje, de la industria musical, ya sabes...

—Yo no estaré en la tienda; simplemente trabajaré en mi despacho de allí al fondo. Supongo que contrataré a alguien para que atienda el mostrador contigo. Bueno, si deseas continuar, ya que todavía no has respondido a mi propuesta, sé que por ahora estás cómoda trabajando aquí, pero no me has dicho nada sobre si te gustaría trabajar aquí a largo plazo... Por otro lado, el despacho todavía no está demasiado preparado para ello, pero quizás en unas semanas... Oh, mira, ¡qué bonitas flores han traído esta mañana!, ¿no te parece?

—¡Tristán, deja de hablar! ¿Qué ocurre?

Él suspiró.

—Le dije a Sira la verdad.

No pude creer lo que estaba oyendo.

—Como puedes imaginarte, no fue demasiado bien. Por descontado, no desencadenó en absoluto una de aquellas escenas de película en las que la hija abraza al padre y surge entre ellos una corriente de cariño inmediato.

—Es obvio. Y tú dijiste que eras consciente de que eso podía ser justo lo que ocurriese.

—Aun así, esperaba... algo distinto. Tampoco me sentí después más aliviado, la verdad.

Perdía la paciencia con él. En cierta manera, parecía como si no hubiera crecido y no supiera bien lo que suponían las relaciones familiares. Como no quería mostrarme demasiado dura, me replanteé mi siguiente pregunta y entonces le puse una mano sobre los hombros.

—Todo llega. No quiero mentirte ni crear falsas esperanza, ya que si no es así es porque...

—Las estrellas así lo desean, ¿verdad?

Me encogí de hombros. No tenía mucho más que añadir, pues yo tampoco me encontraba demasiado conectada con mis progenitores.

—Gracias por escucharme. Ni siquiera recordaba ya la última vez en la que tuve algo así como *un confidente*. Probablemente la última persona fuese Leonor.

—¿Soy tu confidente? —pregunté riendo. La simple idea me parecía imposible.

Él también rio. Sonó la campanilla de la entrada y llegó entonces el primer cliente de la mañana, por lo que me puse a trabajar.

El día transcurrió en calma y cuando llegué a casa por la noche me sentía exhausta pero feliz. Había descubierto que trabajar con Tristán era muy agradable. Así pues, otra barrera había caído: la de mi tío. No había sido consciente de lo mucho que me había dolido su ausencia, ya que su recuerdo estuvo presente a lo largo de los años. El hecho de que prácticamente desapareciese y de que yo solo guardase buenos recuerdos de él había hecho crecer mi animadversión por él. No era perfecto, y yo lo sabía; incluso se podría decir que había cometido muchísimos errores, pero lo había juzgado mal: era un hombre atento y amable, por lo que no llegaba a comprender cómo pudo desentenderse tanto de la familia. El abuelo nunca quería hablar de ello; solo alguna que otra vez, cuando Irene o yo misma nos habíamos quejado del desapego de Tristán, el abuelo Clemente había murmurado: «No deja de ser parte de mi promesa, Gala. Y las promesas, promesas son». Ciertamente, jamás habíamos llegado a comprender esas palabras, pero hasta ese momento no les había concedido la menor importancia. No hasta que descubrimos que el abuelo escondía algo. En el pasado, las habíamos asociado con que el abuelo era mayor y con que, en ocasiones, nos parecía que desvariaba, ya que se sumía con demasiada frecuencia en sus recuerdos. Pero algo había cambiado.

Irene llegó puntual a nuestra cita.

—Adelante.

Nos sentamos en mi cama y desplegamos todo el material, como lo habíamos empezado a llamar. En el diario que encontró mi hermana en la habitación de abuelo, pudimos leer lo siguiente:

2 de enero de 1961

Querido Clemente:

Te envío esta carta desde un lugar seguro. No te preocupes por mí, puedo asegurarte que estoy bien. Ya debes saber que le pedí ayuda a la tía y que ella me ha dado cobijo todos estos meses. Mi ubicación exacta tampoco importa demasiado. De todos modos, imagino que padre y madre deben de estar preocupados por mi salud, pero puedes decirles que me encuentro bien, que la he recuperado; dejo en tus manos el resto de la historia, ya que tienes más conocimientos de medicina que yo. Espero que tu trabajo en la clínica sea de tu agrado. Insísteles en que para ellos ya ha pasado todo. A ti, en cambio, te voy a ser sincera. Jamás me marché porque estuviese enferma y necesitase cambiar de aires. Mis pulmones están perfectamente. Imelda ya conoce todo lo que te voy a contar, pero no seas duro con ella. Le hice jurar por lo que más quería que no podría desvelar mi secreto. Te escribo porque creo que tienes derecho a saber la verdad; solamente tú. Nadie más. Y creo que ahora ya estoy fuera de peligro, al menos en parte, así que allá va...

Constanza le contaba al abuelo en unas breves líneas que había dado a luz a un niño. Unas páginas más adelante, encontramos una pequeña nota, escrita con la caligrafía del abuelo. Supusimos que era la ubicación exacta del lugar en el que Constanza había ido a dar a luz.

—Si el abuelo tuvo en todo momento la ubicación, ¿significa eso que... fue a verla? —deduje.

—Puede ser. Veamos, déjame ver qué pone aquí, parece la letra del abuelo...

Constanza:

Debo reconocer que cuando leí tu carta no recibí con alegría las noticias que me dabas. ¡Una criatura, Constanza! ¡Fruto de tu insistente relación con el muerto de hambre de Rodolfo! Monté en cólera. Toda mi vida me la he pasado intentando protegerte.

Puede que sean los diez años que nos diferencian, veo la vida con menos ímpetu que tú. Te había fallado. Así que no pude evitar contarle a padre y madre lo ocurrido. Perdóname. Te juro que no era mi intención hacer tu vida más complicada de lo que ya es, pero es que no podía dejarte ahí donde quiera que estés, sola y con el niño. Imaginé que ellos tendrían una mejor solución, que incluso podrías quedártelo si todo se trataba como era debido. Pero fui un ingenuo. Un estúpido, podría decir. Madre empezó a llorar y a padre jamás lo he visto tan furioso. No me habría extrañado nada que si hubiese tenido a Rodolfo delante en ese momento, lo hubiera acabado asesinando con sus propias manos. Te escribo esta carta para avisarte; huye si todavía te resulta posible. Y, por favor, créeme cuando te digo que todo lo que he hecho ha sido por tu bien. Te suplico que me perdones.

Imelda ni siquiera se digna a hablarme. Ya sabes que no quiero disgustarla demasiado ahora que está encinta. Desde que me dio la noticia, no me mira ni me toca. Constanza, tú sabrías qué hacer, siempre lo has sabido...

Vuelve pronto a casa, te echamos de menos. O, mejor dicho, no vuelvas si crees que no vas a estar a salvo.

Con sincero afecto, te pide perdón,

Tu hermano

Irene y yo, como de costumbre cuando leíamos aquellos reveladores diarios, nos miramos fijamente. Me dolía el estómago.

—¿Qué pasaría con el niño, Gala? —preguntó Irene, con lágrimas en los ojos.

—¿Y Constanza? ¿Volvió a casa? —dije, mordiéndome las uñas.

En aquel diario no había más entradas, aunque en las últimas páginas encontramos dos hojas: eran los certificados de nacimiento de mi madre y del tío Tristán. ¿Por qué los guardaba el abuelo ahí?

—¿Qué estáis haciendo? —oímos una voz a nuestras espaldas.

Se nos congeló la sangre en las venas. A mí me pareció sentir que se me había paralizado el corazón. Me armé de valor y me volví lentamente para ver cómo mi abuelo nos observaba desde la puerta con los ojos muy abiertos. No tuvimos valor para mentir, pero tampoco para hablar. Nos limitamos a apartarnos y a dejar que fuese él mismo quien viese lo que estaba ocurriendo.

Por un momento, vi la ira cruzar por delante de sus ojos, pero inmediatamente después, para mi sorpresa, la furia dio paso a la tristeza. Se sentó a nuestro lado y suspiró. Había decidido resignarse y en unos minutos me pareció ver a mi abuelo envejecer a marchas forzadas; era como si nos encontrásemos delante de un hombre centenario. Jugó con los distintos papeles y dijo:

—Sabía que en algún momento de mi vida esto podría ocurrir. Que me encontraría ante la situación de tener que dar explicaciones sobre mi pasado. Lo que nunca pensé fue que necesitaría darlas a mis nietas.

—¿A quién si no? —pregunté.

—No lo sabéis todo, ¿verdad?

—¿Mamá sí lo sabe? —preguntó Irene.

—No. Por lo menos, no la totalidad de la historia.

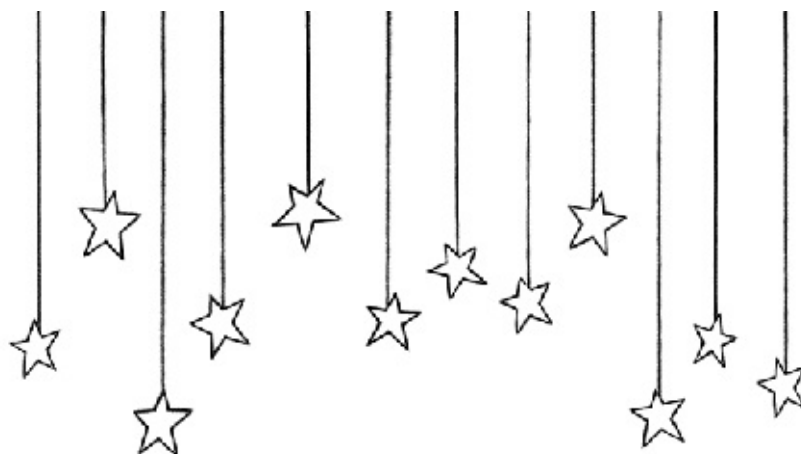
Tantas preguntas e incógnitas me estaban poniendo nerviosa. Me volví hacia el abuelo:

—¿Nos vas a contar la verdad?

—Todavía no. —Dirigió la mirada al suelo—. Cuando me sienta preparado, os prometo que allí estaré para revelaros la mayor parte de los secretos que alberga nuestra familia. Hoy no. —Y, dicho esto, se levantó lentamente y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Creo que me habría dolido menos si nos hubiese gritado —comenté en voz baja.

—Totalmente de acuerdo. Me ha parecido tan derrotado... —Irene me agarró de la mano y nos quedamos así un buen rato, hasta que Tadeo tuvo una pesadilla y llamó a voces a mi hermana. De pronto, recordé un comentario de Simón, algo que había dicho mucho tiempo atrás: «Si algún día muero, me verás en las estrellas de la constelación de Acuario; ya sabes que sería capaz de enamorar al mismísimo Zeus». Sonreí. «Ojalá no fueras una agrupación de estrellas, Simón, sino solamente el mejor amigo que me confortase ahora mismo», pensé.



capítulo diecinueve

ALFA CRUCIS

A ti, Gala:
Eres libre de contarle tus secretos a quien tú elijas.

—¿No crees que el abuelo podría no habernos contado nada de esto porque no somos las personas adecuadas para él? —le pregunté al día siguiente a Irene.

Ella miró hacia mi bol de cereales y contestó:

—Creo que no te sigo.

—Una vez alguien me contó que todos estamos formados por varias capas. Algo así como una cebolla. Sí, no te rías y escúchame.

—Ya veo que hoy te has levantado reflexiva —comentó Irene, divertida.

—Es que no he podido dejar de pensar en que tal vez el abuelo no nos haya mostrado todas sus capas, ya sea porque no se siente cómodo o porque simplemente no lo considera conveniente. Todos compartimos con los demás las capas que nos interesan, algunas más profundas que otras. Al fin y al cabo, las personas que nos rodean conocerán de nosotros hasta donde les permitamos llegar.

—Absolutamente de acuerdo. En ocasiones, debido a la imagen que hayas podido proyectar en un momento determinado, es probable que esa persona se quede con una idea errónea, parcial o sesgada de ti.

—Dime, ¿a quién le has permitido tú que te conozca mejor? —le pregunté.

Mi hermana pensó en ello durante unos segundos y finalmente contestó:

—Mientras salía con el padre de Tadeo, podría decirte que él. Solo él tuvo conocimiento del miedo que pasé cuando me enteré del embarazo. Lo que yo no supe jamás fue el suyo, ya que lo hizo desaparecer. No me malinterpretes, amo a Tadeo y no me arrepiento de la decisión que tomé. Pero no quiero hablar ya de su padre, pues forma parte del pasado. Sin embargo, siento que jamás estaré sola, que de algún modo siempre tendré a mi hijo. Eso no quita que cuando supe de su existencia el pánico me embargase. Y ahora podría decirse que las personas que más me conocéis probablemente seáis tú y el abuelo, y algún día espero que sea mi hijo. Por eso me duele un poco saber que el abuelo nos esconde cosas.

—Te entiendo, pero él es libre de desvelar sus secretos cuando lo considere oportuno, si alguna vez llega ese momento. Todos elegimos a quien contar nuestros secretos.

Nos quedamos en silencio. Ella se encogió de hombros mientras recogía los platos de la mesa.

—Todo esto me recuerda esa otra teoría según la cual cada uno de nosotros guardamos un círculo concéntrico en nuestro interior. Y, en función de este, situamos a todos nuestros seres queridos. Los más íntimos llegarán al círculo central, mientras que aquellas otras personas que queremos o apreciamos, pero en las que no confiamos plenamente, se encuentran en las zonas del círculo más lejanas, es decir, cercanas a la línea de salida.

—Creo que muy pocas personas pueden llegar a conocerte tanto como para situarse en el centro mismo del círculo.

—Cierto.

—¿Crees que Constanza y el abuelo se sentían muy cerca el uno del otro? Ella acudió en su ayuda, al fin y al cabo.

—Si te soy sincera, no paro de preguntarme lo mismo. Qué dolor le debió de suponer a ella sentirse de algún modo... traicionada.

—Sin embargo, el abuelo lo hizo por su bien, o eso parece.

—Sí, no quiero hablar mal de él a sus espaldas cuando todavía no nos ha contado qué ocurrió. Solo conocemos la versión de Constanza. Démosle un voto de confianza.

Aquella tarde decidí ir a pasear hasta el acantilado de Simón. Repasé con las yemas de los dedos el dibujo de las flores que alguien había pintado en las rocas. Me pareció un bonito detalle; a Simón seguro que le habría gustado.

Por aquel entonces, había empezado a darme cuenta de que en mi cabeza muchos de los lugares de Melía tenían dueño: el acantilado de mi mejor amigo, el paseo marítimo de Néstor, mi estanque... Me sorprendió encontrar allí a Acacia. Llevaba una sudadera negra, mallas de correr e, insólitamente para ella, en el puente de la nariz descansaban sus gafas. Estaba sentada y se abrazaba las piernas.

—No esperaba encontrarte aquí. Estás irreconocible.

Ella sonrió débilmente, qué poco me gustaba darme cuenta de que empezaba a acostumbrarme a sus sonrisas apagadas. Echaba de menos aquellas otras que conseguían iluminarlo todo.

—Es el único lugar que Zenón no conoce.

—¿Me estás diciendo que... te persigue?

—En ocasiones. Sin embargo, es cierto que lo hace con mucha menos frecuencia que una semana atrás. Aun así, no descanso un segundo; se me aparece incluso en sueños. Está en cada lugar al que voy, en cada rincón de mi habitación, en cada una de las personas que, hasta hace apenas unas semanas, formaban parte de mi vida. Escucho su voz en medio del silencio y siento sus ojos puestos en mí. Es agotador.

—Esto no es nada bueno, Acacia. No parece que estés saliendo de la relación, sino, más bien, que esta te persiga como un fantasma.

—Lo sé. Pero es que me niego a pasar más tiempo encerrada en mi cuarto culpándome a mí misma, diciéndome que podría haber parado todo esto mucho tiempo atrás. He recreado hipotéticas conversaciones en mi cabeza por si vuelvo a verlo... Mi madre se pasa el día echándome las cartas, pero yo no tengo siquiera el valor de leer su significado; solo permito que lo haga para que ella se quede tranquila. Anoche lo denuncié —confesó al fin.

En silencio, la agarré de la mano y la abracé.

—Es lo mejor que podrías haber hecho.

—Por otro lado..., nadie lo sabe, ya que sé que esto solo complica las cosas, pero... estoy viendo a alguien.

No pude evitar sentir sorpresa ante aquella revelación.

—Tampoco sé si es nada serio, pero... me siento bien. Por primera vez en mucho tiempo, así es. No me exige, no me presiona, no me limita.

—En ese caso, me alegro muchísimo, de verdad. Ya es hora de que alguien te valore. ¿Crees que Zenón puede haberse enterado?

—No tengo ni idea y tampoco me importa. Ese chico ya me ha limitado mi vida lo suficiente como para seguir haciéndolo durante más tiempo. No pienso darle nada más. Por otro lado, esta persona no es de Melía, aunque sí

reside aquí. Ni siquiera Zenón se habrá dado cuenta de su presencia. Pero si tengo que ser sincera, hoy no he venido hasta aquí para pensar en él, sino en Simón. Reconozco que le he dedicado poco tiempo, y no me refiero a estas últimas semanas, sino al último año en general. Lo he perdido por el camino, ya sabes. Intento recuperarlo.

—Simón no te culpa, Acacia. Él más que nadie sabía lo difícil que resulta a menudo crecer y seguir siendo fiel a tus ideales. No siempre es posible.

Entonces le conté que podía ver a la abuela Imelda. En ningún momento Acacia me miró como si se me hubiera ido la cabeza. Agradecí su gesto de confianza.

—¿Has pensado que tal vez Simón quiera verte?

—¿Querer verme? ¿Por qué dices eso?

—Piensa que tu abuela ha tardado un tiempo en comunicarse contigo y hace años que te dejó. Es posible que Simón desee despedirse, ya que... no pudo hacerlo. Ya sabes que en alguna de nuestras conversaciones sobre la muerte siempre bromeaba diciendo que si él se marchaba antes que nosotras, se nos aparecería para decirnos adiós.

—Reconozco que no me gusta demasiado hablar de todo esto, pero no había reparado en ello; jamás he pensado que desearía comunicarse conmigo.

Ella dirigió su mirada al mar y guardamos silencio. Fue como si entre el espacio que nos separaba el aire se materializase en alguien invisible a nuestros ojos, pero que seguía presente en nuestros corazones. Decidimos irnos cuando se nos quedaron agarrotados los dedos de los pies por el frío.



—Mi padre me ha confesado esta mañana que no fue demasiado amable contigo en la boda de Héctor —me dijo Néstor aquella noche en su habitación. Su familia se había marchado de viaje esa misma mañana por unos días, mientras que él había decidido quedarse en Melía.

—Es cierto.

—Ya sé que no te gusta hablar de mi familia, que te sientes culpable si los criticas, pero tenía que decírtelo. Lo que no me ha contado es qué le dijiste.

Suspiré.

—Que por mucho que quiera jamás podrá cortarte las alas, siendo un espíritu libre como eres.

Vi cómo se le iluminaron los ojos.

—Jamás me habían dicho nada tan bonito. Y mucho menos tú.

Reí.

—¡Quién me iba a decir a mí que, a pesar de todo, eras un romántico! — exclamé.

—Así que te han hecho daño, ¿eh, Gala de Grago? ¿Puedo saber quién fue el osado?

Volví a reír.

—Ya no importa. Creo que ya te dije en una ocasión que me resulta algo difícil creer en el amor cuando todas las relaciones que se construyen a mi alrededor han sido tan desafortunadas.

—¿No crees en las relaciones que funcionan?

Me encogí de hombros.

Nos quedamos en silencio, tumbados boca arriba en su amplia cama, observando el techo de su habitación, que estaba cubierto de estrellas, obra de las manos de Néstor.

—Decidí dibujar el Alfa Crucis, la decimocuarta estrella más brillante del firmamento.

—¿Por qué elegiste la decimocuarta?

—Porque no siempre es necesario elegir las primeras; las demás no resultan por ello menos merecedoras.

Entonces dijo:

—Háblame de tus padres. Nunca los mencionas —me pidió.

—Supongo que no suelo hablar mucho de ellos como un reflejo natural de lo poco que forman parte de mi vida diaria. Aun así, eso no significa que no los quiera o no me importen; ocurre tan solo que yo no he tenido la típica relación «padres e hija» que mantiene la mayoría de las personas que conozco. Cuando Irene y yo éramos pequeñas, ambos estaban mucho más presentes. Trabajaban cerca de Melía y pasaban mucho tiempo con nosotras. Sin embargo, ¿recuerdas aquellas personas ricas de otros tiempos que tenían niñeras y que no se sentaban a hacer los deberes con sus hijos? Les demostraban que los querían, pero... no se ensuciaban las manos en asuntos como su educación. Podría decirse que mi infancia fue algo así. Una vez llegada la adolescencia, se ausentaron cada vez más y un día papá y mamá nos sentaron a mi hermana y a mí a una mesa y nos dijeron que se marchaban. Confieso que aquella noche lloré y les grité de rabia. Jamás he vuelto a llorar cuando tienen que irse.

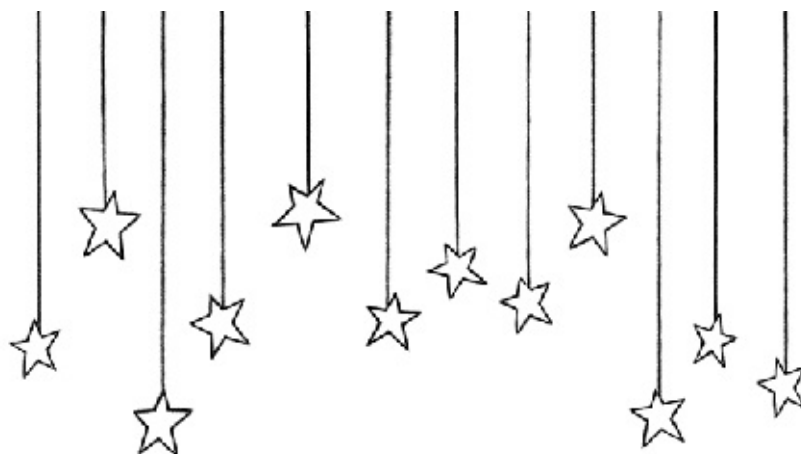
—¿Se quieren?

—Buena pregunta. Quiero creer que sí, pero, como te digo, no paso el suficiente tiempo con ellos como para conocer su relación. He presenciado muy pocas discusiones. Si papá se separase de mamá, poco le quedaría en esta

vida que no fuésemos Irene, Tadeo, su trabajo y yo. Aunque el trabajo es su vida. ¿Y los tuyos?

—Discuten a menudo. Es cierto que a veces me hacen perder la fe, pero me niego a caer en sus mismos errores; ellos son personas distintas, que se conocieron y vivieron en una época diferente de la mía. Compartimos muchas cosas, pero no las ambiciones ni los sueños. Jamás he visto a mi padre ilusionado por un deseo, a veces pienso que nunca los ha tenido. Llevo tiempo observando que querer a veces es difícil, que puede resultar doloroso, aunque sigo creyendo que no debería ser así. Pero a pesar de todos los casos precedentes que nos rodean, yo no pienso perder la fe, Gala; no cuando tenemos tanto que ganar.

Y acto seguido me besó. En aquel momento, yo solo me aseguré de fundirme con él en ese beso y permitir que todo lo demás dejase de importar.



capítulo veinte

LEO

A ti, Gala:

No permitas que la nostalgia de otros tiempos te envuelva y te impida disfrutar del presente.

Los siguientes días en la redacción fueron de lo más ajetreados, pues solamente faltaban tres días para el equinoccio de otoño. Se respiraba en el ambiente y yo, por primera vez después de tanto tiempo, deseaba que llegase pronto.

Violeta se presentó muy nerviosa la mañana del día anterior al equinoccio. En sus manos traía un fajo de hojas que agitaba nerviosamente mientras hablaba.

—¡Estos son los artículos finalistas! Tenéis menos de diez horas para seleccionar dos. Uno será el ganador y el otro, un accésit. Gala, tú no puedes leerlos, ya que he visto que has participado, y no sería justo. —Y volvió a desaparecer en su despacho.

No recordaba haber entregado finalmente mi artículo. Levanté la mirada y vi a mis compañeros, que me guiñaron un ojo.

—No debiste dejar el portátil abierto —dijo Luna risueña.

Me había quedado sin palabras, así que me senté en mi sitio y esperé a que acabase la jornada. Camino de casa, no podía dejar de pensar en los

posibles errores que habría cometido en el artículo. ¡Ni siquiera lo había revisado! En el mejor de los casos, solamente lo leerían mis compañeros y, si estos eran profesionales, no lo escogerían a menos que fuera merecedor del premio.

Al llegar a casa me encontré a Tadeo, que había sacado al jardín uno de los baúles del desván. En el suelo, encontré un traje militar que había intentado ponerse, pero había desistido, ya que era demasiado grande para él. En su lugar, llevaba una capa de piel de visón. ¿Cómo podíamos guardar tales cosas? Podía entender que si la familia del abuelo había hecho fortuna, este guardara aquel tipo de objetos. Sin embargo, nosotros siempre habíamos vivido sin lujos en aquella pequeña casita costera. Algo me decía que el abuelo se había desvinculado de su pasado.

Recogí el traje. En la solapa del bolsillo izquierdo, había bordado un nombre: «Doctor Rodolfo Cebrián». Me quedé congelada. De pronto, una ventisca me envolvió y elevó las hojas del suelo. Cerré los ojos y, al abrirlos, todo había cambiado. Ya no me encontraba en el porche de siempre, a pesar de hallarme en casa. Levanté la mirada y vi que en la calle había un par de coches antiguos aparcados. Pasó un chaval con un periódico, lo lanzó y yo lo recogí: «22 de septiembre de 1961», leí.

¿Acaso había viajado en el tiempo?

Un hombre moreno, joven y atractivo abrió la cancela de la casa. Llevaba un traje militar. El mismo que unos minutos antes yo había sostenido. Se aclaró la garganta y se acercó al porche. Hice ademán de ir a hablar, pero las palabras no brotaron. Aun así, en ningún momento posó la mirada en mí, por lo que me di cuenta de que no era capaz de verme.

Tocó el timbre y quien abrió... era mi abuelo, pero muchísimo más joven.

—¿Desea algo?

—¿No me reconoces, Clemente?

El abuelo lo miró con atención y, de pronto, abrió los ojos de par en par.

—¿Qué haces aquí? —Su voz había cambiado; ahora era fría como un témpano de hielo.

—¿Me vas a dejar hablando en el porche?

—Sí, así que ya puedes darte prisa porque Imelda y los niños están a punto de llegar. Preferiría que no te vieses.

—Ya veo que no vivís rodeados de lujos.

—La fortuna no es eterna. Al grano, Rodolfo.

—Ya sabes que he cometido muchos errores. Que seduje a tu hermana, que ella, ingenua y joven como era, se enamoró de mí. Que sí, que en un

principio yo solo deseaba formar parte de esta familia, compartir algo de vuestra fortuna. Lo que no esperaba es que yo acabaría amándola también.

—No comprendo por qué me cuentas todo esto. En cualquier caso, ¿por qué llevas un traje militar?

—Ya veo que no me dejarás acabar y que no te andas con rodeos. Sigues igual.

—Te podría decir que con el paso de los años incluso me he vuelto peor.

Eso me hizo sonreír para mis adentros. El abuelo ya era un hueso duro de roer por aquel entonces; aun así, muy pocos sabíamos que, en su interior, era un verdadero trozo de pan.

—He venido a recuperarla. A pedirle perdón, a empezar de nuevo. Soy médico militar, Clemente. Puedo ofrecerle todo lo que en su momento no fui capaz de darle.

—Demasiado tarde. Constanza se casó y ahora vive en Inglaterra.

Rodolfo abrió los ojos y la boca. No se esperaba aquello.

—¿Es feliz?

El abuelo Clemente sopesó la respuesta, y optó por mentir.

—Sí, mucho. Probablemente ni te recuerde ya; hace años que no oíamos tu nombre. Al fin y al cabo, fuiste un amor de juventud, Rodolfo.

Y entonces el abuelo le cerró la puerta. Rodolfo recogió su maleta y se dirigió a la cancela. Y, junto con la marcha del médico militar, yo volví al presente.

Abrí los ojos de nuevo y noté que alguien me sacudía. Tadeo.

—¿Estás bien, tía?

—Sí, sí. Descuida.

Había presenciado una escena del pasado. ¡Rodolfo volvió a por Constanza! Pero el abuelo no había permitido siquiera que se reencontraran. A pesar de ello, lo entendí, ya que conocía los firmes principios del abuelo, y saber que Rodolfo solo había deseado a su hermana por dinero le parecía de lo más ruin.

Aquella noche se lo conté todo a Irene. Para mi sorpresa, se limitó a decir:

—Tiempo atrás no habría creído ni una sola palabra, pero después de las apariciones de la abuela y las brújulas de estrellas, ya puedo esperarme cualquier cosa. De todos modos, no sabemos qué fue de Rodolfo después de eso.

—Creo que ha llegado el momento de hablar con Constanza.

La mañana del equinoccio, Constanza nos recibió en su casa con té y pastas, haciendo gala de sus exquisitos modales ingleses. Sira no estaba allí.

—Ha ido a comprarme unos ovillos de lana para tejer —dijo Constanza.

Nos sentamos las tres en el salón. Irene sirvió el té y guardamos silencio, hasta que la señora comentó:

—A ti no te había visto nunca de tan cerca, Irene. Eres tan bella como tu abuela.

Era completamente cierto. Irene había causado sensación debido a su belleza durante sus años de instituto. Yo sabía que ella habría preferido que hubiese sido por algo más que por su físico. Una vez que Tadeo apareció en nuestras vidas, el pueblo se limitó a darle la espalda y a chismorrear.

—Tengo entendido que tienes un hijo.

—Sí, se llama Tadeo. Es un niño muy imaginativo y vive algo en las nubes, pero es un sol.

—Según decían mis padres, Clemente era igual.

Le conté todo lo que habíamos averiguado hasta el momento. Constanza dejó su taza en el plato y juntó las manos sobre su regazo. Se dirigió a mí:

—No me extraña que tengas esas apariciones y que seas capaz de experimentar esas visiones del pasado, querida. Esa casa posee magia. Y, en consecuencia, también las personas que habitan en ella. Siempre ha sido así. Sin embargo, esta no es la cuestión, sino que Rodolfo volvió a por mí. Vaya, ¡menudo descubrimiento!, reconozco que no me lo esperaba... La razón por la que os entregué mis diarios era porque deseaba que ahondarais en la historia de nuestra familia. Todos estos años he estado observándoos desde la distancia, prácticamente he sido testigo de vuestro crecimiento. Os conozco sin conocerlos, por así decir. Ahora que me encuentro en mis últimos años de vida, no dejo de pensar en el pasado; de hecho, casi es en lo único en que pienso. Me llegan viejos recuerdos enterrados, y en uno de esos momentos recordé que vuestro abuelo había desempeñado un papel importante en la historia de mi vida, por lo que creí conveniente que la conocieseis. Sé que ha sido alguien increíblemente decisivo en vuestro desarrollo como personas y estoy convencida de que ha sido generoso y bueno con vosotras. Aun así, pensé que era necesario haceros partícipes de su pasado, de nuestro pasado.

—El abuelo jamás nos cuenta nada de su vida. De vez en cuando menciona a la abuela, pero solamente habla de ella, como si no hubiese existido nadie más —dijo Irene.

—Entiendo.

Constanza posó su mirada en la ventana. Suspiró y comentó en voz baja:

—Así que Sira es hija de Tristán, vuestro tío.

—Sí, aunque ella no quiere saber demasiado del asunto.

—Lo hemos hablado y Sira tiene miedo. No conoce lo que supone mantener una relación de padre e hija, de ahí que su reacción haya sido evitar a Tristán a toda costa. Aun así, creo que comparten un arma muy poderosa: la música. Creedme si os digo que conectarán a través de ella, pero todo a su debido tiempo. En cuanto a mí, ya sabéis que tuve un hijo.

En aquel momento, la conversación quedó interrumpida por la entrada de Sira en salón. Llevaba la compra en los brazos, así que Irene y yo fuimos a ayudarla para que la dejase en la cocina. La señora Constanza nos invitó a comer, pero, agradecidas, decidimos volver con el abuelo.

Ya en el coche, estuvimos de acuerdo en el hecho de que hablar con Constanza no nos había resuelto demasiado, por lo que pensamos que debíamos seguir investigando por nuestra cuenta.

—¿Dónde estabais? —nos preguntó el abuelo al entrar en casa.

—¿Prefieres una mentira o que te digamos la verdad?

—La verdad, siempre.

—Con tu hermana —dijo Irene.

El abuelo sacó la bandeja del horno y nos miró. En ese momento se fue a su invernadero y ahí se quedó durante un largo rato. Irene y yo nos quedamos en el salón esperando a que viniese a comer. Tristán se quedaría en la floristería y Tadeo tenía excursión con el colegio hasta la tarde. Cuando el abuelo salió de su escondite, dijo:

—Sentaos, por favor. Creo que ha llegado el momento de contaros la verdad.

Una vez que todos estuvimos servidos, el abuelo empezó:

—Esto no es nada fácil, pero me doy cuenta de que no puedo mantenerlo en secreto mucho más tiempo. Siento como si se me escapara entre las manos. He permanecido en silencio durante demasiados años; solamente Imelda lo sabía. Constanza siempre fue una mujer adelantada a su época, por así decir. Rebelde, inconformista y soñadora, pero siempre con los pies arraigados en la tierra. Se crio entre libros, por lo que siempre se había considerado una especie de heroína. La lectura de novelas victorianas le hizo creer que el amor estaba a la vuelta de la esquina. Sin embargo, tuvo la mala suerte de toparse con el sinvergüenza de Rodolfo Cebrián. Un hombre atractivo, fuerte y que prácticamente reunía todos los atributos en los que una mujer de aquella época podía fijarse. Solo tenía un defecto: era pobre e increíblemente ambicioso. Éramos buenos amigos y yo siempre lo había tenido en alta estima. Se fijó en Constanza desde el primer momento en que la vio. Yo había intentado protegerla de él a toda costa, pero fue inútil. Bailaron en un

equinoccio, a los ojos de toda Melía, que empezó a chismorrear. Aquellos rumores llegaron a oídos de mis padres, pero me encargué de desmentirlos. No hay peor ciego que el que no quiere ver.

Presencí cómo algunas noches mi hermana empezaba a escaparse. A mis padres les decía que le gustaba pasear por la playa, pero aquello estaba muy mal visto para una señorita de su rango social, de modo que le prohibieron que continuase haciéndolo. Yo sabía que se reunía en secreto con Rodolfo, quien le regalaba flores y, sobre todo, los oídos. Siempre consideré que Constanza había sido ingenua e infantil en su elección, pero todos estos años he tenido tiempo de pensar en eso. Me niego a creer que ella no fuera dueña de sus decisiones ni de su destino; ella y solamente ella eligió el camino que tomó. Por su parte, Julieta, la antigua niñera e íntima amiga de madre, espiaba a mi hermana de continuo y le contaba todo cuanto hacía a mis padres. Sé que Constanza no confiaba en ella, y razón no le faltaba. En aquel momento se desató la ira en casa. Creían que su hija era una desvergonzada y que había caído la desgracia en nuestra familia. Yo la defendí a capa y espada, les prometí que Rodolfo y ella pensaban casarse. Me equivoqué, ya que en el mismo instante en que pronuncié aquello en la mente de mi padre se gestó una idea retorcida: si Constanza se casaba con otro hombre, un caballero, los rumores dejarían de circular y tendrían controlada a mi hermana. Fue entonces cuando entró en escena don Ricardo. Era un hombre excéntrico, con muchas manías, pero increíblemente rico. Duplicaba o triplicaba la fortuna de mis padres. Cuando Constanza huyó embarazada de Rodolfo, Ricardo no sospechaba nada, puesto que ella ya se había encargado de ofrecerle una determinada imagen para que la creyera alienada del mundo, incapaz de sentir. La verdadera cuestión estaba en que no sentía nada por él.

—Pobre Constanza..., encerrada en una jaula de lujo, pero, al fin y al cabo, enjaulada —comenté.

—Sí. Se fue a un monasterio, cerca de casa de unos parientes, y allí dio a luz a un niño; lo llamó Leo. Ricardo no podía saber de su existencia, pero Constanza les insistió a mis padres que no lo abandonasen ni lo diesen en adopción. Quería tenerlo cerca, fuera como fuese.

—¿Qué hicisteis?

—La abuela Imelda estaba a punto de dar a luz a un niño, que, desgraciadamente, nació sin vida. Trajeron al bebé, le cambiamos el nombre y lo cuidamos como si fuese nuestro propio hijo.

—¡Tristán! ¡Estás hablando de Tristán! —exclamó Irene.

—Efectivamente. Tristán es mi sobrino, no mi hijo. Constanza nunca lo supo, simplemente se la convenció de que lo habían entregado en adopción. Era mejor eso, ya que existía el riesgo de que si ella lo sabía, todo se destapase. Ella cayó durante años en una depresión; solo hablaba en muy pocas ocasiones y en Inglaterra se pasaba el día rodeada por sirvientes que no podían darle lo que necesitaba. Estuvo mucho tiempo en cama y, de este modo, ordenó los diarios.

—«Tristán no deja de ser parte de mi promesa. Y las promesas, promesas son» —repetí, reproduciendo las palabras del abuelo, que en tantas ocasiones le habíamos oído. Y que de pronto cobraron sentido.

El abuelo sonrió débilmente y asintió.

—¿Qué pasó con don Ricardo?

—Se casaron en una ceremonia discreta. Constanza lloró antes y después de la celebración. Tuvo que llevar muchísimo maquillaje para que le cubriera la tristeza y, aun así, no pudieron evitarlo, traspasaba el velo. Luego me dijeron que Rodolfo lo había observado todo, pero no supe qué pensar. Cuando le dije que se habían casado, se sorprendió; tal vez solo fingiera su reacción. Juzgué a Rodolfo de forma precipitada y lo aparté de mi hermana. Me he arrepentido toda la vida.

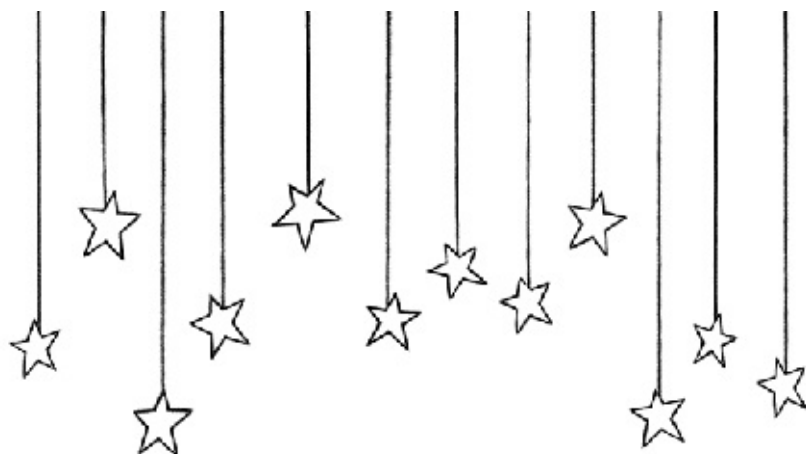
Nos quedamos en silencio.

—Lo hiciste por su bien —intenté consolarlo.

—Gracias, Gala, pero esta batalla se perdió hace mucho tiempo.

—¿Por qué no le dices lo mismo a Constanza? Nunca es tarde para pedirle perdón.

El abuelo recogió la mesa lentamente y se fue a su invernadero. Necesitaba tiempo.



capítulo veintiuno

OFIUCO

A ti, Gala:
No vas a poder gustar a todo el mundo.

Aquella tarde todo estaba preparado. Ese equinoccio la gente de Melía había decorado las mesas más delicadamente que nunca y en ellas ofrecía la comida más deliciosa jamás vista. Aun así, corría un aire frío que obligó a los habitantes a abrigarse más de lo habitual. Nadie tenía pensado quedarse en casa. A excepción del abuelo.

—Debemos dejarle su espacio, Gala —dijo Irene.

—Pero ¡se va a perder la noche más mágica del año, y todo por algo que lleva años arrastrando consigo!

—Es mayor y los errores le parecen mayores de lo que realmente son; debemos darle un poco más de tiempo para pensar. Confío en que finalmente razone y hable con Constanza.

Deseé con todas mis fuerzas que Irene tuviese razón. De pronto, a lo lejos vi a dos figuras que me saludaban. Eran Néstor y Acacia, sentados en una de las mesas.

—Veo que no perdéis el tiempo. ¿Qué tal la cena de este año? —pregunté, al acercarme.

—Bastante rica. Por cierto, llevamos días sin verte —comentó Acacia.

—He estado ocupada con... cosas del periódico. Hoy se anunciará el ganador o ganadora de la beca. La jefa me ha comentado que también habrá algún accésit.

—Yo envié el mío. Pero no vale la pena, es solo una retahíla de lamentos y reproches hacia el pueblo; se podría decir que el día en que lo escribí no era mi mejor momento —dijo Acacia, llevándose una copa de vino a los labios.

—Violeta no me ha dejado leerlos, aunque me habría gustado —comenté vagamente.

Acto seguido, la alcaldesa se subió al escenario móvil que había al lado del árbol de los deseos. Todos callaron y prestaron atención.

—Buenas noches. Como he recibido varias quejas de años anteriores en los que los discursos se hacían muy largos, esta vez voy a ir al grano: estimados melienses, tengo el honor de anunciarles cuál ha sido el ganador de esta convocatoria al mejor artículo sobre la aldea de Melía: ¡Clemente de la Luz!

Busqué a Irene con la mirada. Estaba sentada en la mesa contigua a la nuestra, con Tadeo en su regazo. Nos miramos con cara de estupefacción.

—¿Ese no es tu abuelo, Gala? —preguntó Acacia.

La alcaldesa buscó al abuelo entre la multitud, pero yo sabía que él no iba a aparecer. Así pues, me levanté y subí al escenario. Sin pensarlo demasiado, le agarré el micrófono y dije:

—Mi abuelo no se encuentra muy bien; nada grave, no teman. Por eso hoy no va a poder leer su artículo ante ustedes. Les ruego que lo disculpen. —En ese momento me disponía a bajar y dar el asunto por zanjado cuando la alcaldesa me llamó para que lo leyese en su lugar. La miré con cara de espanto y ella dirigió una sonrisa perfecta al público asistente, mientras con ella me estaba pidiendo, o más bien exigiendo, que lo hiciese.

—De acuerdo.

Subí al estrado y empecé a leer las palabras del abuelo: «Melía es una pequeña aldea alejada y olvidada de los centros de poder, pero que, por fortuna, seguirá siendo recordada para siempre por tantos. El mar la abraza como los padres a sus hijos, tiernamente, pero con firmeza. A muchos de nosotros, los recuerdos que encontramos en sus calles nos azotan cada vez que salimos, como si fueran viejos fantasmas. Melía probablemente sea un punto perdido en el mapa, casi insignificante. Sin embargo, su existencia no puede resultar más significativa: no en vano, es el hogar de nuestras familias, el núcleo de nuestras vidas. En las calles de Melía se respira amor y fe. También odio y miedo en ocasiones. Muchos de nosotros no soportamos al

prójimo, ya se trate de un vecino, un familiar o una antigua pareja. Sucede que vivimos anclados en el pasado, en un rencor absurdo. Ojalá Melía pronto nos devuelva a todos la esperanza perdida, porque si alguien es capaz de lograrlo, es nuestra pequeña aldea, cada uno de sus habitantes».

Alcé la mirada y, entre la multitud, pude ver a Constanza sentada en una silla de ruedas, con Sira a su lado. Tragué saliva, recibí el cheque con una sonrisa, le pasé el micrófono de nuevo a la alcaldesa y bajé del escenario hecha un completo flan. ¿Por qué nunca había sabido que el abuelo escribía? No pude evitar pensar que lo había hecho para espantar a sus viejos fantasmas, tal como él había mencionado en el artículo. El accésit se lo dieron a una chica joven que era una cliente habitual de la floristería.

En la mesa me esperaban Acacia y Néstor, vitoreándome.

—¡Ha sido genial! Jamás hubiésemos pensado que tu abuelo escribía así —comentó Acacia.

—Ni yo tampoco, creedme.

Irene se acercó y le pasé el cheque, para que lo guardase.

—Me voy a casa. Tadeo ha colgado ya su deseo en el árbol y se cae de sueño. Hablaré con el abuelo —me dijo.

—De acuerdo.

Entonces nos sirvieron la cena, que consistía en una gran cantidad de canapés de todo tipo. Disfruté muchísimo de la compañía, pero mi cabeza no se encontraba por entero centrada en la conversación, pues estaba con el abuelo. La velada fue interrumpida cuando llegó Zenón con varios de sus amigos. El tipo se acercó a nuestra mesa.

—Acacia, ¿podemos hablar? —le preguntó.

Ella ni se dignó a mirarlo, sino que siguió hablando con nosotros, como si Zenón no existiese. Él insistió, hasta que la agarró del brazo y le susurró:

—¿Quieres montar un escándalo? Estoy seguro de que no es así, de modo que ven conmigo.

Néstor y yo nos levantamos de la mesa con los ojos llenos de rabia. Acacia se levantó lentamente y nos sonrió.

—Tranquilos, en nada estoy de vuelta.

—¿Estás segura?

—Sí, sí. De verdad.

Néstor y yo perdimos el apetito; la simple presencia de Zenón nos inquietaba.

—No sé si hemos hecho bien dejando que se marchara sola —comenté.

Al cabo de unos minutos, volvió con los ojos llorosos y la cara muy pálida. Se sentó y la miramos expectantes.

—Por lo visto, Zenón no piensa dejarme en paz. Se niega a aceptar que lo nuestro se acabó. —Y entonces sacó un estuche pequeño, con un anillo en su interior. También sacó un lápiz de memoria USB. Nos contó que en él había fotos comprometidas de ella. Zenón la había amenazado.

Yo arrugué la nariz.

—¿Qué pretendes hacer?

—No estoy segura, pero sí tengo una idea en mente. He estado pensando en irme el próximo año al extranjero. Pediré el traslado de universidad e intentaré hacer el curso académico fuera de Melía.

—¿No crees que de ese modo estás huyendo y que dejas que ese cabrón se salga con la suya? —preguntó Néstor.

—Necesito poner tierra de por medio. Si no me ve tan a menudo, probablemente Zenón se olvide de mí. Pero ahí no acaba todo.

—¿Ha ocurrido algo más?

—Alguien le ha ido con el cuento de que estoy con otra persona. Que nos han visto. No entiendo cómo, pues hemos sido muy cuidadosas.

Néstor y yo nos miramos.

—Se llama Sira. No es de Melía y toca...

No podía creer lo que estaba oyendo.

—El violonchelo y el piano —acabé por ella—. Es mi prima —solté.

—¿Cómo dices?

—Bueno, técnicamente no. En realidad, somos primas segundas. Es la hija de un primo de mi madre, Tristán.

—Pero ¿Tristán no era tu tío? —preguntó Néstor, desorientado.

Respiré hondo y les expliqué entonces lo que sabíamos Irene y yo de nuestra familia. Aun así, omití algunas partes, sobre todo aquellas en las que se podía inculpar al abuelo.

—¡Menuda bomba! —exclamó Acacia.

—¿Sira no te ha dicho nada de su padre?

—Ni una palabra.

—Tampoco me sorprende. Por lo visto, a ella le incomoda muchísimo la situación y prefiere no mantener ningún tipo de contacto. ¡Ahora que lo pienso! Creo recordar que Constanza no sabe que Tristán es su hijo; ella cree que el niño fue dado en adopción.

—Lo entiendo, no diré nada.

—Ahora cuéntanos, ¿cómo os habéis conocido?

—Tal como sabéis, mi madre tiene una consulta del tarot. Pues bien, un día Sira concertó una cita y se quedó a merendar.

—¿Por qué le consultó a tu madre?

—Es muy insegura y quiere saber a qué se debe. Aun así, mi madre me comentó una vez, cuando Sira se marchó, que «las estrellas se encargan de proteger a esa chiquilla». En especial, la casi desconocida constelación de Ofiuco. Estas últimas semanas ha venido a menudo a mi casa y poco a poco ha ido surgiendo algo entre nosotras. Jamás había conocido a nadie tan... vivo como ella. Es de esas personas que lo hace todo prestando la máxima atención a cada una de sus acciones, le da sentido a lo que tenga entre manos. Es talentosa, increíblemente sutil. Escucha y no me exige nada. Me permite... vivir.

—¿Piensa marcharse contigo al extranjero? —pregunté.

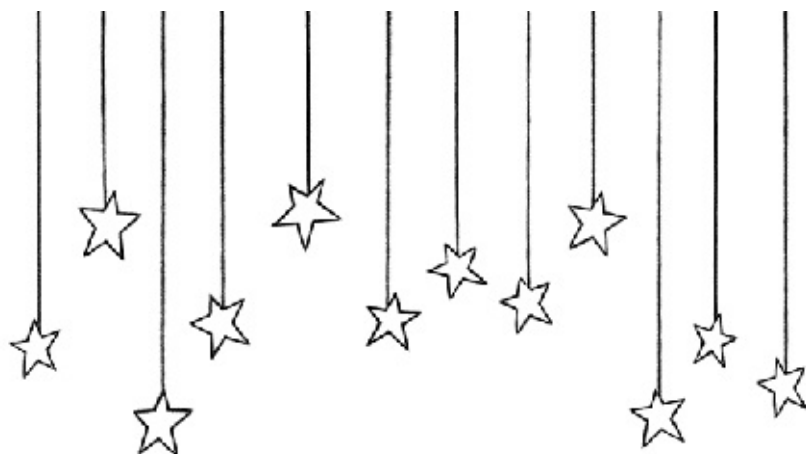
—Esa es la idea.

—¿Qué hay de Zenón?

—Primero me ha entregado el anillo pidiéndome una nueva oportunidad. Después, al oír mi negativa, se ha cerrado en banda y ha puesto una de sus sonrisas más peligrosas. Ha sacado el *pendrive* y me ha amenazado con publicar las fotos. Está mal de la cabeza. Además, le ha faltado el respeto a Sira, y me ha contado que uno de sus amigos nos vio hace poco saliendo juntas de un restaurante. Si eso es cierto, aquí ya no estoy bien. Nos fuimos al pueblo de al lado y hasta allí llegan las garras de Zenón. Creo que lo mejor será que me marche lejos por un tiempo.

—Tal como ha dicho Néstor, me da la sensación de que con tu marcha él sale ganando.

—Para nada. Esto me permite explorar mis horizontes. Pienso volver con la cabeza y el corazón despejados. Eso sí: no os hacéis una idea de cuánto voy a echaros de menos.



capítulo veintidós

CANIS MAYOR

A ti, Gala:
No permitas que las obsesiones controlen tu vida.

El momento más esperado del año era aquel en que se llevaba a cabo el ritual del equinoccio. Los niños se levantaban los primeros, los más pequeños en brazos de sus padres, para colgar sus deseos del árbol. Después, los adolescentes y, por último, los adultos y los mayores. Aquel era el primer año en que podíamos disfrutar de la fiesta con la calma de formar parte del grupo de los adultos, así que nos dedicamos a admirar la ceremonia. Habían decorado el árbol con luces y, en medio de la noche, este refulgía como lo haría un oasis ante el aventurero más sediento.

Cuando llegó nuestro turno, colgué mi deseo en el lugar que Simón y yo siempre escogíamos, el más recóndito entre sus ramas, también el más seguro. En aquel año tan caótico solo pedía una cosa que había tenido muy clara desde tiempo atrás: «Volver a hablar con Simón una vez más». Néstor, Acacia y yo nos quedamos admirando durante unos minutos ese espectáculo.

—A su manera, el árbol de los deseos es una obra de arte —comentó Néstor.

Una vez que la fiesta hubo acabado, Acacia se marchó a casa y Néstor y yo nos quedamos sentados en una de las mesas mientras los encargados

recogían. Cuando la plaza se quedó en silencio, él me tendió la mano y me invitó a bailar. Sacó su viejo reproductor mp3 y, sin mediar palabra, como si de una tradición se tratase, me tendió un auricular. Nos balanceamos abrazados al ritmo de la melodía.

—Me pediste que confiara en ti —dije en un susurro.

—Así es. ¿Confías?

No tuve que pensar ni un solo segundo para contestar:

—Siempre, claro, pero...

Néstor se apartó de mí, con un interrogante dibujado en su cara.

—Pero no sé por qué quieres que confíe en ti, no lo entiendo. O sea, cuál es tu propósito.

—¿De verdad quieres saberlo ahora?

—¿El qué? Yo solo sé que me pediste que definiera lo que tenemos. Como has podido comprobar esta noche, la historia de mi familia se cierne sobre nosotros y todavía ignoro cómo va a acabar, tan llena de secretos. ¡Ya no sé siquiera si cuanto he conocido hasta ahora ocurrió como me lo han contado! Lo último que necesito ahora es complicarlo todo...

Néstor me agarró de las manos y dijo:

—Gala, yo quiero estar contigo. Sí, te lo digo aquí y ahora. Sé lo que estarás sintiendo en estos momentos, te conozco, probablemente sientas pánico —dijo riendo, y yo reí con él—. Pero eso no tiene nada que ver con lo que siento por ti. Si te da miedo definir lo nuestro, te esperaré. No tengo prisa. Tú me esperaste durante meses mientras yo me dedicaba a encerrarme en mí mismo, incapaz de ver más allá.

—¿Y bien?

—Todavía no ha llegado el momento de que conozcas mi mayor obra de arte hasta la fecha. Y tú eres la musa que me está ayudando a su creación.

—¿Yo? —No podía creérmelo.

—Sí, tú. Créetelo, eres mi inspiración. Te niegas a ver lo bueno que hay en ti. Has alzado una barrera que te impide ser consciente de lo mucho que vales. Por mi parte, me niego a decirte que eres especial con respecto a las demás, porque alguien me dijo una vez que se puede apreciar lo bueno de una mujer sin tener que despreciar al resto. Y yo veo muchas cosas buenas en ti, Gala. Tienes empatía, dedicación y fuerza. Y talento. Que nadie te diga jamás lo contrario.

Lo abracé y me quedé por un instante escuchando el latido de su corazón.

—¿Talento?

—Absolutamente. Ojalá enlazara las palabras unas con otras del modo en que tú lo haces.



Aquella conversación con Néstor me había hecho reparar en lo mucho que había amado los libros a lo largo de mi vida y cuánto me había alejado de ellos en los últimos tiempos. Mientras intentaba conciliar el sueño, múltiples recuerdos acudieron a mi mente, como si los hubiese enterrado. De pequeña, en una ocasión, intenté llevarme tantísimos libros de la biblioteca que no se me permitió, por lo que cuando la bibliotecaria se dio la vuelta, salí huyendo a la carrera con una montaña de libros más alta que yo. En cuanto llegué a casa, el abuelo me obligó a pedir perdón, pero la bibliotecaria, cuando se enteró de lo que había pasado, solamente me dio la enhorabuena con las siguientes palabras: «No se encuentran demasiados niños a los que les apasione tanto la lectura, hasta el punto de que sean capaces de no respetar las normas. Por los libros, sáltate todas las normas habidas y por haber, Gala».

Cuando llegó la adolescencia, dejé de hacerlo. A medida que iba creciendo me fui distanciando de la lectura. Pero jamás dejé de escribir, lo hacía en todas partes y continuamente. Guardé en el desván muchísimos diarios de aquella época, junto con las cosas que me recordaban a Simón. Aun así, no había reparado en que yo pudiese tener talento para ello; simplemente lo hacía por gusto y porque algo en mi interior me lo pedía a gritos. Nunca pensé que mis pensamientos plasmados en el papel pudiesen interesar a nadie y, mucho menos, considerarse escritos de calidad literaria.

Por otro lado, no dejaba de pensar qué haría el año siguiente, hacia dónde podría encaminar mi vida.

Nunca nos enseñan a fracasar. Y yo, en aquel momento de mi vida, me sentía así: fracasada. El sistema está pensado para que todos estudiemos, lleguemos a la universidad y, una vez acabada, encontremos un trabajo que nos proporcione dinero. Algunos dirán que no importa demasiado si tu profesión te hace feliz, mientras que otros defenderán que lo más importante es que tu trabajo te llene. Yo prefería formar parte del segundo grupo y por eso me resultaba tan difícil escoger. Un año antes había decidido estudiar Medicina, pero al final, de algún modo, el destino se había encargado de llevarme por otros caminos muy distintos. Siempre había tenido una pasión en la que no había reparado demasiado; así pues, la lectura y la escritura me habían acompañado de manera alternativa a lo largo de los años, pero yo me

había convencido de que no valdría la pena, de que no era lo suficientemente buena. ¿Quién se dignaría a leer lo que escribía?



Desde aquella conversación mantenida el día del equinoccio, Néstor no cejaba de insistir en el asunto. Se dedicaba a animarme cada vez que nos veíamos: «Escribe, Gala; ponte a escribir cuanto antes», «¿Acaso no crees que soy consciente de que no soy el mejor pintor de la Tierra? No busco en absoluto serlo, sino ser feliz con lo que hago. Y no pararé hasta conseguirlo; así que hazte un favor y escribe, lo repetiré tantas veces como haga falta».

Aquellos días volví a darme cuenta de las barreras que quedaban en mí. Una tarde de domingo, salí al porche sin importarme el frío, agarré una manta y una taza de té. Saqué el portátil y empecé a escribir. Decidí que empezaría por algo sencillo: una lista de consejos. Pero ¿a quién? ¿Quién era la persona a la que peor había tratado en los últimos tiempos, a quién no valoraba? ¿Quién necesitaba esos consejos? Reparé entonces en que esa persona era yo misma, de modo que decidí escribir todos aquellos consejos que años atrás me habría gustado conocer. El primero, y uno de los más importantes: «A ti, Gala: Deja de intentar controlar el pasado y el futuro. Escapan de tu jurisdicción. Céntrate en todo aquello que sí puedas manejar, que forme parte de tu presente».

Cuando acabé de teclear la última palabra, di en el clavo: mi escritura era manejable porque provenía de mi interior. A eso me dedicaría a partir de aquel momento. Y de pronto me di cuenta de que la intención del abuelo había sido siempre ayudarme a través de la escritura. Me había empujado a escribir de pequeña en mis diarios, a presentarme a concursos literarios, hasta que un día mi yo adolescente se negó a continuar. Y, más recientemente, me había conseguido un trabajo en *La Gaceta*. Podría haber ido a hablar con cualquier negocio de Melía, pero él había decidido que su nieta trabajaría como redactora. Una nueva barrera había caído, tal vez la que mayor inseguridad me generaba: mi relación con las letras. Sin embargo, el abuelo había creído en mí. Y si así había sido, no podía permitirme el lujo de decepcionarlo.

Aquella noche, mientras Irene preparaba la cena, le dije a mi hermana:

—Oye, ¿te has dado cuenta alguna vez de que cuando algo nos daba miedo o no creíamos poder hacerlo el abuelo estaba siempre ahí para darnos un empujón?

Ella dejó de pelar patatas y me miró, pero no dijo nada.

—Piénsalo. Cuando dejé Medicina, ¿quién me animaba una y otra vez, en lugar de regañarme por la decisión recién adoptada? ¿Quién me llevó a trabajar a *La Gaceta*? Y a ti, ¿qué persona te buscó un trabajo? ¿O te obligó a salir de casa para pasear a Tadeo cuando sentías que no podías ser adolescente y cuidar de un bebé?

—El abuelo, efectivamente.

—Si él confió en nosotras y nos empujó a hacer aquello que nos daba tanto miedo, ¿no deberíamos ayudarlo ahora nosotras?

—Claro, y no pienses que no me he dado cuenta. El problema está... en que si nos involucramos demasiado en sus miedos y no sale bien, tal vez no nos lo perdona jamás. Y entonces sería yo la que no podría vivir con ello.

—Pero ¿y si sale bien?

—También lo he pensado.

No se habló más del asunto, ya que el abuelo entró en el salón con Tadeo en brazos. Por lo visto, este se había caído de la rama de un árbol y tenía un chichón encima de la ceja derecha. Lo tapaba con una mano, mientras con la otra se apartaba las lágrimas que amagaban con salir. Tadeo en muy raras ocasiones lloraba.

—¿Estás bien, cielo? —Irene se le acercó, dejando las patatas.

—Sí, sí, estoy bien. Pero... lo peor de todo es que... se ha roto. Néstor se pondrá muy triste porque le gustaba mucho —dijo enseñándonos la brújula de estrellas, que había quedado hecha pedazos.

Irene lo llevó al baño para limpiarle las heridas que tenía en los brazos y en las rodillas y yo fui en busca del pijama de Tadeo. La brújula estaba totalmente destrozada. Se me había olvidado por completo llevarla el día del equinoccio. ¿Tadeo se la había traído consigo a la fiesta? Bajé al salón y le pregunté:

—Tadeo, el día del equinoccio, ya sabes, el día de los deseos, ¿te acuerdas de si la llevabas encima?

—Claro.

—¿Sucedió algo extraño ese día?

Él hizo ademán de pensar.

—Se puso de color verde. Entonces una señora mayor se me acercó y me dijo que era muy bonita. Cuando la agarró entre sus manos, se volvió todavía más verde.

—¿Cómo era esa señora mayor?

—Vestía muy bien, iba con una chica joven. Cuando me la devolvió, se apagó.

Irene, el abuelo y yo nos miramos, por lo que tuve que contarles cuanto sabía de la brújula.

—Técnicamente era el día del año en que tenía que encenderse si se alineaba con la Osa Menor.

—Y así fue —contestó el abuelo.

—Pero si se supone que iba a indicarnos el camino de todos nosotros, ¿por qué cuando Constanza la sostuvo su luz se hizo más intensa?

—Porque de un modo u otro la brújula, a través de la energía que Tadeo desprendía, quiso decirnos algo, tal vez que Constanza es el verdadero camino de esta familia, de todos nosotros —contestó el abuelo, misterioso.

Acacia me llamó aquella noche porque quería hablar. Me pidió si podíamos vernos un rato. Accedí, me abrigué y avisé al abuelo de que no llegaría tarde. Me encontré con Acacia en su coche, en el bosque que hay junto al acantilado preferido de Simón. Las viejas tradiciones parecían regresar.

—Necesitaba estar con alguien.

Decidí que Zenón no se colaría entre nosotras otra vez, así que dije:

—¿Te acuerdas de cómo celebramos la primera victoria de Simón?

—¿El primer logro de *ballet*?

—No, contra esos capullos del grupo de Zenón.

Acacia intentó recordar. De pronto, le vino a la cabeza.

—¡Ah, sí! Se reían de él porque daba clases de *ballet*. Tendríamos unos catorce años, ¿verdad?

—Sí, lo recuerdo porque mis padres tuvieron una reunión con el director después de todo aquello. Jamás he vuelto a ver a mi padre tan lívido como entonces —comenté muerta de risa.

—Zenón y los demás lo encerraron en el vestuario de las chicas.

—Y nosotras no encontrábamos a Simón por ningún lado.

—Cuando descubrimos que estaba allí encerrado, la profesora de inglés lo liberó.

—Y entonces Simón esperó el mejor momento para desquitarse —continuó Acacia, con una sonrisa.

—Se dedicó toda la noche a recoger las medusas muertas de la costa y a meterlas en su mochila y en clase de educación física, una vez que los chicos salieron al campo a jugar, se las metió en las bolsas de deporte, dejándoselo todo hecho un asco.

—Fue una gran satisfacción ver a esa pandilla con sarpullidos durante una semana. Aquella tarde recuerdo que nos comimos un pastel enorme que hizo

tu madre, de chocolate y nueces —concluí.

Reímos.

—No entiendo cómo pude acabar saliendo con una de las personas que le hizo la vida más difícil a Simón.

—Sabes que no te diré la típica frase de «todos cometemos errores», ¿verdad?

—Sé que no es tu estilo.

—La que apela más a las estrellas y al destino eres tú. —La imité—: «Hoy te has levantado con cara de que la constelación Canis Mayor te ayude». ¿Te acuerdas de cuando hacías predicciones de este tipo, imitando a tu madre? —Reímos—. Ahora en serio, Acacia: Simón era la bondad en persona; seguramente ahora mismo se esté riendo de la desgracia de Zenón, pero dudo mucho de que te culpe a ti de nada.

—Ojalá tengas razón.

Estuvimos un buen rato recordando viejos tiempos.

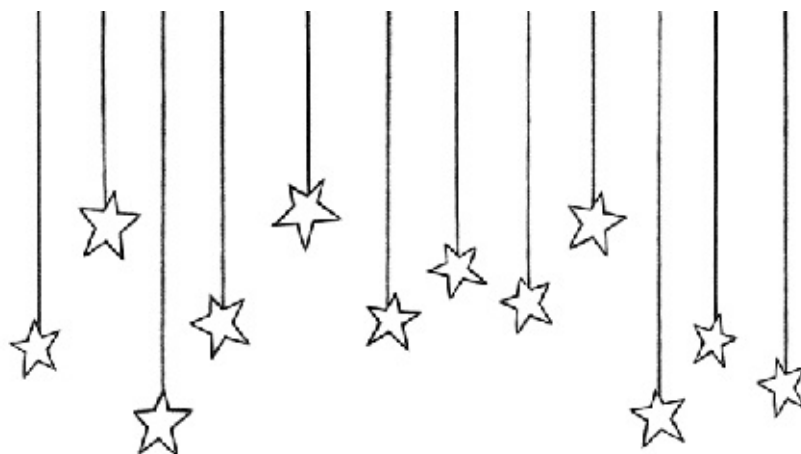
—Lo que daría por verlo bailar una vez más —comentó Acacia, cerrando los ojos como si pudiese convocarlo.

—Un abrazo más.

—Un consejo más.

—Una conversación más.

Después de tanto tiempo, nos permitimos llorar juntas por Simón. No había ocurrido desde el día de la enfermería en la playa, a oscuras. Nos sostuvimos las manos y quedó sellado que no permitiríamos que nada volviese a separarnos.



capítulo veintitrés

CÁNCER

A ti, Gala:
Suéltate de vez en cuando, tampoco está tan mal.

—**T**ristán, hoy estás de un humor de perros totalmente insoportable —le dije una mañana a mediados de octubre, mientras hacíamos ramilletes en la floristería.

—Será porque la señora Constanza va a abrir su casa para dar un recital y recaudar fondos. Lo repartirán entre los menos favorecidos de Melía.

—¿Qué tiene que ver eso contigo?

—Me ofrecí a echarle una mano a Sira en el recital, pero ella se niega a recibirme. ¿Tan mala impresión puedo dar que ni mi propia hija quiere que la ayude?

—En primer lugar, ella no se considera a sí misma como tu hija. En segundo lugar, dale tiempo. Apenas hace un mes que conoce tu existencia.

—Si te cuento algo, ¿me prometes que no te molestarás?

—Sorpréndeme y asústame a partes iguales.

—Fui a recogerla al trabajo. En mi defensa diré que me lo pidió Constanza, ya que era demasiado tarde para el transporte público y el coche de Sira no arrancaba.

—Parece que Constanza se ha convertido en tu hada madrina —comenté sarcástica.

—Es una gran mujer.

Levanté las cejas. «Ay, si supieses la verdad», pensé.

En aquel momento, entró en la floristería la última persona que hubiésemos esperado: Sira.

—Hola..., ¿qué tal? —preguntó Tristán.

—He venido porque necesito tu ayuda, si todavía está en pie la oferta que me hiciste. Estoy teniendo dificultades con ciertas notas y no hay manera de que suenen como me gustaría. Constanza dice que eso se debe a que... estoy tensa y lo transmito en mi música. ¿Puedes ayudarme? —La mirada de Sira era firme y desafiante, a pesar de que no paraba de tocarse el cabello.

—Sí, claro, encantado.

Ella asintió, y tal como había llegado se fue, dejándonos a Tristán y a mí pasmados.

—Es igual que Leonor —comentó con voz derrotada.

Sonreí.

Camino de casa aquel mediodía, Tristán se marchó a ayudar a Sira y yo aproveché para pasear. Encontré a Néstor de nuevo en el paseo marítimo. Puse cara de interrogante.

—Han vuelto las peleas en casa —se limitó a decir.

—¿Tengo algo que ver?

—En cierto modo, sí. Gustavo sigue empeñado en la versión de que eres una bohemia que me has seducido para llevarme a tu mundo de pintura y desenfreno.

No pude evitar reír con amargura.

—¿Lo dices en serio? Soy la persona que más teme dedicarse a las artes, Néstor.

Él asintió. Lo sabía.

—Así que vuelves a retratar...

—Como gesto de protesta, sí. Para Gustavo, esto es casi como mendigar. Y ya sabes lo mucho que...

—Le importa a tu familia la imagen, ya. Por cierto, Tadeo ha roto la brújula de estrellas; aun así, nos ha dado respuestas.

—Ojalá hubiese podido dárnoslas respecto de tantas otras cosas. Tal vez lo mejor sea esto; no es beneficioso jugar con magia.

—Puede ser.

Guardamos silencio. No estaba de humor para seguir hablando, así que hice ademán de marcharme.

—Sigue confiando en mí, Gala.

—Siempre, pero...

—Basta de *peros*. Hazlo, por favor.

Llegué a casa algo desanimada. No podía evitar sentirme de ese modo, teniendo en cuenta lo que el padre de Néstor pensaba de mí. Me tomé un baño y al salir me vestí, y entonces vi a la abuela a través del cristal.

—Tendré que acostumbrarme a tus apariciones.

—Noto amargura en tu voz, querida.

Recogí las cosas del baño y me dirigí de nuevo a mi habitación. Me cepillé el cabello mojado.

—¿Recuerdas cuando lo hacías tú, abuela? Reconozco que no era nada fácil cepillarme el cabello, no me estaba quieta un segundo.

—Cómo olvidarlo. —Sonrió—. ¿Vas a contarme qué te ocurre?

Suspiré y me senté en la cama.

—Sigo sin tener planes para este próximo año. Añádele a ello que al padre de Néstor, Gustavo, no le gusto, que mi mejor amiga se va al extranjero porque el cabrón de su exnovio no la deja en paz y que el abuelo sigue en las nubes, negándose a...

—¿Subsanar sus errores? Sí, sé de lo que hablas.

—¿Cómo lo hacías tú? Me parece que siempre sabías cómo solucionarlo todo.

—¡Para nada! Solamente lo hacía lo mejor que podía. Tú también eres así, lo que ocurre es que no te das cuenta. Por cierto, ya he visto que Tadeo ha roto la brújula.

—Sí. ¿Crees que nos hemos quedado sin descubrir algo importante?

—Ni mucho menos. La brújula llevaba tiempo dando señales, pero no acababa de indicar exactamente qué deseaba comunicarnos. El día del equinoccio, por ejemplo, se encendió de color verde, ¿sabes qué quiere decir?

Fui en busca del libro. Busqué el capítulo en donde hablaba de su funcionamiento y encontré en letra pequeña la siguiente indicación: «Si en alguna ocasión la brújula se ilumina de color verde, eso significa que los distintos caminos confluyen en uno mismo. Puede ocurrir que si se acerca a ciertas personas, esta se ilumine con mayor intensidad. Probablemente tengan ustedes ante sí el pasaje que conduzca a su destino».

—Como dijo el abuelo, «todo nos lleva a Constanza».

—Eso parece.

—Me da la sensación de que habría que cerrar algún episodio pendiente.
La abuela sonrió y se encogió de hombros; ni siquiera ella era capaz de predecir el futuro.



Al cabo de unos días, cuando Irene llegó del restaurante, me encontré escribiendo en el sillón del abuelo.

—Hacía siglos que no te veía con un papel y un bolígrafo —comentó con voz cansada.

—He escrito algo para el abuelo.

—¿Puedo leerlo?

—Toma.

Irene leyó: «Imagina que no soy tu nieta, que Irene tampoco lo es y que Tadeo no es tu bisnieto. Imagina que estás tú solo y que vuelves a ser un niño. Tienes una única compañera y esa es Constanza. Os reís, os peleáis, pero estáis vinculados. Te has caído y te has hecho daño y ella te sostiene la mano en todo momento. Ahora sois adolescentes. Cambiáis, os formáis como personas, y no resulta fácil, dais tumbos por el mundo sin saber aún cuál es vuestro lugar, porque debéis buscarlo vosotros. Ya de adultos se os complica todo por un cúmulo de responsabilidades varias, miedos y también por el distanciamiento inevitable que imponen los años. Tanta distancia os separa que lleváis nada menos que setenta años alejados el uno del otro. Siete décadas, 3.679.200 minutos exactos sin mantener el contacto. Creo que ya va siendo hora de cambiarlo».

—¿Te parece demasiado?

Irene lloraba.

—Estaba pensando en la posibilidad de que nos hubiera pasado a nosotras. No podría imaginarme mi vida sin ti, Gala.

La abracé.

—Estoy muy feliz de que Tadeo crezca con alguien como tú a su lado.

—¡Vas a hacerme llorar más aún!

—Lo digo en serio. Eres una buenísima influencia.

—Y tú eres la mujer más fuerte que he conocido nunca.

Me sonrió.

—Qué tontas somos —dije riendo.

Nos quedamos en silencio y me levanté para preparar la cena.

—¿Cuándo es el recital benéfico? —me preguntó Irene.

—Este domingo por la tarde. Tristán no habla de otra cosa; se pasa las horas encerrado en la trastienda ensayando cuando puede.

—¿Cómo le van los ensayos con Sira?

—Por lo visto, al principio era una relación estrictamente profesional. Sin embargo, el otro día me contó que Sira mencionó algo relativo a sus abuelos, lo que resulta insólito en ella. Tristán siempre dice que es una verdadera Cáncer: tímida, pero temperamental.

—Tal vez empiece a abrirle su corazón.

—Si algo hemos aprendido ambos en los últimos meses, es que hay que darles tiempo a las personas para que recompongan su vida.

A Simón:

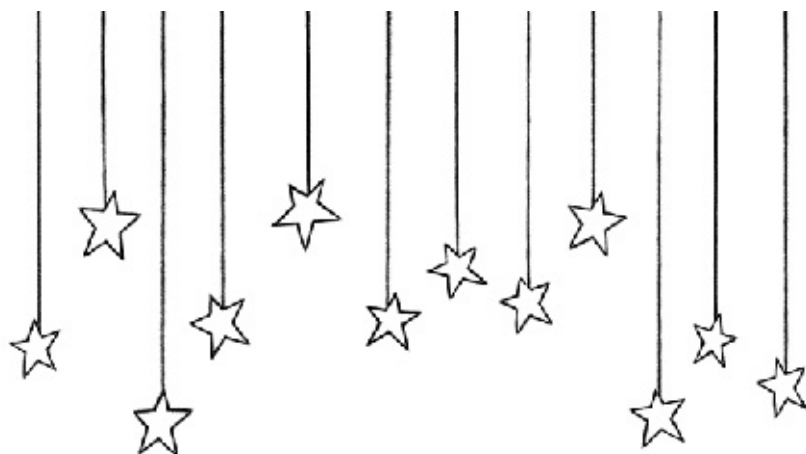
Son muchas cosas: Acacia se va de Melía, Néstor anda tramando algo y el abuelo se pasa las horas metido en su invernadero. Al igual que cuando era pequeña y mis padres se marchaban y nos quedábamos a solas la escritura y yo, así es hoy de nuevo. He vuelto a escribir, y sé que te hará feliz saberlo. ¿Cuántas veces me suplicabas que te regalase cartas? Solo de pensarlo, me echo a reír por las pocas veces que te hice caso, pero ya sabes que siempre he sido testaruda.

Empiezo a ver cómo evolucionan los demás. Discurren a mi alrededor y yo, en ocasiones, me siento capaz de todo y en otras, simplemente me hago pequeña. En esos momentos intento abstraerme, y he encontrado una verdadera distracción: descubrir los secretos de mi familia. Suena a cliché, pero debes creerme si te digo que jamás habría pensado que en mi pequeña familia hubiese tanto que ocultar. Yo a ti, en cambio, no tengo nada que ocultarte, por lo que dime: ¿pretendes comunicarte conmigo? ¿Deseas decirme algo? Acacia está convencida de que... no te marchaste del todo... Que tienes algo pendiente entre manos. Si es así, dímelo, sea como sea. Reconozco que meses atrás me habría dado algo solo de pensar que pudieses contactar conmigo; estaba demasiado encerrada en mi dolor y seguramente habría complicado las cosas. Ahora, por el contrario, después de acostumbrarme a las apariciones estelares de la abuela, creo que soy capaz de soportar las señales que puedas enviarme.

Parece que el gran cuadro que componen las vidas que me rodean va cobrando forma de manera paulatina; lo único que

debo solucionar ahora es dónde encajar la mía.
Te piensa siempre,

Gala



capítulo veinticuatro

VIRGO

A ti, Gala:

Si te gusta algo o incluso alguien, no te avergüences de ello.

Volví a tener pesadillas. La más reciente empezaba como un sueño plácido en el que yo paseaba por la playa de Melía. De pronto me encontraba con Acacia en un lugar lejano, ambas íbamos en bicicleta. Las dos pedaleábamos. El cielo se volvía gris y empezaba a diluviar. En el mar alguien nadaba; cuando levantó la cabeza, lo vimos: de ojos y cabello negros. Pálido. Era Simón. Una enorme ola lo sumergió en el agua y empezó a ahogarse. En el momento en el que Acacia y yo nos quitamos la ropa dispuestas a rescatarlo, me desperté bañada en sudor. Abrí los ojos. La oscuridad de mi habitación me envolvía. Con un gran esfuerzo, ya que me había pasado la noche en tensión y tenía los músculos doloridos y agarrotados, me levanté de la cama y fui a prepararme un té. Saqué papel y bolígrafo y, a pesar de que escribir consejos cortos me había resultado beneficioso, algo así como un entrenamiento previo, decidí que había llegado el momento de escribir prosa. No podía quitarme de la cabeza la pesadilla de Simón. A mi amigo le encantaba cómo escribía y enlazaba las palabras, tal como decía Néstor. Apoyé el bolígrafo en el papel y lo primero que me vino a la cabeza fueron dos palabras: «A Simón». Entonces pensé que sería una buena idea ponerle al día de cuanto me

había sucedido en los últimos meses, por lo que a continuación redacté: «El verano ha terminado de manera oficial. Los niños han dejado de jugar durante todo el día en la playa...».

Me pasé toda la noche arrancando hojas de una libreta, lanzándolas al aire convertidas en una bola de frustración y guardando solo aquellas que consideré lo suficientemente merecedoras. Estuve horas escribiendo, hasta que los párpados empezaron a pesarme y me abandoné al sueño. Las pocas horas de descanso en las que pude conciliar el sueño transcurrieron tranquilas, sin amago de pesadillas.

El domingo era el día que Constanza había escogido para abrir las puertas de su mansión y franquear el paso tanto a los amantes de la música como a los curiosos vecinos que querían conocer su interior. Decenas de personas entraron en la casa y ocuparon un lugar en el salón. Se habían colocado unas mesas llenas de comida y la gente se situó alrededor de ellas mientras comían y bebían champán.

—Me alegro muchísimo de que hayáis venido, queridas —nos dijo Constanza con una sonrisa en los labios mientras Irene y yo aguardábamos de pie en la cocina.

La noche anterior habíamos decidido hacerle un regalo, así que saqué una bolsa con un paquete.

—Señora, mi hermana y yo hemos considerado que ya había llegado el momento de devolverle algo.

Constanza lo agarró con delicadeza y lo depositó en su regazo. Lo abrió con manos calmadas, pero firmes. Cuando sacó lo que contenía, vimos cómo las lágrimas amagaban con salir. Acarició la tela del vestido que el destino no había permitido que jamás luciese, aquel que habría llevado en la boda de sus sueños.

—No tengo palabras... —dijo con la voz entrecortada.

—No es necesario. Solo creímos que su dueña merecía recuperarlo —contestó Irene.

—Si no le importa, ¿puedo hacerle una pregunta sobre el vestido? —dije.

—Sí, claro, adelante.

—¿Por qué lo tenía el abuelo en el desván?

Ella habló en voz baja, percibimos que sus ojos bailaban a la luz de los recuerdos que se agolpaban en su mente, en un esfuerzo por regresar.

—La primera noche que volví a casa de mis padres fue el único momento en que sostuve a mi hijo Leo en brazos. Lloré desconsoladamente, no podéis imaginaros cuánto. Al alba, empaqueté mis cosas dispuesta a marcharme,

aunque no sabía dónde; simplemente sentía que en aquella casa me ahogaba. Pero justo cuando me disponía a salir por la puerta, Imelda me vio. Hablamos durante unos minutos y, de algún modo, me indicó con la mirada que Leo no se iría muy lejos. En aquel momento, yo era joven y no entendí demasiado lo que quería decirme, pero con el paso de los años he tenido mucho tiempo para pensar en aquel mensaje cifrado. Me repitió una y otra vez que él no abandonaría el pueblo. Aquello me dio esperanzas y por eso no me fui.

—¿Qué tiene que ver con el vestido?

—Sí, perdonad, a veces una recuerda y desvaría. El vestido de novia estuve a punto de quemarlo. Mi marido, Ricardo, me descubrió un día en la antigua habitación de mis padres mientras lo acariciaba. Tuve que inventarme la historia de que había tenido un prometido que había muerto en un accidente y que yo estaba muy triste. Me disculpé por no habérselo contado antes del compromiso, pero creo que no fue aquello lo que le molestó. Imagino que entonces no me creyó, por... cuanto ocurrió después... Pero de algún modo no hizo comentario alguno; solo insistió en que no quería volver a ver ese vestido nunca más. Al contárselo a vuestra abuela, Imelda me sugirió que no lo quemase ni me deshiciese de él. Lo guardó en su armario y allí estuvo durante muchos años. Ahora me habéis dicho que lo tenía Clemente en el desván.

—Sí, pero para el abuelo el desván es el lugar de los recuerdos que no se atreve a olvidar. Como cuando ves una película de terror y te tapas los ojos, pero en el fondo deseas mirar.

Rieron por la comparación.

—¡Constanza, Irene, Gala! Está a punto de empezar el recital —nos llamó la propia Sira.

Todo el salón guardó silencio y Tristán y Sira tocaron a cuatro manos el piano. Sonó una sonata de Beethoven y a Constanza le brillaron los ojos. Sintió que, a su manera, Sira le estaba haciendo un homenaje, y Tristán, a pesar de que todavía no lo sabía, también. Cuando acabaron, la sala estalló en aplausos y vítores. Sira miró a Tristán y posó su mano en el hombro de su padre. Se sonrieron.

—Ya dije que la música sería su punto de conexión —comentó Constanza.

Sira le susurró a Tristán:

—Hacemos un buen equipo.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti, hija.

—Aprecio tu esfuerzo, pero ¿podrías omitir esa palabra?

Ambos rieron, recogieron las partituras y se nos unieron.

—Qué bonito ha sido, enhorabuena —dijo Irene.

Como recaudaron bastante dinero, se decidió que una parte se destinaría a *La Gaceta* y la otra mitad, a la beneficencia. Cuando los invitados se hubieron marchado entre felicitaciones a la anfitriona y a Tristán y Sira, todos nos pusimos a recoger. Una vez que hubimos acabado, nos sentamos frente a la chimenea. Entonces sonó el timbre de la puerta.

Aquel momento me pareció que discurría a cámara lenta, como si yo no fuese partícipe de él. Sira se levantó y abrió la puerta, luego franqueó el paso a la persona que se encontraba bajo el umbral. Tuve una corazonada y miré a Irene, que estaba abrochándole en ese instante la chaqueta a Tadeo, a punto de volver a casa. Alcé la mirada y lo vi.

El abuelo.

A Constanza se le resbaló la taza de té de las manos y esta cayó sobre la moqueta. Se quedó como petrificada. El aire se enrareció. Creo que todos dejamos de respirar, menos Sira y Tristán, que no entendían nada de lo que ocurría.

—Hola, Constanza —saludó el abuelo a su hermana, después de tantos años.

—Clemente...

El abuelo se unió a nosotros y empezó a hablar:

—No podéis llegar a imaginaros lo difícil que resulta todo esto para mí. Sí, he leído tu nota, Gala, y reconozco que me ha dado el último empujón que necesitaba. En las últimas semanas he visualizado en mi cabeza varias veces cómo podría desarrollarse este momento, incluso he sufrido pesadillas. Siento haber estado tan ausente, chicas —se disculpó, mirando en nuestra dirección.

Pusimos a Sira y a su padre al día de la situación. Lo único que no se mencionó fue la verdadera identidad de Tristán.

—Me he lanzado piedras a mí mismo durante toda mi vida, culpándome de todos y cada uno de los errores que se cometieron en nuestra familia. He pasado incontables noches en vela solo por recordar lo que Constanza había perdido por mi culpa. Rodolfo volvió. Unos cuantos años después, cuando tú y yo ya no nos dirigíamos la palabra debido a tu depresión y a mi hermetismo; vivías en Inglaterra con Ricardo y nunca supiste de su visita. Piensa que no llegué siquiera a contárselo a Imelda, no hasta el último día en que la vi con vida. Rodolfo creía por aquel entonces que vuestra relación podría funcionar, pues se había hecho médico militar y por fin se veía capaz de ofrecerte todo cuanto antes no podía. Consideró que tal vez padre y madre permitirían

entonces tu unión con él. Más tarde descubrí que le habías enviado una carta contándole que teníais un hijo en común, pero esa carta nunca llegó a su destino, porque Ricardo movió los hilos necesarios para que así fuese, de modo que la he guardado durante todos estos años en un cajón, dentro de uno de los diarios.

—Siempre sospeché que no me creyó. Solía decirme que yo era fría como un témpano de hielo y que no había nada en el mundo que consiguiese deshacerme. El día en que acepté que nunca compartiría mi vida con Rodolfo y el otro en que me quitaron a mi hijo decidí que lo mejor sería escudarme de algún modo —dijo Constanza, dirigiendo su mirada hacia el suelo.

—Te privé del amor, Constanza.

—No fuiste tú, querido. Todo habitante de Melía es conocedor del poder de las estrellas y lo caprichosas que pueden llegar a ser. Todo habitante de Melía conoce el poder del cielo. Por aquel entonces, yo era joven e inocente, y jamás habría aceptado mi destino sin luchar, tal como hice, pero no tardé en darme cuenta de que las estrellas habían dispuesto ese final para mí. Padre y madre no iban a aceptar jamás que yo retomase las riendas de mi vida y por eso yo me abandoné a mi suerte. Dejé de creer en todo, Clemente. Creí que no habría un lugar en el mundo para mí y preferí caer en aquel agujero negro del que me costó tantísimo salir. La heroína que tú habías conocido fue apagándose poco a poco tras cada golpe recibido. No fue sino varios años después de la muerte de Ricardo, cuando volví a Melía y os vi a ti y a tus preciosas nietas jugando en la playa, cuando desperté al fin de un largo sueño. Reconozco que sentí muchísima tristeza, prácticamente ella fue la que me sacudió. Pensé durante un largo rato si debía acercarme a decir algo, a saludar. Entonces Gala se hizo daño en el tobillo y te la llevaste corriendo en brazos. Y como ese momento podría mencionar cientos de ellos en los que os he observado desde lejos, con miedo a remover el pasado y toparme con tu rechazo.

El abuelo tenía lágrimas en los ojos.

—Jamás te habría negado un gesto de acercamiento.

—Habían pasado más de cincuenta años. Toda una vida. ¿Cómo iba a saber si esta te había cambiado lo suficiente? Sigo pensando que no hubo lugar para la vida que deseaba tener. Muchas noches me desperté susurrando el nombre de Rodolfo, rezando para que Ricardo no me hubiese oído.

—¿Supiste algo más de él, de Rodolfo?

—No. Algo grave debió de pasar para que se esfumara como hizo. Es muy probable que ya no viva; míranos, si tú y yo apenas nos sostenemos en pie.

—De eso quería hablaros... —interrumpí.

Ambos se volvieron y me miraron, expectantes. Se me hizo un nudo en el estómago y me tembló la voz al decir:

—Constanza contactó conmigo a través de mi sección de *La Gaceta* porque creía que era justo que todos supiésemos la verdad. Me llegó un correo electrónico a través de Sira. Pues bien..., algo parecido ha sucedido con Rodolfo.

Todos me miraron boquiabiertos.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Comprobé mi correo electrónico esta misma mañana antes de venir al recital. Pensaba contároslo en cuanto acabara el concierto. La visita del abuelo ha sido totalmente inesperada.

—¿Qué decía? ¿Era Rodolfo quien hablaba? —preguntó Constanza, de forma atropellada.

—No exactamente, sino su nieto. Será mejor que os lea sin más el correo que me mandó y lo oigáis con sus propias palabras. —Saqué el móvil y empecé a leer.

Querida Tauro:

Mi nombre es Alfred y ni tan solo soy habitante de Melía. Aun así, puedo asegurarte que soy muy consciente de su existencia, pues fue el hogar de mi abuelo Rodolfo. Hace tiempo que este me pide, con las pocas fuerzas que aún le quedan, que te escriba. Cada semana le leo *La Gaceta de Melía* y, de hecho, le hizo muchísima ilusión descubrir tu sección. Con decirte que me pidió que llamara a la redacción para que averiguara tu identidad y para que me enterase de si, por casualidad, eras familiar de un amor de juventud... ¡Bingo! Así ha sido. Puede que todo esto te resulte muy extraño, pero te aseguro que mi abuelo, como antiguo pescador y conocedor de las estrellas, posee una especie de don gracias al cual siempre sospechó que uno de los últimos caminos que iba a recorrer en su vida lo conduciría hacia ti. Eres su penúltima parada, y ahora te preguntarás: entonces, ¿cuál es la última? Constanza, sin duda alguna.

El abuelo fue médico militar, como imagino que ya sabrás a estas alturas. Los padres de Constanza lo habían amenazado de muerte si no se alejaba de ella. Así pues, lo hizo y, con gran dolor de su corazón, se marchó. Decidió entonces conseguir una

profesión respetable. Es decir, a ojos de tus bisabuelos, debido a su posición social. Cuando volvió a Melía y se encontró con la negativa de tu abuelo, renunció a ella. Se arrepiente muchísimo de ello, pero en una ocasión me contó que no podía encajar más negativas, que le pesaban demasiado para seguir. Supo que Constanza se había casado y creyó que debía aceptar su matrimonio. Tiempo después conoció a mi abuela, que trabajaba en el mismo hospital. Se quisieron y se respetaron mucho. Aun así, con gran pesar, sé que ella era consciente de que nunca fue para él una mujer como Constanza. Te escribo desde su habitación del hospital. Mi abuelo se está apagando y sé que nada le haría más feliz que pedirle perdón a Constanza, si ella estuviera dispuesta todavía a dedicarle un momento. Te dejo mis datos personales; llámame en cualquier momento.

Un saludo,

Alfred

Nos quedamos todos en silencio. Escuché sollozar a Sira y a Irene. Agarré el número de Alfred y, sin que Constanza dijese nada, lo marqué y se lo pasé.

—Puede que sea el último momento en que pueda hablar con él.

Ella tomó el móvil y sopesó la idea de retirarse a hablar a un lugar más íntimo, pero finalmente la desechó. De algún modo, todos formábamos parte de esa historia.

—Hola, Alfred. Soy Constanza...

Tras varios minutos de espera, Constanza dijo:

—Hola, Rodolfo, sí, soy yo.

Le pedí a Sira que pusiera el altavoz del móvil para que pudiésemos escucharlo a él también:

—Hola, mi amor. —Su voz sonaba débil, pero firme.

—No sé si tenemos mucho tiempo y, aunque... querría decirte millones de cosas..., te perdono, Rodolfo. Quiero que sepas que te perdoné hace mucho. Siempre supe que algo debía de haberte ocurrido, pues no era posible que te hubieses esfumado sin más; simplemente no podía creerlo.

—Gracias por no perder la fe en mí.

—Jamás, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de todas nuestras promesas? Ocurrieron, todas ellas tuvieron lugar; cuando me acostaba cada noche pensaba en ellas para que sucedieran.

Se oyó un pequeño sollozo al otro lado del teléfono.

—Tengo algo más que decirte. Te envié una carta..., un escrito donde te contaba que... había tenido un niño...

—¿Un niño?

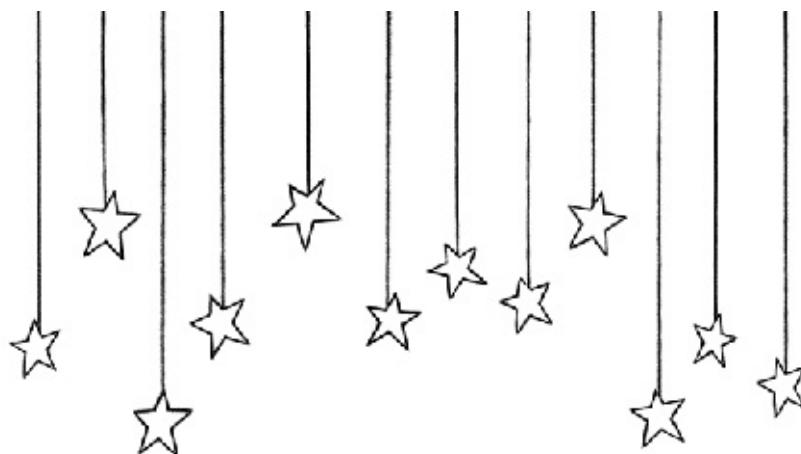
—Sí, tuyo. No sé qué fue de él porque tuvimos que darlo en adopción, pero... no ha transcurrido un solo día sin que haya pensado en él.

En aquel momento, me derrumbé. Me senté en el suelo y empecé a llorar en silencio. Constanza me miró y yo miré al abuelo y a Irene:

—¡Por Virgo! Si no se lo decís vosotros, lo haré yo; no puedo seguir con esto. Constanza, Rodolfo, vuestro hijo está aquí, mirándoos.

Tristán me miró con cara de confusión. Dirigió su mirada a Constanza y, a continuación, a mí, esperando que me explicase. En apenas unos minutos lo hice y solo alcancé a escuchar el sonido del móvil cayendo al suelo tras resbalar de las manos de Constanza mientras la suave voz de Rodolfo la llamaba.

Entonces el abuelo, Irene y yo misma decidimos que había llegado el momento de marcharnos. Si se daba el caso, ya nos contarían ellos lo que creyesen conveniente, pero nosotros no podíamos formar parte de aquello tan íntimo. Había que dejarles espacio para que los hilos de sus vidas empezasen de nuevo a tejerse, a unirse después de tanto tiempo dolorosamente separados. Camino de casa, ninguno de nosotros dijo nada; simplemente nos limitamos a mirar al suelo, mientras Irene llevaba en brazos a Tadeo, que se había quedado dormido en el sofá de Constanza, y escuchábamos su suave respiración. Al llegar, mi hermana se lo llevó a la cama y el abuelo y yo nos quedamos en el sofá, agarrados de las manos y con el corazón en un puño. Sin decirnos nada, les deseamos la mayor suerte posible.



capítulo veinticinco

PISCIS

A ti, Gala:

El miedo es natural, pero no dejes que te impida soñar.

Al día siguiente nos despertamos todos como en una especie de resaca colectiva. El abuelo preparó limonada en abundancia e Irene y yo nos llevamos un termo con hielo al trabajo. Tristán no apareció por la floristería, pero sí lo hizo Néstor.

—Vengo a comprar unas flores para mi proyecto —dijo.

Se decidió por unas dalias. No pude evitar sonreír, porque eran mis flores preferidas.

—¿Cómo va con tu padre? —le pregunté.

—Tiene días, pero este fin de semana ha ido algo mejor. No pierdo la esperanza.

Antes de que saliese por la puerta, le dije apresuradamente:

—¡Néstor! Esta noche me gustaría verte...

—¿Una cita? —me preguntó con una sonrisa burlona en los labios.

—Llámalo como quieras. ¿Te va bien?

—Sí, pasaré a recogerte hacia las ocho y media, ¿conforme?

Asentí, observando cómo se iba y yo me quedaba con una de las dalias entre los dedos. A diferencia de lo que dictaba la sociedad, es decir, que las

chicas debíamos dejarnos seducir, ser el sujeto pasivo en las relaciones, en aquel momento me di cuenta de que me gustaba tomar la iniciativa. Y de que así lo haría más a menudo.

Al acabar mi turno, estaba recogiendo cuando Tristán entró en la floristería hecho una furia.

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabías, Gala?

Tristán me miró intensamente; sus ojos echaban chispas. Jamás nadie me había mirado del modo en que él lo hacía en aquel momento; sus ojos reflejaban rabia, dolor e incluso sorpresa. Supuse que no se había despertado del *shock* inicial y que necesitaba explicaciones.

No sabía qué decirle; me quedé paralizada. De pronto, necesité llenar de aire mis pulmones. Agarré las llaves y mi chaqueta tejana de talla grande, dispuesta a salir al aire fresco de la calle en otoño, haciendo caso omiso de los gritos de quien había considerado mi tío durante la mayor parte de mi vida. Corrí en dirección a la playa. «Me calmará; el mar de algún modo me entiende». Como si así fuese, cuando llegué a la orilla, el mar estaba bravo, en una especie de reflejo de mis sentimientos. Me dolía el pecho y las lágrimas amagaban con salir. Parpadeé varias veces y me senté en el muro que rodeaba la playa. Los establecimientos empezaban a cerrar; sus rezagados dueños apenas hablaban entre sí, se limitaban a despedirse con un leve movimiento de cabeza. Había sido lo suficientemente ingenua para creer que Tristán no me pediría explicaciones. Caí en la cuenta de que él en una ocasión me había confesado que yo era su única confidente en Melía. «Debí de habérselo dicho antes», me reproché.

En aquel momento decidí que para recuperar la calma lo mejor era jugar a un juego que a Simón se le había ocurrido, lo llamaba «Inventa». Consistía en imaginar la vida de los paseantes, pero, debido a su acostumbrado dramatismo, a él le gustaba añadir a las vidas ajenas problemas de alcoholismo, amores imposibles o sueños frustrados. Yo era más simplista: solía imaginarme la profesión, la edad y el nombre de la persona elegida y algún otro detalle, como su comida favorita, la procedencia de su familia o el nombre de su primer amor.

Pero aquel no era el mejor momento para recrearme en Simón y en lo mucho que lo echaba de menos; de repente se me presentaba como una tarea increíblemente dolorosa. Respiré con calma y me concentré en algunos detalles ínfimos de los transeúntes: «Cuarenta y cuatro años. Profesora. Le gustan las margaritas», «Treinta y dos años. Tiene una hija. Su pasión es el deporte».

A medida que observaba las olas romper contra las rocas y a las gaviotas que revoloteaban por la orilla en busca de comida, de manera paulatina fui olvidando el fuego que despedía la mirada de Tristán, además de la situación con la que muy probablemente iba a encontrarme al llegar a casa.

Saqué el móvil del bolsillo y marqué instintivamente el número de Néstor. En el fondo, no me gustaba la sensación creciente de necesidad que sentía por él y que empezaba a aflorar en mí, pero estaba tan derrotada que preferí enterrarla en un recóndito lugar de mi mente.

Néstor llegó al cabo de diez minutos. Dirigí la mirada hacia él y no hizo falta que abriese la boca para que se diese cuenta de que no quería hablar de ello. Se limitó a sentarse a mi lado en el muro y a pasarme el móvil, en el que había escrito: «Puede que todo (o nada) salga bien. Aun así, cuenta conmigo para lo que sea. Cuando quieras». Sonreí. A pesar de que «Inventa» conseguía distraerme, lo que en realidad me había dado fuerzas había sido el hecho de tener cerca a Néstor, y la certeza de que se había colado en mi vida sin pedir absolutamente nada a cambio. «Yo también estaré ahí. Cuando quieras», pensé.

—Siento no haber esperado a la cita de esta noche —dije cuando me hube calmado.

—Prefiero que seamos naturales, como hemos sido hasta ahora. No necesitamos citas.

Cambié de tema.

—¿Qué es lo que más temes en el mundo, Néstor?

—Que alguien que me importe me mienta. Me engañe. Odio los engaños.

—Pues yo pienso que a veces ocultamos cosas para no herir a ciertas personas, precisamente porque nos importan.

Tristán. Me aparté de un manotazo las lágrimas.

—Jamás pensé que llegaríamos a vivir todo esto —comentó casi para sí mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo lejanos y distantes que hemos estado el uno del otro y míranos ahora —dijo bajando la mirada hacia sus manos manchadas de pintura. Las manchas moteaban sus dedos aquí y allá, dibujándole un arcoíris.

—Tanto si funciona como si no, habrá valido la pena —contesté.

—¿Sí?

—Totalmente. Nadie me entiende mejor que tú, ya que la única persona que lo hacía ya no está. Tú ves más allá de quien soy..., percibes de lo que estoy hecha.

—Sí, aparentas ser alguien inalterable, pero a la mínima que se ahonda un poco en tu carácter uno se da cuenta de que estás hecha de muchos materiales.

—Reconozco que soy pura contradicción, sí. Oh, qué pedante ha sonado eso.

Sonreí tímidamente y Néstor rio; no llegaba a acostumbrarme a sus cumplidos. Ni tan solo a sus observaciones.

—¿Sigues creyendo que el hilo rojo de una madeja ha trazado una amistad entre nosotros?

—Utilicé esa palabra por miedo a espantarte. Jamás pensé que lo nuestro fuese solo una amistad. Puede que inconscientemente la utilizara para impulsarte, para impulsarnos a algo más —dijo dirigiendo su mirada a mis labios.

Me aparté y miré hacia el mar. Aún no había llegado el momento. Tenía que volver a casa y descansar. Con suerte, Tristán no querría vernos a ninguno de nosotros y no se encontraría allí. Volví a darle las gracias.

—Nos vemos esta noche —dije despidiéndome de él.



En casa reinaba la calma. El salón se encontraba a oscuras y, al encender la luz, vi a Tristán sentado a la mesa, fumando en silencio.

—¿Me esperabas?

Asintió. En sus ojos ya no había enfado; tan solo tristeza, pura y simple tristeza. Me serví un vaso de limonada y me senté a su lado.

—Creo que lo que más me duele es pensar que todo este tiempo he vivido creyéndome algo que no era cierto, que mi vida ha sido una mentira.

—No estoy de acuerdo.

Me miró con sorpresa. Me expliqué:

—El destino de tus padres era increíblemente complicado, su amor era algo imposible de realizar, visto el contexto y la época en que vivieron. Constanza era de clase alta, Rodolfo todo lo contrario. Imagina qué habría sido de ti si hubieses acabado en una familia adoptiva o, peor, en un orfanato. Sí, existen miles de posibilidades; puede que hubieses sido feliz, pero de algún modo has vivido y crecido donde te correspondía, aquí, en Melía. ¿Qué importancia tiene que el abuelo sea tu padre o tu tío? Te ha querido y criado como a un hijo. Le importas tanto como mi madre.

—¿Por qué no me lo dijeron? Esperaron a que todo nos estallara en la cara.

—Reconozco que en eso tengo parte de culpa. Para olvidar mis propias preocupaciones me volqué en esta historia. He forzado que saliese a la luz. Y, a pesar de todo, creo que ha valido la pena. —Él se miró las manos, temblorosas—. Piensa en lo ocurrido con Sira. Todos hicieron lo que creyeron más conveniente en aquel momento; contigo ocurrió lo mismo. Hubo errores, sí; no estoy intentando justificarlo, ya que me parece horrible separar a un niño de sus padres. Sin embargo, mírate: las estrellas han querido devolverte lo que te arrebataron. Ahora tienes una segunda oportunidad.

Me miró. Parecía cansado y derrotado. Necesitaba dormir.

—Siento mucho haberte gritado antes en la floristería; llevo horas sin pegar ojo. No puedo dejar de pensar en ello una y otra vez, me voy a volver loco.

—Yo también siento mucho no habértelo contado cuando me enteré.

—Probablemente yo hubiese hecho lo mismo. Esperar.

Asentí.

—Estos últimos meses, Tristán, he aprendido que debo centrar mis esfuerzos en el presente, porque es lo único que podemos controlar. El pasado ya se fue. No lo sé. Aprovecha ahora que puedes para conocer mejor a Sira, pasar más tiempo con Constanza... y despedirte de Rodolfo.

—Sí, en eso precisamente he pensado mucho. Creo que sería buena idea ir a visitarlo, si la salud de Constanza se lo permite. Después de que os marcharais, hablé con Alfred y este me dijo que se hallaban solo a tres horas de distancia en coche.

—¡Eso sería fantástico! ¿Sabe mamá todo esto?

—La llamé esta mañana, todavía está procesándolo. A fin de cuentas, acaba de perder a un hermano —dijo sonriendo débilmente.

—Ni hablar. Sigue siendo tu *hermana*, pase lo que pase.

Apoyé una mano en su hombro, me levanté y dejé el vaso en la encimera. Miré de nuevo a Tristán y murmuré:

—Te mereces ser muy feliz, Tristán.



Salí de la ducha y comprobé la hora. Aún tenía tiempo antes de que llegase Néstor. Saqué los cuadernos y empecé a escribir los sucesos de aquellos últimos días. Como ya era de noche, se podían divisar las estrellas. Recordé el consejo de la abuela: «Si me necesitas, sopla a las estrellas». Me vestí para salir y, a continuación, bajé al porche. Cerré los ojos y soplé en dirección al cielo. Esperé unos instantes y la abuela apareció.

—Debe de tratarse de algo importante, querida.

—Quiero a alguien y no sé cómo decírselo. Me da miedo hacerlo.

Nos sentamos en el banco del porche.

—¿Qué temes?

—Ser vulnerable, permitir que me rompa el corazón; sería algo así como servírselo en bandeja, abuela.

—¿Y qué es el amor sino arriesgarse a ser increíblemente feliz o desgraciado? Tan solo debes atreverte.

—¿Cómo saber entonces si vale la pena?

Ella se encogió de hombros y sonrió.

—Se sabe, Gala. Si lo miras a los ojos y te hace sentir grande, es que vale la pena.



Cuando llegó, Néstor sonreía.

—Estás preciosa.

—Vámonos. —Noté que me ruborizaba.

Fuimos a la playa y cenamos en uno de los restaurantes que había junto a la orilla. El mar estaba en calma y nos observaba desde su cercanía. Las estrellas brillaban. El cielo se encontraba muy despejado.

—Mi padre me ha dicho que... finalmente acepta mi deseo de ser artista.

—¿De veras?

—Cree que si no lo acepta, acabará perdiéndome. Que me alejaré aún más de ellos, si es que eso es posible. Ya hace tiempo que me ve distante, y ahora que Héctor se ha marchado de casa, creo que piensa que le gustaría pasar más tiempo con Adrián y conmigo. Supongo que esta es su manera de aceptar su derrota.

—Tampoco es una *derrota*. Simplemente ha decidido anteponer su amor por ti a sus propios deseos, lo cual es digno de admiración.

—Sigo pensando que algo querrá a cambio, pero por ahora puedo aceptarlo. Y, en cuanto a ti, creo que empieza a reconocer que mi vocación artística tan solo forma parte de mí, que esa pulsión corre, en definitiva, por mis venas, sin guardar ninguna relación contigo. A él siempre le ha resultado mucho más fácil culpar a los demás que aceptar la realidad tal como es.

—No puede hacerme más feliz saber que has derribado tu mayor obstáculo.

—Así y todo, todavía hay algo más.

No me gustó demasiado el tono con que dijo: «Así y todo», pero contesté:

—Te escucho.

—Supondría marcharme de nuevo a Suecia.

Lo único que se me pasó por la cabeza fue la posibilidad de que Néstor y Acacia salieran de nuevo de mi vida. Sin embargo, existía una gran diferencia: si bien en aquella ocasión me había fortalecido, algo en mi interior me decía que no iba a ser igual. Me entristeció mucho pensar en que podría volver a tenerlos lejos, pero ya le había encontrado sentido a mi vida; mientras tuviese la escritura, no volvería a sentirme perdida. Por otro lado, la distancia no significaba que los perdiese para siempre.

—No voy a mentirte y decirte que me encanta la idea de que te vayas, pero si es necesario para tu carrera profesional, te apoyaré.

—Gracias. ¿Qué será de nosotros, Gala?

—¿Cuándo piensas marcharte?

—En dos semanas. Mi padre tiene contactos con la dueña de una prestigiosa escuela de arte de una ciudad del norte; Piscis, creo que se llama. Está casi todo dispuesto, solo necesitan mi confirmación.

—¿Qué te lo impide?

—No qué, sino quién.

—¿Lo dices por mí? No me parece bien, Néstor. Si lo nuestro tiene que ser, será. Tal vez no esté escrito, ya sabes que todavía lucho por creer en la existencia del destino. Pero no permitas que esa duda te impida avanzar y alcanzar tu destino.

—No es exactamente eso. Es el miedo a destrozarse la mera posibilidad de que suceda, de que la distancia vuelva a hacer mella entre nosotros.

Miré hacia el mar. Y, con la vista puesta en las olas, dije:

—¿Confías en mí?

—Siempre.

—Pues sigue haciéndolo. Hazlo hasta cuando creas que deberías parar.

Él sonrió y dijo:

—Creo que ha llegado el momento de que veas mi obra.

Subimos a su coche y condujo hasta su casa.

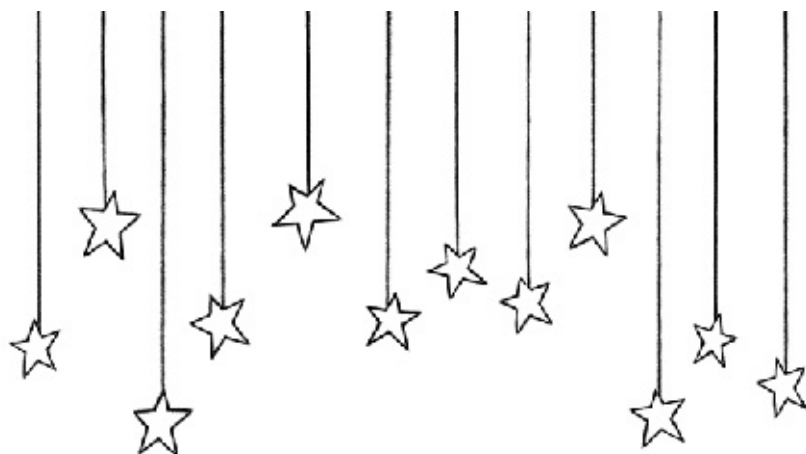
—¿Estás loco? ¡Estarán todos durmiendo!

—No tenemos que entrar, está en el jardín.

Su jardín era increíblemente bello. En una esquina había un cobertizo con las paredes pintadas de blanco, aunque una de ellas estaba cubierta con una tela. El espacio que rodeaba la obra estaba lleno de dalias. Para eso las había comprado.

—Todavía no está acabado del todo, pero no puedo esperar a ver tu reacción.

Néstor apartó la tela y dejó su obra a la vista. Era una pintura con un fondo azul marino. Néstor había dibujado con precisión las diversas constelaciones del firmamento y, encima de ellas, brochazos de pintura de todos los colores, como si hubiese descargado su rabia sobre las estrellas. Al contemplarla, la obra me hizo sentir insignificante. Pero estaba feliz de saber que Néstor había sido su artífice.



capítulo veintiséis

CORONA BOREAL

A ti, Gala:
Aprende a aceptar los cumplidos.

—Gala, querida.

La abuela me llamaba para despertarme. Eran las seis de la mañana.

—¿No hay horarios en tu mundo? —le dije adormilada.

Ella rio.

—Venía a decirte que ya puedo marcharme tranquila.

Me incorporé.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy en paz. Sé que, a pesar de vuestros más y vuestros menos, vais a poderos arreglar sin mí. Durante estos diez años he estado yendo y viniendo, pero mi conciencia nunca se quedaba tranquila. Ahora, ya sé que vuestros caminos...

—No lo sé, abuela —la interrumpí—. Lo cierto es que el hecho de saber que nos protegías y que estabas junto a nosotros me daba mucha fuerza.

—La fuerza se encuentra en cada uno de vosotros.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. El tiempo corría y no sabía qué decir para detenerlo.

Había llegado el momento.

—Abuela, si ves a Simón, ¿le dirás que le quiero y que lo echo muchísimo de menos?

—Sin duda. De todas formas, creo que se lo podrás decir tú misma. Cuídate, mi niña.

Y entonces parpadeé y la abuela desapareció, dejando en mí una sensación de vacío. Enterré la cabeza en la almohada y me quedé dormida de nuevo. Cuando bajé a desayunar tenía la cabeza en las nubes. El abuelo leía el periódico cuando exclamó:

—¡Anda, pero si aparece mi artículo en *La Gaceta*!

Con todas las cosas que habían ocurrido esos días, se me había olvidado por completo el premio del abuelo. Y el cheque.

—¿Te dio Irene el cheque?

—Sí, y ya fui a ingresarlo al banco.

—¿Has pensado qué vas a hacer con él?

—Pagar tu próximo curso de la universidad, por descontado. La cuestión es: ¿has pensado tú qué vas a hacer?

—Sí, eso creo.

Entonces Irene entró en el salón, nos besó a ambos y se llevó el desayuno de Tadeo mientras arrastraba a su hijo hacia el coche y nos deseaba los buenos días.

—Escritura creativa. He visto varios cursos muy interesantes, aunque me gustaría seguir trabajando en *La Gaceta* por las tardes y en la floristería los fines de semana. Tal vez sea demasiado, pero quiero intentarlo.

—Siempre y cuando tu jefa y Tristán estén de acuerdo, no veo inconveniente. De todas formas, ¿me prometes una cosa?

—Claro, ¿de qué se trata?

—No quiero que vuelvas a desconfiar de ti. Suena a tópico, ya lo sé, pero es que en el momento en que dejas de creer en ti mismo, ya no hay estrellas ni cielo ni destino que valgan.

—Lo prometo, abuelo. No permitiré que desaparezcan.

Tristán nos dijo entonces que al día siguiente iba a partir junto a Constanza para pasar juntos los últimos momentos de Rodolfo. No supo decirnos cuándo volvería.

—Pueden ser semanas, meses o días. No estamos seguros.

—No tendrás tiempo que perder —dijo el abuelo.

—El tiempo apremia, es cierto, más que nunca. Pero, por otro lado, quería decirte que, a pesar de las circunstancias, siempre serás mi padre. Alguien

muy sabio me ha dicho que la vida me está otorgando una segunda oportunidad que debo aprovechar. —Me guiñó un ojo.

El abuelo lo abrazó y Tristán volvió a su habitación para hacer las maletas. Por mi parte, me sorprendí a mí misma sintiendo tristeza por la marcha de Tristán; con lo mucho que me había molestado su presencia al principio.

Luego quedé para comer con Acacia en la cafetería que hay delante del estanque. Este se encontraba ahora lleno de hojas y los pájaros que en verano solían vivir cerca habían empezado a emigrar a lugares más cálidos.

Puse a mi amiga al tanto de todo lo ocurrido en aquellos últimos días.

—Algo me ha contado Sira.

—Así que vais en serio, ¿eh?

A ella se le iluminaron los ojos. Volvía a brotar la sonrisa de Acacia.

—Jamás me había sentido tan viva. ¿Sabes que me está enseñando a tocar el piano? El violonchelo me resulta imposible.

—Sira es una gran música.

Las dos miramos en dirección al estanque mientras observábamos a los niños que corrían a su alrededor.

—A Zenón lo detuvo la policía anoche.

—¿Qué ha pasado?

—Por lo visto, él y sus colegas se dirigían camino de una fiesta. Zenón iba completamente drogado. No sé cómo lo consiguió, pero llegaron a la fiesta y allí se peleó con la pareja de una exnovia suya. Me han contado que casi lo mata, que no había manera de pararlo. Lo creo muy capaz. Ha dejado al chico en coma.

Me estremecí.

—Además, al parecer, no soy la única chica que lo ha denunciado por malos tratos. Esta misma muchacha también lo hizo hace tiempo.

—¿Qué le ocurrirá a Zenón ahora?

—Hay que esperar. Ya sabes que la justicia va algo lenta, pero por ahora está en prisión preventiva, ya que el juez ha considerado que es peligroso y que existen posibilidades de que vuelva a delinquir. Especialmente si va bebido o bajo los efectos de las drogas. Una de las tías de Zenón es abogada, pero esta vez lo va a tener difícil.

—¿Cómo te sientes tú?

—Aliviada. Culpable. Feliz. Libre. Todo a la vez.

La agarré de las manos. No podía sentirme más satisfecha al pensar que aquel cabrón se encontraba entre rejas, por lo menos durante un tiempo.

—Creo que por fin he pasado a un segundo plano de importancia en su vida. Primero deberá resolver el asunto de su puesta en libertad —dijo sonriendo.

—Ojalá no le veamos la cara por un largo tiempo.

—Que así sea —dijo alzando su vaso de agua a modo de brindis.

—¡Acacia, brindar con agua da mala suerte! —exclamé, y estallamos a reír.

—¡Por nuestra libertad!

—Libre de culpa.

—Libre de miedos.

La abuela se había marchado. Tristán estaba a punto de hacerlo. Acacia llevaba unos días preparando todos los trámites para su partida y Sira pensaba acompañarla. Néstor iba a convertirse en todo un artista, de eso estaba segura, pero, para conseguirlo, era necesario que se marchase. En cuanto a Simón, ya solo formaba parte de mis recuerdos. Volvía a estar en el punto de partida, aunque esta vez fuera distinto. Mis amigos habían aportado un poco de color o de música a mi vida. Debía aprender poco a poco a dejarlos partir, de manera que siempre los llevase conmigo a pesar de la distancia. La soledad ya no resultaba, de hecho, tan amarga.

En casa continué escribiendo, garabateando y arrancando hojas, lo que me provocaban frustración. Para despejar la mente, fui a dar una vuelta por el paseo y comprobé que Néstor ya no se encontraba allí. Me pareció una buena señal. De pronto, me vino una idea a la cabeza: llamé a mi jefa Violeta para contársela.

—Hola, Violeta, no te robaré demasiado tiempo, solamente quiero decirte algo: ¿recuerdas mi sección? Sé que la tengo olvidada, pero es que quería pedirte un cambio. Creo que por razones relacionadas con mi familia que no puedo contarte ahora no debo seguir haciéndola. Por eso, había pensado en algo diferente. En lugar de que los lectores envíen cartas o correos electrónicos pidiendo perdón a algún ser querido, sería estupendo que los habitantes contasen experiencias especiales que hayan vivido en nuestras calles, capaces de ayudar a promover el turismo en Melía. Escuché hace poco en la redacción que necesitábamos expandir nuestra oferta turística. Si nos sale bien, tal vez aparezcan los escritos en toda la región. Ha sido el mismo artículo de mi abuelo el que me ha inspirado que pudiéramos continuar con la idea, pero, en esta ocasión, a lo grande. ¿Qué te parece? Dime que no es absurdo.

Conocía el carácter algo patriótico de Violeta con respecto a nuestro pueblo. Por otro lado, después de recibir parte de la recaudación del recital de Constanza, mi jefa estaba de muy buen humor, ya que *La Gaceta* podía empezar a respirar gracias a su situación de mayor desahogo. Crucé los dedos.

—Creo que es muy buena idea, Gala. Tienes madera para esto.

Escuchar su aprobación me supuso un chute de adrenalina. Le di las gracias y me quedé observando el mar, que aquel día se había levantado algo rebelde. El aire salado me atizó en la cara y yo respiré profundamente. Tuve otra idea.

—Buenos días, ¡cuánto tiempo sin verte por aquí! —exclamó la bibliotecaria al entrar.

—¿Me recuerda?

—Cómo olvidarte. La niña que se saltaba las normas por los libros. ¿Sigues haciéndolo?

—Reconozco que me he desviado un poco. Los libros siempre han estado esperándome, son muy pacientes. Ahora vuelvo a valorarlos como no he sabido hacerlo hasta ahora.

—Son grandes compañeros. ¿Vienes a por alguno en especial?

Pasé toda la tarde en compañía de aquella encantadora mujer de mediana edad. Hablamos de muchísimos autores y autoras, buena parte de ellas olvidadas por la historia. Como la tarde se presentaba tranquila, bebimos té entre libros y volví a descubrir su calidez, al igual que la sensación de encontrarme como en casa que me provocaba.

—Me siento muy a gusto aquí, debería venir más a menudo.

—Las puertas de la biblioteca están siempre abiertas para cualquiera. Nunca es tarde para empezar a leer con el alma, porque leer con los ojos ya sabemos hacerlo todos.

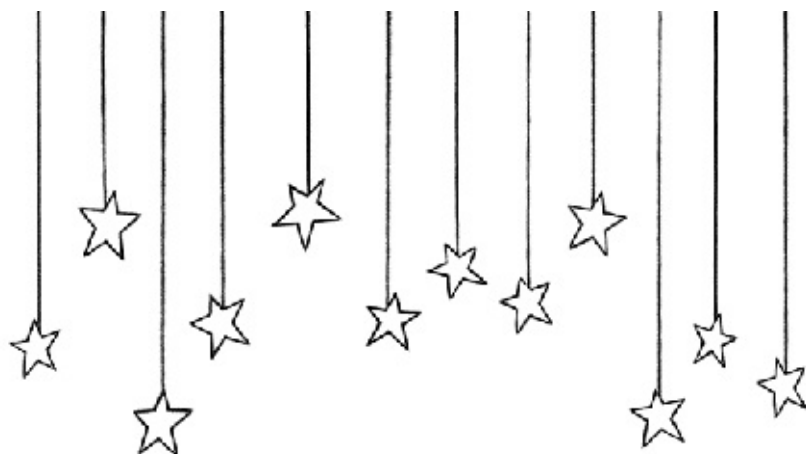
—¿Leer con el alma?

—Con el corazón, sí; con todo tu ser, con aquello que tú eres. Le otorgas al libro lo más preciado que tienes: tu tiempo y atención. Jamás recuperarás las horas que le dedicaste, es cierto, pero retendrás igualmente del libro todo lo que te ofrezca: sabiduría, entretenimiento, emoción. Es algo así como una simbiosis. Somos pocos los que sabemos apreciar este extraño pero fascinante proceso. Y cuando aquel día vi cómo pretendías llevarte a casa una montaña de libros más alta que tú, a pesar de las prohibiciones y del montón de reglas que te lo impedían, supe automáticamente que serías una buena lectora.

—Estoy algo desentrenada. Pero, dígame, ¿cómo una persona tan sabia se encuentra aquí encerrada entre estas cuatro paredes?

—Oh, querida, no podría haber escogido mejor lugar en donde pasar las horas. Además, son remuneradas, ¡para mí esto es el paraíso! No pienses que estar aquí es algo aburrido y monótono, porque, lo creas o no, desde esta atalaya se observa muy bien el comportamiento humano. Nadie nos presta atención.

Sonreí. Conocía a pocas personas que amasen tanto los libros como aquella señora. Salí de la biblioteca con la promesa de volver pronto y con la mochila llena de literatura. En casa descubrí que la bibliotecaria me había introducido uno que yo no había escogido. Trataba sobre estrellas y constelaciones, y también acerca del poder que, según las leyendas de nuestra región, ejercían sobre nuestras vidas. Reconocí la Corona Boreal en la portada. Hasta bien entrada la noche estuve leyendo, y caí en la cuenta de que si quería dedicarme a la escritura, debía empaparme de ella. Encantada de hacerlo, por supuesto.



capítulo veintisiete

LEBRELES

A ti, Gala:
Ser vulnerable no siempre es negativo.

—**M**e siento muy pequeña —le había dicho a Néstor al contemplar su pintura.

—Es lo que tiene contemplar la inmensidad del cielo. ¿Te gusta?

—Me chifla. En pocas ocasiones me he sentido tan insignificante. ¿Cuál es su significado?

—Probé muchísimas cosas. Finalmente recordé nuestra conversación sobre el futuro y lo importante que son las estrellas en él para todos y cada uno de nosotros.

—¿Qué hacen ahí esas dalias?

—Me recordaban a ti.

—¿Y por qué la tela está manchada en algunas partes de pintura de colores?

Néstor suspiró.

—Porque cuando se la enseñé a Gustavo, mi padre me dijo que estaba perdiendo el tiempo. ¿Quién iba a comprar mis obras? El arte, según él, ha muerto. El mundo se mueve por y para el dinero. Sentí tal furia que no se me ocurrió otra cosa que descargar toda mi rabia agarrando una brocha y

empapándola de colores. Y no pude parar hasta que conseguí lo que aquí puedes ver. Ahora solo pienso que la he destrozado.

—¡Para nada! Es el puro reflejo de un sentimiento. Creo que has logrado plasmar la incertidumbre del futuro desde la rabia de no poder perseguir tu sueño.

Se le iluminaron los ojos.

—Nadie antes había comprendido mi arte. Ni siquiera mi madre, y mira que lo intenta.

—Solo hay que saber entender al artista —dije antes de besarlo.

Me besó y me abrazó. Respiré el aroma de su chaqueta y susurró:

—Pase lo que pase, no pienso olvidar jamás lo que significas para mí.



Constanza y Tristán se marcharon al alba. La noche anterior habíamos cenado en casa de la hermana del abuelo. Al principio resultó un tanto incómodo, pero una vez que todos se quitaron las máscaras, todo discurrió como cabía esperar. Fue una bonita velada, muy emotiva.

—Te dejo a cargo de la floristería. Cualquier incidente, llámame sin dudar —me dijo Tristán momentos antes de emprender su viaje.

Sira y él se abrazaron. Ella se lo quedó mirando sin expresión aparente, pero yo estaba convencida de que lo que hacía era luchar contra sus sentimientos.

—Escríbenos —le dijo antes de que su padre subiese al automóvil.

—Os llamaré y escribiré; no os preocupéis.

Constanza nos saludó desde el asiento del copiloto con una sonrisa de oreja a oreja que habría sido capaz de iluminar cualquier estancia oscura. El abuelo, Irene, Sira y yo no nos movimos de ahí hasta que el coche se convirtió en un punto minúsculo al final de la carretera.

—Parece que todo acaba bien —comentó Irene.

—Sí, aunque me habría gustado acompañarlos —murmuró Sira.

Sira y Acacia se marcharían al inicio del próximo verano. Habían estado sopesando diversos destinos y Acacia todavía andaba peleándose con la dirección de su grado, ya que primero tenía que realizar ciertos trámites. Me habían pedido en distintas ocasiones que las ayudase, y en la cafetería de siempre, entre tazas de té y chocolate, me hizo feliz ver lo contentas que se ponían al organizarlo.

—Seguro que a ti el futuro te depara otras cosas igual de maravillosas —le dije, pasando un brazo por encima de sus hombros. Entramos todos en la

mansión.



El mes de noviembre nos sacudió con sus días terriblemente cortos y fríos. Saqué la ropa de abrigo y pasé mucho tiempo en casa con el abuelo jugando a juegos de mesa. Una mañana Irene llegó con el correo y, entre facturas y otros recibos, encontramos una carta de Tristán. Hacía dos semanas que no sabíamos apenas nada de ellos, a excepción de alguna rápida llamada telefónica.

—¿Qué cuenta?

—Mejor la leo en voz alta —dije.

Querida familia:

Hoy me he dado cuenta de lo muy pasado de moda que está esto de escribir cartas. Me ha costado Dios y ayuda encontrar un lugar donde vendiesen sellos. Aun así, me resulta mucho más fácil contaros todo lo que nos está ocurriendo por escrito, ya que por teléfono correríamos el riesgo de que me pusiera sentimental. Y ninguno de nosotros querría eso, ¿verdad? Rodolfo se encuentra bien dentro de lo que cabe. Alfred nos ha dicho que hace meses que no lo ve tan revitalizado, que nosotros le insuflamos fuerzas. No negaré que cuando duerme, lo observo y me doy cuenta de lo mucho que me parezco a él. Por su parte, Constanza no deja de reír como si fuera una adolescente. Rodolfo le hace cumplidos y en muchas ocasiones tengo que separarlos porque se duermen abrazados viendo la televisión y luego no hay quien los separe. El otro día, Alfred y yo estuvimos hablando y decidimos que lo mejor sería traer a Rodolfo de vuelta a casa. A Melía. No nos gusta hablar a sus espaldas, y mucho menos de su salud, pero creemos que sería muy positivo que conociese a las chicas, a Tadeo, y que volviese a ver la playa. Y sí, papá, a ti también. ¿No sería bueno que enterraseis viejos rencores? Os dejo, que han venido el enfermero y la doctora para hablarnos. Confiamos en que sea para darle el alta definitiva a Rodolfo. Deseadnos suerte.

Os echamos de menos,

Tristán y Constanza

P. D.: En este mismo sobre hay otra carta para Sira.

El abuelo suspiró.

—Así que el último peldaño de esta historia consiste en volver a vernos las caras Rodolfo y yo —comentó.

—Creo que se lo debes —le contestó Irene.

—Seguro que a ambos os sienta bien —dije yo.

El abuelo se levantó a por más limonada. Se sentó de nuevo frente a mí y dijo en tono de súplica:

—No hablemos más de esto por ahora; prefiero centrarme en la paliza que te estoy dando, querida. Así lo decís los jóvenes, ¿verdad?

Los tres reímos.

—¡Paliza, paliza! —gritó Tadeo. Aquiles ladró para corroborarlo.

—¡Tadeo! —le recriminó Irene, pero no pudo aguantarse la risa.

Los miré a todos y se me hinchó el corazón de felicidad.



Mi sección en *La Gaceta* funcionó mejor de lo que esperaba. En la primera semana que arrancó, me llegaron decenas de correos explicando las experiencias que habían tenido algunos habitantes en las calles de Melía. Escenas de odio, malentendidos, desilusiones, pero también de magia, amor y esperanza. Melía éramos todos y cada uno de quienes la habitábamos. Violeta se subía por las paredes de lo feliz que estaba.

—Podrías abrir un blog de *La Gaceta* en donde fueran apareciendo los artículos más destacados; debemos actualizarnos y adaptarnos a los nuevos tiempos —me dijo.

—¿Quieres que lo gestione yo?

—¿Quién si no? Eres la voz más joven de esta redacción.

—Gracias por confiar en mí.

Ella hizo un gesto con la mano, como restándole importancia.

—Voy a decirte algo que no suelo decir: tienes talento, de modo que aprovéchalo. Ahora, sin embargo, vamos a hacer como si nunca te lo hubiese dicho. ¡A trabajar!

Sonreí y todos nos pusimos manos a la obra. *La Gaceta* revivía y, junto a ella, todos nosotros. Cuando acabamos el turno, mis compañeros y yo nos encaminamos a la cafetería para celebrar los buenos tiempos que se avecinaban. Me contaron muchísimas anécdotas divertidas que habían vivido en la redacción durante los últimos años.

—Nos han llegado a llamar algunos lectores pidiéndonos consejos de todo tipo, como si fuésemos pitonisas —contó Enrique.

—¡No cuentes eso como si para ti fuera un suplicio! Todos sabemos lo cotilla que eres —le recriminó Luna entre carcajadas.

Díaz y ella rieron mientras Enrique les sacaba la lengua. Yo no pude evitar sonreír ante aquel gesto infantil.

—No soy cotilla, sino que me informo de lo que sucede en nuestra aldea. No me gusta vivir en la ignorancia.

—Ya... Después de lo que has logrado, Gala, creo que voy a pedirle a Violeta que contrate a otra persona para que redacte el tiempo por mí. Me aburre —dijo Luna.

—¿Qué he hecho?

—Dar un giro a los contenidos del periódico, lanzarte a la piscina, arriesgar. Llevo diez años viviendo con miedo a pedirle a mi jefa que me cambie de sección.

—¡Hazlo, Luna! —la animó Díaz.

—Podría suponer algo muy bueno, tanto para ti como para la persona que entre en tu lugar, ya que probablemente se ocupe de ello con más ganas y, en cuanto a ti, podrías escribir sobre algo que te interesase —le dije amablemente.

—¿Has pensado sobre qué deseas escribir? —le preguntó Enrique.

—Sobre feminismo. Tanto artículos ensayísticos como noticias. En ocasiones he sido testigo, cuando no me las han contado, de ciertas conductas que deberíamos poder denunciar. Es cierto que no vamos a cambiar el mundo de golpe, pero la casa hay que construirla desde los cimientos.

La aplaudí.

—Sé que me estoy metiendo en un lío..., probablemente opte por usar un pseudónimo, como hiciste tú, Gala. Había pensado en «Lebreles», la constelación. A ninguno de esos hombres les gustará verse desenmascarados; seguro que no reciben siquiera una represalia legal. Pero qué menos que se encuentren con el rechazo de nuestra sociedad.

Alcé mi refresco y los demás me imitaron.

—Por una nueva etapa de *La Gaceta* —dije.

—Y por una nueva etapa en nuestras vidas profesionales —me secundó Luna.

—A mí, mientras nadie me quite la sección de consejos... —bromeó Enrique.

—Toda tuya —le dijo Díaz.

Reímos y cayó de nuevo una barrera: la del miedo al futuro. A pesar de que no conocía qué podría depararme, le había contado al abuelo mis planes y parecía haber encontrado mi sitio en el periódico. Tenía mucho por lo que brindar.

Aquella noche Néstor me llamó para pedirme que nos viésemos. Me anudé al cuello una larga bufanda negra, me puse el abrigo y me calcé rápidamente mis zapatillas deportivas. Me estaba esperando en su coche. Condujo hasta la playa y encendió la calefacción.

—Imagino que sabrás que me marcho a Suecia mañana por la mañana.

—Sí. He intentado vivir estos últimos días como si tal cosa para distraerme, pero ya sé que te vas.

—Sí, me voy.

Los dos miramos hacia la playa. Todo había empezado con el mar como telón de fondo: primero, en el paseo, luego, durante la noche de la boda de su hermano y, ahora, la despedida también tenía lugar en ese mismo escenario.

—No sé qué nos va a deparar el futuro, Gala —empezó.

Sonreí por la coincidencia de sentires. No hacía ni tres horas que yo había pensado lo mismo.

—Pero vale la pena averiguarlo.

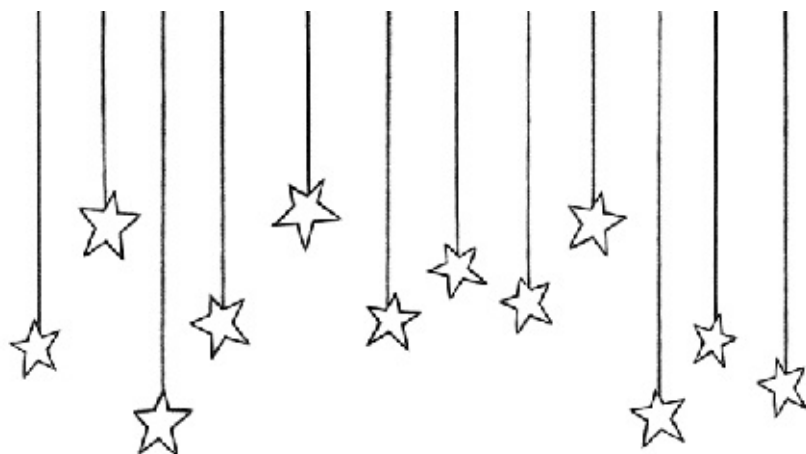
—Totalmente. —Se volvió para mirarme a los ojos—. Este último mes me he dado cuenta de que no necesito formalizar lo nuestro, no por ahora. A lo mejor ignoro todavía qué somos, pero sí sé lo que siento por ti. En una ocasión me contaste que cierto chico había pasado por tu vida, y por la mía también han pasado algunas chicas, aunque tú hayas sido algo así como el faro que iluminaba mi camino. Ríete si quieres, no eres muy dada a las cursilerías. Pero créeme si te digo que estoy dispuesto a defender lo nuestro. Y si en el futuro eres tú la que se marcha, yo estaré esperándote con los brazos abiertos.

Pensé en Constanza y en Rodolfo, en Sira y Acacia. Todos ellos habían tropezado con diversos obstáculos, pero, de un modo u otro, habían encontrado el camino de vuelta que los conectaba con esa persona especial.

—Te quiero, Néstor. Ha sido así desde el mismo momento en que te subiste a aquel maldito avión hace tres años. Y sí, no hacen falta formalidades para demostrarte lo que siento. Desde aquí seguiré confiando en ti. Siempre.

Aquella fue nuestra última noche juntos. Nos dijimos, con muestras de amor, todo cuanto no nos atrevimos a contarnos con palabras. A su lado me sentía poderosa y el modo en que me miraba hacía que me sintiera orgullosa de mí misma. Como había dicho la abuela, me sentía grande cuando lo miraba

a los ojos. Yo era una persona completa. Porque Néstor me acompañaba en mis vivencias, era mi compañero de vida. Aceptamos que a veces el destino de los amantes lleve distintos caminos, pero solo al principio de estos, ya que queda mucho por andar. Nuestro futuro más inmediato nos separaba, pero nada iba a impedirnos reencontrarnos al final del recorrido.



capítulo veintiocho

SEXTANTE

A ti, Gala:

Porque ser mujer no significa que siempre tengas que ser dulce. Usa tu voz cuando lo creas conveniente.

Estábamos desayunando todos con Sira cuando vimos por la ventana a Tristán, que se bajaba del coche junto a un hombre atractivo de unos treinta años. Ambos ayudaron a Constanza y a Rodolfo a salir del automóvil, y nosotros abrimos la puerta para que las dos sillas de ruedas pudieran acceder a la vivienda sin obstáculos. Constanza y su amado iban agarrados de la mano.

—Sois peor que dos adolescentes, la verdad —se quejó Sira medio en broma cuando fue a besar en la mejilla a su abuela.

—A mi edad el tiempo apremia, querida.

Nos saludamos y Tristán se encargó de las presentaciones. Observé con disimulo a Rodolfo, quien me pareció un alma buena. Transmitía paz y serenidad. Todavía conservaba una buena mata de pelo blanco y brillante como la nieve y lo llevaba peinado hacia un lado, como un galán de otra época.

Cuando nos hubimos instalado todos en el salón, Rodolfo pidió la palabra y dijo lentamente:

—Quería dar las gracias muy especialmente a Gala y a Irene. Sin ellas, dudo mucho que hoy pudiera encontrarme aquí con vosotros, sintiéndome más vivo que nunca. Mi familia me ha concedido muchísimas cosas buenas, pero en los últimos tiempos me daba la sensación de que iba a abandonar este mundo con un asunto sin resolver. Clemente, amigo mío —dijo en dirección al abuelo.

Este se levantó y lo abrazó mientras se palmeaban suavemente las espaldas. Me pareció que al abuelo se le escapaba alguna lágrima.

Me dio un vuelco el corazón y supe en aquel momento que Irene también se estaba conteniendo. Nos agarramos de las manos en silencio y, con la mirada, le dimos las gracias a Rodolfo. Todo aquello había valido la pena solamente por tener la ocasión de oír sus palabras.

Entonces me llegó un mensaje de Néstor al móvil:

Acabo de aterrizar. Las nubes me han puesto algo melancólico. Muchos recuerdos han vuelto a mí, entre otros, el miedo que tuve al subirme al avión de vuelta a Melía después de tanto tiempo. Me sentía culpable y solo, todo ello aguzado por una mezcla de incertidumbre. Ojalá alguien me hubiese tranquilizado entonces sabiendo lo que me deparaba el futuro. Mi arte. Tú. Si al final del camino me esperas tú de nuevo, ya puedo confiar en él con los ojos cerrados. N.

Cerré los ojos y le deseé la mejor suerte del mundo.

Entonces se me acercó Sira y me dijo:

—Le he pedido a Acacia que se pase. ¿He hecho bien?

—Vas a marcharte con ella muy pronto. ¡Qué menos que tu familia la conozca!

—*Familia*. Qué bien suena esa palabra.

—Sí. ¿Has hablado ya con tus abuelos de todo esto?

—La abuela está feliz por mí y, aunque sé que no le gustan los cambios, más bien le horrorizan, es consciente de lo contenta que me pone esta situación. Con el abuelo va a ser más difícil. Le costará entenderlo.

—Siempre ha habido algo que me he preguntado. ¿Por qué volviste a Melía? Y, sobre todo, ¿a casa de Constanza?

—Vine a Melía en busca de respuestas. Encontré documentos en la habitación de mis abuelos maternos, entre ellos, mi partida de nacimiento. En ella aparecía un nombre en calidad de padre biológico: «Tristán». Como no podía preguntarle a mi madre, pensé que la mejor forma de aclararlo sería

volver al origen de todo, a esta aldea. La abuela conocía a Constanza, como todos en este pueblo, porque vivía en esta gran mansión y porque es una antigua aristócrata. De pronto nos enteramos de que Constanza requería una dama de compañía, pues había puesto un anuncio en el periódico. Pensé que podría tratarse de mi oportunidad. Lo que jamás imaginé es que esa gran señora fuera mi abuela paterna. ¡Qué casualidad!

—Después de vivir aquí durante unos meses, ¿de veras sigues pensando que todo esto es obra de *la casualidad*?

Sira me sonrió y sus ojos contestaron a mi pregunta; ya no creía en la casualidad.

—Otra pregunta que me hago a menudo es esta otra: ¿por qué conservaría mi abuelo el traje militar de Rodolfo?

—Constanza me contó que Rodolfo lo envió tiempo después de que Clemente le pidiese que no volviera, para que por lo menos la abuela supiese que Rodolfo se había convertido en alguien de provecho.

—Y el abuelo lo escondió.

—Exacto.

De pronto, oímos a Tristán alzar la voz:

—¡Brindemos esta vez por las segundas oportunidades!

—¡Por todos nosotros!

En cuanto a mí, llevaba varios días sin dejar de brindar. Pero es que después del año convulso que había pasado no podía hacer otra cosa. Y así seguiría siempre que el destino me llevara a buen puerto, a cada nueva ocasión.

Acacia apareció en el último momento. Se disculpó por la espera. Sira la tomó del brazo y la fue presentando a unos y a otros.

—Me alegro mucho de que ahora formes parte de mi familia —le dije al oído.

—¿No es lo que siempre habíamos deseado, desde que éramos pequeñas?

—Es el sueño de cualquier mejor amiga.

—Solo falta *alguien*.

—Está, Acacia, no lo dudes. De algún modo, lo sé.

Sira y ella se dirigieron hacia donde estaba Tristán para charlar un rato con él. Yo salí un momento al jardín y, detrás de la mansión, vi el vestido de novia de Constanza tendido en una cuerda. Lo toqué y estaba húmedo. Olía a lavanda y a nuevas oportunidades.

Cerré los ojos y, tal como había ocurrido con el traje militar de Rodolfo, de pronto el vestido me envolvió en una gran ráfaga de viento mientras su

simple tacto me transportaba, una vez más, al pasado.

Abrí los ojos de nuevo con cautela. Me encontraba en el jardín, solo que en aquella ocasión estaba lleno de hierbajos, completamente descuidado. Pude notar la tristeza que desprendía la vivienda. Por la temperatura, debía de ser verano. Me acerqué a una de las ventanas y pude ver a Constanza en una silla llorando sobre el vestido. Entró entonces un hombre algo mayor que ella y vi cómo ambos empezaron a discutir. Movían las manos exageradamente y tenían las miradas cargadas de odio cuando, de pronto y sin previo aviso, su marido la agarró del cabello y la empujó hacia el suelo con fuerza. Se me encogió el corazón. Constanza no se movió hasta pasados unos minutos. Entonces se levantó, se apartó el pelo castaño de la cara, agarró el vestido y, sin dignarse a mirar a aquel hombre, salió de la habitación. Cerré de nuevo los ojos y volví a la realidad.

Entonces comprendí: «Me disculpé por no habérselo contado antes del compromiso, pero creo que no fue aquello lo que le molestó. Imagino que entonces no me creyó, por... cuanto ocurrió después... Pero de algún modo no hizo comentario alguno». Sin proponérmelo, acababa de resolver una de las preguntas que habían estado rondando mi cabeza todo aquel tiempo.

Constanza nos había insinuado en diversas ocasiones que su vida no había sido un camino de rosas, pero no fue hasta aquel instante cuando me di cuenta de que ella no había sido feliz. Probablemente ni un solo día. Se merecía todo lo bueno que las estrellas le tuviesen reservado. Cuando me recuperé de aquel viaje en el tiempo, entré de nuevo en la casa, decidida. Con el corazón en un puño por lo que acababa de presenciar, dije sin preámbulos:

—Constanza, Rodolfo, ¿qué les parece utilizar por fin este vestido? —pregunté alzándolo.

—¿Hablas de... casarnos? —dijo ella desconcertada.

—¿Por qué no? ¿No es lo que siempre habían deseado?

Se miraron. Jamás había visto un amor tan grande como el que se profesaban.

—Usted nos ha dicho siempre que a su edad el tiempo apremia.

—Y es cierto. Pero no sé si esto resulta adecuado, las bodas están hechas para la gente joven...

—Constanza, no es mala idea. ¿Te casarías conmigo?

Se agarraron de las manos y, sin embargo, a Constanza no le tembló la voz cuando contestó:

—Lo haría hoy y cada uno de los días que me quedan de vida.

El salón estalló en vítores. Tristán fue en busca de más champán y nos sirvió a todos una copa. Brindamos felices.

—Tendré que empezar a creer que nos das suerte, Gala querida —susurró.

—¿Yo?

—¿Por qué siempre haces eso?

—No sé a qué te refieres.

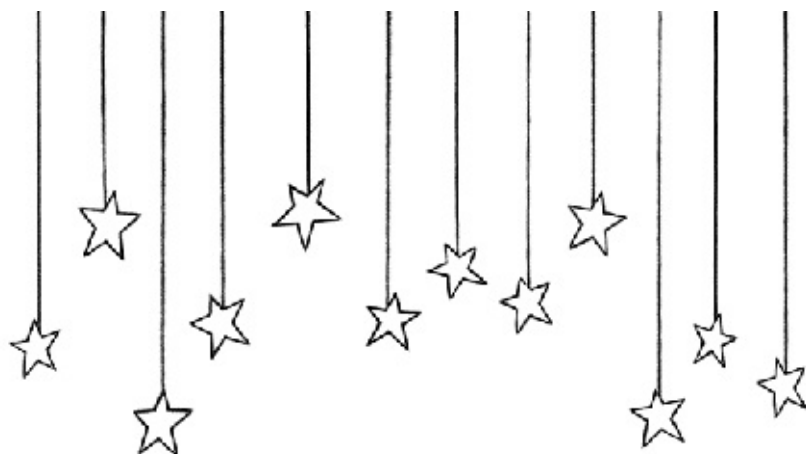
—Ser modesta. Por Sextante, Gala, ¿tienes que reconocer que todo esto ha ocurrido gracias a tu generosidad! Todos nos hemos mostrado reacios en diversos momentos, pero tú no has cejado en tu empeño por llevar las cosas hasta el final. No puedo evitar pensar que eres como un amuleto de la suerte.

Lo abracé con fuerza y agradecí al cielo tenerlo en mi vida. Tenerlos a todos ellos. Y a Néstor. Y a Simón, que nos estaría observando. Estaba totalmente segura de ello.

A Simón:

¿Recuerdas nuestra última conversación? Fue una disputa, menudo cliché. Te pedí que no nadaras en aquellas aguas bravas, que no necesitabas demostrar absolutamente nada. Habías bebido demasiado y no razonabas. Te empeñaste en ser uno del grupo de Zenón por una vez. Mientras que a ti solo te bastaron unos minutos para desaparecer, a todos nosotros nos hará falta una vida entera para superarte. Te he culpado tanto... Pero cuando el enfado se esfumó, dio paso a algo peor: el dolor. Cuando te fuiste y el pueblo murmuraba sobre mí, tu recuerdo fue lo que hizo que no me importara cuanto dijeran, pero entonces me resultaba tan contradictorio: ¿por qué tuviste que hacerlo? Imaginé que en realidad debía de importarte lo que aquellos imbéciles pensarán de ti. Y sentí impotencia y rabia por no ser capaz de cambiar nuestra sociedad y sus prejuicios. No sabes lo afortunados que fuimos quienes llegamos a conocerte. Entiendo que tu familia tuviese que marcharse para que los recuerdos no los hundieran todavía más. No he hablado con ellos desde entonces y no creo que sea capaz de hacerlo nunca. En el funeral me despedí de ti y también de ellos. Concédeme una última oportunidad para hablar contigo.

Gala



capítulo veintinueve

HÉRCULES

A ti, Gala:

A veces las cosas hay que pasarlas. Puedes tomártelo bien o mal, pero tendrás que vivirlo igual. Tú decides cómo pasar por ello.

La boda de Rodolfo y Constanza se fijó para la primavera. De este modo, a pesar de que la ceremonia iba a ser íntima y muy discreta, Sira y Acacia podrían acudir y todos pensamos que por esas fechas haría buen tiempo. Una tarde lluviosa de finales de noviembre, Constanza me dijo:

—No creo que sea adecuado ponerme el mismo vestido que quería ponerme de joven.

—Se puede arreglar, llamaremos a alguien que sepa coser y...

—No lo digo por eso, querida.

La miré a los ojos y entonces comprendí.

—No desea ponérselo porque le recuerda a su marido.

—Aunque suene contradictorio, así es.

—¿Considera que Ricardo le faltó al respeto?

Ella asintió y a continuación me miró confundida. No entendía por qué lo pensaba.

—Algo me dice que don Ricardo no fue demasiado respetuoso con usted, Constanza.

—¿Por qué crees eso, niña?

Le conté lo que me había ocurrido con el vestido, de igual modo que me había pasado con el traje del médico militar.

—Ya veo.

—¿Ocurrió... más veces?

—Siempre ocurre más veces, querida.

—Lo siento mucho. Hay algo que no comprendo: ¿sabía el abuelo que no amaba usted a don Ricardo? Él mintió a Rodolfo.

—Él nunca supo nada, ni siquiera lo sospechó. Sabía que mi marido era complicado, pero no de ese modo. Estoy segura de que si mi hermano hubiese sospechado algo, no se habría interpuesto entre nosotros. El día en que Ricardo murió, mientras preparábamos el funeral, me sentí sola en la cama que compartimos durante los primeros años de matrimonio, pero también aliviada. Reconozco que me alegré de su muerte, porque esta me liberó de él. El problema fue que Ricardo me había anulado como persona; no sabía ni quién era.

—¿Qué hizo tras su muerte?

—Decidí que, en primer lugar, dejaría Inglaterra y volvería a Melía, a mis orígenes. Esta casa es la que habitábamos en verano; el invierno lo pasábamos en los fríos páramos del norte inglés. En segundo lugar, que necesitaba ayuda psicológica y estaba dispuesta a buscarla para cerrar mis heridas.

—¿Y por último?

—Que no iba a malgastar ni un minuto más pensando en aquel desgraciado.

—Usted es mi heroína, Constanza. Probablemente piense que de joven fue ingenua y estúpida por creerse fuerte, pero no es cierto. Para mí representa el ejemplo vivo de la superación. —Me sequé las lágrimas que amagaban con salir.

—Todos libramos nuestras propias batallas, niña. Ahora más que nunca doy gracias al cielo por pedirle a Sira que te escribiera a la sección del diario.

Sonreí.

—¿Qué se pondrá, entonces?

—Creo que este vestido se hizo en la clandestinidad por un motivo y en un momento concreto de mi vida. En esta ocasión, prefiero llevar algo más alegre, de color rojo, por ejemplo.

Reímos.

—Ya no soy la misma, por lo tanto, no puedo retroceder en el tiempo. No puedo evitar pensar que ese vestido está tocado por la desgracia.

—En cierto modo, así podría decirse.



Con la llegada de la Navidad, la floristería no daba abasto. Tristán decidió contratar a dos chicos más para aquella temporada del año. Cuando Sira acababa de trabajar, solía pasarse para ayudarnos con los encargos y el inventario. Incluso Acacia lo hacía de vez en cuando.

Por medio de Luna y su sección feminista, nos llegó la noticia de que se había dictado sentencia en el caso de Zenón. Diez años de condena. Acacia y yo nos abrazamos aliviadas. En la televisión regional, salieron sus padres llevando unas gruesas gafas de sol; se negaron a prestar declaración. Menuda mancha en su expediente de gente rica. Una tía de Zenón que era a la vez su abogada anunció que la familia recurriría su una instancia superior. Sin embargo, todos creímos que sería en vano, ya que el propio Zenón había confesado el delito.

En cuanto a la columna de Luna, causó sensación sobre todo entre las jóvenes generaciones. En múltiples ocasiones escuché a las adolescentes hablar de ella. Les gustaba. A Luna, como era lógico, le hizo muchísima ilusión saberlo. A las generaciones más mayores tampoco les resultó indiferente, pues al fin y al cabo se ocupaba de denunciar situaciones «que siempre habían ocurrido y que se habían ocultado». También fue por aquel entonces cuando el abuelo enfermó. De pronto, se sentía sin fuerzas para levantarse de la cama e Irene se alarmaba continuamente: «Abuelo, tápate bien que pillarás un resfriado. Abuelo, no hagas esfuerzos innecesarios».

En mi interior, algo me decía que debíamos empezar a despedirnos de él. Que las estrellas, el destino o lo que fuese nos estaban permitiendo disfrutar de sus últimos días. Una mañana, el médico de familia vino a hacerle una revisión y nos dijo:

—Estoy casi seguro de que de este invierno no pasa. Lo siento mucho, chicas.

Irene no quería ni oír hablar de ello. Le daba pánico el solo hecho de pensar en una vida sin el abuelo. Se negaba a aceptarlo y hacía lo posible para mantenerlo con fuerzas, a pesar de que todos sabíamos que se estaba apagando. Y el abuelo mismo también era consciente de eso. En ocasiones mencionaba a la abuela con un brillo en los ojos, pensando en el momento en

que se reencontrarían. Aceptaba su inminente final con mucha dignidad. Muchas noches el abuelo sufría alucinaciones y solo murmuraba:

—Imelda, Imelda...

Una noche me quedé velándolo. Agarré un libro y me senté al lado de su cama. Fui incapaz de leer y, cuando bajé el libro, me di cuenta de que me estaba observando:

—Una de mis actividades favoritas siempre ha sido observarte mientras escribes o lees, querida.

—Abuelo...

—Déjame hablar. Sé en lo que estás pensando. No duermes ni comes ni haces nada. Lo único que haces es ir a trabajar y volver para estar conmigo. Te crees que no me doy cuenta, pero tengo unos cuantos años más que tú y, por lo tanto, más experiencia.

—No me importa estar contigo, abuelo...

—Ya lo sé, mi niña. Lo que quiero decir es que llevas el dolor por dentro, en silencio. Tu hermana, en cambio, se niega a aceptar que me voy. Grita, llora. Tú sufres y llevas la pena contigo. Pero déjame decirte, Gala, que debido a mis muchos años he visto cambiar las estaciones infinidad de veces, y el tiempo me pesa ya. Sobre mis huesos y sobre mi ser entero. He sido afortunado en mi vida, me he sentido todo un Hércules: me casé con una gran mujer, crie a dos hijos maravillosos y os tengo a vosotras y a Tadeo. He podido arreglar mis errores del pasado y mi hermana vuelve a ser feliz de nuevo. He aprendido muchísimo, me llevo mucha sabiduría conmigo.

—Eso no me consuela... —dije con los ojos empapados en lágrimas.

—Ya lo sé, y tampoco te consolará pensar que sea ley de vida. El día que se murió aquel muchachito amigo tuyo, dejé que te desahogaras en mi hombro y no te dije nada. Nada de lo que te hubiese dicho te habría animado. Aquel chico tenía toda la vida por delante y, sin embargo, se la habían arrebatado. Que yo me vaya a mi edad me deja, en cambio, más en paz.

—Tu vida no vale menos.

—No es eso lo que estoy diciendo. Digo que me quedo más tranquilo sabiendo que yo la he exprimido al máximo, que cuando se disipe vuestro dolor inicial sabréis recordarme e identificarme en las plantas, en las limonadas, en los paseos por la playa, sin que se os haga pedazos el corazón. Porque así debe ser.

—Abuelo... —En aquel momento se me hizo trizas el corazón. Noté cómo el dolor afloraba dentro de mí, ese tipo de pena que no te deja respirar.

Desde la muerte de Simón no la había experimentado. *Muerte. Simón.* Todavía no asociaba aquellas palabras juntas.

—¿Por qué tienes que dejarnos? ¿Por qué no luchas? —Apenas podía hablar, se me quebraba la voz.

Yo me abracé a él y el abuelo me acarició la cabeza hasta que me calmé.

—No lucho porque ya estoy satisfecho. Podría vivir un par de años más, pero no sé en qué condiciones, Gala. Prefiero que me recordéis así. — Entonces cerró los ojos y en unos minutos se abandonó al sueño. Deseé que soñara con la abuela, que, a pesar de haberse marchado tiempo atrás, nunca nos había dejado del todo.



Debido a la precaria salud del abuelo, Constanza y Rodolfo decidieron adelantar la boda a ese mismo fin de semana. El día de Navidad. Constanza se negaba a que él no asistiese al casamiento.

—Aún no tenemos el vestido preparado —le dijo el dependiente de la tienda de vestidos de novia con la voz impasible.

—No me importa, denos cualquier cosa —contestó Sira, muy nerviosa.

—Sira, tranquilízate —le pidió su abuela.

Constanza se marchó de la tienda con un traje de chaqueta de color magenta. Estaría preciosa.

—¿Qué vas a ponerte tú, Gala? —me preguntó Irene aquella noche.

—Le he pedido a Constanza si me dejaría arreglar su vestido de novia...

—¿Y qué te ha contestado?

—Que ella misma lo haría.

Irene se llevó las manos a la boca por la sorpresa.

—No sé si es buena idea.

—Gala, Constanza es una persona muy sincera; si a ella no le molesta, no tienes por qué preocuparte.

—Constanza cree que el vestido lleva la desgracia bordada, pero yo tengo la intuición de que propicia nuevas oportunidades.

—Con los tiempos que corren, ojalá sea así.



Llegó el día. Tadeo llevaría las arras junto con Aquiles, su fiel compañero. Irene y yo nos maquillamos las ojeras y decidimos que pondríamos nuestras mejores sonrisas. Los novios se lo merecían.

—Estás preciosa con ese vestido, querida —me dijo Constanza al verme entrar en su habitación.

—¿Cómo se siente? —le pregunté. Le coloqué un geranio en la solapa de la chaqueta. Para llevar a la abuela con nosotros. Ella notó que me temblaban las manos y me sostuvo una.

—¿Cómo te sientes tú, niña?

—No... no quiero hablar de mí en este día tan importante.

—Hoy es un día igual que cualquier otro. Es posible que lleve media vida esperándolo, pero puede esperar unos minutos más. Cuéntame.

Volvieron el llanto y los hipidos descontrolados. Odiaba llorar con todas mis fuerzas, pero delante de Constanza no me importó.

—El abuelo se va... y ni siquiera intenta evitarlo.

Ella me sujetó ambas manos e hizo que la mirase a los ojos. En aquel momento, me sentí pequeña por segunda vez en poco tiempo; su mirada era el fiel reflejo de la comprensión y de la sabiduría.

—Tu abuelo es un hombre inteligente. ¿No has pensado que tal vez su último deseo sea morir de este modo?

Suspiré y Constanza me tendió un vaso de agua. Por suerte, pude retocarme el maquillaje. Tras hacerla cómplice de lo que sentía, me encontraba muchísimo mejor.

—Ojalá naciósemos con un manual de vida bajo el brazo.

—¿Y quién lo habría escrito? Creo que es mejor equivocarse y descubrir la vida a medida que la experimentas. El abuelo nunca se irá de tu lado si tú no lo olvidas; mientras su recuerdo perdure, de algún modo seguirá vivo.

Pensé en la abuela.

—¿Cómo se aprende a vivir tras perder a alguien, Constanza?

—Nunca se aprende del todo. Se aprende a sobrellevarlo. Hay días negros y otros en los que parece que el color y la luz podrán disipar la oscuridad.

La abracé.

—Le deseo la mayor felicidad junto a Rodolfo.

—Gracias, querida. ¿Qué hay de tu chico?

—¿Cómo sabe que hay alguien?

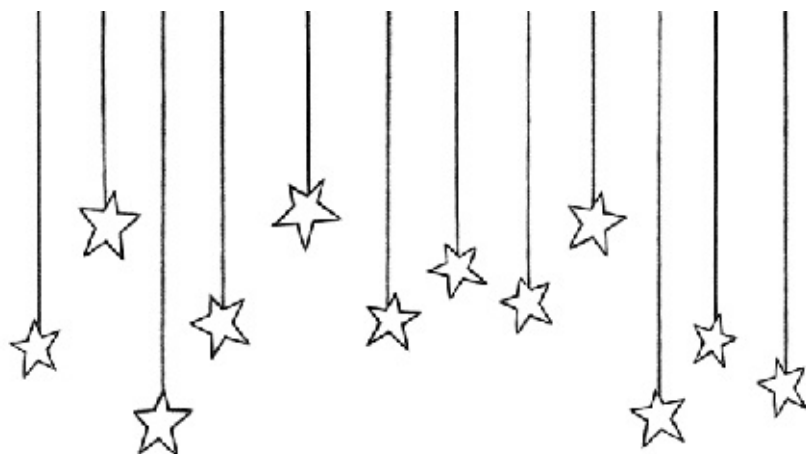
—Este pueblo es como una gran casa y las paredes hablan. Acacia y Sira no han podido evitar mencionar a tu... *Néstor*, ¿verdad? Tus ojos hablan por sí solos. Ahora llegará la peluquera, así que mientras no aparece cuéntame cómo es.

Pensar en Néstor me devolvió un poquito las fuerzas.

—Néstor es talento puro. Respetuoso, sincero y algo impulsivo. Sensible e intuitivo. Es mi gran golpe de suerte. O, como diría él, «mi golpe de destino».

—Tu mirada me dice que te hace sentir grande.

Constanza sonrió y no pude sentirme más feliz de ser testigo de su sonrisa.



capítulo treinta

PERSEO

A ti, Gala:
El verdadero amor no tiene que ser una carga.

La boda trascurrió como sucede el cambio de las estaciones: lentamente al principio y después de manera precipitada. Apenas tuvimos constancia de las últimas horas, ya que las disfrutamos muchísimo; nos dio la sensación de formar parte incluso de algo íntimo y sagrado.

Constanza lanzó al aire el ramo de geranios y lo cazó Irene.

—¡Por encima de mi cadáver!

La sala estalló en carcajadas. Me fijé en que Alfred la miraba intensamente. Agarré uno de los geranios y me lo coloqué en el cabello. Salí al jardín de Constanza, donde los fumadores charlaban. Me aparté un poco y me senté en un banco que había en la parte trasera. Observé a Aquiles morder una vieja zapatilla y escuché a Tadeo llamarlo:

—¡Quiles, Quiles!

—¡Aquí está, Tadeo!

En aquel momento, al ver a mi sobrino vestido de traje con pajarita incluida, me di cuenta de lo mayor que se había hecho. Ya era autónomo, dentro de lo que un niño de su edad podía serlo. Cuando llegó al mundo, era como una pequeña y asustadiza bolita sin pelo que no se había atrevido a abrir

los ojos siquiera. A medida que fue creciendo, ganó en seguridad y decidió convertirse en todo lo contrario: en un explorador. Los primeros años de su vida fueron duros, pero todos nos esforzamos al máximo para que a Tadeo no le faltase de nada. Se estaba convirtiendo en un niño sensible y atento con los demás. Respetaba a cuantos se cruzaban con él y pocas veces lo habíamos oído hablar mal de alguien, ni siquiera de los matones del colegio.

Mientras lo observaba jugar con Aquiles, se me hinchó el pecho de orgullo. Tadeo sería una gran persona; a nuestra manera y con nuestras posibilidades, estábamos haciendo un buen trabajo. Se sentó a mi lado en el banco, balanceando las piernas hacia delante y atrás.

—¿Qué le pasa al abuelo? ¿Se va a morir?

—¿Tú qué crees que le ocurre?

—Que se va a morir.

Aquella declaración tan directa y sincera supuso un enfrentamiento con la realidad. Mi sobrino de siete años aceptaba la partida del abuelo a su modo, pero lo hacía, mientras que Irene y yo nos dedicábamos a vagar por la casa como dos almas en pena, acaso preocupando con ello al abuelo.

—¿Y adónde crees tú que se irá?

—Primero cerrará los ojos y, cuando nadie lo vea, despertará en una selva enorme llena de chucherías y nubes de algodón. Seguro que allí está la abuela esperándolo. Y mi periquito Piggy, que se murió el año pasado. Y el abuelo preparará limonada para que no estén tristes.

—¿Por qué iban a estar tristes?

—Porque nos deja aquí solos y el abuelo nos quiere mucho.

Lo abracé y apoyé mi cabeza sobre su pequeño hombro. Oí su tranquila respiración.

—¿Te pone triste? —me preguntó.

—Mucho. ¿Y a ti?

—También. ¿Estaremos tristes juntos?

—Sí, pero no para siempre, porque el abuelo no quiere vernos así —le contesté.

Volvimos a casa y después de desearnos todos las buenas noches nos fuimos a dormir. Soñé con alguien a quien había esperado durante mucho tiempo. Nos encontrábamos de nuevo en la playa, pero esta vez él estaba tranquilo. Me hacía señas con las manos para que me acercase. Yo lo hacía, aunque no conseguía alcanzarlo; me quedaba siempre a medio camino. Era frustrante. ¿Por qué resultaba tan difícil hablar con Simón?



Los siguientes días nuestras vidas fueron de lo más rutinarias. Me levantaba al alba, la mayor parte del tiempo tras soñar con Simón la noche anterior, pero sin entablar nunca conversación, corría durante media hora, luego me daba una ducha e iba a trabajar a la floristería, y los sábados en el periódico. Tristán me saludaba, después trabajábamos y comíamos. Al concluir la jornada, regresaba a casa, descansaba una hora y me quedaba con el abuelo. A continuación, preparaba la cena y dormía, y vuelta a empezar. Constanza y Rodolfo se habían marchado a la montaña junto con dos enfermeros y el número de emergencias grabado a fuego. Alfred volvió a su casa y prometió regresar en pocas semanas. Lo echaríamos de menos. Antes de marchar, me llevó a un aparte, lejos de Irene y del abuelo, y me dijo:

—¿Tu hermana sale con alguien?

—No, que yo sepa.

—¿Crees que podría estar dispuesta a salir conmigo?

—Eso deberás preguntárselo tú mismo, pero con Irene nunca se sabe.

La miró. Irene se sintió observada y dirigió la vista hacia nosotros de manera interrogativa.

—Ni se te ocurra hacerla sufrir.

Cuando Alfred se marchó, Irene se acercó y me dijo:

—¿Qué quería?

—¿Quieres la verdad o cualquier mentira?

—La verdad siempre.

—Saber si salías con alguien.

Irene alzó las cejas, sorprendida.

—¿De qué te asombras? Eres preciosa, Irene. Siempre lo has sido. Aunque ya sabes que eso no es lo más importante.

—No recuerdo la última cita que tuve. Ni siquiera consideraba una opción que él se fijara en mí, llevo bastante tiempo sin pensar en ello. Pero tampoco me había fijado en Alfred si te soy sincera.

—¿Qué le dirás cuando lo veas?

—Tal vez le proponga salir juntos a cenar. ¿Por qué no? —dijo haciendo rodar entre sus dedos las llaves de casa y poniendo una mirada seductora.

Reí. Me gustaba verla alegre, dueña de sí misma.

—Por cierto, esta mañana han llegado dos cartas para ti.

La primera era una postal de la señora Carmen, mi antigua jefa. Se había ido de vacaciones a las Bahamas y me explicaba lo mucho que había deseado en los últimos tiempos su jubilación. Yo era consciente de ello. Siempre pensé que había sido una gran jefa, amable y amante de las flores como pocas

personas había conocido, pero había empezado a trabajar a los trece años y, a su edad, se sentía agotada. En el último año, incluso la había visto arrancar con ojos soñadores las hojas del calendario. «Un día me tomaré un cóctel frente al mar y te enviaré una postal, Gala. Ya sabes que las tecnologías y yo no hacemos buenas migas», me había dicho.

Cumplía su palabra. Me alegré mucho por ella.

La segunda carta era de Néstor. Llevábamos días sin hablar, pero no me esperaba aquella carta.

Querida Casiopea:

Me marchó a París. Está decidido. De hecho, mientras te escribo, tengo en la cama la maleta a medio hacer. La academia de Suecia ha resultado un sitio decepcionante. Semana tras semana, intento vaciar mi mente y darles una nueva oportunidad, pero soy incapaz. Es algo así como un lugar donde los elitistas se reúnen y critican cualquier forma de arte que sea innovadora. ¡Están cercenando mi estilo, Gala! Ya no sé quién soy como artista; solo me critican, y no de manera constructiva. No aprendo, solo me siento pisoteado. Es muy frustrante. Sin embargo, todavía no puedo volver a Melía. Apenas sé nada, tengo tanto que aprender... Hace poco he conocido a un grupo de chicos y chicas franceses que están de paso en Suecia durante este otoño, pero que tienen pensado volver a París a principios de año. Me marchó con ellos; uno de los muchachos me va a alquilar una habitación de su apartamento a las afueras de París. Espero que no estés pensando que soy un pobre iluso; ya te imagino leyendo esta carta con tu típica sonrisa irónica. No lo hagas; todavía no les he dicho nada a mis padres y necesito que alguien crea que no me he vuelto loco. ¿Verdad que no es así? Voy a abrazar por un tiempo la vida bohemia, la vida que tantos artistas llevaron durante el siglo pasado. O, al menos, me propongo intentarlo. Pienso empaparme de todos y cada uno de los estilos con los que me encuentre. Mientras tanto, iré buscando un trabajo, ya que en un futuro próximo me gustaría volver a dar clases.

Te echo de menos. Cada uno de los días que pasamos separados cierro los ojos y te imagino junto al paseo marítimo de Melía, admirando el mar como solo tú sabes hacer.

Mi primera reacción fue pensar que Néstor se estaba volviendo loco, lo que cabía añadir a su ya natural impulsividad. Pero mientras preparaba la cena lo comprendí. Estaba loco por cumplir sus sueños y eso no podía convertirlo precisamente en una persona de conducta cuerda. Había encontrado el motor de su vida. Le leí la carta a Irene. No dejé que ella comentase nada, simplemente dije:

—Me aterroriza saber que lo quiero tanto. Me da miedo perder mi independencia.

Irene me agarró de las manos y me arrastró suavemente hasta el sofá. No me las soltó cuando dijo:

—No tienes por qué perderla. Es cierto que ya no podrás actuar completamente sola, sin tener en cuenta los sentimientos de la otra persona. Pero, aun así, la mayor parte de tus decisiones seguirán siendo tuyas. Creemos que el amor son cadenas, y es justo lo contrario: da alas. En adelante volarás con la certeza de saber que si te caes, habrá alguien al otro lado dispuesto a ayudarte.

—No estaba sola; ya os tenía a vosotros.

—¿Y no hay cabida para una persona más?

—Supongo que sí.

—Especialmente si ese alguien es Néstor.

—Sí...

—Que te rompan el corazón es, desde luego, una sensación horrible. Como si te lo arrancasen y luego volviesen a meterlo dentro de ti.

—Eso es lo que me da miedo.

—Pero ¿qué es el amor sin riesgo? Supone entregarle el corazón a alguien con la esperanza de que sepa cuidar de él. Antes has mencionado tu independencia, y debo decirte que desde mi punto de vista es importante que la mantengas. Me da mucha pena pensar que muchísimos jóvenes creen que ese amor que renuncia al propio ser es el habitual, el adecuado.

—Temo no saber...

—Aprenderás, te lo aseguro. Yo no nací sabiendo cómo ser madre, aunque la sociedad se empeñe en lo contrario. Ahora sube a tu habitación y escribe un poco. Te ayudará. Yo voy a leerle un cuento a Tadeo. Buenas noches, Gala.

—Buenas noches.

Intenté hacer caso del consejo de mi hermana, pero fui incapaz de escribir, ya que mis pensamientos pasaban por mi mente mucho más rápidos que el

bolígrafo. Tampoco me funcionó teclear en el ordenador. Me puse el abrigo y me fui a la playa. Allí cerré los ojos y respiré el aire salado que batía las olas. La orilla estaba desierta. Me descalcé y metí los pies en el agua helada. No me había bañado desde la muerte de Simón. Tuve un pensamiento fugaz. Sin quitarme la ropa, empecé a zambullirme lentamente en el agua. Una vez en ella, oí como una especie de pitido. No, no era eso, sino más bien un murmullo, una voz. Masculina. Saqué la cabeza fuera del agua y Simón estaba frente a mí. Sonreía y levantó el pulgar, dando su aprobación.

—¿Puedes hablar?

—Ahora sí. Al fin.

—No comprendo —dije con los ojos llenos de lágrimas.

Salimos y nos sentamos en la arena, junto a la orilla.

—Llevabas más de un año sin entrar en el mar. Ya sé que es donde morí. Te negaste no solo a que yo me marchase, sino también a aceptar que algo tan querido como el mar te hubiese arrebatado a un ser querido. Te he estado observando cómo lo mirabas, pero sin acercarme. Me he pasado todo este tiempo atrapado en este mundo.

—Sigo sin comprender.

—Gala, tu dolor no me dejaba partir. Tu pena ha hecho que me quedara junto a ti para comprobar si estabas bien.

—Creo que no he sido demasiado buena en eso; en cuidarme, quiero decir.

—No demasiado.

—¿Qué habrías hecho tú en mi lugar, Simón?

—No lo sé. Pero, a la larga, supongo que llevar la pena conmigo. Habría canalizado mi dolor mediante el *ballet*. ¡Dejaste la universidad, niña!

No pude evitar sonreír un poco.

—Te alejaste de todo el mundo, especialmente de Acacia. No sabes cuántas veces he intentado comunicarme contigo, avisarte de que no debías seguir ese camino. Me he enfadado muchísimo.

—Lo sé y lo he sabido durante todo este tiempo. Pero...

—No creías posible que yo lo comprendiera.

—Sabía perfectamente que estabas conmigo, junto a mí. Que nunca te fuiste.

Nos quedamos en silencio, la constelación Perseo brillaba a lo lejos.

—Veo que estás mejor.

—Sí. —Me sequé las lágrimas—. ¡No tengo frío!

Me sonrió misteriosamente. Había cosas que no podía contar.

—Me siento culpable solo con pensar que te he impedido... *avanzar*. No sé cómo llamarlo exactamente.

—*Avanzar* está bien.

—Te diría tantas cosas..., pero a la vez no te diría nada porque ya lo sabes todo. No hay día en que no piense en ti. Tampoco hay día en que no recuerde que soy incapaz de abrazarte. —Sofiqué otro hipido. Aun así, le sonreí—. Nada ha cambiado, Simón.

—Yo no diría lo mismo. Mírate: eres una persona mucho más segura de ti misma, tienes a gente que te adora y... escribes. ¡Vuelves a escribir! Pensé que no volverías a hacerlo jamás. —Sus ojos negros brillaban.

Miramos hacia el mar.

—No sé cómo vivir sin ti. Imagino que, como la abuela, tendrás que marcharte.

—Sí, y, de hecho, debería irme pronto, no tengo demasiado tiempo. Has tenido que sortear muchas barreras en los últimos tiempos, pero hoy acabas de desbloquear la última: mi ausencia. Por eso me ves por fin y no ha podido ser así hasta ahora. Me fui, pero así debía ser.

No conseguía ver nada a causa de las lágrimas, sorbí por la nariz. Volvieron los malditos hipidos.

—Lo habría dado todo por ti, ya lo sabes. Pero ahora solo puedo ofrecerte una última cosa, y por desgracia no es un abrazo, sino algo que sé que te gustaría: verme bailar por última vez.

Asentí.

Así que había escuchado mi conversación con Acacia.

—Antes, sin embargo, debo decirte que puede que me esté saltando alguna regla, pero lo que se avecina no va a ser fácil. No le queda apenas nada. Poco, muy poco. Ya sabes a qué me refiero.

El abuelo. En silencio, mi mejor amigo se levantó y, al ritmo del sonido de las olas y de una música invisible, me apaciguó con uno de sus *ballets* preferidos. Absorbí en mi retina cada movimiento para retenerlo en mi interior. Cuando hubo terminado, aplaudí. Me dijo con la mirada que había llegado el momento de su partida, por lo que cerré los ojos, incapaz de ver cómo se iba. Probablemente para siempre. Una vez que supe que estaba sola, murmuré casi para mí misma:

—Que las estrellas te cuiden y te guarden, Simón.

Me levanté de la arena, volvía a tener la ropa seca, y me dirigí a casa.

A ti, Simón:

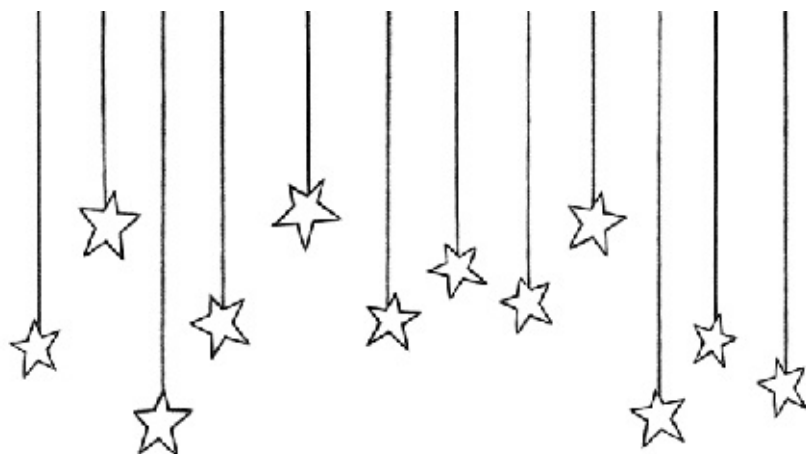
Te escribo la que tal vez sea mi última carta. A lo largo de mi vida, nunca he sabido lo que verdaderamente deseaba, pero sí lo que no. Como bien sabes, nunca me han gustado las legumbres ni los días lluviosos, ni tampoco he soportado nunca el frío que se te mete en los huesos y te cala bien hondo.

No he deseado recibir abrazos cortos ni levantarme con el pelo encrespado. A pesar de mi pasión por el mar, nunca me ha gustado la arena de la playa incrustada entre mis dedos, ni he deseado tener miedo a las alturas. Pero, de entre todas las cosas que nunca he querido, la más importante es tu marcha. No quería que te fueras. Fue como una sacudida, una descarga eléctrica que me dejó con el cuerpo entumecido. Sé que debías hacerlo, pero no creo que nunca pueda aceptarlo.

Te escribo porque te echo de menos, porque me resulta difícil afrontar la soledad. Sin embargo, doy gracias a las estrellas por haberme concedido la oportunidad de hablar contigo una última vez. Llevaré tu recuerdo como una coraza. Te prometo que voy a hacer que te sientas orgulloso de mí.

No olvides nunca que te quiero,

Gala.



capítulo treinta y uno

LA ESTRELLA POLAR

A ti, Gala:
Eres fuerte.

Tal como me había avisado Simón, el abuelo dejó nuestro mundo aquella misma madrugada. En silencio. Lo encontramos Irene y yo en su cama esa mañana del primer día de diciembre. Su partida fue silenciosa y discreta, del mismo modo que era él. Entre sus sábanas descubrimos una antigua foto de la abuela de joven.

—Ya están juntos —murmuró Irene, con los ojos empañados en lágrimas.

Asentí. Abracé a mi hermana, compartiendo juntas el mismo sentimiento de dolor. Agarramos la mano aún tibia del abuelo y, como pudimos, le dijimos al unísono:

—Te queremos, abuelo.

—Saluda a la abuela de nuestra parte —murmuró mi hermana.

—Y bebed mucha limonada juntos en la selva de golosinas —le dije, aludiendo a la fantasía de Tadeo.

Los siguientes días fueron duros. Al funeral acudieron buena parte de los habitantes de Melía, ya que el abuelo había sido un ciudadano muy querido. Incluso la señora Carmen interrumpió los últimos días de su viaje para poder asistir. Fuimos incapaces de derramar una sola lágrima ante tanta gente.

Constanza nos consoló en todo momento, pero yo me sentí culpable, pues no estábamos exteriorizando lo que sentíamos. En sus ojos pude percibir el mismo dolor que en los nuestros. Durante aquellos días nos levantábamos y acostábamos en estado de *shock*. Mis padres pidieron permiso en el trabajo para quedarse dos días con nosotros y ayudarnos tanto en los preparativos del funeral como en las cuestiones legales, ahora que Tristán se había mudado a vivir con sus padres y Sira.

Mamá se guardó el duelo para sí misma y solo nos abrazó cuando fuimos a buscarla al aeropuerto. El resto del tiempo se lo pasó en la habitación del abuelo. Cuando los dejamos en el aeropuerto de nuevo, papá nos estrechó entre sus brazos y nos pidió que los avisáramos si necesitábamos algo.

Por desgracia, lo único que nos hacía falta era el causante de nuestro estado de postración. A lo largo de esos primeros días mi hermana, Tadeo y yo dormíamos en la cama de Irene. Hacíamos las tareas de manera automática y por necesidad. Tomamos la decisión de cerrar con llave la habitación del abuelo y metimos sus cosas en cajas que fueron a parar al desván.

A medida que pasaban los días, la Nochevieja estaba cada vez más cerca. Irene había mencionado varias veces que no le apetecía celebrar nada. De pronto, fue Tadeo quien dijo, poco antes de fin de año:

—Al abuelo le habría gustado vernos contentos.

Irene me miró. Tenía ojeras profundas y en pocos días había adelgazado un par de quilos. Yo me encogí de hombros, como si tomar este tipo de decisión no dependiese solo de mí.

—No veo por qué no podemos cenar decentemente. Llevamos demasiados días comiendo pasta y comida precocinada —dije.

—Me da la impresión de que es como una falta de respeto —contestó Irene.

Tadeo preguntó:

—¿Qué significa *falta de respeto*?

—Cielo, voy a abrigarte y podrás salir al jardín a jugar con la nieve, ¿de acuerdo? Así puedo hablar a solas con tu tía.

Cuando Irene acabó de abrigar a Tadeo hasta el punto de que parecía una bola que iba a salir rodando en cualquier momento, se dirigió hacia mí:

—No tengo fuerzas para hacer nada. Me pesa todo el cuerpo... ¿Crees que Tadeo tiene razón?

—El abuelo se subiría por las paredes si supiese que estamos así.

—Qué pérdidas estamos sin él.

—Ojalá mamá y papá supiesen comportarse mejor en medio de estas circunstancias. Es mucho más fácil dejar que un adulto se ocupe de estas situaciones.

—Es la primera vez que te oigo quejarte de ellos..., desde aquella otra vez.

Era cierto. Tal como le había contado a Néstor, el día que mis padres nos comunicaron que nos dejaban, les solté toda clase de improperios, ya que los culpaba de su continua ausencia. Lloré. Ellos no me dijeron apenas nada, sino que dejaron que me desahogara. Desde entonces no había vuelto a criticar su comportamiento.

—Si hubiésemos tenido una relación típica con ellos, probablemente nuestra relación con el abuelo habría sido distinta. —Se hizo el silencio por un instante, hasta que Irene dijo:

—De acuerdo, celebremos la Nochevieja.



Recibimos mucha ayuda y apoyo por parte de Tristán y Sira. Nos obligaban a levantarnos, a ir a trabajar, a sonreír de vez en cuando. Tristán se pasaba las horas en casa, intentando distraernos, mientras que Sira se llevaba a Tadeo al parque. Cada mañana, los dos enfermos sacaban de paseo a Constanza y Rodolfo y a menudo acababan su ruta en casa. Constanza era para nosotras un verdadero bálsamo, por lo mucho que nos entendía. Se preparó un menú especial para Nochevieja y decidimos rendir un pequeño homenaje al abuelo, con gran cantidad de limonada para brindar.

—Al Clemente joven le habría gustado más brindar con alcohol —comentó Rodolfo, divertido.

Un poco después de la cena de Nochevieja llegó Alfred para pasar la noche con nosotros. Supimos que se sentía muy mal por no haber podido asistir al funeral. Lo tranquilizamos. Instintivamente, pasamos la velada recordando al abuelo. Evitamos derramar lágrimas, ya que sabíamos que no nos lo habría permitido. Sus deseos eran órdenes. Como Simón bien dijo una vez, era cierto que mantener el recuerdo vivo de una persona equivalía a hacerla presente.

—Recuerdo una ocasión en que Clemente y yo fuimos en busca de cangrejos a la playa. Bebimos tanto vino barato que despertamos al amanecer envueltos por entero de cangrejos que nos pellizcaban todo el cuerpo. Nunca nos habíamos reído tanto como en aquel momento —dijo Rodolfo.

Nosotros también nos reímos.

—De pequeñas, mi hermana y yo pensábamos que el abuelo era una especie de mago que preparaba pociones en su invernadero. Menudo chasco cuando supimos que solo era un hombre vulgar y corriente que no se cansaba de prepararnos limonada —comentó Irene, divertida.

—Lo que se dice *corriente* tampoco era —apostilló Constanza.

—Era extraordinario.

—Humano. Supo aceptar sus errores.

Tristán alzó su copa de champán.

—¡Por Clemente e Imelda!

Chinchín.

Mientras observaba a cada uno de los comensales que se encontraban en torno a aquella mesa, caí en la cuenta de que en aquel año había aprendido más que nunca. A confiar en mí misma, a creer que podía conseguir lo que quisiera si me lo proponía. A confiar también en los demás y a actuar a pesar del miedo que pudiera sentir. A enfrentarme con valentía a mis inseguridades, y eso a pesar de que de vez en cuando asomasen como monstruos, a tratar de dominarlas. A aceptar la ausencia de los seres queridos. A perdonar y a otorgar segundas oportunidades. A permitir que me quisieran y a no encerrarme en mi caparazón. A actuar por instinto.

—Así pues, ¿cuándo os marcháis finalmente? —les preguntó Irene a Sira y Acacia.

—En principio, a finales de mayo. Constanza nos va a dejar su casa de Inglaterra.

—A pesar de todo, no pude deshacerme de ella. Es demasiado hermosa, como ya veréis.

Acacia se acercó a mi oído y me dijo:

—Me he despedido por fin de Simón.

—¿Hablaste con él?

Asintió.

—Yo hice lo mismo.

Nos miramos a los ojos y no hicieron falta palabras. No necesité saber qué se habían contado, eso formaba parte de la esfera privada de su amistad, al igual que mi último momento con él formaba parte de la mía. Nos dijimos con la mirada cuanto habíamos necesitado decirnos durante tanto tiempo. Simón nos había liberado del peso que habíamos cargado desde su aciaga muerte.

—Somos libres, Gala. Y Simón también lo es.

—Por fin.

Una vez que dieron las doce campanadas, nos sorprendió ver cómo Tristán iba en busca de un rotulador. Todos lo miramos desconcertados.

—Con permiso de Clemente, voy a modificar el árbol genealógico de la entrada.

Sonreí. El abuelo estaba tan orgulloso de él... Pero Tristán tenía razón, había llegado el momento de cambiarlo. Todos observamos cómo, al añadir unos simples nombres, reescribía la historia de nuestra familia. Colocando las cosas en el lugar que les correspondía, como debía haber sido siempre. Sentí que las piezas de nuestras vidas volvían a encajar. ¡Y qué bien sentaba, por cierto!

De pronto sonó el timbre. Irene fue a abrir.

—¿Sabéis si queda alguien por venir?

—En principio no. Papá y mamá no podían venir finalmente —contesté.

Mi hermana se me acercó con una sonrisa en los labios y me dijo al oído:

—Alguien ha venido a verte.

La miré sin comprender y salí al porche, donde teóricamente me esperaban. No vi a nadie. Solamente una madeja de lana roja en el suelo. Me dio un vuelco el corazón. De alegría. Sabía perfectamente qué hacía allí. Lo busqué con la mirada, desesperada, hasta que salió de su escondite. No me lo esperaba allí; me había contado en su carta que al día siguiente salía hacia París para empezar una nueva etapa. Néstor, que se había dejado crecer el cabello y estaba increíblemente guapo, se limitó a decir:

—Me puedo quedar muy poco.

—No importa, Tadeo estará feliz de verte.

—¿Solo Tadeo?

—Claro que no.

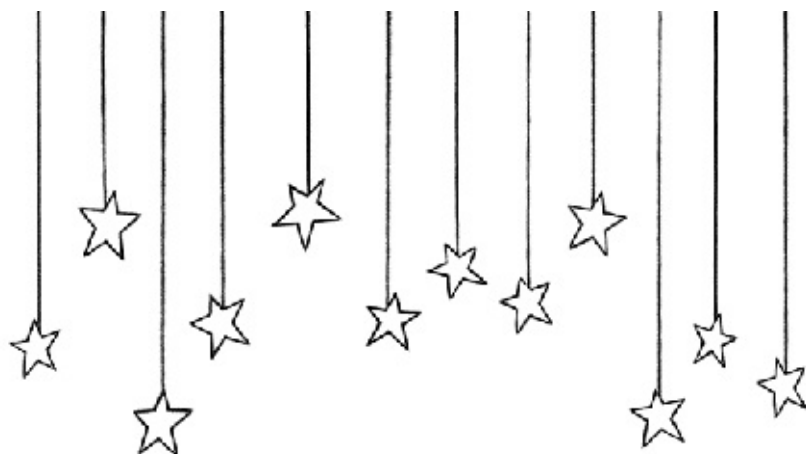
Nos miramos a los ojos sonriendo como bobos.

—¿Confías en mí? —le pregunté.

—Siempre.

No pude resistirme y me lancé a sus brazos. Así tuve la sensación de dejar de ser un barco a la deriva en busca de su Estrella Polar. La mía se encontraba justo conmigo. Alcé la mirada hacia el cielo y me sentí agradecida. Tuve la sensación de que tres estrellas brillaban con mayor intensidad. Sonreí y, a pesar del dolor que me había embargado durante aquellos días, volví a sentirme un poco más viva.

Aquella misma noche las pesadillas desaparecieron. Tal vez simplemente se las tragara el cielo.



epílogo

CAPRICORNIO

Llevo las tazas ardiendo entre mis manos, con miedo a que se caigan. No puedo permitírmelo, trabajo en esta editorial desde hace solo un par de meses. Los jefes, aunque amables, no hablan demasiado con los becarios. Mi superior, Joaquín, es un hombre de mediana edad extremadamente exigente. Sin embargo, bajo ese bigote blanco, presiento que empieza a brotarle una sonrisa porque le ha hecho gracia mi comentario.

—¡A trabajar! Gala, ¿podrías venir a mi despacho un momento, por favor?

Dejo las tazas encima del mostrador del secretario y me disculpo con una sonrisa. No es la primera vez que lo hago. De algún modo, esto me recuerda mis primeros pasos en el despacho de Violeta, mi jefa en *La Gaceta de Melía*.

—Tengo varias cosas que comentarte. La primera es que el café está delicioso, te felicito. La segunda es que no me ha gustado nada que seleccionaras el manuscrito del martes, ya que resulta demasiado arriesgado; ya sabes, es un texto muy subido de tono. Y, en tercer lugar, quería decirte que he leído tu manuscrito.

—¿El borrador de mi novela?

—Así es. He encontrado muchos errores, pero nada que no pueda remediarse con una buena edición. Tiene potencial. ¿Es una historia real?

Asiento. Sonrío y me tiemblan las manos. Me aparto el cabello de la cara, que llevo demasiado largo. Debería ir a la peluquería.

—¿Has pedido permiso a todos aquellos que nombras?

—A todos los que pueden dármelo sí.

—Bien. Hablaré con los jefes y veremos. Tal vez puedas ver tu novela publicada el año que viene.

Evito, en la medida de lo posible, colgarme del cuello de Joaquín.

—Eso sí, no entiendo nada el rollo ese que te traes de las estrellas. Llámame escéptico.

—No es usted de Melía. Eso lo explicaría.

Al final de la jornada, vuelvo a casa en coche en un viaje de una hora. Durante todo este tiempo, me he negado a marcharme de Melía. Le debo demasiado a este pueblo, no puedo irme.

Había decidido rescatar todos los apuntes tomados durante aquella aventura. En las noches de insomnio que siguieron a la pérdida del abuelo me dediqué a recopilar todos los escritos y a pasarlos al ordenador. Un mes antes había reunido el valor de comentarle a Joaquín mi deseo de publicarlo. Me miró con aburrimiento pero insistí.

—¿Qué tal el día? —dice Irene cuando llego a casa.

Está probándose el vestido de novia que le han confeccionado a medida. Me duele mirarla de lo preciosa que está.

—Todavía no te lo había visto puesto.

—Es que existen muchos riesgos de que Alfred lo vea. Ya sabes que revolotea por aquí y por allá. Está muy nervioso.

—Me entran náuseas solo de pensar en bodas.

—Todos sabemos que jamás te casarás. Testaruda como nadie; cómo se nota que eres Capricornio.

Me encogí de hombros.

—¿Qué sabes de Néstor?

—Presenta la semana que viene su nueva exposición en Nueva York. Pero estará aquí para el fin de semana de tu boda.

—Más le vale. ¿Cuándo piensa quedarse quieto en un mismo lugar durante más de un mes?

—El día que eso ocurra deseará sentar cabeza, y solo de pensarlo, me vuelven a entrar náuseas. Estamos bien así.

—Mientras tú seas feliz, yo también lo seré. Por cierto, Constanza dice que tiene algo de la abuela para prestarme; ya sabes, para llevar algo viejo...

Le corto el rollo con la feliz noticia:

—Irene, van a publicarme la novela.

Mi hermana se da la vuelta como puede con el vestido. Me mira con los ojos ilusionados.

—¡Qué me dices! ¡Me hace muy feliz oír eso, Gala!

—Todos vamos cumpliendo sueños, ¿no crees?

—Eso parece. ¡Qué orgulloso estaría el abuelo de ti!

Me abraza y me llega su aroma a perfume, pero yo me aparto rápidamente, ya que no quiero arrugarle el vestido.

—Sira y Acacia regresan del voluntariado en África la semana próxima. Me han dicho que están demasiado morenas para la época del año en que estamos.

Reímos.

—El otro día Tristán me comentó que estaba planteándose irse con ellas un tiempo. ¿Te imaginas al tío en un lugar como ese?

—Hace unos años te habría dicho que ni hablar, pero ya nada es imposible.

Subo a mi habitación y descubro que tengo visita. No puedo evitar dar un salto sobre la punta de los pies de la impresión.

—¿Qué hacéis aquí? Hacía ya tres años que no veníais.

Son el abuelo, la abuela y Simón, sentados en mi cama, sonrientes. Se miran entre sí con la mirada traviesa. Es probable que sí que vengan más a menudo de lo que creo. Se me llenan los ojos de lágrimas, que seco con el puño del jersey.

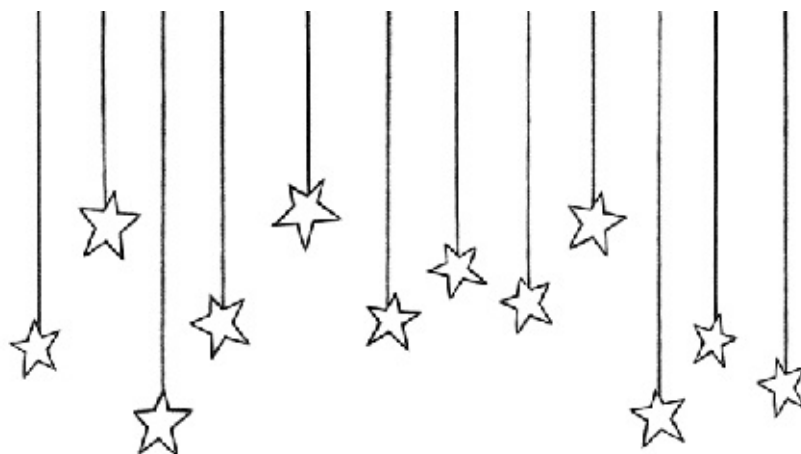
—Lo conseguiste, preciosa —me dice Simón.

—Estamos muy orgullosos, querida —dice la abuela.

Sonrío, incapaz de decir nada.

—Gala, la seguridad que habéis conquistado a lo largo de este tiempo ya es un hecho. Me alegra tanto comprobar que, por fin, en esta casa no volverán a desaparecer nunca más las estrellas —dice el abuelo, satisfecho.





agradecimientos

Nunca pensé que escribiría esto, porque jamás pensé que el mayor sueño de mi vida se haría realidad. Y así ha sido. Esta aventura no podría haber sido posible sin todos los que nombraré a continuación:

Doy las gracias a todas las personas que tanto a pequeña escala (ya sea con solo un comentario de aliento), como a gran escala me han ayudado a creer un poquito más en mí misma, a todas aquellas que cruzándose en mi vida han hecho que de un modo u otro me encuentre ahora mismo aquí escribiendo esto.

A Caitlyn, a mi hermano Carlos y a Albert. Dudo mucho que sin vuestras palabras de ánimo hubiese llegado hasta aquí. Caitlyn, amiga del alma, ya lo sabes todo. Me has animado incontables veces a no dejar de escribir, me has escuchado, apoyado. Todavía no sé cómo has sobrevivido, ya me gustaría tener esa paciencia.

Carlos, estabas convencido de que llegaría hasta aquí. No lo dudaste ni un segundo. Creíste en mí, incluso más que yo misma. Albert, gracias por ser mi compañero de vida y, con ello, también de este capítulo. Incontables veces has tenido que escuchar mis dudas y con una fortaleza de hierro has creído en esta historia; siempre apuestas por mí y no sabes cuánto te lo agradezco.

A mis padres, que siempre han sabido que su hija es una loca de los libros, y se sienten orgullosos de ello. Y gracias por animarme a seguir leyendo, porque sin los libros no sería lo que soy.

A mis amigos, por estar ahí. Ya sabéis que yo también estaré ahí siempre.

A mis abuelos, que sé que me ayudan desde donde estén.

Al resto de personas que forman parte de mi vida y que se alegran tanto de que se haya cumplido este sueño. Gracias.

A Plataforma Neo y a «la Caixa» por brindarme esta oportunidad. No podría estar más agradecida.

Y aunque suene a cliché: a ti, lector. Porque sé muy bien lo que es ir a una librería con el estómago lleno de mariposas, después de haber esperado a reunir el dinero para sumergirte en una historia. Gracias. O, si te has paseado por otra librería y te has topado con este libro y, sin conocerlo, has decidido darle una oportunidad, gracias también.

Que nunca dejemos de creer en la literatura.



MÓNICA BAÑOS nació en Sabadell, Barcelona, en 1996. Es licenciada de Derecho, aunque su verdadera pasión siempre ha sido la literatura.

Lleva creando historias desde los cinco años. A los 16 años ganó un concurso con un relato feminista y, posteriormente, le empezó a dar vueltas a la historia que relata en *Donde desaparecen las estrellas*, su primera novela, premiada con la sexta edición del Premio Literario «la Caixa»/Plataforma de novela juvenil.

Además, confiesa que le encanta el cine (si es clásico, mejor), aprender idiomas y viajar.